

Gemma Herrero Virto



¿TÚ ME VES?

LA MALDICIÓN DE LA CASA CAVENDISH

¿TÚ ME VES?

LA MALDICIÓN DE LA CASA CAVENDISH

Gemma Herrero Virto

Copyright 2018 Gemma Herrero Virto

Título: ¿Tú me ves? (La maldición de la casa Cavendish)

Autor: Gemma Herrero Virto

Revisor: Julen Díaz Llorente

Imagen de portada: Mezamero (Viktoría Voronko) @mister_despair

Diseño de portada: Gemma Herrero Virto

Página web: www.gemmaherrerovirto.es

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaeán

Copyright de la presente edición: © 2018 Gemma Herrero Virto

Código de registro Safe Creative: 1805277194617

Fecha de publicación: 2 de julio de 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A ti,
por ser el primero en verme
y por ayudarme a construir
el puzle en el que encajaba.

ÍNDICE

[Nota de la autora](#)

1. [Prólogo](#)
2. [Eli. Swanton \(Vermont\). Noviembre de 1984](#)
3. [Al. Newark \(New Jersey\). Junio de 1985](#)
4. [Eli y Al. Gardner \(Massachusetts\). Junio de 1985](#)

[Agradecimientos](#)

[Medios de contacto](#)

[Otras obras publicadas](#)

NOTA DE LA AUTORA

En esta historia, que está ambientada en Nueva Inglaterra en los años 80, la música tiene un papel muy importante (de hecho, uno de los protagonistas es un joven guitarrista que sueña con hacerse famoso con su banda de rock).

Por esta razón he pensado que sería una buena idea reunir todas las canciones que aparecen en la novela y hacer una lista de reproducción en Spotify para que podáis escuchar cualquiera de ellas si no las conocéis o utilizarla de “banda sonora” de la novela. Éste es el enlace en el que podéis encontrar la lista de reproducción:

<https://open.spotify.com/user/idaean/playlist/5a1b1zcXPq4BdOjhgKE7sa>

La lista de canciones es la siguiente:

- *Clair de Lune* – Debussy
- *Pride (In the name of love)* – U2
- *The call of Ktulu* – Metallica
- *Creeping death* – Metallica
- *Tunnel of love* – Dire Straits
- *Material girl* – Madonna
- *Still loving you* – Scorpions
- *Comfortably numb* – Pink Floyd
- *Little wing* – Jimi Hendrix
- *Take me home, country roads* – John Denver
- *Ring of fire* – Johnny Cash
- *Stairway to heaven* – Led Zeppelin
- *Sultans of swing* – Dire Straits
- *(I can't get no) Satisfaction* – The Rolling Stones
- *Cross Road Blues* – Robert Johnson
- *Runaway* – Bon Jovi
- *Total eclipse of the heart* – Bonnie Tyler
- *Born to run* – Bruce Springsteen

Como veis, en la lista podéis encontrar desde música clásica hasta blues, country o rock. Estas canciones, sobre todo las de rock, además de ser parte importante de la historia, son mi particular tributo a la música que se hacía en aquella época. Muchos de esos temas son parte de la banda sonora de mi vida. Espero que los disfrutéis.

PRÓLOGO

Sí, ya sé lo que me vais a decir. Ya os han advertido miles de veces contra los peligros de la ouija. Ya os han dicho que no es un juego, que puede ser peligroso, que no se debe tontear con esas cosas...

Yo os voy a decir la verdad: la mayoría de las veces no sucede nada. El máster, la moneda o el vaso que estáis utilizando no se mueven en absoluto. Eso sólo resulta frustrante, pero no es peligroso.

Otras veces, alguno de los participantes decide que sería muy divertido hacer que sus amigos pasaran un mal rato, mover el máster y decir un montón de tonterías sin sentido. En estos casos no hay nada de sobrenatural. La estupidez es una cualidad muy humana y mucho más común de lo que solemos pensar.

En otras ocasiones el máster se mueve sin que nadie lo empuje conscientemente. La ciencia todavía no ha podido explicar este fenómeno con claridad. Puede que uno de los presentes tenga capacidades telequinéticas sin saberlo; puede que el inconsciente colectivo de todos los participantes adquiera la fuerza suficiente como para mover objetos... Aunque sea un fenómeno extraño y desconocido, tampoco resulta peligroso.

Os estaréis preguntando a qué vienen entonces tantas advertencias. Os contestaré: más o menos una de cada diez veces funciona de verdad. La ouija es un instrumento utilizado desde hace cientos de años para contactar con los muertos. No habría sobrevivido todo ese tiempo si no contuviera algo de verdad.

En esas raras ocasiones en las que funciona, es posible conectar con el más allá. Esta aseveración seguramente estará consiguiendo lo contrario a lo que yo pretendía. Ahora mismo estaréis deseando probarlo y practicar hasta conseguir contactar con un espíritu. Si es eso lo que estáis pensando, es que sois unos necios.

La ouija no es un teléfono. No marcáis un número y contactáis con la persona con la que queréis hablar. No vais a conseguir conectar con vuestro adorado novio muerto, ni con vuestro entrañable abuelo, ni con esa amiga que se mató en un accidente y a la que tanto echáis de menos...

Cuando usáis la ouija, lo que hacéis es abrir una puerta. Al otro lado de ese umbral existen seres errantes que se sienten atraídos por las almas humanas como la luz atrae a las polillas. No se resignan a estar muertos, no quieren seguir perdidos ni vagar errantes. No quieren volverse más y más locos cuanto más tiempo pasan en la oscuridad. Anhelan nuestro calor, quieren respirar, comer, reír, hablar... No saben que no pueden, que el retorno es imposible. Lo único a lo que pueden aspirar es a posesiones temporales, a rozar la vida con la punta de los dedos, a sentir eso que tanto anhelan durante un periodo de tiempo tan breve... Eso les enfurece, les vuelve locos. ¿Pretendéis expulsar a un ser desesperado que cree que puede conseguir lo que tanto desea diciéndole adiós o quemando el tablero de papel con el que lo habéis invocado? Pobres ilusos...

Sé que no vais a escucharme, que volveréis a jugar con cosas que no podéis entender ni controlar. Por suerte, tenéis un noventa por ciento de posibilidades de que no os pase nada, pero ¿de verdad vais a arriesgaros con ese otro diez por ciento?

Tenéis razón. Sólo soy otra adulta aburrida hablando de cosas que no entiende. ¿Quién soy yo? ¿Qué sé yo de ouija, de espíritus, de apariciones?

Más de lo que creéis, más de lo que me gustaría... Os contaré mi historia. Así quizá consiga que escuchéis...



SWANTON (VERMONT), NOVIEMBRE DE 1984

CAPÍTULO UNO

—Joder, Eli... ¿Quieres poner la mano encima del vaso de una vez?

Me limité a continuar con la mirada clavada en la mesa y a negar con la cabeza. La verdad era que no quería. No tenía la más mínima gana de participar en aquello. Levanté la cabeza y miré a Marie, pero ella apartó la vista.

—No sé por qué has tenido que traerla —dijo Megan, dirigiéndose a mi amiga como si yo no estuviera delante—. Esta tía es un coñazo.

Yo seguí mirando a Marie, esperando su respuesta. Puede que fuera una ilusa, pero esperaba que me defendiera, que dijera que yo era su mejor amiga desde que teníamos seis años y la profesora nos sentó juntas en el mismo pupitre. Quizá esperaba que contara que yo había sido la única persona en el mundo que había estado a su lado mientras ella era una niña tímida con gafas de culo de vaso y aparato en los dientes. Quizá tenía confianza en que les dijera que yo había sido la única que la había defendido y consolado mientras gente como Megan y su amiga Joanne se reía de ella y le llamaba cosas como “monstruito” o “pequeña Frankenstein”. Pero no dijo nada de eso. En cuanto las gafas y la ortodoncia desaparecieron y fue aceptada en el grupo de los cisnes, empezó a olvidar a toda velocidad lo que se sentía en el estanque de los patitos feos.

—Venga, Eli, no seas tonta —insistió Joanne—. Si no va a pasar nada.

—Si crees que no va a pasar nada, ¿para qué vamos a hacer esta bobada?

Joanne se limitó a mirarme con sus enormes ojos azules mientras negaba con la cabeza. Después lanzó una risita boba y miró a Megan, esperando que fuera ella la que me respondiera. Yo solté un suspiro de agobio. ¿Por qué tenía que mezclarme con aquellas dos? Marie iba a tener que hacerme muchos favores en los próximos meses para compensar lo que me estaba haciendo pasar.

—Ya vale de bobadas —dijo Megan, enfadada—. O pones el dedo encima del vaso o te marchas de mi casa.

Marie volvió a mirarme con su mejor imitación de cachorrillo desamparado, así que, después de dejar escapar otro suspiro resignado, puse mi dedo encima del vaso. Megan sonrió, triunfante, y se hinchó como un pavo.

—Joanne, apaga las luces. Vamos a empezar.

Ella obedeció sin protestar. Nos quedamos en penumbra, con el salón iluminado por media docena de velas. Joanne regresó a la mesa, se sentó a mi lado y puso su dedo junto a los de las demás. Se suponía que Megan iba a dirigir la sesión, así que todas esperamos en silencio. Paseé la mirada por el salón oscuro. La luz de las velas fluctuaba por una leve corriente, haciendo que las sombras se movieran y se alargaran. En el silencio que dominaba la estancia sólo se escuchaban nuestras respiraciones. Justo cuando Megan iba a empezar, Marie soltó una risita nerviosa.

—Esto es muy serio, Marie.

Mi amiga asintió a modo de disculpa. Megan cerró los ojos y todas la imitamos. Yo esperé a que Megan dijera algo que fuera a guiar nuestra meditación, pero durante los siguientes dos minutos nadie dijo una palabra. Tras ese tiempo, la voz de Megan hizo que abriéramos los ojos de nuevo:

—¿Queréis contactar con alguien en concreto?

—A mí me gustaría contactar con mi prima Lisa. Murió hace un par de años en un accidente de tráfico —dijo Joanne.

—Yo querría hablar con mi abuelo. Se llamaba Peter —intervino Marie.

—¿Y tú, Eli? —preguntó Megan, enarcando una ceja.

—No, gracias. Ya os he dicho que no me gustan estas cosas.

—¿De verdad que no? Piensa un poco. Seguro que hay alguien con quien te gustaría hablar.

—Que no, joder. Os ayudo, pero paso de todo esto.

Megan me lanzó una mirada de odio y murmuró algo entre dientes. Seguramente acababa de insultarme, pero preferí ignorarla y tener la fiesta en paz. Respiré un par de veces mientras me prometía a mí misma no volver a permitir que Marie me arrastrara a una situación tan incómoda nunca más.

—Bien, vamos a ello —continuó Megan—. Concentraos en la persona con la que queréis contactar.

Megan dejó pasar medio minuto antes de volver a hablar, con una voz alta y potente que pretendía ser autoritaria.

—¿Hay alguien ahí?

El vaso empezó a moverse bajo nuestros dedos sobre el folio en el que habían dibujado de forma bastante chapucera un tablero de ouija. Fue deslizándose poco a poco hasta colocarse sobre la palabra “Sí”. Marie volvió a soltar una risita histérica. Yo dejé de mirar el tablero y revisé el salón. No percibí nada que señalara la presencia de algún ente sobrenatural. Ni corrientes de aire, ni cambios de temperatura, ni olores extraños...

—¿Puedes decirnos tu nombre? —continuó Megan.

El vaso volvió a ponerse en movimiento, señalando varias letras: P-E-T-E-R. Marie soltó un grito contenido y se quedó mirando al vaso con algo parecido a la adoración.

—¡Es mi abuelo! —gritó emocionada—. Ha venido a verme.

—¿Qué quieres preguntarle? —dijo Megan.

—No lo sé. ¡Esto es muy fuerte! —Marie parecía al borde de un ataque de nervios—. ¿Tiene algún mensaje para mí?

El vaso vibró un poco bajo nuestros dedos y empezó a moverse. Yo dejé de seguir su recorrido y miré a Megan para advertirle de que sabía lo que estaba haciendo, pero ella no apartó los ojos del tablero ni un solo segundo. Mientras tanto, Joanne iba leyendo el mensaje en voz alta, con la velocidad de un niño de cuatro años que se enfrenta a su primera lectura.

—MO-RI-RÁS-VIR-GEN. —El vaso volvió a detenerse y Joanne nos miró con los ojos brillantes, como si estuviera muy orgullosa de haber sido capaz de entender el mensaje—. ¡Morirás virgen!

—¿Qué mensaje es éste? ¿Es una advertencia? ¿Una maldición? —Los ojos de Marie estaban muy abiertos y asustados—. ¿Voy a morir virgen porque voy a morir joven?

El vaso se deslizó a toda velocidad por encima del tablero hasta marcar el “No”. Una vez ahí, se detuvo, como si esperara la siguiente pregunta.

—¿Entonces por qué? —preguntó Marie.

De nuevo sentí el empuje del vaso bajo mi dedo. Tuve ganas de apartar la mano del vaso, levantarlo del tablero y estampárselo a Megan en su preciosa cara por estar riéndose de mi amiga, pero algo me hizo quedarme paralizada. Había alguien más en el salón, alguien que acababa de acudir a

visitarnos. Noté una leve brisa fría acariciando mi nuca y un leve aroma a peonías.

—POR-FE-A —seguía leyendo Joanne.

Las dos amigas estallaron en carcajadas. Marie quitó el dedo del vaso, ofendida, y me miró como si esperara que yo dijera algo, pero en aquel momento tenía cosas más importantes en las que pensar que en defender su orgullo herido. En el umbral del salón se estaba formando una figura humana. En un primer momento sólo fue una bruma vaporosa que parecía oscilar movida por una leve brisa, pero, poco a poco, fue cobrando consistencia hasta convertirse en una mujer alta y muy delgada. No tenía pelo y en su rostro envejecido y demacrado aún podían verse las huellas de un sufrimiento indecible. La mujer paseó una mirada confundida por el salón, hasta encontrarse con mis ojos sorprendidos. Cuando vio que la miraba, dio un par de pasos dentro de la estancia y me preguntó con voz desesperada:

—¿Tú me ves?

Durante unos segundos no supe cómo reaccionar. Escuchaba a Marie discutiendo con sus dos amigas como si estuvieran a un universo de distancia. Ni siquiera podía entender lo que decían. Sólo tenía ojos para aquel rostro macilento, para aquella mirada desesperada, para aquella figura translúcida... Observé con sorpresa que los muebles del salón se veían a través de ella. Era tan tenue como una cortina de lluvia, como una niebla que se disipa al amanecer y, sin embargo, para mí era la figura más real y potente de la habitación. Creo que habríamos podido permanecer así para siempre, hipnotizada cada una en la mirada de la otra, pero un brusco empujón de Marie me sacó del trance.

—Di algo, Eli. Diles que no tiene ninguna gracia.

Yo no podía decir nada. La figura de la mujer se estaba acercando a mí. Sus movimientos eran extraños, inconexos, como si fuera una grabación que se saltara fotogramas. Atravesó el salón, pasando a través de Joanne, que se estremeció afectada por un frío repentino, hasta colocarse frente a mí. Su mirada seguía fija en la mía mientras me gritaba una y otra vez:

—¿Tú me ves? ¿Tú me ves? ¿Tú me ves?

Asentí levemente para que las chicas no lo notaran. Esperaba que aquel fantasma se quedara satisfecho con mi reconocimiento de su presencia y que me dejara en paz, aunque estaba casi segura de que no iba a ser tan sencillo. Nunca lo era.

—Tienes que ayudarme —dijo la mujer, desesperada—. Tengo un mensaje.

Negué con la cabeza muy despacio. No iba a ayudarla, no iba a transmitir ningún mensaje. Tenía un puñetero tablero de ouija delante de ella para transmitir todo lo que le diera la gana. ¿Por qué no podía seguir el protocolo y dejarme en paz?

—¡Ayúdame! ¡Tienes que ayudarme! —gritó la mujer en mi oído.

Yo volví a negar con la cabeza. Joder, sólo quería que me dejara en paz. Todo aquello me pasaba por gilipollas. Llevaba toda la vida conteniendo a aquellos seres y, ante la presión de unas bobas que ni siquiera me importaban, levantaba todas las protecciones y me ponía a jugar con la ouija, abriéndoles la puerta de par en par.

La mujer seguía aullando en mi oído, cada vez con más fuerza. Sus gritos, lamentos y chillidos me estaban volviendo loca. Me agarré con fuerza a la esquina de la mesa, como si buscara la forma de aferrarme a algo real y tangible que me anclara al mundo físico, cerré los ojos y respire de forma

lenta y profunda varias veces.

—¿Qué te pasa Eli? —preguntó Marie, preocupada.

—Le estará dando un ataque o algo a la tía rara —contestó Megan con desprecio—. Eli, Eli... La Tierra llamando a Eli. ¿Nos recibes?

Yo continué en silencio, concentrada en mantener la calma e imponer mi voluntad al espíritu que me rondaba. La mujer giraba alrededor de mi cuerpo, rugiendo y gritando, me atravesaba de lado a lado como una brisa helada, trataba de tocarme... Sabía muy bien lo que estaba intentando. Quería poseerme, ocupar mi cuerpo para transmitir su puto mensaje. No iba a permitírselo. Cuando uno deja que un espíritu entre, nunca sabe cuándo va a salir.

—Deja de hacer el gilipollas, Eli. ¿Es que quieres asustarnos? Si lo que buscas es llamar la atención, no lo vas a conseguir —chilló Megan.

Abrí los ojos y le dirigí una mirada llena de furia. Ya tenía bastante con aguantar los ataques y aullidos del ente que trataba de poseerme como para tener que soportar además los gritos de una cría histérica.

—Déjame en paz, Megan —le advertí.

—¿Qué vas a hacer si no lo hago? ¿Te vas a atrever a tocarme, patética? Sólo estás en mi casa por caridad.

Aquello me sacó de mis casillas. Yo no tenía ninguna gana de estar en su casa ni de tratar con ella. Además, todo lo que estaba pasando era culpa suya, que era quien se había empeñado en jugar a la ouija. Sólo estaba tratando de protegerlas y de no asustarlas y Megan no me lo estaba poniendo nada fácil.

—Venga, dime qué me vas a hacer si no te dejas en paz. —Me dirigió una sonrisa de autosuficiencia que acabó por colmar mi paciencia—. ¿Vas a

enfadarte y llorar?

Me limité a asentir para indicarle al fantasma que transmitiría su mensaje. No tenía por qué comerme aquello yo sola. Ellas habían querido contactar con los espíritus, vivir emociones fuertes, jugar con cosas que no conocían... De acuerdo: deseo concedido.

—El abuelo de Marie no ha venido a darle ningún mensaje, pero algo ha acudido a vuestra llamada. Hay un espíritu aquí con nosotras —contesté sin apartar los ojos de la mujer—. Es una mujer alta y muy delgada. Parece muy enferma y no tiene pelo.

—Eso no tiene gracia —me cortó Megan.

—Lleva puesto un camisón largo de color crema con pequeñas margaritas rosas...

—He dicho que no tiene gracia. Cállate.

—¿Es tu madre, Megan? —En aquel momento era mi cara la que lucía una sonrisa de suficiencia—. Murió de cáncer, ¿verdad? Pues está aquí y tiene un mensaje para ti.

—¡He dicho que te calles!

Las lágrimas empezaron a rebosar de los ojos de Megan. Por un segundo, me sentí culpable y pensé que quizá debería callarme, aunque, tras haber accedido a transmitir el mensaje del fantasma, me resultaría muy difícil librarme de ella si no lo hacía.

—¿Crees que te vamos a hacer más caso porque vengas diciendo que hablas con los muertos? —continuó Megan—. Sigues siendo igual de triste y de patética. Sólo estás aquí porque Marie nos lo suplicó.

Aquellas palabras consiguieron que mi paciencia se acabase y que mis

reparos a la hora de hacerle daño desaparecieran por completo. Ladeé la cabeza para escuchar con claridad el mensaje que el espíritu quería transmitir y empecé a hablar.

—Tu madre quiere que te diga que ella no educó a una buena chica católica para que dejase que Johnny Andreotti le metiese la mano dentro del sujetador en la primera cita.

—Cállate la puta boca. ¿Es que estás loca? —Megan se puso de pie y golpeó la mesa con ambas manos.

—También dice que no permite ese vocabulario en su presencia — continué hablando para demostrarle a Megan que sus ataques de mal genio no me impresionaban en absoluto—. Tiene otro mensaje muy importante para ti y quiere que lo escuches. Antes de morir, te hizo prometer que le darías sus pendientes de perlas a tu hermana pequeña, pero decidiste quedártelos. Quiere que se los devuelvas y que te avergüences de haberle fallado a la promesa que le hiciste a tu madre en su lecho de muerte.

—¡Que te calles! —La cara de Megan se había vuelto de color escarlata—. ¡Vete de mi casa!

—Yo no he hecho nada. Sólo estoy transmitiendo lo que me está diciendo tu madre.

—¡FUERA!

Megan rodeó la mesa en un par de zancadas y se lanzó sobre mí. Yo me levanté de la silla y alcé las manos, tratando de pararla, pero ella me empujó con todas sus fuerzas y me hizo retroceder hasta la pared. Me agarró por la camiseta y empezó a zarandearme, totalmente fuera de control.

—Retira todas esas mentiras que has dicho. ¡Retíralas!

—Sabes que no son mentiras. Por eso estás tan enfadada.

Megan se puso aún más furiosa con mis últimas palabras. Volvió a zarandearme con tanta fuerza que mi cabeza se agitó adelante y atrás como si yo fuera una muñeca de trapo. En uno de los zarandeos mi cabeza chocó contra la pared. Sentí un lanzazo de dolor y un leve mareo, que hizo que toda la habitación perdiese definición durante unos segundos. Cuando me recuperé, Megan seguía gritándome y empujándome, mientras Marie y Joanne trataban de detenerla, cada una colgada de uno de sus brazos. Me sentí furiosa y la empujé para que me dejara en paz.

—Si vuelves a tocarme, te mato —le grité—. Sabes que lo que estoy diciendo es verdad.

—No lo es. No eres más que una puta amargada y una mentirosa. Me las pagarás por esto.

Una ráfaga de viento helado cruzó el salón, apagando las velas. Todas nos quedamos paralizadas, sumidas en la oscuridad. Escuché a Marie gimotear a mi lado, aterrada, y busqué su mano en la oscuridad para reconfortarla.

Las luces de la lámpara empezaron a encenderse y apagarse. La puerta del salón se movió empujada por una mano invisible y se cerró con un fuerte portazo que hizo que todas gritáramos asustadas.

—¿Esto también es una de mis mentiras? —pregunté, enfrentándome a Megan—. Tu madre ha estado aquí esta noche. Es tu puto problema si quieres escuchar su mensaje o no. Yo me voy. ¿Vienes, Marie?

Mi amiga continuó paralizada unos segundos más antes de negar con la cabeza y mirar avergonzada al suelo. Yo resoplé, sin estar segura de si me sentía más enfadada o más dolida, y me dirigí a la puerta del salón.

—Un último consejo: tenéis que destruir el tablero por si alguna entidad

ha quedado atrapada. Lo mejor es quemarlo. —Las tres me miraron como si fuera el mismísimo Satanás reencarnado. Me limité a encogerme de hombros —. Haced lo que os dé la gana. No es asunto mío.

Recogí el abrigo y salí a la calle. Hacía mucho frío y un fuerte viento soplaba tras cada esquina, levantando remolinos de hojas secas en las aceras. A pesar de ello, todavía se podían ver cuadrillas de niños disfrazados de demonios, brujas y fantasmas aporreando las puertas de sus vecinos al grito de “truco o trato”. Me abroché el abrigo y recorrí el camino de vuelta a casa lo más rápido que pude. Siempre había odiado la noche de *Halloween* y aquella manía de la gente de celebrar cosas que no comprendía. Sospechaba que, después de lo que acababa de suceder en casa de Megan, a partir de aquel día iba a odiarlo todavía más.

CAPÍTULO DOS

Tal como había imaginado, la mañana siguiente en el instituto fue un infierno. Lo sospeché nada más salir de casa, cuando no vi a Marie esperando al borde de mi jardín como llevaba haciendo todas las mañanas desde que éramos crías. Intenté mentirme a mí misma, decirme que quizá se había puesto enferma o se había quedado dormida, pero sabía que no era verdad.

La vi en cuanto entré en el patio. Allí estaba, riéndose con los comentarios de Megan y agarrada del brazo de Joanne. Sentí tal asco que un amargo sabor a bilis me inundó la boca. ¿Es que no tenía orgullo? Aquellas chicas se habían estado riendo de ella la noche anterior. En su propia cara, sin excusas, sin disimulos... Parecía que a ella le daba igual con tal de poder pertenecer al grupo de las tías populares del instituto. No supe decidir si me daba pena o asco.

Pasé a un par de pasos, esperando que me viera y me llamara o me diera alguna explicación, pero ninguna de ellas reaccionó. Siguieron con su charla y sus bromas como si no me vieran, como si lo que acababa de pasar por su lado no fuera más que un tenue fantasma.

Marie no se sentó a mi lado en ninguna de las clases ni estuvo conmigo en el patio durante el descanso. Mentiría si dijese que me dio igual. Aquellas horas de aislamiento me sirvieron para darme cuenta de lo sola que estaba en el mundo. De alguna manera, me enseñaron humildad. Llevaba toda la vida viéndome a mí misma como un alma caritativa que había acogido a Marie cuando nadie la quería. Estar con ella siempre me había hecho sentir buena, generosa, orgullosa de mí misma... En aquel momento me di cuenta de todo lo

que Marie había hecho por mí durante aquellos años. Yo también era una criatura abandonada, indefensa frente al mundo, sola y desamparada. Mientras me fijaba en todo el bien que le hacía a Marie por acompañarla, no me había dado cuenta de todo el bien que me hacía ella. Quizá se había cansado de ser la que debía gratitud y había decidido que era su momento para buscar otro lugar en el mundo, un lugar en el que ser tratada de igual a igual. Lo que me daba más pena era que había ido a buscarlo al lugar equivocado.

A la hora de comer, decidí hablar con ella. Si ya no quería ser mi amiga, lo aceptaría, pero debía advertirle de que Megan y Joanne sólo le harían daño. Cogí una bandeja, hice cola pacientemente hasta que la llenaron con un puré de patata con el que podrían construirse catedrales y un cacho de algo que aseguraban que era carne y con la comida en las manos busqué la mesa en la que Marie se había sentado.

Tal y como había esperado, no estaba en nuestra mesa de siempre, la que llevábamos compartiendo desde nuestro primer año en el instituto. Estaba sentada cerca de los ventanales en la mejor mesa del comedor, con las alumnas más populares. Me quedé unos segundos paralizada mientras los demás alumnos me esquivaban o me empujaban. Marie estaba contando algo con los ojos brillantes y una gran sonrisa en el rostro. El sol del mediodía entraba por las ventanas y arrancaba reflejos cobrizos a sus rizos castaños. Estaba muy guapa, resplandeciente. Ya no era un patito feo. Incluso destacaba entre los cisnes. ¿Cómo no me había dado cuenta de que ya no tenía nada que hacer a mi lado?

A pesar de que sentía que una parte de mi alma de niña se moría en aquel momento, no quise marcharme del comedor sin hablar con ella. Merecía una explicación a cambio de todas aquellas tardes construyendo castillos con los cojines del sofá de su salón, por aquellos momentos en los que yo le leía

libros mientras ella apoyaba su cabeza en mi hombro, por los secretos compartidos, las lágrimas en común por las pérdidas y los corazones rotos, por esos sueños de un futuro en el que nunca nos separaríamos... Me puse en marcha con paso decidido y me planté al lado de su mesa. Las conversaciones y las risas se fueron apagando según yo me acercaba. Me sentí como una maldición bíblica capaz de agostar cosechas.

Marie continuó hablando unos segundos, hasta darse cuenta de que todas las demás estaban en silencio. Siguió sus miradas hasta encontrarse conmigo. Ella también quedó muda. Agachó la cabeza, recogió su tenedor de la mesa y empezó a comer, fingiendo que yo no estaba allí.

—¿Podríamos hablar un momento a solas, Marie?

Ella se metió un trozo de carne en la boca y masticó despacio, en un intento de ganar tiempo para no tener que contestarme. Temí que no quisiera dirigirme la palabra, que estuviera esperando que fueran Megan, Joanne o cualquiera de las otras las que me dijeran que me marchara. Paseé la mirada por el rostro de las demás y vi risas contenidas, miradas maliciosas... Sabían que Marie me estaba haciendo daño, esperaban que lo hiciera, que me destrozara allí mismo. Me sentí furiosa y decidí que, si quería herirme, iba a necesitar algo más que el silencio. No iba a marcharme sin una respuesta.

—Si no me diriges la palabra ahora, no vuelvas a hablarme en toda tu puta vida —la amenacé.

—No tengo nada que hablar contigo, Eli. Ni ahora ni nunca —contestó al fin Marie, irguiéndose en la silla y dirigiéndome una mirada orgullosa y cargada de odio.

No supe qué decirle. No esperaba aquello de ella. Podía haber esperado su silencio cobarde o que dejara que sus amigas intentaran destrozarme, pero

aquello no. No entendía nada. Yo nunca le había hecho daño. Siempre había tratado de estar a su lado, de apoyarla... Entonces lo comprendí. Era un rito de iniciación, una prueba para entrar en el grupo. Yo era la víctima que Marie debía sacrificar, no era otra cosa que el cordero que ha de ser torturado y desangrado hasta la muerte para regocijo del grupo. Empecé a escuchar risitas y voces a mi alrededor. Me sentí tan llena de rabia que estampé la bandeja de comida contra la mesa, haciendo que todas sus ocupantes pegaran un bote y me miraran como si estuviera loca.

—Que te den por el culo, Marie —susurré entre dientes tras inclinarme hacia ella para estar segura de que me oía.

—¿Es que no lo has oído, tarada? Lárgate —me ordenó una de las chicas.

—Sí, márchate, bruja.

—Que te pires, tía rara.

—Vete de aquí, pirada.

—Márchate, Eli —las secundó Marie—. Olvídame y déjame en paz.

Con esas palabras Marie selló su pacto con el nuevo grupo. Dos simples frases le sirvieron para terminar con años de amistad. Me pareció que su labio inferior temblaba un poco, que la voz se le quebraba en las últimas palabras, que sus ojos brillaban de una manera extraña... Es muy posible que lo imaginara. Necesitaba sentir que a ella también le dolía aquella traición.

Recogí mi bandeja, me di la vuelta y caminé con la cabeza alta hacia la salida del comedor. Escuchaba risas y cuchicheos procedentes de todas las mesas. Entre los susurros, similares al sonido de un nido de serpientes, me parecía distinguir una y otra vez las mismas palabras. Bruja. Pirada. Tarada. Tía rara. Bruja. Pirada. Tarada. Tía rara...

Iba a salir cuando me di cuenta de que aún llevaba la bandeja de comida en las manos. La miré extrañada, como si no supiera de dónde había salido. La sola idea de comer me producía náuseas. Sólo quería escapar, marcharme de allí y correr a casa para refugiarme en mi habitación y no salir nunca más, pero mi mente estaba tan confusa que durante unos segundos no supe qué hacer con aquella bandeja. Algo tan estúpido como una bandeja de comida se había convertido en un obstáculo insalvable que me impedía escapar. Por suerte, mi cuerpo pareció reaccionar sin necesitar la intervención de mi nublada mente. Dejé la bandeja encima de la mesa más cercana y salí del comedor, tratando de caminar con paso digno, de disimular con andares de reina ofendida lo que no era otra cosa que una huida.

En cuanto cerré las puertas del comedor a mi espalda, eché a correr por los pasillos del instituto. Los ojos me escocían como si estuvieran destilando ácido, pero no quería que nadie me viera llorar. Tenía que aguantar hasta llegar a casa.

Sabía que me estaba metiendo en un lío por escaparme del instituto sin dar ninguna explicación. Lo mejor habría sido pasar por la enfermería y explicar que me sentía mal y me iba a casa, pero no podía esperar tanto tiempo. En aquel edificio ya no había aire para mí. Me parecía que las sonrisas de todas las personas con las que me cruzaba estaban teñidas de burla. Sus miradas me herían como si fueran radioactivas. Tenía que salir de allí.

Conseguí traspasar las puertas del instituto sin que nadie me detuviera. Corrí hacia mi bicicleta y, tras luchar contra el temblor de mis manos, conseguí soltar el candado y montar en ella. Pedaleé lo más rápido que pude por la estrecha carretera rodeada de bosques hasta llegar a *First Street*. Una vez allí, me sentí más tranquila, como si hubiera temido que alguien fuera a

salir del instituto para alcanzarme y obligarme a regresar.

Me coloqué en el arcén y continué con la compañía de los árboles que bordeaban la carretera y los postes eléctricos, cuyos cables parecían señalarme el camino a casa. Después de pasar la gasolinera y cruzar por debajo del puente de la interestatal 89, el tráfico empezó a ser más abundante. Aunque no había más de una milla para llegar hasta el pueblo, el camino se me hizo largo y aburrido. Durante todos aquellos años lo había hecho en compañía de Marie. Aquellos minutos no habían sido tiempo perdido. Habían formado parte de nuestro día, los momentos en los que aprovechábamos para hablar de las cosas del colegio, de lo que habíamos hecho el fin de semana, de nuestras series de televisión favoritas... Ahora ella ya no estaba y no volvería a estar. Dedicué todas y cada una de aquellos yardas recorridas a decirme a mí misma que no me importaba, que no necesitaba a Marie para nada, que estaba mucho mejor sola...

Volví a aumentar la velocidad al llegar a *Liberty Street*. En cuanto entré en el patio de casa, dejé la bicicleta tirada y corrí dentro. Sabía que mi madre estaría trabajando y que todavía le quedaban varias horas para regresar, así que tenía tiempo de sobra para tranquilizarme e inventar una buena excusa para haber perdido medio día de clase.

Subí a mi habitación, recogí la caja de música de encima de la cómoda y me senté en la cama. La coloqué sobre mi regazo y acaricié su suave superficie de madera envejecida. Con un cuidado infinito, levanté la tapa. La bailarina de su interior se desplegó como si me saludara. Su figura estaba un poco amarillenta y el tul de su vestido era tan antiguo y delicado que parecía que podría deshacerse si respirabas demasiado cerca, pero seguía siendo preciosa. Cuando le di cuerda, las agudas notas del Claro de Luna de Debussy llenaron la habitación. Tras contenerlas durante tanto tiempo, por fin pude

dejar que mis lágrimas corrieran libres.

—¿Qué ha pasado, Eli? —preguntó mi abuela.

—No es nada. No te preocupes.

—La gente no llora por nada. Ven aquí y cuéntamelo.

Me giré y traté de sonreír a pesar de las lágrimas. Mi abuela estaba sentada en la mecedora al lado de la ventana, tratando de aprovechar la luz para hacer uno de sus complicados bordados. Ella me devolvió una sonrisa cargada de ternura, dejó el bordado sobre la falda y entrelazó las manos en su regazo, esperando a que yo me acercara y le contara lo que me había pasado. Me levanté de la cama, caminé hacia ella y me senté en el suelo, a sus pies.

—Marie tiene amigas nuevas. Ya no quiere verme más...

—No puedo creerlo. Si llevabais toda la vida juntas...

—Lo sé. —Solté un largo suspiro antes de seguir hablando. Me daba vergüenza contar lo que había pasado—. Todas se han reído de mí en el comedor. Me han llamado loca, pirada, bruja...

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ayer estuvimos en casa de Megan. Se empeñaron en hacer ouija. —No tuve ni que mirar a mi abuela para saber que estaba frunciendo el ceño—. Intenté detenerlas, pero no me hicieron caso. El fantasma de la madre de Megan se apareció y me pidió que le transmitiera unos mensajes.

—Dios, Eli... Te he advertido mil veces de que no lo hagas. La gente no está preparada para recibir mensajes de los difuntos. Dicen que quieren hablar con ellos, utilizan la ouija o hacen sesiones de espiritismo, pero, en realidad, en lo más profundo de su alma, tienen miedo y no quieren saber nada de esas cosas.

—Lo sé, pero Megan se estaba portando fatal con Marie. —Me encogí de hombros, tratando de quitarle importancia—. Creo que quise darle una lección, pero me ha salido fatal.

—No pasa nada, Eli. Todo esto se olvidará.

—Sé que no. Seré el hazmerreir del instituto todos los meses que quedan.

—No será para tanto. Surgirán nuevos chismorreos, ya lo verás. Y no te preocupes tampoco por Marie. Encontrarás amigas nuevas.

—No quiero amigas nuevas. Nunca volveré a confiar en nadie.

—No digas tonterías. Conocerás más gente, harás nuevos amigos, te enamorarás... Algunas de esas personas te harán muy feliz y otras te romperán el corazón. Es ley de vida.

—Pues la vida es una mierda.

—No es una mierda, Eli. Es un riesgo, es una aventura... Hay que arriesgarse, porque lo contrario no es vida. De todos modos, no debes preocuparte. Tú tienes una ventaja sobre los demás.

—¿Seguro? —pregunté, incrédula—. ¿Qué ventaja?

—Que, por muchas veces que te rompan el corazón, siempre me tendrás a tu lado para ayudarte a recoger los pedazos.

CAPÍTULO TRES

A pesar de las consoladoras palabras de mi abuela, la realidad pronto me demostró que yo tenía razón en que la vida era una mierda. Bueno, quizá no la de todos, pero sí la mía en aquella época. Tal y como temía, no encontré nuevas amigas y no fue porque yo hubiera cerrado mi corazón y no quisiera conocer a nadie. Sencillamente nadie quería conocerme a mí.

Los rumores continuaron extendiéndose por el instituto. No sé qué contarían Megan y sus amigas sobre lo que sucedió aquella noche, pero la gente que se cruzaba conmigo por los pasillos parecía tenerme miedo. Muchos se apartaban a mi paso y se quedaban pegados a la pared, como si trataran de pasar desapercibidos. Cuando les sobrepasaba, siempre conseguía distinguir las mismas palabras susurradas. La bruja, la loca, la pirada...

Incluso algunos profesores me miraban de manera diferente. No sé si fue porque no tenía nada mejor que hacer que estudiar o porque me tenían miedo, pero mis notas subieron. Fue lo único positivo de aquellos meses. Por otro lado, además de destrozar mi reputación en el instituto, Marie y sus nuevas amigas se encargaron de extender rumores sobre mí por todo el pueblo. En un par de semanas, todos los padres de los niños a los que les hacía de canguro fueron llamándome para decirme que ya no me iban a necesitar con las más diversas excusas: que su abuela se encargaría de ellos; que su situación económica había empeorado y ya no podían costear ese gasto; que el niño ya era lo bastante mayor para quedarse solo en casa un par de horas... Yo les decía que no importaba mientras sentía cómo la rabia me consumía las entrañas. ¿A qué venían aquellas mentiras? Al menos podrían haber tenido el valor de decirme a la cara lo que pensaban: que no querían dejar a sus niños

con una chica que hablaba con los muertos.

Luché por convencerme a mí misma de que no me importaba, de que la situación me divertía. No eran más que una pandilla de estúpidos ignorantes, de paletos capaces de asustarse por cualquier cosa. Intentaba decirme a mí misma que no me afectaba, que no me dolía, que me daba igual ser la “apestada” del pueblo. Si ellos no querían acercarse a mí, perfecto. Yo tampoco quería acercarme a nadie.

Empecé a vestir de negro y a dejarme el pelo suelto y descuidado, cubriéndome la cara. No sé si trataba de acrecentar mi imagen de bruja oscura y peligrosa o de fundirme con el paisaje y que todo el mundo me dejara en paz. Estaba sola en clase, en el patio, en el comedor... Para hacer mi experiencia de aislamiento aún más completa me compré un walkman y me pasé los siguientes meses escuchando una y otra vez las cintas de mis artistas favoritos. Como no tenía a nadie con quien salir, me gastaba mi paga en cada nuevo disco que se estrenaba: *The unforgettable fire* de U2, *Ride the lightning* de Metallica, *Alchemy* de Dire Straits... Escuché tantas veces aquellas canciones que podía tararear los punteos de guitarra sin fallar una nota.

Cuando me sentía sola, dolida y traicionada, me repetía a mí misma que sólo quedaban unos meses más. Estaba en el último año de instituto. En cuanto me graduara, elegiría la universidad más alejada y me marcharía para siempre de aquel puto pueblo. Aquello era lo único que me daba esperanzas y fuerzas para continuar.

Pasé así varios meses, pensando que mi vida se compondría tan sólo de música, estudios y soledad hasta que pudiera liberarme. Pero entonces apareció Kev.

¿Qué puedo decir de Kev? Sé que pensaréis que exagero cuando os diga que era el tío más perfecto que podáis imaginar. Tenía el pelo castaño con reflejos rubios. Lo llevaba muy corto por detrás, pero la parte de arriba estaba formada por un cúmulo de adorables rizos que te hacían pensar en los querubines de los cuadros. Su sonrisa era increíble, con los dientes tan blancos como los de un anuncio de dentífrico. Y sus ojos... Eran del color de un tarro de miel cuando miras el sol a través de él. Incluso tenía un adorable hoyuelo en la barbilla.

Pensaréis que, con todas aquellas cualidades, sería un chulo^[1] y un prepotente. Para nada. Era el tipo de persona que siempre estaba sonriendo y era amable con todo el mundo. Todos querían hablar con él, escucharle, estar a su lado... Él siempre tenía un momento para todos, para derrochar un poco de su carisma con los demás. Supongo que es fácil ser encantador cuando la vida te sonríe.

Sé lo que estaréis pensando: que yo le veía así porque estaba enamorada de él. No era así en absoluto. Yo no estaba enamorada de Kev porque la sola idea era ridícula. Él estaba fuera de mi alcance, en otro universo en el que yo ni existía. Enamorarme de él habría sido tan grotesco como que una ornitorrinca se enamorase de un unicornio.

Por eso me resultó tan extraño que aquel día se me acercara en el patio. Tenía el sol detrás, dorando su pelo como si tuviera el aura de un ángel. Yo, por el contrario, tuve que entrecerrar los ojos para no quedar deslumbrada como un topo. Él pareció no darse cuenta. Me sonrió como si le hiciera inmensamente feliz verme, se sentó a mi lado y me tendió la mano. Le vi mover los labios, pero no entendí ni una palabra. Llevaba los cascos puestos y en mis oídos sonaba el solo de piano de *Tunnel of love*. Levanté una mano para pedirle tiempo y detuve el walkman.

—Perdona, no te he oído.

—Te decía que soy Kev. Tú eres Eli, ¿verdad? —dijo él mientras mantenía su mano tendida.

—Sí, ya sé quién eres. —Me resistí durante un segundo a darle la mano, pero su sonrisa sincera venció mi desconfianza—. Estamos juntos en clase de francés.

—Lo sé. Ya me había fijado en ti, pero no nos habíamos presentado formalmente.

Me le quedé mirando con el ceño fruncido. ¿Qué quería? No podía creer que se hubiera fijado en mí ni que quisiera conocerme. Aquello debía de ser una broma de Megan y sus amigas. Paseé la mirada por el patio, tratando de descubrirlas riéndose desde alguna esquina, pero no estaban. Aún así, seguía sintiéndome incómoda. Decidí terminar la conversación cuanto antes y volver a la seguridad de mi soledad y mi música.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Necesitas mis apuntes?

—No. Sólo quería hablar un rato. ¿Tan raro es? —preguntó él, sorprendido.

—Sí. Es rarísimo. Por si no te has dado cuenta, nadie quiere hablar conmigo.

—Ya, lo sé. Me parece que están siendo muy injustos contigo.

—¿En serio? Estás hablando con la bruja, la loca, la pirada...

—Bueno, yo creo que hay gente con capacidades especiales y que deberíamos admirarlas y tratar de aprender de ellas. Si los demás te dicen esas cosas tan horribles, es porque te tienen miedo.

No podía creer lo que estaba oyendo. Aquel chico me consideraba

especial y digna de admiración. Tuve ganas de devolverle la sonrisa, pero seguía temiendo que todo aquello no fuera más que otra broma cruel. Decidí seguir desconfiando, a pesar de que, cada vez que miraba sus ojos, me resultaba más y más difícil.

—¿Capacidades especiales? ¿Has oído las cosas que se cuentan de mí?

—Sí, he oído que eres capaz de ver fantasmas y comunicarte con ellos.

Lo dijo en un tono tan normal como el que comenta lo que tiene planeado comer al mediodía. Yo negué con la cabeza e hice un movimiento para levantarme y marcharme. Me notaba débil, a punto de sonreírle, de contarle lo sola que me había sentido y la falta que me hacía que alguien me aceptase. Aquello habría sido equiparable a desnudarme frente a él, a abrirme y permitir que volvieran a hacerme daño. No estaba preparada para aquello.

—Tengo que irme —susurré mientras esquivaba su mirada—. Se me hace tarde.

—No, no te vayas. —Él me agarró por el brazo y me obligó a sentarme de nuevo—. Perdona, pero es importante para mí hablar contigo.

Su semblante serio y la urgencia de su voz me tranquilizaron. Aquel chico necesitaba algo de mí. Aquello tenía más sentido que la idea de que se había acercado para ofrecerme su amistad.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté en un tono aún más brusco de lo que me habría gustado.

—Joder, no sé cómo decir esto... Va a parecer que estoy loco.

Kev apoyó los codos en sus rodillas y se cubrió la cara con las manos. Todo su carisma y seguridad parecían haberse desvanecido, pero, por alguna extraña razón, verle así de vulnerable sólo hizo que me pareciese aún más

encantador.

—Bueno, la gente también cree que yo estoy loca. Estamos entre colegas.

Él apartó las manos de su cara y me miró como si me evaluara. Pareció gustarle lo que vio, porque su indescriptible sonrisa volvió a aparecer.

—Está bien... Lo intentaré... —Resopló con la cabeza echada hacia atrás, buscando fuerzas para hablar—. Es mi hermana pequeña, Molly. Necesito que me ayudes.

Se metió la mano en el bolsillo trasero de los pantalones, sacó la cartera y la abrió. Me pasó una foto un poco arrugada por los bordes en la que se veía a una cría de unos once o doce años con una larga melena rubia. Tenía los ojos del mismo color de los de Kev y una sonrisa igual de arrebatadora. Le devolví la foto mientras me avergonzaba de envidiar a aquella niña. Era perfecta, preciosa, el tipo de chica a la que la vida le sonrío, la que nunca tendría que pasar sus ratos de patio a solas.

—¿Qué le sucede? —pregunté mientras fingía desinterés mirando a unos chicos que ensayaban tiros libres.

—No sé cómo contártelo. Tienes que verlo para creerlo.

—¿Me estás pidiendo que vaya a tu casa?

—Sí, por favor. ¿Podrías pasarte esta tarde?

Su tono fue tan desesperado que asentí casi sin darme cuenta. Él volvió a dirigirme una de sus sonrisas mientras tomaba mis manos y las apretaba con fuerza para transmitirme su agradecimiento.

—Muchas gracias por ayudarme, de verdad.

—Todavía no he dicho que vaya a ayudarte —le dije para tratar de

rebajar su entusiasmo—. Ni siquiera sé en qué quieres que te ayude ni si voy a poder hacerlo. Me pasaré por tu casa, pero no me comprometo a nada.

—Con eso es suficiente. ¿Nos vemos esta tarde a las cinco?

Yo asentí y él se levantó y se marchó. Mientras le veía alejarse, comencé a reñirme a mí misma. ¿En qué me estaba metiendo? ¿Qué quería de mí? ¿Por qué me estaba dejando liar por aquel chico? Era cierto que tenía una sonrisa preciosa y unos ojos hipnóticos y que los vaqueros le quedaban de miedo, pero nada de aquello sería para mí nunca. Cuanto antes lo aceptase, menos sufriría. Volví a ponerme los cascos y dejé que el final de *Tunnel of love* me hiciera olvidar todas aquellas dudas.

CAPÍTULO CUATRO

Kev vivía en *Maquam Shore*, en una preciosa casa a orillas del lago Champlain. Eso suponía una hora de viaje en bicicleta desde mi casa, lo que me dio mucho tiempo para pensar, preguntarme qué hacía yo metiéndome en aquel lío y plantearme mil veces si debía darme la vuelta.

Decidí seguir adelante. Le había prometido a Kev que iría para que me explicara su problema. Me juré a mí misma que, si en cualquier momento escuchaba o veía algo que me pareciese sospechoso, me marcharía. Seguía temiendo que aquello fuese una broma del grupo de Megan, una nueva manera de dejarme claro que no me querían en el instituto ni en el pueblo ni en todo el puto estado.

Me planteé que estaba portándome como una paranoica. Kev no me había hecho nada malo y me había hablado de manera amable, como se habla entre personas, como hacía mucho tiempo que nadie me hablaba. Me corregí de inmediato. Me daba igual ser injusta con él. Todo el mundo lo estaba siendo conmigo. Si algo de lo que me dijera aquella tarde me producía la más mínima sospecha, me daría la vuelta y me marcharía sin dar siquiera explicaciones. Seguramente aquello haría que me odiase desde aquel mismo momento y que tuviera otro enemigo más en el instituto, pero me daba igual. Si tus enemigos son incontables, no te preocupa que pueda aparecer uno más.

Cuando llegué a la dirección que Kev me había indicado, detuve la bici y me quedé un rato mirando la casa desde el camino que llevaba hasta ella. Parecía que a aquella familia la vida le sonreía. No sólo tenían dos hijos adorables, sino que también poseían una casa de ensueño. El camino de

entrada cruzaba un prado de hierba bien cuidado en el que destacaban frondosos pinos cada pocos pasos. La casa estaba situada justo al borde del lago. Incluso tenía su propio embarcadero privado. Volví a pedalear mientras admiraba la vivienda, un edificio de color gris perla con las ventanas blancas y una chimenea roja que debía medir más de dos yardas.

Hice sonar un par de veces el timbre de mi bicicleta y Kev apareció en la entrada y me saludó con la mano. Bajó de un salto los escalones y se plantó a mi lado.

—No te imaginas lo feliz que me hace que hayas venido. Puedes dejar la bicicleta aquí mismo.

Me bajé de la bici y la apoyé contra la barandilla del porche. Él tomó mi mano y la apretó con fuerza. Noté que estaba indeciso. Su pulso temblaba un poco y tenía la vista clavada en la puerta, pero no dio ni un paso hacia ella. En aquel momento me di cuenta de que no mentía, de que no estaba tratando de gastarme ninguna broma cruel para convertirme de nuevo en el hazmerreir del instituto. Le pasaba algo, algo grave de verdad. Le devolví el apretón para transmitirle confianza.

—No te preocupes. No voy a hablar con nadie de lo que vea ahí dentro.

Él pareció reaccionar ante mis palabras. Asintió mientras tomaba un par de profundas bocanadas de aire, forzó una sonrisa y empezó a andar hacia la casa.

—Está bien. Espero que no te asustes. —dijo en un susurro—. Puede parecer peligrosa, pero no te hará nada.

—Estás con una bruja pirada —contesté para quitarle importancia—. ¿Crees que voy a asustarme?

Él volvió a asentir y, sin soltar mi mano, cruzó la puerta de entrada. En

cuanto di un paso dentro de la casa, el olor me golpeó como una bofetada. Era sencillamente asqueroso. Parecía que alguien se hubiera pasado años cocinando coles y aderezándolas con huevos podridos. Conocía aquel olor y no era bueno. Indicaba claramente que había una presencia maligna dentro de aquella casa.

—¿Tú también lo hueles? —le pregunté.

—Sí. Es repugnante. Hemos intentado limpiar y ventilar, pero el olor no se va.

Yo asentí sin decir nada más porque no quería asustarle. Para mí era habitual sentir el aroma de las presencias sobrenaturales, pero las personas “normales” no solían darse cuenta. Si la familia de Kev también podía percibirlo, el espíritu que les atormentaba debía de ser muy poderoso.

Me dejé guiar por Kev escaleras arriba. Sólo la puerta del final del pasillo estaba cerrada. Fui mirando las habitaciones al pasar. Todas las ventanas estaban abiertas, en un vano intento de hacer que aquel hedor abandonara la casa y fuera sustituido por algo de aire fresco. Según nos íbamos aproximando a la puerta cerrada, el olor se hizo más intenso y cambió un poco. Ya no olía a coles hervidas y huevos podridos. Apestaba a azufre.

Nos detuvimos unos segundos frente a la puerta. Estaba pintada en un bonito color lila y adornada con letras de colores en las que podía leerse el nombre de Molly.

—¿Preparada?

—Sí, vamos.

Él volvió a apretar mi mano, pero en esta ocasión no me dio la impresión de que lo hiciera para tratar de darme ánimos. Se agarraba a mí con la desesperación de un niño que teme perderse, con la urgencia con la que un

naufrago se agarraría al madero que pasa flotando a su lado.

Cuando abrió la puerta, nos encontramos en una habitación sumida en la penumbra. La persiana estaba bajada, dejando sólo unas rendijas por las que se colaban unos tímidos rayos de sol en los que danzaban partículas doradas de polvo en suspensión. El olor me golpeó con tal fuerza que tuve que cubrirme la nariz con la mano que tenía libre. A pesar de que la ropa de cama parecía limpia, el olor a vómito, orina y heces lo cubría todo.

Una figura se levantó entre las sombras y me sobresaltó. Ni siquiera me había fijado en la mujer que estaba sentada en una silla al lado de la cama. Se acercó a nosotros con un dedo apoyado en sus labios para pedirnos silencio y nos señaló al pasillo para indicarnos que la siguiéramos. Cuando salimos, la mujer dejó la puerta entreabierta y se quedó al lado, atenta a cualquier sonido que pudiera provenir de la habitación.

—Parece que ahora duerme tranquila —susurró—. ¿Ésta es la amiga de la que me has hablado?

—Sí, ésta es Eli. Te presento a mi madre.

—Puedes llamarme Grace —dijo ella.

Le tendí la mano. No me gustó la mirada que me dedicó aquella mujer. Estaba demasiado cargada de esperanza y temí que fuera a defraudarla.

—Creo que deberíamos entrar a verla, mamá —propuso Kev—. Prometemos no hacer ruido.

Ella pareció pensarlo unos segundos, pero después asintió y se apartó de la puerta. Kev tiró de mí y me hizo entrar en la habitación y acompañarle hasta situarnos al lado de la cama. Sentí que el estómago se me encogía al observar a la niña. No se parecía en nada a la fotografía que me había enseñado por la mañana. Su pelo estaba desgreñado, sucio y lleno de pegotes de sustancias

desconocidas sobre las que preferí no preguntar. Había perdido mucho peso. Los huesos se notaban claramente en su pálido rostro y sus clavículas parecían despuntar bajo la fina piel. Unas profundas ojeras de color morado se extendían bajo sus ojos. Los labios estaban secos, agrietados y llenos de llagas. Además, pude distinguir muchas heridas en su rostro, sus hombros y sus brazos. Había pústulas, arañazos, mordiscos... De repente me di cuenta de que tenía las muñecas atadas a los lados de la cama con unas correas de seguridad.

—¿La ha visto un médico?

—Uno no. Muchos. —La voz de la madre de Kev a nuestra espalda me hizo soltar un respingo—. Hemos hecho venir a especialistas de St. Albans, de Burlington e incluso de Montpellier. Le han hecho todas las pruebas posibles y todos han dado el mismo diagnóstico: no hay ninguna causa física que explique su estado.

Lancé otra triste mirada a la niña que reposaba en la cama mientras me armaba de valor para hacer la siguiente pregunta.

—Espero que no le moleste lo que voy a decirle, pero ¿han hablado con algún psiquiatra?

—Sí. Conseguimos que una afamada psiquiatra infantil de Burlington viniera a visitarla.

—¿Y qué les dijo?

—Que avisáramos a un sacerdote.

Me senté en el embarcadero con las piernas colgando. En aquel momento no quería pensar en nada. Me bastaba con respirar aire puro y disfrutar del modo en el que el viento rizaba las aguas del Champlain. Escuché los pasos de Kev

sobre las tablas del embarcadero y me giré hacia él. Se sentó a mi lado y me tendió una lata de coca-cola. Durante un par de minutos nos limitamos a estar sentados el uno al lado del otro.

Crucé las piernas sobre el embarcadero y me quedé mirándole. La influencia negativa de la casa parecía haberse desvanecido. Volvía a ser el chico de la sonrisa deslumbrante. Me dio pena tener que romper la paz que nos envolvía para hablar de nuevo sobre su hermana.

—¿Molly está siempre así?

—No, sólo durante el día. Lo peor llega en cuanto el sol empieza a ocultarse —Kev se estremeció ante el recuerdo y trató de ocultarlo dándole un largo trago a su refresco.

—¿Qué sucede entonces?

—Prefiero no contártelo. —Me esquivó la mirada y la clavó en el horizonte. Me pareció que observaba la altura del sol en el cielo, como si calculara el tiempo de paz que nos quedaba—. Es mejor que lo veas por ti misma. Mi madre nos avisará cuando empiece.

—Está bien —admití, encogiéndome de hombros—. ¿Llamasteis a un sacerdote?

—Sí. El padre Kelly nos hizo el favor de venir, a pesar de que no somos católicos. Fue él quien nos ordenó abrir todas las ventanas para que entrara el sol y se fueran las energías negativas.

—Pero la ventana de la habitación de Molly está cerrada...

—La luz le hacía daño. Era como si la quemase. Tratamos de ignorar sus gritos y protestas, pero, cuando vimos que empezaban a aparecer heridas y quemaduras en su piel, tuvimos que ceder.

—¿El padre Kelly hizo algo más?

—Sí, claro. Encendió velas, esparció incienso por toda la casa, rezó durante horas al lado de su cama... No sirvió de nada.

—¿Entonces se ha rendido?

—No. Ha puesto el caso en conocimiento de la Diócesis de Burlington. Nos ha dicho que volverá en un par de días con un exorcista. —Kev agachó la cabeza y soltó una risita nerviosa—. No puedo creer lo que estoy diciendo. Un exorcista en nuestra casa... Es una locura.

Apoyé una mano en su brazo para transmitirle que estaba a su lado y que le comprendía. Tenía que ser muy duro para él ver a su hermana pequeña en aquel estado y no poder hacer nada por ella.

—Hay algo que no entiendo —dije, haciendo que volviera a mirarme—. Si esos sacerdotes van a ayudaros, ¿para qué me necesitas?

—Bueno... Llevaba meses oyendo esos rumores sobre ti en el instituto: que eras una bruja, que podías hablar con los muertos... He estado investigando sobre ti y tu familia. Espero que no te moleste.

Me limité a encogerme de hombros mientras tomaba otro trago de coca-cola, como si aquello no fuera conmigo. Sabía que había habido rumores y habladurías sobre mi familia desde que nos asentamos en Swanton. Era algo con lo que estaba acostumbrada a vivir.

—Me contaron que provienes de una antigua estirpe de hechiceras, que muchas de tus antepasadas tenían poderes —continuó él.

—Sí, eso dicen.

—¿Es cierto que una de tus antepasadas era una de las brujas de Salem que consiguió escapar?

—Ni idea, pero no lo creo. Las brujas de Salem sólo fueron unas chiquillas históricas sin poder alguno asesinadas por gente ignorante y aún más histórica. No te creas lo que va diciendo la gente por ahí.

—No lo hago. —Él me miró con los ojos brillantes—. La prueba es que estoy aquí sentado contigo sin miedo a que vayas a echarme una maldición y convertirme en sapo.

—Vaya, eres muy valiente —bromeé.

—Tranquila, no voy a creerme ninguna de las estupideces que digan sobre ti. —Él se inclinó un poco hacia mí, haciendo que mi respiración se acelerase—. Quiero conocerte y saber más de ti, incluso aunque no puedas ayudarme.

Yo me sentí incapaz de seguir sosteniendo su mirada, así que agaché la cabeza para fijar la vista en el suelo del embarcadero. Él no se dio por enterado de lo mucho que me perturbaba su presencia. Alargó un brazo y, con un delicado gesto, apartó un mechón de mi cabello y me lo colocó detrás de la oreja.

—Tendrías que hacer algo con tu pelo. No deberías esconder una cara tan bonita.

No supe si sonreírle como una boba o soltar un comentario cortante y marcharme de allí. Odiaba cómo me hacía sentir. Despertaba en mí sentimientos que no quería experimentar, me dejaba indefensa con cada una de sus palabras. Sin embargo, por otro lado, me hacía sentir tan viva... Era como si me resucitara, como si rompiera el capullo de gusano en el que me había encerrado para liberar a la mariposa.

Por suerte, no tuve que contestarle nada. Su madre se asomó a una de las ventanas y nos llamó a gritos:

—Kev, Eli... ¡Venid rápido! Ha empezado.

CAPÍTULO CINCO

La madre de Kev nos esperaba fuera de la habitación con el rostro demudado. Se retorció las manos como si estuviera rezando desesperada mientras recorría el pasillo de arriba abajo. Cuando nos vio llegar, se abalanzó hacia nosotros y se abrazó a su hijo.

—Entra rápido —suplicó—. Creo que hoy es uno de los días malos.

Kev se lanzó hacia la habitación mientras Grace se quedaba a mi lado mirando hacia la puerta. Yo, sin saber si debía seguirle o no, puse una mano en el hombro de su madre para llamar su atención.

—¿Usted no entra?

—No... yo... yo... No puedo verla así.

Grace se derrumbó en mis brazos y comenzó a sollozar. Me quedé unos segundos abrazándola. No sabía qué podía decirle para mitigar su dolor. El llanto fue menguando y ella se soltó y retrocedió un par de pasos. Me pareció que se avergonzaba, porque trató de limpiar sus lágrimas y devolverme una sonrisa.

—Perdona. No sé qué me ha pasado.

—No hay nada que perdonar. Tiene que ser muy duro ver sufrir así a una hija.

—Sí, lo es. Entra con Kev, por favor. Yo estaré bien.

—De acuerdo. —Me encaminé hacia la puerta, pero, antes de entrar, me giré de nuevo hacia ella—. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarles. Se lo prometo.

Entré en la habitación y cerré tras de mí. Kev estaba sentado en la silla que antes ocupaba su madre y miraba hacia la cama con el rostro impassible. Molly seguía tumbada con los ojos cerrados, pero parecía debatirse en sueños, luchando contra las ligaduras. Su respiración también había cambiado. Ya no era la respiración tranquila de alguien que duerme, sino los estertores agónicos de un moribundo. De vez en cuando, soltaba un gruñido animal que no parecía provenir de una garganta humana.

Me acerqué despacio a Kev y le puse una mano en el hombro para transmitirle que estaba a su lado. Él apoyó su mano en la mía, pero no se giró. Permanecimos quietos y en silencio durante unos minutos con la vista clavada en Molly. Entonces ella abrió los ojos. A pesar de que pensaba que estaba preparada para cualquier cosa, no pude evitar un gemido de miedo. Aquellos ojos eran tan extraños... La parte blanca se había vuelto roja, como si todas las venas hubieran reventado. No me parecieron los ojos de una persona, no había inteligencia ni sentimientos en ellos. Parecían los ojos de un animal herido de muerte. Entonces cambiaron. No sabría decir exactamente en qué, pero, de repente, me di cuenta de que nos estaba mirando, de que nos veía. Me pareció detectar emoción en ellos, pero no eran emociones positivas. Nos odiaba y nos despreciaba al mismo tiempo.

—Kevin, Kevin... —llamó con un susurro infantil.

—¿Qué quieres, Molly? —preguntó él, inclinándose hacia ella.

—Desátame. Estas correas me hacen daño.

Yo aumenté la presión en su hombro, advirtiéndole de que no se acercara. Él se giró hacia mí y asintió para tranquilizarme. Supuse que no era la primera vez que ella le hacía aquella petición y que sabría cómo debía actuar.

—Kevin, suéltame, por favor —volvió a protestar ella. Su voz se había convertido en una súplica desesperada. Empezó a sollozar y de sus ojos brotaron lágrimas de sangre—. Me duele mucho. Suéltame.

—No puedo hacerlo, Molly. Lo siento.

—Suéltame, maldito hijo de puta.

Aquellas palabras me hicieron dar un paso atrás. No fue sólo que no esperase que una adorable niñita hablara de aquella manera. Su voz había cambiado. Se había vuelto más grave, más ronca.

—Sabes que acabaré soltándome y que, cuando lo haga, devoraré tus intestinos mientras aún estés vivo. Le sacaré los ojos a tu madre con mis propias manos y te los haré comer. Sé un buen chico y suéltame.

Kev se limitó a negar con la cabeza y a esconder la cara entre las manos, incapaz de seguir contemplando a aquel monstruo que había sido su hermana. Yo seguí mirándola con la boca abierta, sin poder creer lo que estaba viendo. Su voz había seguido cambiando. Ahora era la de un hombre adulto, pero no era sólo eso lo que me asustaba. Su tono parecía destilar el odio más puro que había oído en toda mi vida, como si toda la rabia y la agresividad del mundo se hubieran unido para crear aquella voz.

—Cabrón malnacido... Hijo de mil putas... ¡Escúchame!

Molly empezó a removerse con más fuerza en la cama, tirando de las correas con desesperación. Intentó girar el cuerpo y retorcerse, pero sus ataduras no cedieron. Pude ver que las heridas que se había hecho en las muñecas en ocasiones anteriores estaban volviendo a reabrirse con sus tirones. Toda la cama crujía y saltaba con sus movimientos. De repente, se quedó totalmente quieta durante unos segundos, mirando al techo. Ni siquiera pude percibir su respiración y tuve miedo de que acabara de morirse delante

de nosotros, pero entonces abrió la boca y soltó un grito angustioso que pareció rebotar contra las paredes. Cuando dejó de gritar, se quedó rígida como si se hubiera vuelto de piedra y, un instante después, empezó a convulsionar. Kev se levantó de la silla como impulsado por un resorte, se acercó a la cama y le agarró los brazos con fuerza.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó con voz suplicante—. Sujétale las piernas para que no se haga daño.

Tuve ganas de negarme. Creo que habría dado cualquier cosa por no tener que tocarla, pero no pude decirle que no. Agarré sus piernas con todas mis fuerzas y traté de evitar que se moviera. Era increíble la fuerza que tenía. Incluso atada y con dos personas sujetándola conseguía que toda la cama se moviera.

—Ya no tardará mucho más. Aguanta —me pidió Kev.

Asentí y seguí sujetándola, rogando para que las convulsiones fueran perdiendo intensidad, pero no sucedió así. Cesaron de repente, de una manera tan súbita como habían aparecido. Molly estaba quieta, con la cabeza caída hacia un lado y los ojos cerrados. Su respiración había vuelto a la normalidad e incluso me pareció que sonreía. Pensé que la cosa que la había estado poseyendo se había agotado con aquella demostración de fuerza y que quizá era el momento adecuado para tratar de hablar con ella, así que me aproximé a la cabecera de la cama, aparte un mechón de cabello que le cubría la cara y me acerqué a su oído para susurrarle.

—Molly, ¿estás ahí?

La niña se agitó un poco, como si estuviera dormida y se resistiera a despertar. Después se giró hacia mí, abrió sus ojos ensangrentados y empezó a reírse con esa voz que no podía ser suya.

—Molly está muerta. Devoré su alma y devoraré la tuya, bruja.

Salimos de la casa en silencio. Yo me aparté unos pasos y me quedé mirando el lago. Ya había anochecido del todo y no podía percibirse gran cosa, pero aquella superficie tranquila y oscura me proporcionaba algo de paz. Una brisa helada soplaba hacia la orilla. Me estremecí sin estar muy segura de si lo hacía por el frío o por el recuerdo de los horrores que había visto en aquella habitación. Noté que Kev se me acercaba por la espalda y que ponía su chaqueta sobre mis hombros.

—Muchas gracias, pero no hace falta. Me voy ya —dije, tratando de devolvérsela.

—¿Piensas que voy a dejarte volver en bicicleta con lo oscuro que está y el frío que hace? —Él me lanzó una mirada indignada—. ¿Por quién me has tomado? Soy un caballero.

—No es necesario, de verdad. No tardaré mucho y el paseo me vendrá bien para despejarme.

—Me da igual lo que digas. —Kev agarró mi bicicleta y empezó a empujarla hacia la parte trasera de la casa—. Si quieres hacer ejercicio, te recorres luego el pueblo tú sola, pero yo voy a dejarte en la puerta de tu casa.

Sonreí, me encogí de hombros y le seguí. No me parecía que fuera a ser fácil hacerle cambiar de opinión y, en realidad, tampoco tenía muchas ganas de pedalear por aquella carretera oscura durante una hora. Después de lo que acababa de vivir, todos mis nervios estaban en tensión. Bastaría que se me cruzara un conejo, apareciendo entre las sombras de los árboles, para que me diera un ataque de pánico.

—Ayúdame a subir la bici —me pidió Kev al llegar al lado de una

camioneta de color rojo.

Le ayudé y, cuando estuvimos seguros de que la bici no se movería, montamos en la parte delantera. Antes de arrancar, Kev conectó la música y *Material Girl* empezó a sonar por los altavoces.

—¿Madonna? ¿En serio? —pregunté, tratando de no reírme.

—Oye, a mí me gusta. ¿Qué tienes contra Madonna?

—No sé. Esperaba otra cosa de ti.

—Está bien. Ya lo cambio. —Kev sacó la cinta, rebuscó en la guantera y puso otra. Las primeras notas de *Still loving you* inundaron el coche—. ¿Mejor así?

—Infinitamente mejor. Muchas gracias. Ahora puedes arrancar estando seguro de que no me tiraré del coche en marcha.

Él negó con la cabeza y suspiró, fingiéndose enfadado. Condujo en silencio durante unos minutos mientras yo me dedicaba a mirar por la ventanilla. Los árboles que bordeaban la carretera parecían una masa oscura e indeterminada, una sombra siniestra en la que podría esconderse cualquier cosa. Sobre ellos se deslizaba una luna llena que iluminaba el paisaje. La noche tenía algo de magia, pero no me pareció que fuera magia blanca. Me alegré muchísimo de que Kev hubiera insistido en acompañarme.

—Eres una chica muy peculiar —dijo Kev, sobresaltándome.

—¿Qué quieres decir?

—No sé... Te gusta estar en silencio, no te ríes con cualquier cosa que digo, no tratas de impresionarme, criticas mi gusto musical... ¿Es que te caigo mal?

—No, no es eso —me apresuré a responder—. La verdad es que me

caes muy bien.

Sentí que me sonrojaba y agradecí que la cabina estuviera en penumbra. Creo que, incluso así, Kev se dio cuenta de que me había puesto nerviosa, porque capté un brillo divertido en el reflejo de sus ojos en el espejo retrovisor.

—Ya sabes que soy rara. Todo el mundo en el instituto te lo habrá advertido. No sé de qué te sorprendes.

—Lo he dicho como un cumplido. —Kev me guiñó un ojo a través del reflejo del espejo—. La verdad es que me gusta que no seas como las demás. Y lamento mucho que nos estemos conociendo en estas circunstancias tan desagradables.

—Tranquilo, no pasa nada. Solucionaremos lo de tu hermana.

Él detuvo la camioneta y yo miré fuera. Ya estábamos frente a la puerta de mi casa. No podía creer que el viaje hubiera sido tan rápido. Kev se bajó y abrió la parte trasera de la camioneta. Tras ayudarme a bajar la bici, se quedó mirando la fachada de mi casa.

—Están todas las luces apagadas. ¿No hay nadie? —preguntó.

—No. Mi hermano estudia en Montpellier y sólo viene algunos fines de semana y a mi madre le toca hoy turno de noche en el hospital.

—¿Y tu padre?

Yo me quedé en silencio unos segundos. No podía creer que no lo supiera. Swanton era un pueblo pequeño en el que resultaba imposible mantener un secreto. Me encogí de hombros y alcé la cabeza antes de contestar mientras me repetía por enésima vez que no debía avergonzarme de algo de lo que no tenía ninguna culpa.

—Mi padre nos abandonó hace diez años.

—Lo siento muchísimo —se disculpó él.

—No, tranquilo —le dije, sonriendo—. Casi no me acuerdo de él. Era viajante. Se pasaba semanas fuera de casa hasta que, de repente, no regresó de uno de sus viajes. Lo último que sabemos de él es que tiene una nueva familia en Maine.

Nos quedamos en silencio. Yo seguía agarrada al manillar de mi bicicleta mientras Kev jugueteaba con su llavero. Me sentí muy incómoda y decidí cambiar de tema.

—Entonces nos vemos pasado mañana en tu casa. ¿Crees que a los sacerdotes no les importara que esté presente?

—¿Por qué les iba a molestar?

—Bueno, soy una bruja. Históricamente, brujas y curas no nos hemos llevado demasiado bien.

Él se rió y negó con la cabeza. Después, me lanzó una de sus miradas de color caramelo.

—Tranquila. Es mi casa y mi hermana. Creo que tengo derecho a decidir quién entra y, sinceramente, confío más en tu ayuda que en la suya.

—Bien. Hasta el viernes entonces.

—No, hasta mañana. Nos vemos en clase de francés.

Volvió a meterse en su camioneta y, antes de girar en la esquina, sacó un brazo por la ventanilla a modo de saludo. Yo se lo devolví, aunque no estaba segura de que él pudiera verme. Sus últimas palabras resonaban en mi mente como un himno celestial: “nos vemos en clase de francés”, “nos vemos en clase de francés”, “nos vemos en clase de francés”... Sabía que era una

estupidez emocionarme por eso, que sólo habían sido unas palabras de despedida, pero a mí me sonaban a esperanza, a promesa, a la posibilidad de tocar un sueño que siempre había creído fuera de mi alcance.

CAPÍTULO SEIS

Al día siguiente me levanté media hora antes de lo normal. Estuve intentando alisarme el pelo, pero, por mucho que luché contra él, no conseguí que me quedara nada decente, así que acabé sujetándomelo en una trenza. Después cambié mi habitual ropa oscura por unos vaqueros y una camisa de color azul cobalto que mi madre me había comprado hacía meses en un vano intento de que yo vistiera de otro color que no fuera negro. Incluso le robé un poco de colorete y un brillo de labios. Contemplé mi imagen frente al espejo. Estaba muy nerviosa, así que cogí la caja de música, levanté la tapa e hice girar la llave que le daba cuerda. La bailarina empezó a girar sobre sí misma al ritmo de la canción.

—Estás muy guapa —me dijo mi abuela desde la ventana—. Hay un chico que te gusta, ¿verdad?

—Sí, abuela —respondí, girándome hacia ella—. Se llama Kev y es PERFECTO.

—Me alegro mucho por ti, mi niña. —La sonrisa de mi abuela era sincera, pero me pareció ver un brillo de preocupación en sus ojos—. Hacía mucho tiempo que no te veía tan contenta.

—¿Y entonces por qué me miras así?

—No me gustaría que te hicieran daño —contestó ella.

—Tranquila. No pasará nada. Es el mejor chico del mundo. Es simpático, dulce, gracioso, inteligente, amable...

—Nadie es tan bueno, cariño. Todos albergamos sombras grises en

nuestra alma.

—Él no. Ya te he dicho que es perfecto.

—Está bien. —Mi abuela soltó una risita divertida—. Ya sé que no le vas a hacer caso a una vieja. Pásalo bien.

—Me tengo que ir ya —dije, mirando el reloj—. Luego te cuento.

Salí de la habitación y cerré la puerta con cuidado para no despertar a mi madre. Cuando tenía turno de noche en el hospital, llegaba del trabajo a las siete de la mañana. No quería molestarla, así que ni siquiera me preparé el desayuno para no hacer ruido con los cacharros de la cocina. De todos modos, me sentía tan nerviosa que el solo hecho de pensar en comer algo me daba ganas de vomitar.

Cogí la bici y pedaleé hacia el instituto. El cielo estaba gris y triste, pero casi no me fijé. Creo que nunca en mi vida he tardado tan poco tiempo en recorrer aquel trayecto. Al acercarme al instituto, vi su camioneta aparcada cerca de la entrada. Ya sabía que él iba a estar allí, pero, por alguna estúpida razón, aquella confirmación me hizo sentir más feliz y más nerviosa al mismo tiempo.

Entré en el patio con los cascos puestos y los libros en los brazos, y paseé la mirada por la gente allí reunida, tratando de ser discreta. No debí hacerlo muy bien, porque él se percató de mi presencia en cuanto nuestros ojos se encontraron. Me sonrió y agitó una mano a modo de saludo. Aquel simple gesto hizo que me pareciese que había más luz, que el cielo era más azul, como si las nubes se hubieran despejado para hacerle brillar más. Dudé si debía acercarme a él, pero estaba rodeado de compañeros y me dio vergüenza. Por suerte, el timbre de entrada me salvó. Me limité a devolverle la sonrisa y a entrar en el edificio.

Aún quedaban tres horas para la clase de francés. Se me hicieron eternas. No podía dejar de pensar en si me saludaría, si me sonreiría, si se acercaría a decirme algo antes de que empezara la clase... Cuando llegó la hora y tuve que recorrer el camino desde el aula de historia hasta la de francés, mis piernas temblaban tanto que temí caerme en medio del pasillo y hacer el ridículo del siglo.

Nada más entrar, me sentí decepcionada. No estaba. Se esfumaban todas mis opciones de intercambiar unas frases con él antes de que llegara el profesor. Me senté en mi pupitre al final de la clase, sola y amargada como siempre. Los minutos fueron pasando y Kev seguía sin aparecer. Sabía que era ridículo, que yo no tenía nada que ver con que él no hubiera venido, pero mi mente se empeñaba en atormentarme con lo contrario. No estaba allí porque no quería verme, porque no soportaba mi presencia ni que pudiera hablarle o mirarle. Traté de convencerme de que aquellos miedos eran estúpidos, pero, a cada segundo que pasaba, me convencía más y más de ello.

Cuando vi entrar al señor Abbey en la clase, sentí que toda esperanza se desvanecía. Agaché la cabeza y clavé la mirada en el tablero de la mesa mientras me repetía una y mil veces lo boba que era. Me sentí ridícula con aquella trenza, con mi camisa de color azul, con el brillo de labios... Me había quitado la coraza para gustarle y ahora me sentía indefensa y vulnerable.

Antes de que el señor Abbey pudiera cerrar del todo la puerta, alguien la empujó desde el otro lado. Kev entró, se disculpó con el profesor y echó un vistazo a la clase. Cuando me vio, su cara se iluminó y, con los ojos clavados en mí, se acercó hasta mi pupitre y se sentó a mi lado.

—*Puis-je m'asseoir ici, mademoiselle?*^[ii] —me preguntó con un acento horrible.

—Claro que puedes sentarte —le respondí riendo.

—*Merci*. —Kev se inclinó hacia mí para susurrarme—. ¿No tendrás por ahí el ejercicio cuatro? No me ha dado tiempo a hacerlo.

Le pasé mi cuaderno para que pudiera copiar las respuestas mientras fingía estar muy interesada en las explicaciones del señor Abbey, pero en realidad no podía dejar de observar de reojo a Kev. Él debió de darse cuenta, porque levantó la vista del papel y se me quedó mirando.

—Estás muy guapa —dijo, guiñándome un ojo—. Te queda muy bien ese color.

Volví a mirar hacia la pizarra, esperando que él no se diera cuenta de lo mucho que me afectaban sus palabras. Sentía que la cara me ardía, que el estómago me dolía como si me hubiera comido un puercoespín... Pero, al mismo tiempo, me sentía tan bien que, por primera vez en mi vida, recé para que la clase de francés no terminara nunca.

A la mañana siguiente volví a bajar las escaleras de puntillas para no despertar a mi madre, pero fue una precaución inútil. Me la encontré en la cocina preparando café. Sabía que no iba a poder marcharme sin desayunar estando ella presente, así que me senté a la mesa y me serví un bol de cereales.

—Hola. ¿Qué haces levantada todavía? —le pregunté.

—Se complicó el turno y acabo de salir, así que he decidido esperar a que te vayas para poner la lavadora antes de irme a la cama —explicó ella—. Oye, ¿esa camisa que llevas no es mía?

Yo miré la camisa sin saber qué contestar. No podía decirle que me había equivocado. En mi armario no había ninguna camisa de color blanco y ella lo sabía.

—Te la habría pedido, pero pensaba que estabas dormida. Es que estoy un poco cansada de ir siempre de negro...

—No hay problema, cariño. Me alegro de que dejes de vestir como una pordiosera. —Sus ojos se iluminaron—. Mañana sábado libre. ¿Qué te parece si nos vamos a St. Albans a comprar algo de ropa? Y también podríamos buscar un vestido para la fiesta de graduación...

Dudé qué contestar durante unos segundos. Unos días antes le habría dicho con total seguridad que no iba a acercarme a aquella fiesta ni atada, pero todo había cambiado. ¿Y si Kev me pedía que le acompañara?

—Suena bien —contesté al fin, encogiéndome de hombros para ocultar mi entusiasmo—. ¿Podríamos buscar un vestido en azul cobalto, como la camisa que me regalaste?

—¿Tiene que ser ese color? Es muy oscuro.

—Creo que ese color me queda bien y no me veo llevando algo de color pastel. —Miré el reloj y me levanté de la silla antes de que a mi madre le diera por preguntarme si ya tenía acompañante—. Me marcho ya. Hoy llegaré tarde. Voy a ir a buscar información a la biblioteca para un trabajo.

—¿Y vas a ir sola? —me preguntó con una sonrisa pícaro.

Maldije haber tardado tanto en levantarme de la silla. La mente de mi madre ya había empezado a hacer suposiciones. Me colgué la mochila al hombro, le di un beso y me dirigí a la puerta.

—Sí, mamá. Voy sola. No empieces con tus paranoias.

Ella se rió, pero no me preguntó nada más. Sabía que no había conseguido engañarla y que seguramente tendría que contestar un montón de preguntas incómodas mientras estuviéramos de compras, pero en aquel

momento tenía cosas más importantes en las que pensar. Esa misma tarde tenía que ir a casa de Kev para tratar de ayudar a los sacerdotes con el exorcismo de su hermana. Sin embargo, aquella horrible perspectiva no consiguió amargar mi humor. Iba a volver a estar con él y ni todos los demonios del inframundo podrían impedir que disfrutara de su compañía.

La conversación con mi madre me había retrasado más de lo que había pensado, así que llegué al instituto cuando el timbre ya estaba sonando. No pude distinguirlo entre la gente que entraba por las puertas y, aunque pueda parecer ridículo, eso hizo que estuviera de mal humor durante las dos primeras horas de clase.

A media mañana salí al patio sola, como siempre, con el walkman en una mano y un libro de relatos de Poe en la otra. Me dirigí hacia la zona en la que se jugaba al baloncesto. Había unas gradas que solían estar vacías y en las que podía sentarme y disfrutar de los tímidos rayos del sol de abril.

Aquel día había un grupo de chavales jugando. Desde una esquina de la grada, unas cuantas chicas les animaban y charlaban entre ellas. Me senté lo más alejada que pude y conecté el walkman. Estaba a punto de ponerme los cascos y sumirme en el aislamiento más absoluto cuando el grito de una de aquellas chicas llamó mi atención.

—¡Vamos, Kev! ¡Ánimo!

Miré hacia la cancha con más atención. Allí estaba él, destacando entre todos los demás. Me pregunté cómo no me había dado cuenta de que lo tenía delante. A pesar de que me moría de ganas de quedarme mirándole, decidí que sería demasiado raro y me dispuse a escuchar música y leer un poco, tal como tenía planeado. No quería parecer una fan obsesiva.

Volví a encender el walkman y, cuando iba a ponerme los cascos, un nuevo grito me lo impidió.

—¡Eli!

Era él y me estaba llamando. De inmediato sentí los ojos de todo el grupo de chicas sobre mí, taladrándome con la mirada. Durante un segundo, pensé que lo mejor sería fingir que no le había oído y seguir a lo mío, pero él no se dio por vencido.

—¡Eli! —Había conseguido coger la pelota y la botaba de un lado a otro para que su rival no pudiera quitársela mientras trataba de llamar mi atención. Cuando vio que le miraba, me sonrió y levantó la mano para saludarme—. Ésta va para ti.

Salió disparado con su rival persiguiéndole para evitar que encestara. El pobre chaval no pudo hacer nada. Kev dio un par de largas zancadas y saltó de espaldas a la canasta. Se elevó sin esfuerzo, como si fuera ingrávido y pudiera flotar. Después, machacó la pelota contra el aro y volvió a caer. Cuando tocó el suelo, se puso una mano a la espalda mientras con la otra me hacía una florida reverencia.

Sé que sólo fue una canasta de baloncesto en un partido de patio de instituto, pero me sentí como debía de sentirse una princesa cuando su caballero ganaba un torneo para ella. A pesar de que el sol no calentaba, una calidez nueva llenó mi pecho, como si él hubiera encendido una pequeña hoguera en mi alma. Sabía que me había sonrojado, pero no bajé la cabeza. Le miré directamente a los ojos y le sonreí agradecida.

Después de eso, me puse los cascos y abrí el libro, aunque no fui capaz de leer una sola línea. Simplemente quería estar aislada del mundo, sumida en aquel recuerdo.

CAPÍTULO SIETE

Cuanto entré con la bici en el camino de gravilla, Kev ya estaba esperándome sentado en los escalones del porche de su casa. Había un coche aparcado a la izquierda del edificio. No lo había visto antes, así que supuse que sería el coche en el que habrían llegado los dos sacerdotes y que ya estarían esperando. Aquello hizo que los nervios me invadieran. ¿Qué les habrían dicho Kev y su madre sobre mí? ¿Cómo me recibirían?

Dejé la bici apoyada en la barandilla del porche y, según la solté, Kev se acercó y tomó mi mano. Le seguí hacia la puerta, sintiéndome extraña por el modo en que él me agarraba, como si nos conociéramos de toda la vida, como si tuviéramos un nivel de complicidad que no podía explicar de dónde había surgido. Por otro lado, me sentía tan a gusto cuando le tocaba... Me daba la impresión de que no había lugar mejor para mi mano en todo el universo que enlazada a la suya.

Cuando entramos en el salón, vimos a la madre de Kev tomando el té con dos hombres. El más joven era el padre Kelly, el sacerdote católico del pueblo. Mi familia era anglicana, así que nunca habíamos pasado por su iglesia, pero, aún así, le conocía de vista. El otro hombre, mucho mayor y de apariencia seria y autoritaria, debía de ser el exorcista que habían enviado desde Burlington.

—Ya estáis aquí —dijo la madre de Kev, levantándose nerviosa—. Entonces ya estamos todos. Podemos empezar cuando quieran.

—Vuelvo a insistir en que no veo la necesidad de que esta chica esté presente —dijo el sacerdote anciano, lanzándome una mirada despectiva.

—Ya hemos discutido esto, padre Brennan —intervino Kev, tratando de mantener un tono de voz calmado—. Eli posee capacidades especiales que pueden ayudar a Molly. Queremos probar todo lo que esté en nuestras manos para salvarla.

—No se puede rogar por la intervención divina mientras se mantienen tratos con entidades malignas —objetó el sacerdote.

Yo resoplé y negué con la cabeza. Aquello iba a ser peor de lo que había imaginado. Debería haberles dicho a Kev y a su madre que, si querían que estuviera presente, tendrían que haberme presentado como a una amiga de la familia deseosa de colaborar y no como a una bruja maligna experta en nigromancia.

—Padre Brennan, sea un poco comprensivo —dijo el padre Kelly—. Es normal que estas personas, en su angustia, busquen ayuda en cualquier lugar donde puedan encontrarla.

—¿Cómo vamos a luchar contra el Maligno mientras mantenemos tratos con una de sus servidoras?

No pude evitar lanzar otro resoplido de indignación, a pesar de la mirada enfadada que me lanzó Kev. No sabía de dónde habían sacado a aquel sacerdote, pero parecía que provenía directamente de la Edad Media y que suponía que yo dedicaba mis noches a volar en escoba, participar en aquelarres con otras colegas de profesión y montar orgías con machos cabríos. En aquel momento, viendo su mirada furiosa, no tuve ninguna duda de que me habría quemado en una pira en el patio delantero de la casa si no estuviera penado por la ley.

—Escúcheme un segundo... —dije, sin saber de dónde estaba sacando el valor para hablar y enfrentarme a aquel hombre—. No quiero molestar, pero

tampoco voy a permitir que me siga insultando. Esta familia me ha invitado para que intente ayudarles y voy a hacerlo. Si en algún momento del ritual tiene pruebas de que estoy resultando perjudicial, puede decírmelo y me iré.

El hombre parecía dispuesto a seguir discutiendo, pero su compañero le puso una mano en el hombro para pedirle que se tranquilizara. Después de un par de segundos de duda, asintió, respiró hondo y se levantó del sillón.

—Está bien. Intentémoslo.

La madre de Kev abrió la marcha escaleras arriba seguida por los dos sacerdotes. Kev volvió a tenderme la mano y les acompañamos en silencio. Al llegar al primer piso, tuve que volver a taparme la nariz. El olor era aún más repugnante de lo que recordaba. Sin cruzar una palabra, entramos todos en la habitación en penumbra.

—Necesitamos más luz aquí —exigió el padre Brennan.

—Molly dice que la luz del sol le hace daño —protestó la madre.

—Es normal. El Maligno detesta la luz y se refugia en la oscuridad —comentó él—. Si no quiere levantar las persianas, encienda alguna lámpara.

La madre de Kev obedeció y la habitación quedó iluminada. Paseé la mirada por el cuarto. Parecía la habitación de cualquier niña normal. Aún tenía las estanterías llenas de muñecas y peluches, aunque una de las paredes ya había sido colonizada por un poster de la película *Rebeldes* y un par de fotos de Patrick Swayze y Tom Cruise.

El padre Brennan se acercó renqueante a la silla que estaba colocada junto a la cama de la niña y se sentó a su lado. Molly parecía plácidamente dormida, pero aquella apariencia de paz desaparecía en cuanto te fijabas en su extrema delgadez, en la palidez de su piel y en las múltiples heridas que profanaban su cuerpo y su rostro.

—Molly, ¿estás ahí? —preguntó el padre Brennan con tono autoritario.

Las pestañas de Molly aletearon y sus labios se curvaron en una sonrisa. Cuando levantó los párpados y nos mostró sus ojos teñidos de sangre, sentí que mi estómago se encogía de miedo y tuve que contenerme para no dar media vuelta y salir de la habitación. Me recordé a mí misma que ya había visto a aquella cosa antes, que estaba atada y que no podía hacerme ningún daño.

—¿Eres tú, Molly? —continuó el padre Brennan, como si aquella visión no le hubiera afectado en absoluto.

—Sí, padre. Soy yo —contestó Molly con voz dulce y angelical—. ¿Podría soltarme? Estas correas me hacen daño.

—No, Molly. No podemos soltarte.

—Si me suelta, se la chuparé. —Ante la cara de estupefacción del sacerdote, Molly soltó una carcajada que fue haciéndose más y más grave—. ¿No es eso lo que les gusta a los curas?

El sacerdote se levantó de la silla como impulsado por un resorte. Su cara parecía invadida por la ira. No me extrañó. Era asqueroso ver como aquella criatura, fuera lo que fuera, utilizaba la voz de Molly para decir aquellas cosas.

—Padre Kelly, abra mi maletín y vaya pasándome la Biblia, el agua bendita, la cruz y las hostias consagradas. —El padre Brennan tomó una profunda bocanada de aire mientras se santiguaba—. Vamos a empezar.

Un par de horas después bajé a la cocina a buscar un vaso de agua. Me lo tomé mirando por la ventana. Ya había oscurecido y el paisaje, iluminado por las

tenues luces de los faroles del porche, se componía de sombras oscuras e indefinidas. Aún así, me quedé contemplándolo, resistiéndome a regresar a aquella habitación.

Escuché unos pasos a mi espalda y me giré. Kev me había seguido. Me dirigió una sonrisa cansada, cogió una lata de coca-cola de la nevera y se derrumbó derrotado en una silla. Yo volví a llenar mi vaso en el fregadero y me senté frente a él.

—¿Qué tal estás? —le pregunté.

Se quedó en silencio unos segundos y, entonces, sin previo aviso, escondió la cara entre las manos y se puso a llorar. Me levanté de la silla, me acuclillé frente a él y le abracé con fuerza. Él me rodeó con sus brazos, apoyó la cabeza en mi hombro y sollozó como un chiquillo. Le dejé llorar sin decir nada, acariciándole el pelo y sintiendo su aroma y su calor. En aquel momento habría dado cualquier cosa por terminar con su sufrimiento y me prometí a mí misma que haría todo lo que estuviera en mi mano por hacerle feliz. Me planteé que tendría que haber traído a mi abuela. Ella sí que era una bruja con experiencia y poderes. A su lado yo sólo era una aprendiz que había dedicado más tiempo en su vida a tratar de bloquear su don que a estudiarlo. Me dije a mí misma que no merecía la pena pensar en aquello. Los sacerdotes no habrían aceptado la presencia de mi abuela y no sé cómo se lo habrían tomado Kev y su madre. Era yo la que estaba allí para ayudarles y tendría que hacer lo que fuera necesario para detener su dolor.

Los sollozos de Kev habían ido menguando. Se separó de mí y se frotó la cara con una mezcla de rabia y vergüenza. Respiró varias veces, tratando de calmarse, mientras yo tomaba sus manos y le sonreía.

—Todo va a ir bien, Kev —le susurré—. No te preocupes.

—¿Cómo sabes que va a ir bien? —Su voz continuaba teñida de llanto —. Llevan horas ahí y, cuantas más cosas hacen, más poderoso parece ese ser. No están consiguiendo nada.

—Doblegar a un demonio no es fácil. Tienes que confiar en ellos.

—No puedo. No sé si le están haciendo daño a mi hermana. Ella debe de estar ahí, en algún lugar dentro de su cuerpo. Cuando pienso que puede estar viéndolo todo, sin poder hacer ni decir nada... Tiene que estar muy asustada y no puedo hacer nada para ayudarla.

—Encontraremos la manera. Venga, vamos arriba.

Le agarré de la mano y tiré de él. Kev me siguió sin resistirse, como un condenado a muerte que ha aceptado su destino. Cuando llegamos a la puerta de la habitación, me giré hacia él para preguntarle con la mirada si estaba preparado. Él tragó saliva con esfuerzo y asintió.

La visión dentro de la habitación era dantesca. Molly se sacudía sobre la cama con movimientos lascivos mientras gemía y les lanzaba miradas lujuriosas a los dos sacerdotes. Brennan continuaba impassible, blandiendo frente a Molly una cruz de madera, pero Kelly parecía incómodo y asustado. Empujé a Kev hacia una esquina de la habitación desde donde pudiéramos observar sin molestar a los dos hombres.

—Engendro de Satanás, por el poder que Dios, nuestro Señor, me ha conferido, te ordeno que abandones el cuerpo de su sierva —gritó Brennan, acercando aún más la cruz al rostro de Molly.

Ella se limitó a volver a carcajearse con aquella risa que variaba en tono desde el de una niña inocente al de un hombre maligno y depravado. Después consiguió estirar al máximo las correas que sujetaban sus brazos para incorporarse en la cama, acercarse todo lo posible a la cruz que Brennan le

mostraba y escupir en ella. Aquello pareció enfurecer de verdad al anciano sacerdote, que dejó la cruz en la mesilla de noche, cogió una botella de su maletín y empezó a echar agua sobre el cuerpo de la niña. Supuse que sería agua bendita, pero aquello tampoco pareció afectar a Molly, que continuó riéndose cada vez más fuerte.

—Padre Kelly, pásame una hostia consagrada —ordenó el padre Brennan—. No voy a permitir que este demonio siga riéndose del poder de nuestro Señor.

El sacerdote obedeció y el padre Brennan, con la hostia en la mano, se inclinó sobre el rostro de Molly. Mientras rezaba una oración en latín, que debía de ser un Padrenuestro, estampó la forma consagrada sobre la frente de la niña. Ésta empezó a gritar y a estremecerse mientras luchaba contra las correas, como si el contacto la estuviera quemando. Tuve que agarrar a Kev para evitar que se acercara. Yo también creía que aquello era una crueldad, pero, si servía para liberarla del ser que la poseía, habría merecido la pena.

De repente, Molly dejó de revolverse y gritar y volvió a reírse a carcajadas. El padre Brennan la miró, confuso, y retiró la hostia de su frente. Por los gritos que la niña había proferido, yo esperaba ver una marca o una quemadura en el lugar en el que el sacerdote la había tocado con la hostia, pero no había nada. Parecía que aquello tampoco iba a surtir efecto.

—¿Crees que puedes dañarme con tus supercherías? —preguntó el ser—. No puedes hacerme daño. No puedes echarme. No eres más que un viejo inútil que sigue a un dios que no existe.

El padre Brennan se había quedado paralizado, con la hostia a un par de pulgadas del rostro de Molly. Ella volvió a luchar contra las ataduras, se estiró y, con un rápido movimiento, le arrancó la forma de las manos. La masticó con gesto de deleite y se la escupió en la cara. Luego volvió a caer

sobre la cama y empezó a carcajearse y a convulsionar, como si fuera presa de un ataque de risa.

El sacerdote se giró hacia su compañero. Toda su presencia y autoridad se habían desvanecido. Tal y como había dicho aquel ser, ya no parecía un enviado de Dios, un poderoso exorcista capaz de luchar contra cualquier demonio. Sólo parecía un viejo derrotado y cansado. En aquel momento me dio pena.

—Esto es demasiado para mí —dijo en un susurro—. Nada de lo que conozco funciona contra este demonio. No lo entiendo.

—Creo que yo sí —intervine, adelantándome un paso—. No pueden hacer nada contra él porque no es un demonio.

—¿Y qué es? —preguntó la madre de Kev, acercándose a mí.

—Creo que es un espíritu, un espectro atrapado entre dos mundos. Si estoy en lo cierto, yo sí puedo hacer algo para ayudarlos.

CAPÍTULO OCHO

Miré por última vez a Kev antes de cerrar la puerta y quedarme a solas con Molly en la habitación. Parecía preocupado de verdad. No separaba la mirada de mí y se mordía el labio inferior, como si luchara para no decirme que no lo hiciera. Tenía que ser duro para él temer que pudiera pasarme algo malo y, al mismo tiempo, desear que entrara en aquella habitación y que pudiera ayudar a su hermana.

Le dirigí una sonrisa para tranquilizarle, fingiendo una calma que no sentía en absoluto, y cerré la puerta. Me quedé con la espalda apoyada contra ella durante unos segundos, buscando fuerzas en mi interior. Sabía que no estaba preparada para lo que iba a hacer. Por enésima vez aquella noche, lamenté no tener a mi abuela conmigo. Ella habría podido guiarme.

Los gritos de Molly desde la cama me devolvieron al mundo real. Seguía luchando con las correas, alternando gemidos lascivos, gritos desgarradores y rugidos animales. Decidí ignorar todas sus manifestaciones y empezar mi trabajo.

Me acerqué a la cómoda, donde había colocado todo lo que iba a necesitar, y comprobé que no faltara nada: velas blancas, cerillas y sal. Recordé las veces en las que había observado a mi abuela realizar sus rituales. Me faltaban muchas cosas: velas de otros colores, incienso, una daga... Por desgracia no podía acceder a ninguno de aquellos objetos, así que tendría que pasar sin ellos. Sentí una aguda presión en el estómago. Me estaba metiendo en algo muy peligroso. Iba a enfrentarme a un espíritu sin saber lo poderoso que era y sin las protecciones necesarias. Mi abuela me habría dado

unos buenos azotes por ello y con razón, pero tenía que ayudar a Kev.

Sabía que, si me quedaba pensándolo más tiempo, nunca reuniría el valor suficiente para realizar el ritual, así que cogí el recipiente con la sal y empecé a trazar un círculo con ella mientras pronunciaba las primeras palabras:

—Yo te conjuro, círculo de poder, para que seas mi límite entre el mundo de los hombres y el mundo de los espíritus. Te conjuro para que seas guardián y protector del poder que levantaré dentro hasta que decida liberarlo. Por eso, te bendigo y te consagro.

Cuando terminé de trazar el círculo, me di cuenta de algo extraño. Molly ya no se retorció sobre la cama ni emitía sonido alguno. Estaba tan incorporada como se lo permitían las correas, tratando de descubrir qué estaba haciendo. Aquello hizo que se me escapara una sonrisa y que me sintiera más confiada. Cerré el círculo de sal y pronuncié las siguientes palabras:

—Éste es un tiempo que no es tiempo y un sitio que no es sitio. Estoy ante el umbral de dos mundos, ante el velo de los misterios. Que los Dioses me protejan y me guíen a través de esta travesía mágica.

Después, cogí las cuatro velas blancas y fui colocándolas sobre el círculo de sal, calculando que, más o menos, cada una de ellas señalara uno de los puntos cardinales. Prendí una cerilla y fui encendiéndolas mientras continuaba recitando:

—El círculo está cerrado. Nada que no haya sido llamado entrará en él y podré cumplir los propósitos de este ritual. Que los Dioses y los Guardianes me guíen y me protejan.

Ya había terminado de cerrar el círculo. Si lo había hecho

correctamente, no tendría nada que temer. Aún así, me sentía nerviosa y preocupada. Cerré los ojos y dediqué los siguientes minutos a relajarme. No podía realizar el ritual en aquel estado de ansiedad. Si el espíritu me notaba débil e insegura, no podría dominarlo y conseguir mis propósitos. Traté de imaginar que una luz dorada invadía mi cuerpo y lo llenaba de luz, pero Molly había vuelto a reanudar su recital de sonidos inhumanos y no me dejaba concentrarme. Me entraron ganas de gritarle que se callara, pero conseguí contenerme. Mi rabia y mi miedo sólo le darían más poder. Tenía que controlarme.

Y entonces lo conseguí. Me centré en el recuerdo de los ojos de Kev, en su sonrisa, en el tacto de su mano... Mi ansiedad se diluyó y sólo me quedó la sensación de estar haciendo lo correcto. Volví a abrir los ojos y los fijé en la cama. Molly rugía mientras me dirigía una mirada cargada de odio. Supe que, si conseguía liberarse, me destrozaría con sus propias manos, que mordería mi carne hasta arrancar pedazos, que me sacaría los ojos y los devoraría... Y, sin embargo, no sentí miedo. Sabía que, en aquel momento, ese ser me temía más a mí que yo a él.

—Yo te conjuro, espíritu difunto, por el Destino de los Destinos, que vengas a mí, en este día, en esta noche, y accedas a este acto de servicio. De no ser así, te sobrevendrán nuevos castigos.

La atmósfera de la habitación cambió. Sentí una corriente gélida que recorría el cuarto y acariciaba mi piel y pude ver cómo de mi boca salían pequeñas nubes de vaho. La llama de las velas tembló, pero, por suerte, continuaron encendidas. Creo que me habría muerto de miedo si me hubiera quedado a oscuras allí dentro.

Miré hacia la cama. Molly se había desplomado sobre las sábanas y yacía con los miembros desmadejados y los ojos cerrados. Me tranquilizó ver

que su pecho subía y bajaba con cada respiración. Entonces lo vi. Había algo formándose al lado de la cama, una bruma grisácea que iba ganando forma y consistencia. Si mis miembros no hubieran estado paralizados, habría salido de la habitación a la carrera. No tuve más remedio que quedarme dentro de mi círculo, tratando de convencerme de que allí dentro estaría segura, mientras la neblina iba adquiriendo forma humana.

No sé cuánto tiempo pasé mirando aquella bruma con el corazón desbocado y la respiración acelerada, con los ojos tan abiertos que podía sentir cómo se secaban, pero sin ser capaz de desviar la mirada o pestañear. Poco a poco, frente a mí se formó la figura de un hombre de alrededor de cuarenta años. No parecía un hombre real. Seguía estando borroso y el color de su piel y sus vestimentas recordaba a una antigua fotografía en sepia. Sus ropas eran andrajosas y parecían de otra época. Alrededor de su cuello se veía una mancha oscura que me hizo pensar de inmediato en la marca de una soga. ¿Cómo habría muerto aquel hombre? ¿Lo asesinaron? ¿Se suicidó? ¿Lo ajusticiaron por algún terrible crimen? Meforcé a mí misma a olvidar aquellas preguntas y centrarme en mi objetivo. No era a aquel hombre a quien trataba de ayudar.

—Dime tu nombre —le ordené.

Él bajó la cabeza y sus hombros empezaron a sacudirse. Por un momento, me dio pena. Pensé que estaba llorando, emocionado por tener de nuevo contacto con alguien, porque una persona se estuviera comunicando con él. Pero entonces me di cuenta de que se reía. Cuando levantó la cabeza, empezó a carcajearse, pero en sus ojos no había humor, tan sólo odio, rabia y locura. Aquel espíritu estaba demasiado desquiciado como para poder comunicarme con él. A saber cuánto tiempo llevaba vagando entre ambos mundos, cuánto dolor había sufrido su alma para volverse así de loca...

—Quiero que te marches y que dejes en paz a esta niña —le exigí, tratando de imprimir a mi voz toda la autoridad posible.

El ser no respondió, pero dejó de reírse. Cerró las mandíbulas con tanta fuerza que pude percibir el sonido de los dientes al chocar. Tuve que decirme a mí misma que aquel sonido no era real, que ese ser no tenía un cuerpo físico y que todo aquello no era más que un truco para asustarme. El fantasma volvió a abrir su boca y la lengua empezó a salir poco a poco, una serpiente de carne amoratada e hinchada que llegaba hasta su cintura y por la que se paseaban gusanos y escarabajos. Sentí que el estómago se me revolvía y que una arcada subía hasta mi boca, pero conseguí no apartar la mirada y seguir enfrentándome a él.

—Ahora voy a hablar con Molly, así que no intentes poseerla de nuevo si no quieres ser castigado. Te lo ordeno por el poder que los Dioses me han conferido.

El espectro no se movió ni respondió nada. Alargué la mano y la saqué del círculo para poder alcanzar uno de los pies de Molly y despertarla. El movimiento del espíritu fue tan rápido que casi no pude percibirlo. En un instante estaba en la esquina de la habitación, junto a la cama, y al siguiente se hallaba a mi lado y me había agarrado por la muñeca. Sentí un frío glacial subiendo por mi brazo y el tacto blando de la carne putrefacta de su mano agarrándome. El aire se colapsó por unos segundos en mis pulmones y sentí que el corazón se me detenía por el pánico. Tuve ganas de gritar y pedir ayuda, pero no lo hice. Meforcé a aguantarle la mirada y mantenerme quieta. Él se había acercado todo lo posible, hasta poner su cara al borde del círculo de protección. Luché por vencer la repugnancia que me provocaba y me aproximé a él, hasta que nuestras caras estuvieron a solo un par de pulgadas de distancia.

—No puedes hacerme nada. No eres real.

Sentí que la presión sobre mi mano se desvanecía y, al instante siguiente, el espectro volvía a estar de pie junto a la cama de Molly, como si nunca se hubiera movido. Yo inspiré con fuerza para calmarme, sin crearme del todo que aquel ser no me hubiera hecho nada malo. Sacar el brazo del círculo había sido una estupidez digna de una principiante como yo. Si me hubiera dejado invadir por el pánico y hubiera salido del círculo, podría haberme convertido en la nueva huésped de aquel espíritu. Tenía que conseguir hablar con Molly sin arriesgarme, así que decidí gritar para despertarla.

—¡Molly! ¡Molly! ¿Me escuchas? Despierta, es importante. Tengo que hablar contigo. ¡Molly!

Ella se movió un poco y pestañeó despacio, como si se resistiera a despertar. Cuando abrió los ojos, me miró, confusa. Seguía teniendo los ojos rojos, pero su mirada había cambiado. Era la mirada inocente y asustada de una niña. Era ella.

—¿Quién eres? ¿Dónde está mi mamá?

—Molly, escúchame. No tenemos mucho tiempo. Soy una amiga de Kev y de tu mamá. Estoy aquí para ayudarte.

—No sé qué me ha pasado. Todo estaba muy oscuro... Y hacía mucho frío. ¿Qué está pasando?

Durante un momento me planteé qué debería contarle. Me habría gustado ser suave con ella y no asustarla ni hacerle sufrir más, pero necesitaba que fuera sincera conmigo, así que decidí ser directa.

—Molly, ¿has hecho alguna sesión de espiritismo en las últimas semanas? ¿Has jugado con la ouija?

Ella abrió mucho los ojos y negó con la cabeza, pero, por el modo en que esquivaba mi mirada, me di cuenta de que mentía.

—Necesito que seas sincera conmigo o no podré ayudarte. No se lo diré a tu madre. Puedes confiar en mí.

—Sí. Yo no quería, pero mis amigas dijeron que sería divertido.

—¿Conseguisteis contactar con alguien?

—Sí, un hombre. Parecía muy enfadado y decía muchas palabras feas... Nos dijo que nos iba a matar a todas.

—¿Cerrasteis la sesión? —Por la cara que puso Molly supe al instante que ni siquiera sabía de qué estaba hablando—. ¿Os despedisteis del espíritu? ¿Le dijisteis que se marchara?

—No... Las luces empezaron a encenderse y apagarse y el vaso estalló —dijo la niña, al borde de las lágrimas—. Nos asustamos mucho y nos marchamos corriendo a la calle.

—No te preocupes, Molly. Yo lo arreglaré.

Molly pareció creerme, porque se esforzó por dedicarme una pequeña sonrisa antes de caer rendida de nuevo. Despedí al espíritu del hombre, que seguía mirándome con odio desde su esquina. Cuando su horrible figura se desvaneció, abrí el círculo. Al ir a salir de la habitación, escuché nuevos gruñidos provenientes de la cama. Me giré y vi que Molly había vuelto a incorporarse y me miraba con unos ojos cargados de rabia y de hambre mientras de su boca resbalaba un hilo de saliva. Me dio la impresión de que aquel ser quería devorarme, que se le hacía la boca agua sólo con pensar en clavar sus dientes en mi carne. Sin embargo, no me asusté. Ahora sabía lo que tenía que hacer.

—Disfruta de tus últimos momentos en este mundo —le dije antes de salir—. Te queda muy poco, hijo de puta.

CAPÍTULO NUEVE

El padre Brennan montó un escándalo cuando le conté mi plan. No hubo manera de convencerle de que lo que íbamos a hacer no era nada diabólico, así que, después de discutir unos minutos, salió de la casa llevándose al padre Kelly. Me quedé al lado de la ventana, observando cómo su coche desaparecía por la oscura carretera, antes de girarme hacia Kev y su madre. En sus ojos se podía vislumbrar el miedo, pero había otra emoción que lo superaba: la determinación. Supe que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para salvar a Molly y que seguirían mis instrucciones al pie de la letra.

Le pedí un folio y un bolígrafo a Kev y, en un par de minutos, dibujé una tabla de ouija básica. La llevé a la mesa del comedor, encendí un par de velas y le dije a Kev que apagara las lámparas. Nos sentamos alrededor de la mesa. En el silencio de la estancia se podía escuchar con claridad la respiración agitada de su madre. Le puse una mano en el brazo para atraer su atención:

—No va a pasar nada, Grace. Tiene que relajarse.

—Lo intento, pero esto me da mucho miedo.

—Estará segura conmigo. Todo va a salir bien. —Esperé a que asintiera antes de continuar hablando—. Necesito que me prometáis que, pase lo que pase, no os levantaréis ni romperéis el contacto. Es importante.

Los dos asintieron, así que les pedí que unieran sus manos a las mías y se concentraran en relajarse y en imaginar una burbuja de luz dorada que salía del centro de la mesa e iba creciendo y creciendo hasta cubrirnos por completo y protegernos. Cuando noté que sus respiraciones eran más profundas y regulares, supe que estábamos preparados.

—Abrid los ojos —les ordené—. Vamos a empezar.

Colocamos los dedos sobre la moneda y nos miramos los unos a los otros. Respiré un par de veces para tranquilizarme. Yo también estaba asustada, pero no podía demostrarlo delante de Kev y su madre. Cuando me sentí preparada, asentí y empecé a hablar:

—Queremos contactar con el espíritu que habita el cuerpo de Molly. Abandona su cuerpo y ven a comunicarte con nosotros.

Esperamos en silencio durante unos segundos, pero la moneda no se movió. Levanté la cabeza del tablero de ouija y me encontré con sus miradas ansiosas. Sin decirles nada, volví a realizar la invocación.

—Queremos hablar con el espíritu que habita el cuerpo de Molly. Preséntate ante nosotros. Yo te lo ordeno.

La puerta de entrada al comedor se movió lentamente, como si alguien la estuviera abriendo para entrar en la estancia. Las luces de la lámpara se encendieron y apagaron varias veces, haciendo que Grace diese un salto en la silla. Le ordené que se tranquilizara en susurros y volví mi atención a la tabla.

—¿Estás ahí? ¿Has acudido a nuestra llamada? —La moneda comenzó a deslizarse sobre el papel hasta situarse encima de la palabra “Sí” —. ¿Eres el espíritu que está atacando a Molly?

La moneda se movió hacia el centro del tablero y luego regresó al “Sí”. Levanté la vista de la mesa y les dirigí una sonrisa de ánimo a mis acompañantes. Le teníamos.

—Te hemos llamado esta noche para cerrar el ritual con el que Molly y sus amigas te atraieron. Te pedimos que abandones su cuerpo y esta casa y regreses al mundo de los muertos.

Las puertas de los armarios empezaron a abrirse y cerrarse, dando fuertes golpes. Surgida de ninguna parte una corriente de aire cargada del aroma nauseabundo de la carne putrefacta inundó el comedor. La moneda volvió a ponerse en movimiento y se deslizó hacia el “No”. Sentí que la madre de Kev trataba de incorporarse y agarré su mano con fuerza.

—No se levante. No rompa el contacto —le ordené—. Es normal que el espíritu se resista. Ha probado la vida de nuevo y no quiere regresar a la oscuridad, pero le obligaremos.

Ella asintió y volvió a sentarse. Estaba casi paralizada por el terror y un mar de lágrimas surcaba su cara, pero consiguió aguantar. Yo le apreté la mano con cariño y continué:

—Por el poder que los Dioses me han conferido, yo te ordeno que abandones el cuerpo de esa niña y dejes en paz a los habitantes de esta casa.

La mesa empezó a temblar bajo nuestras manos mientras las puertas de los armarios seguían abriéndose y cerrándose, sobresaltándonos con cada golpe. Las luces de la lámpara volvieron a encenderse y subieron de intensidad hasta estallar, cubriendo la mesa con una lluvia de cristales. Escuché que la madre de Kev gritaba a mi lado, pero no le hice caso. Tenía que concentrarme en aquel espíritu, en doblegar su voluntad a la mía.

—Por última vez, te ordeno que abandones esta casa y a sus habitantes. Si no me obedeces, buscaré tu nombre y tu cuerpo y te maldeciré por toda la eternidad.

Las puertas dejaron de golpear y la calma inundó el comedor. Todos esperamos con la respiración contenida y en aquel silencio escuchamos claramente un triste suspiro.

—¿Te marcharás ahora?

Durante unos segundos no sucedió nada. El espíritu se resistía a marchar, pero supe que se había dado cuenta de que podía cumplir mis amenazas. En aquel momento era él quien me temía a mí y eso me hizo sentirme fuerte y poderosa.

—¿Te marcharás ahora? —insistí.

La moneda se deslizó de nuevo, primero hasta el “Sí” y luego hasta el “Adiós”. Suspiré satisfecha, me levanté con la ouija de papel en la mano y me encaminé a la cocina. Una vez allí, encendí uno de los fuegos y quemé el papel hasta que se redujo a cenizas por completo. Cuando acabé, miré hacia la puerta de la cocina. Kev y su madre me habían seguido y me contemplaban abrazados desde el umbral.

—Podéis subir a ver a Molly —les confirmé, sonriendo—. Todo ha terminado.

Kev volvió a llevarme a casa en su camioneta. Casi no hablamos durante el trayecto. Él conducía con mirada soñadora y una sonrisa en los labios. Parecía que no terminaba de creerse que la pesadilla hubiera terminado, que todo fuera a volver a la normalidad. Yo decidí no molestarle y dejar que fuera haciéndose a la idea poco a poco. Después de todo, no necesitaba hablar con él. Me bastaba con tenerlo cerca, con mirar cómo las sombras de las farolas de la carretera jugaban en su rostro, con saber que le había ayudado a recuperar la felicidad.

Cuando llegamos frente a mi casa, él se bajó para ayudarme con la bicicleta. La dejó apoyada contra una farola, se giró hacia mí y me agarró las dos manos. Su sonrisa era muy amplia y sus ojos brillaban. Tomó aire con fuerza y lo expulsó en un largo suspiro, dejando salir toda la angustia de las

últimas semanas.

—No sé cómo voy a agradecerte todo lo que has hecho por nosotros — dijo, emocionado.

—No hay nada que agradecer. No te preocupes.

—No seas modesta —me dijo mientras negaba con la cabeza y seguía sonriéndome como un bobo—. Has hecho más por mí que ninguna otra persona en el mundo y te estaré agradecido siempre.

No pude seguir sosteniéndole la mirada. Bajé la cabeza, rogando para que no se diera cuenta de que mis mejillas habían enrojecido. Me dije a mí misma que tendría que aprender a controlarme en su presencia, pero no podía evitar que la respiración se me acelerase cuando le tenía cerca, que mi corazón se volviera loco y el estómago se me llenara de mariposas hiperactivas.

—Verte así de feliz es suficiente premio —conseguí susurrar.

Él soltó mis manos y se acercó aún más a mí. Pensé que iba a besarme y sentí que el pecho me estallaba de emoción, pero no lo hizo. Simplemente me tomó entre sus brazos y me apretó fuerte. Apoyó la cabeza en mi hombro y me susurró al oído, haciendo que todas mis terminaciones nerviosas cortocircuitaran:

—Gracias, Eli.

Después se separó y volvió a su camioneta. Yo cogí la bici y entré en el jardín, mientras escuchaba cómo encendía el motor. Sin embargo, no arrancó. Sacó la cabeza por la ventanilla y me llamó:

—¡Eli!

Yo me giré, emocionada. Sólo fue un segundo, pero a mi cabeza le dio

tiempo a imaginar mil razones maravillosas por las que me llamaba. Le vi bajándose de la furgoneta, corriendo hacia mí y estrechándome de nuevo entre sus brazos para darme aquel beso que esperaba. Le imaginé preguntándome si me gustaría ir con él al cine al día siguiente o a tomar un café o a escaparnos a la Patagonia para cuidar un rebaño de llamas. Le habría dicho que sí a cualquier cosa.

—Nos vemos el lunes.

Aquello fue lo único que dijo antes de guiñarme un ojo y arrancar. Yo me quedé parada con el manillar de la bici entre las manos, mirando su camioneta hasta que desapareció en la distancia. Aquellas palabras no habían sido lo que esperaba, pero me dio igual. Eran una promesa, una esperanza para el futuro. Volvería a verle el lunes y aquello era todo lo que necesitaba para ser feliz. Lo demás llegaría con el tiempo.

CAPÍTULO DIEZ

Estaba lavándome las manos en el cuarto de baño del instituto cuando la puerta se abrió a mi espalda. Levanté la cabeza y miré quién entraba a través del reflejo del espejo. Aquello parecía una manifestación. Distinguí a Megan, Joanne y Marie junto a cinco o seis chicas más. Por la forma en que me miraban me di cuenta de que su visita no se debía a que les hubiera entrado a todas la urgencia de hacer pis. Venían buscándome a mí.

Megan se apoyó contra la puerta del baño para asegurarse de que nadie entrara a molestarnos y de que yo no pudiera salir. Seguí aclarándome las manos como si no las hubiera visto, rezando para que mis impresiones sólo se debieran a un ataque agudo de paranoia. No les había hecho nada malo a aquellas chicas. Era ridículo pensar que venían a por mí. Sin embargo, la mirada burlona de Megan reflejada en el espejo me indicaba todo lo contrario.

Me giré y, sin siquiera saludarlas, me dirigí hacia la puerta, esperando que Megan se apartase y me dejara salir. Ni siquiera pude dar más de tres pasos antes de que una de las chicas se interpusiera en mi camino y me detuviera plantando su mano en mitad de mi pecho. Miré aquella mano durante un par de segundos y después levanté la cabeza y le lancé una mirada desafiante. Conocía a aquella chica de vista porque coincidíamos en algunas asignaturas, pero no había cruzado una sola palabra con ella en todos nuestros años de instituto. Se llamaba Valerie y era lo que todos los tíos consideraban una “tía buena”. Piernas infinitas, curvas de infarto, una larguísima cabellera morena que le llegaba hasta la cintura y unos ojos azules de espesas pestañas. Se rumoreaba que su nariz perfecta y sus enormes pechos antigraedad se debían más a la billetera de su padre que a la genética, pero todo el resto era

mérito suyo.

Mi mirada de desprecio absoluto no pareció hacerle mella, así que me retiré hacia un lado y traté de seguir avanzando. Ella volvió a poner su mano en mi pecho y se movió para interponerse de nuevo en mi camino. Me di cuenta de que no iba a poder salir de allí sin enfrentarme con ella. Justo detrás de Valerie se habían colocado otras dos compañeras, con los brazos cruzados frente al pecho y cara de querer pelea, a modo de guardaespaldas. Solté un largo suspiro y volví a lanzarle una mirada de desafío.

—¿Me dejas salir? ¿A qué estás jugando?

—No. ¿A qué estás jugando tú? —preguntó rabiosa—. ¿Se puede saber qué coño crees que estás haciendo con Kev?

Su pregunta me dejó descolocada. Yo no estaba haciendo nada raro con Kev. Simplemente le había ayudado con su hermana, pero eso era algo que no pensaba contarle a aquella cretina.

—No sé qué quieres decir. Yo no estoy jugando a nada. Kev y yo sólo somos amigos.

—Pues no lo parece... Me han contado que os sentáis juntos en clase de francés y que os reís mucho, que le visitas en su casa... ¿Y qué mierda significó el numerito ese de la canasta del otro día?

—¿Y a ti qué cojones te importa? —le pregunté, harta de aquella conversación.

—Claro que me importa, imbécil —contestó ella, acercándose tanto que pude adivinar por su aliento que había estado comiendo un chicle de fresa ácida—. Kev es mi novio.

No supe qué decir. Todas mis ilusiones se desvanecieron en un segundo

como un castillo de naipes. Aquello era imposible. Kev no me habría mentido.

—No puede ser... —conseguí murmurar.

—Por supuesto que puede ser. Llevamos un mes saliendo y vamos a ir juntos al baile de graduación.

Mi mente giraba a mil revoluciones. Me di cuenta de que Kev no me había mentido. Él nunca me había hablado de ningún sentimiento que fuera más allá de la amistad o la gratitud. Nunca me había dicho que tuviera novia por la simple razón de que yo nunca se lo había preguntado. Nunca había dado señales de que quisiera algo más conmigo. Todo había estado en mi mente. Yo misma me había montado una película romántica llena de besos, arcoíris y unicornios. No podía culpar a nadie más que a mí misma.

—No te quedes ahí pasmada y di algo —exigió Valerie, empujándome con las dos manos.

—No tengo nada que decir. Por mí puedes quedarte a Kev enterito —contesté hirviendo de rabia—. No le quiero para nada.

—No necesito tu permiso para quedármelo. No es tuyo ni lo será nunca —Valerie se permitió una sonrisa de superioridad mientras me revisaba de arriba a abajo—. ¿De verdad crees que Kev podría querer algo contigo teniendo a alguien como yo?

No supe qué contestar. Aquella verdad dolía tanto... Lo único que quería en aquellos momentos era escapar y esconderme en algún agujero oscuro y solitario para pasar allí el resto de mi vida. Busqué a Marie y le pedí con la mirada que me ayudase, aunque sólo fuera como último pago por todos los buenos momentos que habíamos vivido en el pasado, pero ella prefirió clavar la vista en el techo, que alguien había adornado con asquerosas bolas de papel higiénico mojado.

—Olvídame, Valerie —dije, sintiendo que no podía aguantar la ira que me consumía durante mucho más tiempo—. Déjame pasar.

Debió notar en mi voz algo peligroso, porque se apartó a un lado con las manos levantadas. Creo que percibió mi alma herida y agonizante y supo que, si no me dejaba huir, atacaría. Las demás también se apartaron. Caminé hacia la puerta del baño con la cabeza baja, escuchando sus risitas hirientes a mi espalda.

—Eres patética, Eli —me dijo Megan antes de quitarse de la puerta—. Hazle un favor al mundo y muérete.

Salí del cuarto de baño con la cabeza baja y los puños apretados. Me sentí tan furiosa que desee ser tan bruja como todos ellos pensaban y reducir aquel puto instituto a cenizas. Antes de alcanzar la salida, vi a Kev en una esquina hablando con dos amigos. Me quedé mirándole unos segundos y él me saludó levantando la mano. Su sonrisa era tan amplia como siempre, como si nada hubiera pasado. Supuse que él no sabía nada de mi conversación con Valerie y, por un segundo, me planteé la posibilidad de acercarme y contárselo, de abrirle los ojos para que viera el tipo de loca con el que estaba saliendo. Sin embargo, no lo hice. No quise ponerle en la encrucijada de tener que elegir entre ella y yo porque temí que la elegiría a ella. Si uno tiene que escoger entre salir con una de las chicas más guapas y populares del instituto o seguir hablando con la tía rara, la elección era fácil, por mucho que la tía rara hubiera salvado la vida de su hermana.

No sé de dónde saqué las fuerzas para dedicarle la sonrisa más amarga que he esbozado en mi vida, para saludarle con la mano y seguir adelante como si no pasara nada mientras sentía cómo mi alma se moría. No iba a decirle nada. Nunca le diría nada... Tendría que resignarme a que nos cruzáramos en los pasillos, a que se acercara a hablarme, a sentarme a su lado

en clase de francés sin que nunca hubiera nada entre nosotros. No sabía cómo iba a poder soportarlo, como iba a poder fingir que era feliz teniéndole como amigo mientras cada segundo a su lado me mataba por dentro.

Aparté aquellos pensamientos de mi mente. Si me ponía a pensar en cómo iba a ser mi vida en el futuro, me tiraría del puente más cercano. Sólo debía centrarme en escapar de allí. Salí del instituto, recogí mi bicicleta y pedaleé hacia casa a toda la velocidad que me permitían mis piernas. Nada más entrar en el jardín arrojé la bicicleta con furia, subí a mi cuarto y me tiré sobre la cama, llorando. Los ojos me escocían como si durante todo el camino hubiera estado acumulando lágrimas corrosivas. Me sentía tan triste, tan desesperada, tan estúpida...

Cuando me calmé, me senté frente a la cómoda y cogí la caja de música. Me planteé si hablar un rato con mi abuela podría ayudarme, pero decidí no hacerlo. Me sentía tan ridícula que no me veía capaz de contarle a nadie lo que me estaba pasando. Al dejar la caja de música sobre la cómoda vi mi reflejo en el espejo. Mi pelo, que normalmente ya era un desastre, estaba revuelto y desgreñado. Tenía la cara pálida e hinchada, los ojos enrojecidos... Me puse de pie y contemplé mi reflejo de cuerpo entero. Era demasiado alta, demasiado delgada, demasiado recta, demasiado fea... Ningún chico podría quererme nunca y yo había sido tan imbécil como para creer que podría gustarle a alguien como Kev.

Me dirigí al armario y saqué el vestido que mi madre y yo habíamos comprado para el baile de graduación. Era tan bonito... Había encontrado un vestido de color azul cobalto, del mismo tono que le gustaba a Kev. Tenía una falda de tul con muchísimo vuelo y las pequeñas lentejuelas que adornaban el corpiño recordaban a un cielo estrellado a medianoche. Me senté sobre la cama con las piernas cruzadas, abrazando el vestido contra el pecho,

mojándolo con mis lágrimas. Todos mis sueños se habían destrozado, todas mis ilusiones se desvanecían como si estuvieran hechas de humo. Tuve ganas de salir al patio y quemar aquel vestido, pero no supe cómo podría explicárselo a mi madre.

Poco a poco me fui calmando. Volví a guardar el vestido en el armario con la esperanza de que mi madre pudiera devolverlo sin hacerme muchas preguntas. No iba a ir a aquella maldita fiesta de graduación. Si estuviera en mi mano, ni siquiera pisaría el instituto un solo día más. Traté de consolarme pensando que quedaba menos de un mes de clase. Después me marcharía a estudiar a la universidad más lejana que me aceptara y no regresaría en la vida a aquel puñetero pueblo.

El verano ya había llegado a Swanton. Como todas las mañanas, cuando se acercaba el mediodía, yo dejaba mi estado de ermitaña aislada por completo del mundo y me asomaba a la ventana para ver llegar al cartero. Las semanas habían ido pasando y mis esperanzas se desvanecían. Sabía que mis notas no eran ninguna maravilla, pero en alguna universidad debían quererme. Necesitaba que me aceptasen. Seguir en Swanton me ahogaba, me consumía... Necesitaba poner todas las millas posibles entre él y yo para que mis heridas cicatrizaran.

Escuché el ruido de la moto del cartero acercándose por la calle. Paró frente a nuestro jardín y metió algo en el buzón. Salí corriendo de la habitación y bajé las escaleras, rezando para que no fuese una factura o una carta del banco, como pasaba siempre. Aquel día tenía un buen presentimiento. Me había parecido que el sobre era un poco más grande de lo normal. Quizá por fin había llegado la respuesta que estaba esperando.

Cuando abrí el buzón y saqué el sobre, sentí que el corazón se me subía

a la garganta. Era del Instituto Politécnico de Rensselaer, en Nueva York. Estaba a más de trescientas cincuenta millas de Swanton. Suficiente para mí. Abrí el sobre allí mismo y, aunque las manos me temblaban tanto que casi no podía leer, comprobé que me habían admitido.

Subí corriendo las escaleras, abrí la caja de música y, con las notas del Claro de Luna de Debussy inundando la habitación, corrí junto a mi abuela para ponerme de rodillas a su lado y enseñarle la carta:

—Mira, abuela. Me han admitido —grité emocionada—. Me voy a Nueva York.

—Muchas felicidades, cariño —dijo mi abuela mientras leía la carta que le mostraba—. Me alegro mucho por ti.

—Casi no puedo esperar a que empiece el curso —comenté mientras soltaba un suspiro de emoción—. Va a ser todo tan genial, tan nuevo...

Durante unos segundos me vi a mí misma en aquella facultad, rodeada de gente para la que yo no sería la rara, la bruja ni la pirada. Me imaginé sentándome con nuevas amigas en clase, manteniendo animadas conversaciones, acudiendo a fiestas, vistiendo de colores... Las siguientes palabras de mi abuela fueron un mazazo que me devolvió a la realidad:

—¿Esto será muy caro?

—No lo sé —admití, preocupada—. Supongo que mamá tendrá dinero ahorrado. Cuando se despierte, se lo preguntaré.

—Si no tenéis dinero suficiente, podéis vender mis joyas —ofreció ella.

—Abuela, no puedo aceptar eso...

—¿Cómo que no? Son mis joyas y no se me ocurre una mejor manera de gastarlo que en el porvenir de mi nieta. Habla con tu madre y dile que ése es

mi deseo.

Mi madre había tenido turno de noche en el hospital, así que no se levantaría hasta pasado el mediodía. Dedicué aquel tiempo a prepararle un plato de pasta con tomate y salchichas, que era lo único que sabía cocinar con un poco de arte. Cuando ella se levantó, encontró la mesa puesta con los dos platos servidos y a mí sentada con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vaya, Eli... ¡Qué sorpresa! Me alegro de verte tan contenta. —Una amplia sonrisa confirmaba que sus palabras eran sinceras. Había estado muy preocupada por mi silencio, mis arrebatos de mal humor y mi aislamiento de las últimas semanas—. ¿Celebramos algo?

—Sí. Esto.

Le pasé la carta y esperé a que la leyera. Su sonrisa fue menguando hasta desaparecer por completo. Cuando levantó la vista de la carta, me miró con ojos apenados.

—¿Nueva York? Esto supondría que tendrías que vivir allí. —Mi madre negó con la cabeza—. No podemos permitirnos esto.

— ¿Cómo que no? David estudia en Montpellier. Nunca ha habido ningún problema para pagarle la universidad ni el coche ni la residencia a mi hermano. ¿Por qué conmigo sí?

—No seas injusta, Eli. Sabes que tu hermano consiguió una beca de baloncesto.

—¿Entonces yo no puedo ir a la universidad, aunque sea mucho más lista que David, porque no sé jugar al baloncesto? Es injusto.

—Lo siento, Eli. De verdad que lo lamento, pero no podemos

permitírnoslo. Podrías estudiar un curso de secretariado en St. Albans...

—Yo no quiero ser secretaria ni quiero ir a St. Albans. ¡Quiero ir a la universidad!

Sabía que estaba siendo injusta con mi madre y que me estaba comportando como una niña malcriada, pero necesitaba alejarme de Swanton. Estudiar un curso de secretariado para acabar trabajando en cualquier negocio de la zona me ataría a aquel pueblo para siempre. Aquello me sonaba peor que una condena eterna en el infierno. Tenía que escapar de aquel maldito pueblo.

—Ya te he dicho que lo siento, pero es imposible. —Mi madre extendió una mano sobre la mesa para tomar la mía, pero yo la retiré, furiosa—. Trabajo todo lo que puedo, meto muchísimas horas y, aún así, no llega. No puedo permitirme pagar esto.

—Vende las joyas de la abuela.

—No puedo hacer eso. Es un legado familiar que ha pasado de generación en generación. Algún día serán tuyas, pero no vamos a venderlas.

—La abuela ha dicho que las vendas.

Aquellas palabras hicieron que mi madre se levantara como si acabara de ver una serpiente bajo la mesa. Se puso de espaldas a mí y se pasó la mano por la frente, desesperada.

—Eli, basta de tonterías —dijo con voz seria—. Ya te he dicho mil veces que no me gusta que digas esas cosas.

—¿Por qué? Acabo de hablarlo con ella y me ha dicho que ése es su deseo.

—¡Tu abuela lleva muerta cinco años, Eli! No hablas con ella, no te ha dicho nada de eso...

—Sabes que no miento...

—¡Basta! Métete en tu cuarto y no salgas hasta que estés dispuesta a hablar como una persona razonable.

—Pero mamá...

—¡A tu cuarto!

Salí corriendo de la cocina, pero, antes de subir las escaleras, me giré hacia ella y le grité:

—Si eso es lo que quieres, no saldré de mi cuarto nunca más.

Subí las escaleras de dos en dos, entré en mi habitación, cerré la puerta de un portazo y eché el pestillo. Me pasé las siguientes horas llorando. De vez en cuando, mi madre subía y llamaba a la puerta, esperando que hubiera entrado en razón, pero ni siquiera contesté. Sé que ella pensaba que era una chiquillada y que se me pasaría, pero yo estaba dispuesta a cumplir mi amenaza.



NEWARK (NEW JERSEY), JUNIO DE 1985

CAPÍTULO UNO

Sus dedos se deslizaban sobre las cuerdas de la guitarra con más soltura que nunca. En la vida le había salido tan bien aquella canción. No estaba fallando ni una nota y, mientras tocaba con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, Al sintió que la música le poseía, que le hacía sentirse realmente vivo.

De repente, notó que algo no estaba bien. No era su guitarra, que seguía sonando de maravilla, pero algo fallaba en la canción. Enseguida se dio cuenta. Abrió los ojos y vio que Tim estaba sentado en un viejo sofá, hojeando una revista, mientras Joe había abierto la puerta del garaje y se había apoyado en una columna de la entrada para fumar un cigarrillo.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —preguntó tras tocar la nota más aguda que pudo para llamar su atención—. Que esté tocando un solo no quiere decir que me dejéis solo. El bajo y la batería tienen que seguir sonando.

—Llevas ocho minutos de solo —protestó Tim—. Me dolían los brazos de tanto aporrear la batería para nada.

—Sí, tío. Te has pasado —le secundó Joe—. Te emocionas demasiado.

—¿Cómo que me emociono demasiado? ¿No habéis escuchado los pedazo de solos que se cascan en *Comfortably numb* o en *Little wing*?

—Sí, pero tú no eres ni David Gilmour ni Jimmi Hendrix. Y ni siquiera ellos son tan pesados... —dijo Tim.

—No soy como ellos, pero lo seré —contestó Al, orgulloso—. Siempre que encuentre una banda que me apoye y no gente como vosotros, claro.

—Llevamos toda la tarde ensayando —volvió a protestar Tim—. ¿No

podríamos ir a comer algo?

—Ya estás bastante gordo, Tim—intervino Joe.

—No estoy gordo. Y os he dicho que no me llaméis Tim. Soy Mothyman.

—¿Qué mierda de nombre es ése?—preguntó Al.

—Joder, ya os lo he explicado. No me escucháis nunca. —Tim cerró la revista y la arrojó a su lado en el sofá—. Mothy de Timothy. Luego le pones el Man detrás y queda Mothyman, que suena como Mothman^[iii], el hombre polilla. ¿A qué mola?

—¿En serio quieres llamarte hombre polilla como nombre artístico? —preguntó Al, enarcando una ceja—. A mí me parece ridículo.

—Si tú no me llamas Mothyman, yo te llamaré Aleister. Después de todo, es tu verdadero nombre.

—Yo no tengo la culpa de llamarme Aleister^[iv]. Es culpa de mis padres, que están pirados por el espiritismo, la magia negra y todas esas gilipolleces. Sin embargo, lo de Mothyman lo estás eligiendo tú. En serio, puedes buscarte un nombre mejor. Sólo tienes que pensar un poco.

—No puedo pensar con el estómago vacío —protestó Tim—. De verdad, estoy hasta los huevos de ensayar. ¿Qué dices tú, Joe?

Su amigo se limitó a encogerse de hombros. Casi nunca hablaba y, como no se le veía la cara, escondida detrás de su larguísimo flequillo, también resultaba muy difícil adivinar qué quería.

—No podemos irnos ya. Sólo llevamos ensayando una hora —trató de convencerles Al.

—¿Y qué? Ni que tuviéramos prisa para algo.

—Claro que hay prisa —dijo Al, entusiasmado—. El verano ya está aquí. Hay concursos, festivales... Y podemos tocar en bares.

—Al, tío... —Tim negó con la cabeza—. Nadie nos va a pagar por tocar en su bar. No nos conoce ni Dios.

—Pero nos conocerán. Al principio no necesitamos ni que nos paguen. Nos pueden pagar en bebida. Eso es muy típico.

—Ni siquiera nos pueden pagar en cerveza, Al —siguió protestando Tim—. No podemos beber. Tenemos dieciocho años.

—Bueno, da igual. La cosa es que, si ensayamos lo suficiente, podemos ser muy grandes, los músicos más famosos de todo New Jersey.

—Te olvidas de Bruce Springsteen —intervino Joe por fin—. Y de esos chicos nuevos... Bon Jovi creo que se llaman.

—Esos no llegarán a nada. Creedme, no tienen nada que hacer contra los NewArkAngels^[v]. —Al volvió a colgarse la guitarra y empezó a puntear—. Venga, una vez más. Y esta vez tocad hasta el final, cabrones. Vais a tener que aguantarme hasta que salga perfecta.

Ya empezaba a anochecer cuando Al regresó a casa. La ciudad comenzaba a adormecerse y el ruido del tráfico se había atenuado. A ambos lados de la calle se podía ver a muchas personas sentadas en su porche, disfrutando de la brisa cálida de aquella noche de principios de verano.

Antes de que su casa estuviera a la vista, se detuvo, le dio dos últimas caladas al cigarrillo y lo arrojó al suelo. Después, sacó un chicle de menta del bolsillo de la chaqueta y empezó a masticarlo. Estaba seguro de que sus padres sospechaban que fumaba, pero no tenía ganas de confirmárselo y

arriesgarse a una bronca.

Entró en el jardín y se encontró a su padre, o al menos a su mitad inferior. La superior estaba oculta bajo la autocaravana de la familia, un monstruo enorme y pesado con la pintura descascarillada y más años que el propio Al. Se acercó hasta allí, se puso en cuclillas y se inclinó.

—Hola, papá —saludó—. ¿Necesitas ayuda?

—Hola, Al —contestó su padre antes de asomar una mano y tenderle un destornillador—. ¿Podrías buscar un destornillador de estrella de seis puntas?

Al se levantó, fue hasta la caja de herramientas y, tras revolver un poco, encontró lo que su padre necesitaba y se lo pasó.

—Gracias, hijo.

—¿Le pasa algo a la caravana? —preguntó Al—. Si quieres, puedo echarle un vistazo.

—Tranquilo, creo que podré arreglarla yo mismo. Hace un ruido que no me gusta.

—Deberías dar gracias de que todavía haga algún ruido con los años que tiene.

—Ya sé que habría que jubilarla, pero no tenemos dinero. Aunque puede que eso cambie este verano.

—¿Qué va a pasar este verano?

—Nos ha salido un trabajillo en Massachusetts y pagan muy bien.

Su padre se deslizó por debajo de la caravana hasta salir y se puso en pie. Al tuvo que contener la risa al ver que estaba cubierto de grasa de arriba abajo. Le pasó un trapo para que pudiera limpiarse y espero a que le diese

más explicaciones.

—Nos han llamado de un pueblo llamado Gardner —comentó mientras intentaba limpiarse la cara con el trapo, haciendo que las manchas se extendieran de manera más uniforme—. Al parecer un tipo ha heredado una mansión victoriana y están pasando cosas raras. Quiere reformarla y convertirla en hotel, así que ofrece un montón de dinero si conseguimos limpiarla.

—¿Cuánto dinero?

—Cincuenta mil dólares.

Al soltó un largo silbido de admiración. Sus padres llevaban en aquel negocio toda la vida y nunca les habían ofrecido tanto dinero por un trabajo. Aquello les permitiría comprar una caravana nueva y vivir unos cuantos meses.

—Parece que el tío tiene prisa y quiere que estemos allí cuanto antes —siguió explicando su padre—. Por eso tengo que poner a punto la caravana. Salimos mañana.

—¿Y cuándo volvéis? —preguntó Al.

—La pregunta correcta es “¿Cuándo volvemos?” —dijo su padre—. Tú también vienes.

—No, por favor... Sabes que odio estas cosas. ¿No podéis ir vosotros y dejarme aquí?

—No voy a dejar a mi hijo de dieciocho años solo en casa.

—Pero si no voy a hacer nada malo...

—Da igual. Sabes que tu madre no lo va a permitir —dijo su padre, zanjando la discusión—. Además, así irás aprendiendo los entresijos del

negocio familiar.

—No voy a convertirme en un cazafantasmas ni de coña. Sabes que no creo en esas cosas.

Su padre le lanzó una mirada dolida, tiró el trapo dentro de la caja de herramientas, se tumbó en el suelo y volvió a meterse debajo de la caravana. Al decidió insistir, se arrodilló a su lado y se asomó para seguir hablando.

—Papá, por favor, ya sabes que quiero ser músico. No puedo pasarme todo el verano en un pueblo perdido de Massachusetts. Los chicos me necesitan. Íbamos a presentarnos a festivales, dar conciertos...

Se escuchó un largo suspiro proveniente de debajo del vehículo y, al cabo de unos segundos, su padre volvió a aparecer.

—¿Y cómo pensabais ir a todos esos festivales y conciertos? —preguntó con una sonrisa pícaro.

—No sé... ¿En autobús?

—Si nos acompañas y esto sale bien, te regalaré la caravana vieja cuando compremos la nueva.

Al se quedó mirando la caravana con ojo crítico. Era un auténtico cacharro, pero podría servirles. Si le daban una mano de pintura, podría quedar muy bien. Además, podrían dibujar dos alas gigantes, que eran el emblema del grupo, en la parte trasera y adornar el lateral con su nombre en letras gigantes. Aunque el plan le seguía pareciendo espantoso, se encontró sonriendo y tendiéndole la mano a su padre para cerrar el trato.

—Pero no quiero protestas —le advirtió su padre—. Quiero entusiasmo e interés genuino.

—Por supuesto. Seré el más aplicado de los cazafantasmas.

—Que no nos llames así —dijo el padre, ofendido—. Somos investigadores psíquicos. Dios, cuánto daño está haciendo el cine...

CAPÍTULO DOS

Al escuchó unos pasos acercándose por el pasillo y se giró hacia la ventana, dispuesto a ignorar a quien viniese. A través del cristal, vio a sus padres en el jardín, corriendo de un lado a otro para meter las últimas cosas en la caravana. Se daban tanta prisa como si el mundo fuera a acabarse de un momento a otro. Si los vecinos no se asustaban y pensaban que estaban locos, era porque ya lo creían desde hacía muchísimo tiempo.

Escuchó un carraspeo impaciente a su espalda, pero continuó ignorando a su hermana. Sabía que había aceptado el trato con su padre y que se había comprometido a ir, pero, después de toda una noche dándole vueltas a la idea, no podía imaginarse un plan peor que pasar el verano en un pueblo perdido de Massachusetts. Laetitia volvió a carraspear.

—Al, estás en Babia, chaval —le gritó ella, dando un fuerte golpe con la palma abierta en la puerta de su habitación—. Acaba de recoger tus cosas y bájalas a la caravana. Nos vamos en media hora.

Él la miró y soltó un largo suspiro antes de volver a girarse hacia la ventana sin contestar. Laetitia bufó a su espalda, desesperada.

—Deja de hacer el imbécil y muévete o nos vamos sin ti —le amenazó.

—Qué más quisiera yo... —contestó—. ¿Podrías convencer tú a papá y a mamá de que me dejen aquí?

—Te portas como un crío. Ayer le dijiste a papá que vendrías, así que ya no puedes echarte atrás. Mueve el culo ya —Laetitia se marchó, enfadada, pisando con fuerza para demostrar su descontento—. Y no te olvides de recoger a Apolyon.

Resopló enfadado y enterró la cara entre las manos, deseando que, cuando volviera a levantar la cabeza, todo aquello no fuera más que una pesadilla. Sin embargo, cuando miró de nuevo a su alrededor, todo continuaba igual. Era demasiado pedir que la situación cambiara, porque no se trataba de variar algún pequeño detalle. Era toda su vida la que estaba equivocada desde el principio, desde su nacimiento, incluso desde antes, desde aquel fatídico día en el que su padre, un prometedor estudiante de ingeniería, había acudido a aquel encuentro para avistar ovnis y se había enamorado perdidamente de la chalada de su madre, volviéndose también loco en el proceso.

Se levantó y metió su walkman y varias cintas en la mochila. Antes de cerrarla, se aseguró de llevar varias púas y cuerdas de repuesto para la guitarra. Le iba a sobrar tanto tiempo para ensayar que volvería convertido en el mejor guitarrista de todos los tiempos. Levantó la mirada al sentirse observado. Apolyon estaba en la puerta, acechándole como si le retara a intentar cazarlo.

—No te muevas de ahí, maldito gato —le susurró, mientras cogía disimuladamente el trasportín—. Ya sabes que tú también vienes. Eres una parte fundamental del equipo de pirados.

El gato le miró mal, como hacía siempre, y se mantuvo firme en su sitio hasta que Al estuvo a dos pasos de él con el trasportín abierto. En ese momento, pegó un ágil salto y salió corriendo por el pasillo antes de lanzarse escaleras abajo. Al le persiguió mientras le maldecía en voz baja. Llegó al salón y lo buscó por todos lados con el trasportín en la mano. Dio un par de pasos, tratando de ser lo más sigiloso posible, para acercarse a la mesa que utilizaba su madre para echar las cartas. Levantó muy despacio el largo mantel de terciopelo azul con lunas bordadas y miró debajo. En la oscuridad percibió perfectamente los ojos amarillos de Apolyon, que le bufó amenazador.

—No hagas más el bobo y métete en el trasportín —ordenó Al—. No me hagas enfadar.

Apolyon bufó de nuevo y emitió un largo maullido, mezcla de lamento y furia asesina. Al lo ignoró y metió el brazo para agarrarlo, pero el gato volvió a bufar y lanzó un zarpazo, dejándole el dibujo de sus garras en el antebrazo como recuerdo. Al gritó enfadado, mientras el gato volvía a escapar escaleras arriba.

—Aleister, ¿qué le haces al gato? —La voz impaciente de su madre llegó desde el jardín.

—¿Cómo que qué le hago al gato? ¡Pero si me ha arañado él...!

—Sabes que tienes que tratarle con cariño —recomendó ella, entrando en la casa.

—Y tú sabes que ese gato me odia —protestó él mientras le tendía el trasportín a su madre—. Y el sentimiento es mutuo.

—No digas eso del pobre Apolyon. Lo que pasa es que todavía no os conocéis bien.

Resopló desesperado y subió las escaleras para ir a recoger su mochila y su guitarra. Aquel gato tenía dieciocho años, exactamente los mismos que él. Si en todo aquel tiempo no habían llegado a conocerse, dudaba de que fueran a conseguirlo algún día. A mitad de las escaleras se cruzó con Apolyon, que acudía solícito a la llamada de su madre. Al observó cómo el gato se metía en el trasportín por su propio pie y le miraba desde detrás de los barrotes como si se riera de él. Decidió no decir nada y entró a su cuarto para recoger sus cosas.

Antes de salir, le echó una última mirada a su habitación. Aún no se había ido y ya la echaba de menos. Dejaba allí sus libros, sus discos... Y, lo

que era aún peor, con aquel viaje dejaba atrás aquel verano ideal con el que llevaba soñando todo el año. Adiós a sus amigos, a los ensayos, a los conciertos, a los aplausos... Adiós a las juergas y a las admiradoras rubias y guapas que se volverían locas con sus punteos y suspirarían por él en las baladas...

El sonido del claxon de la caravana le devolvió al mundo real. Soltó un largo suspiro de resignación, se colgó la guitarra a la espalda y recogió la mochila. Tenía que aceptar su condena. No le quedaba más remedio.

A pesar de todas las horas que su padre había dedicado la tarde anterior a poner a punto la caravana, ésta no fue capaz de llegar a las cuarenta y cinco millas por hora en todo el trayecto, ni siquiera cuando iba cuesta abajo.

Su madre, agotada por todos los preparativos del viaje, había decidido tumbarse y dormir un rato con la excusa de que quería estar relajada y con todas sus capacidades psíquicas a pleno rendimiento para su primer contacto con la casa. Laetitia también había pasado a la parte trasera de la caravana para sentarse a leer una de aquellas novelas románticas que tanto le gustaban con Apolyon dormido en su regazo. Agradeció no tener que darles conversación. Seguía enfadado por haber sido embarcado en aquel viaje contra su voluntad y ya ni siquiera la promesa de ir a heredar aquella chatarra con ruedas le hacía sentirse ilusionado.

Su padre, por el contrario, parecía eufórico. Iba conduciendo con una enorme sonrisa en la cara. Antes de arrancar había estado buscando en la radio hasta encontrar una emisora de clásicos country y se había pasado todo el viaje canturreando los estribillos mientras seguía el ritmo de la batería dando golpecitos en el volante. Cuando en la radio se empezó a escuchar *Take me home, country roads* ^[vi] de John Denver y su padre empezó a destrozarla a

voz en grito, Al sintió tal ataque de nostalgia que le entraron ganas de tirarse en marcha y tratar de volver a casa andando. Miró por la ventanilla. Ni siquiera sabía dónde estaban. Tan sólo sospechaba que debían encontrarse en mitad de Pensilvania. Decidió darle algo de conversación a su padre para conseguir que dejara de cantar y tratar de olvidar sus ganas de morir.

—¿Cómo se llama el pueblo al que vamos?

—Gardner, la ciudad de la silla —contestó su padre con tanto entusiasmo como si acabara de anunciarle que iban a una isla paradisiaca del Caribe.

—¿La ciudad de la silla?

—Sí. Son los mayores productores de muebles de toda la costa este. Y, además, ostentan el record de tener la silla más grande del mundo.

—Apasionante —dijo Al.

—¿Verdad que sí? —preguntó su padre, incapaz de captar el sarcasmo —. Si llegamos pronto, tenemos que ir a sacarnos unas fotos sentados en ella.

—Sí, va a ser genial... ¿Y cuánto queda?

—No mucho. Unas tres horas. Estaremos allí para la hora de comer y todavía nos sobrará un rato para hacer turismo antes de nuestra reunión con el señor Anderson.

—¿Quién es el señor Anderson?

—Es un abogado de Gardner. Los dueños de la casa en la que tenemos que trabajar no viven en esa ciudad y le han contratado para que se encargue de todo. No me quiso contar mucho por teléfono...

—¿Así que no sabes qué es lo que sucede en la casa?

—No. Me dijo que prefería tratar el asunto cara a cara. —Su padre desvió un segundo la mirada de la carretera y le guiñó un ojo—. No te agobies. Seguramente será alguna tontería. Algún espíritu burlón que abre y cierra puertas o juega con las luces. Nos llevará unos días, ganaremos una pequeña fortuna y volveremos a casa.

—Eso espero —respondió Al soltando un suspiro de resignación.

—Venga, alegra esa cara y canta conmigo.

Al no pudo contener la risa ante tanto entusiasmo, pero negó con la cabeza y volvió a mirar el paisaje a través de la ventanilla mientras su padre se desgañitaba cantando *Ring of fire* de Johnny Cash.

CAPÍTULO TRES

Llegaron a Gardner pasado el mediodía. Era una pequeña ciudad con calles anchas y viviendas unifamiliares a ambos lados, cada una de ellas con su pequeño jardín particular. Estaba rodeada de frondosos bosques y pequeños lagos y estanques. Al había bajado la ventanilla y contemplaba las calles aburridas, las casas aburridas, los habitantes aburridos... Parecía que la gente caminase más despacio que en New Jersey, que no tuvieran prisa para nada... Se iba a morir allí.

Pararon a comer en una hamburguesería. Cuando terminaron, a pesar de las protestas de todos, no pudieron evitar que su padre les arrastrara a ver la silla gigante y sacarse unas fotos con ella. Su hermana y su madre se negaron a trepar y sólo accedieron a posar al lado de las patas, así que tuvo que ser Al quien escalara hasta el asiento, situado a unas tres yardas de altura, con riesgo de romperse la crisma. Cuando su padre se cansó de sacarles fotos, preguntaron por la calle Parker, en la que el señor Anderson tenía su despacho. Regresaron a la caravana y se dirigieron hacia allí.

Cuando encontraron el edificio, sus padres subieron a reunirse con el abogado mientras Al y Laetitia esperaban en el vehículo. En cuanto desaparecieron dentro del portal, Al abrió la puerta de la caravana y salió fuera.

—¿Se puede saber adónde vas? —preguntó Laetitia, asomándose por la ventanilla—. Nos han dicho que esperemos aquí dentro.

—Tranquila, no voy a ninguna parte —respondió él—. Estoy harto de estar ahí encerrado.

—Siempre tienes que hacer lo que te da la gana.

—Y tú siempre tienes que estar tocándome las narices. —Al sacó un cigarrillo, lo encendió y le dio una profunda calada—. ¿Qué más te da que esté ahí dentro o a dos pasos?

—Encima estás fumando. Se lo voy a decir a mamá.

—Haz lo que te dé la gana, pero déjame en paz.

—Eres inaguantable —dijo ella antes de volver a meter la cabeza en la caravana.

Al caminó con las manos en los bolsillos hasta un banco cercano. Se sentó en el respaldo, con los pies en la parte del asiento, y se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas, contemplando el paisaje mientras fumaba. Las fachadas de las casas parecían cuidadas y recién pintadas; las calles eran amplias; había árboles, parques y jardines por todos lados... El cielo era azul y el aire olía a flores y hierba recién cortada. Todo era demasiado luminoso, demasiado bonito, demasiado limpio. Volvió a pensar que aquel lugar sería su tumba. Sus pulmones urbanitas no lo resistirían.

Contempló a la gente que se entretenía en un parque cercano. Había un padre volando una cometa roja y blanca con sus dos niños pequeños. En la otra punta del parque una pareja le tiraba un *frisbee* a su perro, un *border collie* que parecía muy veloz y muy listo y que lo pillaba siempre al vuelo. Todo era tan idílico que le daba ganas de vomitar.

Un par de chicas pasaron frente a él montadas en sus bicicletas. Notó que le miraban, les dirigió su mejor sonrisa y las saludó llevándose los dedos índice y corazón a la sien mientras les guiñaba un ojo, imitando un saludo militar. Las dos chicas soltaron una risita y pedalearon aún más fuerte para

pasar de largo cuanto antes, pero ambas se giraron a mirarle un par de veces antes de doblar la primera esquina. Al pensó que, después de todo, quizá podría encontrar algo con lo que entretenerse el tiempo que tuvieran que pasar allí.

La puerta del edificio de oficinas se abrió y sus padres salieron acompañados por un hombre. Decir que aquel hombre era enorme sería quedarse muy corto. Tenía una altura imponente y su anchura no se quedaba atrás. Iba vestido con una camisa azul y una corbata negra que parecía minúscula sobre aquel pecho. Comparada con su cuerpo, su cabeza también parecía muy pequeña. Además, era de esos pobres desgraciados a los que el pelo les deja de crecer de orejas para arriba. Unas gruesas gafas de montura metálica le daban el aspecto de un ratón de biblioteca sobrealimentado. El hombre se despidió de sus padres y se dirigió a su propio coche. Al tiró el cigarrillo con disimulo, se metió un chicle de menta en la boca y regresó a la caravana. Sus padres seguían al lado de la puerta, contemplando cómo el abogado luchaba por embutirse dentro de su vehículo.

—¿A qué esperamos? —preguntó Al.

—El señor Anderson va a guiarnos hasta la casa —contestó su madre—. Tenemos que seguir a su coche.

—Pues tenemos tiempo para ir a tomar algo —dijo Al, sin poder ocultar la risa—. Habría sido más fácil que nos dijese la dirección.

—No seas maleducado, Aleister —le riñó su madre—. El señor Anderson tiene que explicarnos muchas cosas sobre la mansión y sobre lo que tenemos que hacer allí.

—No puedo creer que un tío así sea propietario de una mansión.

—Ya te he contado antes que no lo es —dijo su padre—. La mansión es

propiedad de un rico empresario de Boston. Nos ha explicado que es un familiar lejano de los propietarios originales y que no tiene ningún interés en asentarse en Gardner...

—No sé por qué no me extraña —comentó Al, sarcástico.

—El heredero quería restaurar la mansión para venderla a buen precio o para convertirla en hotel —siguió explicando su padre, ignorando el comentario de Al—, pero parece ser que han tenido muchos problemas desde que empezaron las obras. Vamos, ya va a salir.

Contra todo pronóstico, el abogado había conseguido meterse dentro de su coche y cerrar la puerta y esperaba pacientemente tras el volante. Cuando entraron en la caravana, el señor Anderson se puso en movimiento mientras ellos le seguían.

En pocos minutos habían cruzado la ciudad y abandonaban el casco urbano. En cuanto dejaron atrás las ordenadas y limpias calles del pueblo, se vieron rodeados por espesos bosques que sólo se abrían para mostrar tierras encharcadas y pantanosas que llevaban hasta estanques de aguas oscuras. El coche del señor Anderson se internó por una senda a la izquierda y desapareció engullido por el bosque.

—¿Crees que la caravana va a poder pasar por ahí? —preguntó Laetitia, preocupada.

—Más nos vale —contestó Al—. No pienso quedarme atrapado en este pueblo. Si es necesario, empujaré este cacharro hasta Newark.

—No puedo creer que no te guste este sitio —intervino su madre mientras miraba por la ventanilla con ojos soñadores—. Es asombroso. Se puede sentir con tanta fuerza el poder de la Madre Tierra y la presencia de los espíritus de la naturaleza...

Al prefirió guardarse su respuesta. Conocía de sobra a su madre y las tonterías que era capaz de soltar al cabo del día. Siempre estaba percibiendo presencias, espíritus y demás estupideces. Decía que los sentía por la calle, en el supermercado, en la cola del cine... Aguantarla en un sitio así iba a ser insoportable.

Cinco minutos después, vieron cómo el señor Anderson detenía su coche frente a una alta verja de hierro forjado. Tuvieron que esperar un buen rato hasta que el abogado consiguió salir del vehículo. Tras indicarles por señas que no se bajaran, se acercó a la verja llevando en la mano un pesado llavero, escogió la llave más grande y luchó durante un rato para abrir la herrumbrosa cerradura. Cuando lo consiguió, empujó las hojas de la verja a ambos lados y les indicó que continuaran y aparcaran la caravana dentro.

Al se quedó sin aliento al contemplar por primera vez la vieja mansión. No le sorprendía que la gente pensara que aquel lugar podía estar encantado. Era un edificio de tres pisos, lúgubre y oscuro. La pintura original de las paredes debía de haber sido blanca, pero la humedad y los años la habían oscurecido hasta volverla de un gris sucio que le daba un aspecto enfermizo, como si la casa se estuviera muriendo. En el lateral derecho se levantaba una torre alta y estrecha de planta octogonal repleta de estrechas ventanas oscuras. Al tuvo que luchar contra las ganas de desviar la mirada y bajar la cabeza. Durante unos segundos, le había dado la impresión de que la casa le miraba y que no le agradaba su visita.

En cuanto su padre paró el motor, salió de la caravana de un salto y observó el paisaje. Frente a la casa, a apenas treinta yardas según se cruzaba la carretera, pudo ver uno de aquellos pequeños estanques. No le gustó. Su superficie estaba cubierta de hierbas verdosas. Supuso que serían algas, pero le dio la impresión de que estaban esperando a que alguien se atreviera a

entrar en las aguas para atraparlo y arrastrarlo a las profundidades.

—¿Te gusta? Es el estanque Greenwood —dijo el señor Anderson al pasar por su lado—. Se puede pescar y nadar en él. Lo pasaréis bien aquí.

Al fingió una sonrisa mientras pensaba que no había dinero en el mundo para hacer que él se comiera algo pescado en aquel sitio o para obligarle a meter siquiera un pie. El señor Anderson había seguido de largo y, acompañado de sus padres y de Laetitia, se dirigía a la entrada, situada al pie de la alta torre.

Un movimiento llamó su atención. Se quedó parado en el camino, preguntándose qué habría sido. Le había dado la impresión de que una sombra pasaba sobre él, ocultando el brillo del sol durante un segundo. Levantó la mirada y se dio cuenta de que algo se movía sobre el tejado de pizarra negro. Se puso una mano sobre los ojos, a modo de visera, para que los rayos del sol no le cegaran. Eran pájaros. Más de una docena de cuervos enormes posados sobre las tejas observaban su llegada. Era extraño que no se hubieran asustado con sus voces o con los ruidos de los motores. Seguían allí, tan tranquilos, como si tuvieran la convicción de que la casa les pertenecía.

El señor Anderson ya había terminado de subir los escalones que llevaban hasta la puerta de entrada. No eran más de media docena, pero el hombre llegó arriba resollando y tuvo que detenerse para sacar un pañuelo de tela y secar el abundante sudor que se había acumulado en su calva. Cuando hubo terminado, volvió a rebuscar en el llavero hasta encontrar una llave grande y oxidada que metió en la cerradura.

—Les pido que no se asusten por el estado en el que está la casa. —El abogado se giró hacia ellos antes de abrir, mirándolos con expresión preocupada—. Les aseguro que se han comprobado las vigas y el tejado. La casa es totalmente segura a pesar de su aspecto.

Tras decir aquellas palabras, giró la llave y abrió la puerta. Al y su familia entraron a un amplio recibidor y se quedaron parados delante de una imponente escalera de mármol negro. El lugar debía de haber sido increíble, porque seguía inspirando una sensación de elegancia y majestuosidad a pesar del estado de abandono en el que se encontraba. Desde lo alto de la escalera la luz se filtraba a través de un enorme rosetón de cristales de colores. Incluso con la suciedad que los impregnaba, los rayos de sol, coloreados en diferentes tonos, atravesaban toda la estancia. En los haces se podía observar el polvo de años y años danzando en suspensión.

Al se dio la vuelta para mirar al señor Anderson. Suponía que él tendría que adelantarse para mostrarles la casa y explicarles dónde estaban las diferentes habitaciones, pero el hombre no había traspasado el umbral. Seguía allí de pie, agarrando el picaporte sin atreverse a dar un paso más mientras escrutaba las sombras de la mansión con ojos asustados.

—¿No va a pasar? —preguntó Al.

—No. Puedo explicárselo todo desde aquí. —A pesar de que el ambiente en la casa era fresco, la frente del abogado volvía a estar perlada de gotas de sudor—. Bien, señor McNeal —dijo dirigiéndose a su padre—, como le he explicado en mi oficina, habíamos encargado a una cuadrilla de obreros que reformasen la casa, pero, cuando empezaron a pasar cosas extrañas, se asustaron y dejaron el trabajo sin hacer.

El señor Anderson extendió un brazo hacia un lado, señalando que una de las paredes estaba ocupada por un andamio y que, a pocos pasos, había una hormigonera abandonada. Al dio unos pasos para asomarse a la habitación que tenía más cerca y vio una caja de herramientas y un martillo neumático aún enchufado a un gran aparato de color azul con la palabra compresor escrita en el lateral. Todo aquello debía de valer mucho dinero. Algo tenía que haber

asustado mucho a aquella gente para que no se hubieran detenido a recogerlo.

—Lo noto... Están aquí, por todas partes... —Su madre se había colocado en el centro del recibidor, con los ojos cerrados y los brazos en cruz, meciendo su cuerpo de un lado a otro como si una leve brisa la empujara—. Son muy fuertes y están enfadados.

Al tuvo que mirar hacia otro lado para contener la risa. Por muchas veces que viera a su madre en acción, no conseguía acostumbrarse. Laetitia pasó por su lado, se acercó a su madre, la tomó de la mano y también cerró los ojos y empezó a acunarse con aquella brisa que sólo ellas dos podían percibir.

—¡Yo también lo noto! —exclamó su hermana, emocionada—. Nos rodean.

Al negó con la cabeza y se apoyó en la pared, esperando a que el espectáculo acabara. Se consoló con la idea de que, al menos, no eran un par de timadoras. Ellas dos creían de verdad que podían notar la presencia de los difuntos y comunicarse con los muertos. Era un débil consuelo, pero a él le servía. Su familia no era una banda de criminales que se dedicase a estafar a pobres inocentes. Tan sólo eran patéticos y estaban como cabras.

Giró la cabeza hacia el señor Anderson, que seguía sin entrar en la casa. Su cara había perdido el color y miraba fascinado a las dos mujeres. Cuando su madre abrió los ojos, sonrió al abogado y se acercó a él para tenderle las dos manos y reconfortarle.

—No tiene por qué estar asustado —le dijo con una voz que era a la vez misteriosa y cantarina—. Estos seres no van a hacerle daño.

—No me gustan estas cosas —confesó el hombre—. Compréndalo... Llevo toda la vida viviendo en Gardner y he escuchado leyendas sobre esta casa desde que era niño.

—Lo entiendo y su temor no es infundado —dijo ella—. Estos seres son solamente entes perdidos y asustados que no encuentran su camino hacia el más allá, pero pueden resultar peligrosos si no se sabe cómo tratarlos. No tiene nada de lo que preocuparse. Nosotros nos encargaremos de todo.

—¿Me podría decir qué pasó con los obreros? —intervino Al—. Se han dejado aquí todo su equipo.

—Se niegan a volver desde el accidente...

—¿Qué accidente? —preguntó Laetitia.

—Bueno, como les he dicho, contratamos a una cuadrilla de obreros para reformar la casa. Los primeros días no hubo ningún incidente y el trabajo avanzó a buen ritmo. Pudieron reformar el tejado, arreglar las tuberías de la planta baja, reparar las ventanas... Pero, poco a poco, empezaron a suceder cosas. Las herramientas desaparecían o cambiaban de lugar; las puertas se abrían y se cerraban solas... Al cabo de unos días algunos obreros empezaron a decir que escuchaban voces, susurros, pasos... La gente comenzó a murmurar y a asustarse y un par de hombres dejaron el trabajo.

—Esos sucesos pudieron deberse simplemente a la sugestión —comentó el padre de Al.

—Sí, eso le dije al jefe de obra para convencerle de que debían continuar con el trabajo y él estuvo de acuerdo en el primer momento... hasta que se cayó por la escalera. —El señor Anderson volvió a sacar su pañuelo y se lo pasó por toda la cara antes de seguir hablando—. Fue terrible. Cayó rodando desde arriba y se rompió las dos piernas y un brazo. Mientras estaba en el suelo, esperando a la ambulancia, no dejaba de gritar que le habían empujado. Los hombres no quisieron seguir aquí un solo minuto más, ni siquiera ofreciéndoles más dinero.

—No se preocupe. Solucionaremos su problema —intervino Laetitia, sonriendo confiada.

—Me alegro mucho. El rumor se ha extendido y nadie quiere venir a continuar con las reformas, ni siquiera de los pueblos cercanos. —El señor Anderson le devolvió la sonrisa—. Bien, ya que aceptan el trabajo voy a explicarles cómo está la casa. Como les he dicho, hay agua corriente en el piso de abajo, aunque es agua fría. Tienen un cuarto de baño al fondo de este pasillo. No dio tiempo a arreglar las tuberías del piso superior, por lo que les rogaría que no usasen los lavabos de ese piso. —El abogado esperó a que todos asintieran antes de continuar—. En ese pasillo encontrarán también la cocina y una pequeña despensa. Las habitaciones están arriba, en el primer piso. Como comprenderán, no hemos podido adecentarlas porque ninguna mujer del pueblo ha querido venir a limpiar, pero espero que puedan instalarse sin demasiadas molestias.

—No se preocupe, señor Anderson —dijo el padre de Al, encogiéndose de hombros—. Estaremos bien.

—Perfecto. Si necesitan cualquier cosa, ya saben dónde está mi oficina. Bienvenidos a la casa Cavendish.

El abogado se despidió, se giró y bajó las escaleras a una velocidad que Al habría creído imposible para un hombre tan gordo. Se asomó a la puerta para contemplar cómo el hombre cruzaba todo el patio, bamboleando su enorme cuerpo de lado a lado, antes de empezar a luchar para conseguir entrar en su coche. Aquella vez tardó mucho menos tiempo y, en cuanto consiguió cerrar la portezuela, arrancó el motor y se perdió por el camino, dejando un reguero de polvo tras de sí. Cuando terminó de reírse, Al cerró la puerta de entrada y volvió a internarse en la casa dispuesto a explorarla.

CAPÍTULO CUATRO

Al volvió a entrar en el recibidor y dio una vuelta sobre sí mismo para contemplar el lugar. Justo encima de su cabeza colgaba la lámpara de araña más grande que había visto nunca. A pesar de que la casa estaba cerrada, oscilaba levemente, llenando el lugar con el tintineo de sus cristales. No había muchos muebles. Seguramente los dueños los habían vendido hacía años o habían sido robados. Sin embargo, justo al lado de la escalera vio un alto reloj de pared de madera oscura. Se acercó despacio, abrió el cristal y lo puso en hora. La manecilla de los segundos continuó sin moverse. Miró la caja en la que colgaban el péndulo y las pesas. Estaban sujetas con una cadena de metal para que no se movieran. Pensó que era mejor dejarlo así. Siempre le había puesto nervioso el continuo tictac de los relojes.

Pasó a la siguiente habitación. Era un enorme salón que debía haberse utilizado para dar fiestas. A pesar del polvo que cubría el suelo, todavía podían distinguirse las baldosas de mármol blanco y negro, que le hicieron sentirse un peón en un tablero de ajedrez gigante. Tampoco quedaban muchas cosas en aquel lugar. Un piano de pared al fondo, cerca de los ventanales, y un par de tapices con escenas de caza. Siguió andando y entró en una biblioteca. Aquel lugar se encontraba en mejor estado. Había un par de sillones protegidos por sábanas desgastadas, una enorme chimenea de piedra y una alfombra sucia y raída que ocupaba casi todo el suelo de la habitación. La pared del fondo estaba ocupada por estanterías repletas de libros. Al se acercó y cogió uno al azar. Estaba amarillento y enmohecido. Cuando pasó sus páginas, se levantó una pequeña nube de polvo que le hizo estornudar.

Regresó al recibidor dispuesto a estudiar la otra ala de la casa. Lo

primero que encontró fue un comedor en penumbra. Unos gruesos cortinajes apolillados de terciopelo rojo tapaban los ventanales. Al los apartó a ambos lados, levantando nuevas nubes de polvo que hicieron que volviera a picarle la nariz. La estancia resultaba aún más deprimente cuando estaba iluminada. La superficie de madera de la mesa había perdido todo su brillo y estaba repleta de pequeños agujeros. Las sillas presentaban el mismo aspecto. Supuso que debían de llevar años siendo devoradas por las termitas y se dijo a sí mismo que debía recordarlo antes de sentarse en alguna de ellas.

En una esquina del comedor había una puerta que llevaba a un pequeño cuarto de baño. Parecía la única habitación de la casa que había sido restaurada. Comprobó que, tal y como les había dicho el señor Anderson, había agua. Tras salir del baño, entró por la otra puerta y se encontró una cocina. En una esquina había una pequeña nevera y un hornillo de gas que desentonaban con el resto de la casa. Aunque parecían de segunda mano, se notaba que eran electrodomésticos modernos. Supuso que los obreros los habrían llevado para poder prepararse algo de comer y se habían olvidado de ellos en su apresurada huida. Abrió la nevera y sólo encontró un pack de cervezas y una fiambarrera con algo indeterminado flotando en una salsa verdosa que se apresuró a tirar a la basura. Por suerte, habían traído su propia comida y tenían una cocina mejor equipada en la caravana.

En la pared del fondo de la cocina encontró otra puerta que llevaba a una pequeña despensa. Había varias latas tan cubiertas de polvo que no podía saberse qué contenían. Cogió una y pasó un dedo por la tapa. La fecha de caducidad era el 15 de septiembre de 1924. Volvió a dejarla en su sitio, pensando que algo tan caducado podría matarlo sólo por abrirlo.

Regresó sobre sus pasos y se encontró a su padre subiendo las mochilas de todos al primer piso. Se colocó a su lado y tiró de la correa de

una de ellas para que se la pasara. Su padre negó con la cabeza y le hizo un gesto señalando hacia el exterior.

—Tranquilo, puedo con ello. Ve a la caravana y trae a Apolyon.

—Prefiero subir las mochilas —dijo Al—. ¿No puedes ir tú a por el gato?

—¿Es que tienes que protestar por todo? —preguntó su padre, frunciendo el ceño—. Haz lo que te digo.

Al soltó un suspiro resignado y salió de la casa. Sabía que a su padre tampoco le gustaba aquel maldito gato y que incluso le tenía un poco de miedo. Entró en la caravana y cogió el trasportín. Apolyon no se dio por enterado y siguió dormido, enroscado sobre sí mismo. Aprovechó para recoger también su guitarra, salió de la caravana y regresó al edificio.

En cuanto traspasó el umbral, un maullido agudo surgió del trasportín. El gato empezó a girar sobre sí mismo, golpeando las paredes y lanzándose contra la puerta para morder las rejas como si se hubiera vuelto loco. Entre mordisco y mordisco, bufaba y lanzaba aquellos maullidos desesperados que helaban la sangre. La madre de Al apareció en la parte de arriba de las escaleras con los brazos en jarras.

—Aleister, ¿se puede saber qué le estás haciendo al gato?

—Yo no le he hecho nada —protestó él—. Se ha vuelto loco según hemos entrado en la casa.

Ella bajó las escaleras a la carrera y le arrancó el trasportín de las manos. Se lo puso a la altura de los ojos y empezó a susurrarle palabras tranquilizadoras al gato como si hablara con un niño pequeño, pero no consiguió que se calmara. Apolyon maullaba cada vez más fuerte y seguía golpeándose contra las paredes como si estuviera desesperado por escapar.

—Sácale fuera —gritó Laetitia desde lo alto de la escalera—. Hay algo aquí que le hace daño.

Al y su madre salieron. En cuanto llegaron al jardín, el gato dejó de maullar y se tumbó. Tenía la respiración muy agitada. Jadeaba y sacaba la lengua como si fuera un perro. Laetitia apareció en la puerta y se acercó a ellos a la carrera.

—¿Está mejor? —preguntó angustiada.

—Sí, eso parece —contestó su madre—. Nunca lo había visto así. Ha notado presencias en otras casas, pero nunca se había puesto tan histérico.

—Habrá que dejarlo en la caravana —sugirió Laetitia—. Las entidades de esta casa deben de ser muy poderosas o muy negativas y no puede soportarlas.

Al recogió el trasportín que su madre le tendía y regresó a la caravana. La verdad era que él prefería que Apolyon estuviera encerrado allí dentro. A pesar de que durante el día el gato pasaba de él, por las noches tenía la manía de meterse bajo las mantas y arañarle los tobillos cuando quería estirarse aprovechando que estaba dormido.

—Suéltale dentro de la caravana y asegúrate de que todas las ventanas estén bien cerradas —le gritó su madre mientras se alejaba—. Y ponle comida y agua.

Él asintió y continuó su camino mientras soltaba un suspiro hastiado. Estaba cansado por el viaje y tenía ganas de instalarse, comer algo e irse a dormir, pero parecía que a su madre le importaba más el bienestar del gato que el de su propio hijo. Entró en la caravana, cerró la puerta y, tras colocar el trasportín en el suelo, abrió la portezuela para que Apolyon pudiera salir. El gato asomó tímidamente la cabeza, le miró y soltó un maullido lastimero. A

pesar de que sabía que estaba arriesgándose a un arañazo, estiró la mano y le hizo un mimo entre las orejas. El gato se encogió un poco sobre sí mismo, pero se dejó hacer. Al se sorprendió. No recordaba que Apolyon le hubiera permitido tocarle nunca. Tenía que estar muy asustado para que su presencia le resultara reconfortante.

—Venga, campeón. Sal de ahí —le dijo mientras colocaba un cuenco en el suelo y lo llenaba con una lata de comida—. No hace falta que te enfrentes a los fantasmas. Tú puedes quedarte aquí dentro y pasar unas buenas vacaciones. Nosotros nos encargaremos del trabajo sucio.

Apolyon salió poco a poco, mirando a todos lados como si temiera que algo fuera a saltar sobre él para atacarle. Al se agachó hacia él y le acercó un poco el cuenco para que no tuviera que salir del todo para alcanzar la comida. A pesar de la antipatía que sentían normalmente el uno por el otro, estaba preocupado por el gato. Nunca habría pensando que pudiera estar tan asustado, teniendo en cuenta que le había visto saltar un montón de veces la valla del vecino para ir a molestar a su dóberman. Aquello no era normal.

Colocó al lado del trasportín un cuenco con agua fresca, comprobó las ventanas y, después de recoger de nuevo su guitarra, salió de la caravana y regresó a la casa. No vio a nadie cuando entró. Cerró la puerta a su espalda y subió las escaleras. Cada uno de sus pasos despertó ecos contra las paredes, provocando la extraña sensación de estar subiendo acompañado por un ser invisible. Comprendió que los obreros hubieran acabado abandonando la casa. Si alguien tan escéptico como él estaba empezando a ponerse nervioso, aquel lugar podría enloquecer a cualquier persona que creyera en aquellas cosas o que permitiera que su imaginación se desbocase.

Cuando llegó al primer piso, escuchó las voces de sus padres. Se acercó y miró a través de la puerta. La decoración le dejó con la boca abierta.

Las paredes eran rojas, las cortinas eran rojas, la cama con dosel era roja... Con la débil luz que se colaba a través de los sucios cristales, la habitación parecía brillar, como si todo estuviera cubierto de sangre fresca.

—¿En serio vais a dormir aquí? —preguntó sorprendido—. Esta habitación da escalofríos.

—La ha elegido tu madre porque dice que las demás no tienen muebles y resultan aún más escalofriantes —contestó su padre—. En ésta al menos hay una cama.

—¿No iréis a dormir en ella?

—No. Dormiremos en el suelo con los sacos de dormir —contestó la madre—, pero, al menos, los muebles dan menos apariencia de abandono. A mí me gusta esta habitación.

—Vale, como queráis. Voy a buscar una que no me queme las retinas.

Cuando regresó al pasillo, se cruzó con Laetitia. Ella le tendió una escoba y volvió a meterse en el cuarto que estaba enfrente del de sus padres.

—¿Para qué quiero la escoba? —preguntó Al.

—Querrás limpiar un poco el suelo antes de poner el saco encima, ¿no?

—No creo que sirva de mucho. En esta casa hay polvo como para estar barriendo varios años. —Al se acercó a la puerta del cuarto que había escogido su hermana—. ¿Qué tal es tu habitación?

Ella se apartó un poco para dejarle mirar. No había ningún mueble, sólo una puerta al fondo que debía de ser el armario. Ni siquiera había lámparas colgando del techo ni cortinas en las ventanas ni una alfombra cubriendo el suelo de madera. Su hermana había colocado el saco de dormir

en el centro de la habitación y su mochila al lado, en un intento de hacer que aquel pareciera un sitio habitable.

—Bueno, no está mal —comentó él—. La verdad es que es mejor que la que ha elegido mamá. Voy a ver si encuentro una para mí.

—Al, espera —le llamó su hermana.

Él se giró de nuevo hacia ella, enarcando una ceja. Ella nunca le llamaba Al. Solía llamarle Aleister, porque sabía que él odiaba aquel nombre, o apelativos más “cariñosos” como pardillo o baboso. Debía de querer algo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿No sientes que hay algo equivocado en esta casa? —Laetitia se abrazó a sí misma y, a pesar de que la temperatura era agradable, se estremeció—. Creo que estamos en peligro. ¿Tú no lo notas?

—Por supuesto que sí —contestó él en un susurro, acercándose a ella—. Creo que las ratas y las cucarachas devorarán nuestros cuerpos y que no veremos un nuevo amanecer. Tan sólo encontrarán nuestros huesos...

—Eres un imbécil —dijo ella, dándole un puñetazo en el brazo—. No se puede hablar contigo de nada.

Al se marchó sin poder contener las carcajadas. Laetitia le siguió y cerró detrás de él con un portazo. Él negó con la cabeza y siguió pasillo adelante hasta encontrar un pequeño cuarto vacío. Se asomó a la ventana. La habitación daba a la parte delantera de la casa y, desde ella, podía ver los raquíticos árboles del jardín y las aguas verdosas del lago. Una bandada de cuervos planeaba sobre la superficie. Supuso que eran los mismos que les habían dado la bienvenida desde el tejado.

Le pareció que la habitación estaba bien y que no estaba demasiado

sucia, así que barrió un poco, recogió su mochila del pasillo y extendió el saco sobre el suelo. No iba a ser muy cómodo, pero bastaría. Escuchó un par de golpes en la puerta a su espalda.

—¿Ya estás instalado? —preguntó su padre.

—Sí, no hay mucho que ordenar ni limpiar—contestó Al—. Es lo bueno de no tener mobiliario.

—Pues vamos a la caravana a ayudar a tu madre con la cena. Tenemos que ir a dormir pronto porque mañana hay mucho que hacer.

—¿El qué?

—Acabo de colocar unas cuantas grabadoras para ver si tenemos suerte y podemos registrar alguna psicofonía —explicó su padre—. Mañana habrá que revisarlas, comprobar los niveles de magnetismo de la casa... Te va a gustar. Ya lo verás.

A Al le preocupó el brillo de entusiasmo en los ojos de su padre. Estaba emocionado por enseñarle todas aquellas cosas, como si esperase que a él también le gustara y decidiera implicarse en aquella locura como el resto de la familia. Prefirió no decir nada y devolverle una sonrisa fingida antes de seguirle hacia la caravana.

CAPÍTULO CINCO

Laetitia abrió los ojos, desorientada. Durante los primeros segundos no supo dónde estaba. La habitación estaba muy oscura y tardó en poder distinguir algún detalle. No había muebles y, a pesar de que la ventana estaba abierta, no se veía la luz de ninguna farola.

Cuando se dio cuenta de que estaba tumbada en el suelo, metida dentro de su saco de dormir, empezó a recordar. Se encontraba en la casa Cavendish, en Gardner. Era su primera noche allí y, aunque al acostarse había pensado que le costaría mucho conciliar el sueño, estaba tan cansada que se había quedado dormida nada más tumbarse.

Se sentó en el suelo y bajó el saco de dormir hasta su cintura. Todavía estaban a mediados de junio y tenía la ventana abierta, pero el calor y la humedad en aquella habitación eran inaguantables. Todo su cuerpo estaba cubierto de una capa de sudor pegajoso y desagradable. En aquellas condiciones no iba a poder seguir durmiendo.

Cogió la linterna, la encendió y miró la hora en su reloj. Sólo eran las tres de la mañana. No eran horas de darse una ducha. Además, le daba la impresión de que no serviría de nada. Volvería a sudar a chorros en cuanto se metiera de nuevo en el saco.

Se tumbó para intentar dormirse de nuevo, pero, al cabo de un par de minutos, volvió a sentarse. Era imposible. Ahora que se había desvelado, el suelo le resultaba demasiado incómodo. No había postura en la que no le doliera algo. Además, estaba aquella maldita sed. Sentía la garganta seca y rasposa y un sabor raro en la boca, a polvo y suciedad. No era extraño tal y

como estaba la casa.

Volvió a coger la linterna e iluminó la habitación para asegurarse de que estaba sola. No sentía ninguna presencia extraña y parecía que todo estaba en calma. Incluso podía escuchar los rítmicos ronquidos de su padre desde la habitación de enfrente. No le pasaría nada por ir hasta la planta de abajo, llegar hasta la cocina y coger un vaso de agua.

Desechó la idea, apagó la linterna y se tumbó para intentar volver a dormir. Le daba mucho miedo la idea de recorrer a oscuras aquella casa desconocida. Tendría que aguantar la sed, al menos hasta que los primeros rayos de sol entraran por la ventana.

No habían pasado ni cinco minutos cuando volvió a sentarse. El calor en la habitación parecía incrementarse por momentos y la sensación de sed era cada vez más acuciante. Tenía que beber. Se quedó sentada en el suelo, totalmente inmóvil y con los ojos cerrados, tratando de percibir si había alguna presencia cercana. No había nada, todo estaba en calma. Llegar a la cocina sólo serían un par de minutos. No iba a pasarle nada malo.

Salió del saco de dormir y se acercó a la ventana, buscando algo de aire fresco. Ni siquiera pudo obtener aquel consuelo. No se sentía ni una leve brisa. De hecho, nada se movía, como si el mundo se hubiera detenido. Podía distinguir la superficie del estanque y los árboles de alrededor. El agua no se ondulaba y las ramas de los árboles estaban totalmente quietas. Parecía una fotografía estática en lugar de un paisaje real. Se dio cuenta, además, de que el silencio era antinatural. Recordaba que, antes de meterse en la cama, había escuchado el canto de los grillos y el croar de las ranas del estanque. En aquel momento no había nada. El paisaje parecía congelado, expectante... Sintió un pinchazo en el estómago. Sabía lo que significaba aquella calma antinatural. Indicaba la presencia de fenómenos paranormales. Había algo cerca, algo tan

maligno que hasta la naturaleza parecía notarlo y se detenía, como si estuviera tratando de pasar desapercibida.

Respiró profundamente unas cuantas veces para intentar recuperar la calma. Ya sabían que había algo extraño en la casa cuando aceptaron aquel trabajo, pero no tenía por qué ser algo negativo. Lo más seguro era que se tratara de un espíritu perdido incapaz de encontrar su camino hacia el más allá. Aquel tipo de entes podían estar confusos y enfadados y provocar fenómenos que aterrorizaran a personas sin conocimientos sobre parapsicología, pero no eran peligrosos. Ella era una profesional, una estudiosa de los secretos arcanos, una médium poderosa... No podía comportarse como una niña asustada.

Se giró hacia la puerta con la linterna en la mano y salió de la habitación dispuesta a conseguir aquel vaso de agua fresca que necesitaba con tanta urgencia. Casi podía imaginarla bajando por su garganta, saciándola... Se pasó la punta de la lengua por los labios resecos, pero no consiguió solucionar nada. Tenía la boca tan seca como si llevara toda la noche comiendo arena.

Cuando salió al oscuro y silencioso pasillo, alumbró a ambos lados para asegurarse de que continuaba sola. Seguía sin sentir ninguna presencia extraña, pero, por alguna razón que no acababa de entender, estaba muy intranquila. Notaba que tenía la respiración alterada y que el corazón golpeaba con fuerza en su pecho. Durante unos segundos, pensó en ir hasta la habitación de su hermano para pedirle que la acompañara, pero desechó la idea de inmediato. Él la mataría si le despertaba a las tres de la mañana o se reiría en su cara por tener miedo. No se podía contar con aquel crío estúpido para nada.

Empezó a andar por el pasillo con pasos lentos, moviendo el haz de la linterna de lado a lado para desterrar las sombras de cada rincón. Aunque intentaba no hacer ruido, las viejas tablas del suelo rechinaban con cada uno

de sus pasos como si se quejaban por su inoportuno paseo. Continuó andando hasta que llegó al descansillo del que arrancaba la imponente escalera de mármol que llevaba al piso inferior. Se detuvo para alumbrarla con la linterna, pero el sonido de pasos a su espalda continuó durante un par de segundos. Parecía que un ser la hubiera estado siguiendo, acompasando su forma de andar para que ella no lo notara, y acabara de detenerse a pocos pasos de ella.

Se giró asustada e iluminó el pasillo que acababa de atravesar. No había nada, pero algo había cambiado en el ambiente. De repente hacía frío. No era una sensación, no se debía sólo a su miedo. Notó que el vello de los brazos y de la nuca se le erizaba y vio cómo de su boca entreabierta surgían pequeñas nubes de vaho. Ya no estaba sola. A pocos pasos, alguien la observaba... Se dio cuenta de algo más: aquel ser, fuera lo que fuera, desprendía odio. No quería que ella estuviera allí.

Pensó en volver corriendo a su habitación, pero le dio miedo tener que pasar al lado de aquel ser al que no podía ver. Se giró hacia las escaleras, preguntándose qué hacer. Lo mejor sería bajar corriendo, salir de la casa y llegar hasta la caravana. Allí también tenían agua y podría quedarse a pasar el resto de la noche en compañía de Apolyon.

Sintió que el frío se intensificaba. El ser se estaba acercando, iba a por ella. Empezó a bajar las escaleras tan rápido como pudo, pero, cuando no había recorrido ni siquiera la mitad de los peldaños, sintió un dolor horrible en la espalda y empezó a rodar escaleras abajo. Comenzó a girar como una peonza enloquecida mientras iba cayendo. El suelo y el techo se intercambiaban y, con cada nuevo golpe contra los peldaños, sentía agudos lanzazos de dolor. Le dio la impresión de que la caída era eterna, que de alguna extraña manera aquella escalera se había alargado hasta el infinito y que continuaría cayendo por siempre. Y entonces todo se detuvo y quedó

tumbada en el suelo. Sentía que no podía moverse, que todo su cuerpo estaba paralizado, que el aire no llegaba a sus pulmones y que iba a morir allí mismo. De repente, escuchó unos pasos en los escalones. El ser se estaba moviendo y venía a por ella.

Se incorporó asustada y buscó la linterna. Había caído a pocos pasos y continuaba encendida. Se arrastró por el suelo hasta alcanzarla e iluminó la escalera con su potente foco. Había algo allí, una sombra entre las sombras, una figura enorme y oscura que se acercaba para atraparla. Sintió que no podía moverse, que no sería capaz de escapar, así que hizo lo único que podía hacer: gritar y gritar pidiendo ayuda.

Al se despertó al escuchar un grito desgarrador. Reconoció al instante la voz de su hermana. Sin pensarlo un segundo, salió del saco de dormir dando patadas, cogió la linterna que había dejado al lado de su cabeza y se dirigió al pasillo. Los gritos seguían sonando, cada vez más angustiados. Rebotaban contra las vacías estancias de la casa, multiplicándose hasta el infinito y haciendo que fuera difícil calcular su procedencia.

Cuando llegó al pasillo, la puerta de la habitación de enfrente se abrió. Su padre apareció con la linterna encendida en las manos y dirigió el haz de luz directamente contra su cara, cegándole como a un topo. Al se cubrió los ojos con una mano y su padre desvió la luz.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó su padre, angustiado—. ¿Dónde está tu hermana?

Al fue a contestar, pero un nuevo grito acalló sus palabras. Echó a correr por el pasillo, dejando a su padre atrás. Cuando llegó al descansillo de la escalera, dirigió la luz de su linterna hacia el piso inferior y vio que Laetitia

estaba sentada en el suelo, gritando como si estuviera loca, mientras mantenía sus ojos, tan abiertos que parecía que se le iban a salir, clavados en un punto de las escaleras en el que no había nada.

Bajó los escalones de dos en dos y llegó hasta ella. Se arrodilló a su lado y la abrazó. Su hermana soltó un gemido de dolor, pero no se separó. Le devolvió el abrazo y escondió la cabeza en su hombro, llorando como una niña asustada y apretándole como si temiera que se fuera a marchar y dejarla de nuevo sola.

Sus padres llegaron unos segundos después. Su madre se arrodilló a su lado y puso una mano en el hombro de Al para indicarle que tenía que soltarla. Al lo intentó, pero Laetitia seguía aferrada a él. Su madre le acarició el pelo mientras le hablaba con suavidad.

—Laetitia, estamos aquí. No va a ocurrirte nada malo. ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que te ha asustado?

Ella separó la cabeza del hombro de Al, pero, en lugar de mirar a su madre, volvió a fijar sus ojos aterrados en la escalera. Trató de tomar aire y sobreponerse a la congoja para poder contestar:

—Estaba ahí... Venía a por mí...

—¿Quién estaba ahí? ¿Qué has visto? —preguntó su madre, volviendo la cabeza hacia las escaleras para escrutar entre las sombras.

—No lo sé... Sólo era algo oscuro, algo maligno. —El llanto de Laetitia se intensificó—. Quería atraparme... Sentí su odio, su ira... No quiere que estemos aquí.

—Tranquilízate —pidió Al, aún abrazado a ella—. ¿No lo habrás soñado?

Aquellas palabras consiguieron que Laetitia recuperase parte de su cordura. Se separó de él con un empujón y le miró con el mismo odio con el que lo hacía siempre.

—No lo he soñado, baboso —le gritó—. Esa cosa estaba ahí, me empujó y me tiró por las escaleras. Si lo he soñado, ¿cómo explicas esto?

Se giró, dándole la espalda, y se levantó la camiseta del pijama. A la luz de las linternas pudieron distinguir claramente ocho marcas que surcaban su pálida piel de arriba abajo. Eran arañazos que habían levantado la piel hasta hacerla sangrar en algunos puntos y coincidían exactamente con las marcas que habrían dejado dos manos humanas.

CAPÍTULO SEIS

Aunque todavía no podía verse el sol, el cielo iba volviéndose más claro en el horizonte. Al y su padre estaban en el jardín, a la puerta de la caravana, esperando a que su madre terminara de curar las heridas de Laetitia. Al se abrazaba y se daba palmadas en los brazos. El aire a aquella hora era muy frío y él iba descalzo y sólo llevaba puestos unos calzoncillos y una camiseta de manga corta. Esperaba que no tardasen mucho más o su madre iba a tener más enfermos que cuidar. Su padre le miró desde el viejo banco en el que estaba sentado, recogió su linterna y se levantó para acercarse a él.

—¿Me acompañas dentro?

Había intentado que su voz sonara tranquila, pero Al pudo distinguir un tono de súplica. Siempre le sorprendía aquello en su padre. Era un hombre alto y fuerte, decidido y resuelto, capaz de enfrentarse a cualquier cosa. Además de eso, tenía formación científica. ¿Cómo podía asustarse por leyendas y cuentos de viejas? En lugar de expresar sus dudas en voz alta, se encogió de hombros y recogió su linterna.

—Vale. ¿Para qué quieres entrar?

—Vamos a coger algo de ropa para todos. La mañana está muy fría — le contestó, poniéndose en marcha—. Además, quiero recoger la grabadora que dejé en el rellano de la escalera para ver si ha captado algo.

—¿Crees que se habrá quedado grabado el ataque a Laetitia?

—No. La cinta sólo dura una hora y la conecté a las once, antes de irme a dormir, pero, si había algún ente rondando por ahí, quizá podamos encontrar algo.

Al prefirió no contestar. Sabía lo que encontrarían: los típicos chirridos de una casa antigua, que su familia se empeñaría en interpretar como lamentos o voces del más allá. Su padre llegó a la puerta y le dejó pasar primero. Al barrió la entrada con la luz de la linterna. Tal como había esperado, no había nada extraño. Era cierto que la mansión era tétrica, pero tan sólo era una casa vacía y vieja.

Empezaron a ascender los escalones. Su padre le seguía tan de cerca que Al pensó que acabarían tropezando. Notó que le agarraba por la parte inferior de la camiseta, como si necesitara sentir su contacto. Se giró hacia él, sorprendido.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, sólo un poco nervioso... —respondió, avergonzado.

—No entiendo cómo puedes creer en estas cosas. Eras un hombre de ciencias, estudiaste ingeniería... ¿Cómo puedes estar tan asustado por algo que no existe?

—Que tú no lo veas no quiere decir que no exista... Si hubieras visto las cosas que hemos presenciado tu madre y yo... Además, tengo pruebas físicas: psicofonías, fotografías, mediciones...

—Ya me has enseñado esas “pruebas físicas” y no me convencen. Lo que sale en las fotos son sólo sombras, destellos... Vuestras psicofonías no son más que ruido y no hay ninguna ciencia que apoye vuestras mediciones.

—¿Cómo puede habernos salido un hijo tan escéptico? Debieron de cambiarte en el hospital al nacer —bromeó su padre—. Piensa como quieras, hijo. Al final, creerás.

Al negó con la cabeza y continuó el ascenso. Debería resignarse a la idea de que su familia no tenía remedio. Si ni siquiera podía hablar con su

padre, que era el más racional de todos ellos, sería imposible hacerlo con su madre o su hermana. Era la familia que le había tocado en suerte. Cada uno tenía su cruz en la vida...

Cuando llegaron frente a la habitación que habían ocupado sus padres, Al se detuvo durante un segundo. Su padre había abierto la puerta e iluminaba el interior sin atreverse a pasar del umbral.

—¿Quieres que te acompañe dentro? —preguntó Al.

—No, tranquilo —contestó él tras haberse asegurado de que no había nada extraño en la habitación—. Voy a vestirme y a coger algo de ropa para tu madre. Haz tú lo mismo y coge algo para Laetitia. Nos encontraremos aquí e iremos a por la grabadora antes de bajar.

Al asintió y se metió en su habitación. Se vistió tan rápido como pudo y después pasó a la habitación de su hermana. No sabía qué coger para ella. Seguro que, eligiera lo que eligiera, se quejaría de que no conjuntaba o de que no le apetecía ponerse eso aquel día. Además, no quería dejar solo a su padre durante demasiado tiempo, así que recogió la misma ropa que había usado el día anterior y salió de la habitación con ella enrollada bajo el brazo. Su padre apareció en el pasillo en aquel mismo momento, como si estuvieran sincronizados. Al se puso a su lado y volvieron al rellano de la escalera, donde habían dejado conectada la grabadora. La luz que debería indicar que estaba grabando se encontraba apagada, así que la cinta debía de haberse acabado hacía tiempo. Su padre la recogió, barrió las escaleras con el haz de la linterna para asegurarse de que no iban a ser atacados por ninguna sombra desconocida y empezó a bajar a una velocidad que Al no habría creído posible en un hombre de su edad. Incluso le costó trabajo seguirle. Cuando cerraron la puerta a sus espaldas, su padre soltó un largo suspiro aliviado, como si acabara de quitarse una pesada mochila de encima.

Regresaron al lugar en el que tenían aparcada la caravana y llamaron a la puerta. Su madre les abrió y les invitó a pasar.

—Entrad, que hace frío. Ya he acabado de curar a Laetitia.

Pasaron dentro. Laetitia estaba sentada con una pierna en alto, llevaba una muñeca vendada y uno de sus pómulos estaba hinchado y amoratado. Sin decir nada, les tendieron las ropas que les habían traído. Su madre agradeció el gesto con una sonrisa, pero Laetitia frunció el ceño, molesta.

—¿Qué le has hecho a mi ropa? ¿La has estado aplastando adrede? —preguntó enfadada—. Está llena de arrugas y, además, es la ropa que llevé ayer en el viaje. Está sucia y sudada.

—Si no te gusta, tienes un montón de ropa limpia en tu habitación. Sólo tienes que entrar a buscarla —sugirió Al con una sonrisa burlona.

—Estúpido —le insultó ella.

—Histérica de mierda —contestó él.

—¡Basta de insultos! —gritó su madre— No quiero escuchar una palabra más. Laetitia, ponte la ropa que te ha traído tu hermano.

—No pienso vestirme delante de él —protestó ella.

—Pues vete al baño —dijo Al, negando con la cabeza hastiado—. Ni que tuvieras algo que quisiera ver...

—¡Mamá! Mira lo que me está diciendo —gimoteó ella—. Me duele mucho la pierna como para ir hasta el baño.

—Al, por favor, sal un momento de la caravana —intercedió su padre.

—Encantado.

Al salió dando un portazo y caminó hasta la verja de entrada. La

verdad era que salir de la caravana había sido un regalo. No tenía ganas de seguir aguantando las quejas de su hermana ni de soportar el estado de nervios de su madre. Además, tenía ganas de fumar. Se escondió detrás de un árbol para estar seguro de que no podrían verle y encendió un cigarrillo. Le dio una larga calada, manteniendo durante unos segundos el humo en sus pulmones. Un ruido extraño le sobresaltó y le hizo expulsar el humo de golpe entre toses. El ruido se repitió. Era el graznido de un cuervo. Se asomó desde detrás del árbol y vio que la bandada había regresado al tejado. Otros cuervos se unieron al primero. No le gustó aquel sonido. Le daba la impresión de que aquellos condenados bichos se estaban riendo de ellos.

Un par de minutos después, la puerta de la caravana se abrió y la silueta de su padre se dibujó contra la luz que surgía del interior.

—Al, ¿estás ahí? Ya puedes pasar.

Al arrojó su cigarrillo al suelo y se metió un caramelo de menta en la boca mientras regresaba a la caravana con paso tranquilo. Cuando entró, su padre le señaló el sitio libre que quedaba alrededor de la mesa. Frente a él había una taza con un líquido amarillento.

—Es tila —dijo su madre, señalando las tazas que todos tenían delante—. Tómatela.

—¿Para qué? Yo no estoy nervioso.

—Eso crees tú. Tómate la tila —insistió su madre—. Tenemos cosas importantes que hablar y quiero que todos conservemos la calma.

Al obedeció y tomó un sorbo. Su madre se lo agradeció con una sonrisa. Mientras tanto, el padre colocó sobre la mesa la grabadora que habían recogido de la casa.

—Bueno, he estado escuchando la grabación. Sólo me ha dado tiempo

a revisar los primeros minutos, pero ya he encontrado algo —explicó con voz temblorosa—. ¿Preparados?

Laetitia y su madre asintieron con aire solemne. Al se limitó a encogerse de hombros y a tomar otro sorbo de su infusión. Su padre asintió y pulsó el botón para que la cinta empezara a reproducirse. En un primer momento, no se escuchaba nada, tan sólo el siseo de la cinta al pasar por los cabezales. De vez en cuando, se oía algún crujido o algo que podía interpretarse como un golpe sordo y lejano. Al negó con la cabeza al observar las miradas asustadas de su familia. Todos aquellos ruidos podían explicarse por los sonidos habituales de una casa vieja. No había nada de lo que asustarse. De repente, se escuchó algo diferente: una especie de siseo y algo que parecía una voz metálica.

—¿Lo habéis oído? —preguntó su padre, deteniendo la grabadora.

—Sí. Había una voz —dijo Laetitia—, pero no he conseguido entender lo que decía.

—Voy a subir el volumen al máximo y a ponerlo de nuevo. Estad atentos.

Todos se inclinaron hacia la mesa con la cabeza ladeada para poder escuchar mejor. Volvió a oírse aquel siseo y la voz metálica, más clara esta vez:

—Aaaaooseiiii —dijo la voz.

Su padre volvió a detener la grabación. Laetitia y su madre miraban a la grabadora como si ésta pudiera saltar y morderlas.

—No se entiende una mierda —comentó Al—. Ni siquiera tiene por qué ser una voz. Puede ser algún animal, un ruido de las cañerías...

—¿Pero es qué estás sordo? —preguntó su hermana—. Se escucha claramente una voz que dice “Marchaos de aquí”.

—¿En serio oyes eso? ¿Me estás tomando el pelo?

—Por supuesto que lo oigo —contestó ella—. Las psicofonías son así. A los espíritus les cuesta comunicarse con claridad.

—Pues a ver si se muere de una vez algún logopeda y les enseña a pronunciar, porque esto es de pena —sugirió Al.

—Aleister, ¿es que no tienes respeto por nada? —chilló su madre.

—Lo siento, pero yo no oigo nada. Y tampoco creo que alguien invisible haya tirado a Laetitia por las escaleras. Creo que nos estamos dejando llevar por la histeria.

—No es histeria, estúpido. En esa casa hay algo peligroso y que no quiere que estemos ahí —dijo su hermana.

—Yo pienso lo mismo. El ser que habita esa casa parece hostil y muy peligroso —añadió su madre.

—A ver, si lo que estamos diciendo es que deberíamos marcharnos de este sitio y regresar a Newark, tenéis mi voto a favor —sugirió Al.

—No es eso, Al. No podemos marcharnos —dijo su padre.

Se quedaron en silencio. Al observó que todos se lanzaban miradas de complicidad, como si se estuvieran preguntando quién iba a ser el que le explicara la situación.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —preguntó Al—. ¿Qué es eso de que no podemos irnos? ¿Qué me estáis ocultando?

—Estamos arruinados, Al —contestó su padre con la cabeza baja,

como si le avergonzase pronunciar aquellas palabras—. Últimamente casi no hemos tenido trabajo y estamos sin dinero.

—Pero eso no puede ser —protestó Al—. En abril fuisteis a esa mansión encantada de Delaware y en mayo ayudasteis a una familia de Maryland con los fenómenos *poltergeist* de su casa y a la gente de aquel hotel rural de New Hampshire. ¿Es que me habéis mentido?

—No, no te mentimos —explicó su madre—. Fuimos a esos sitios y ayudamos a esa gente porque lo necesitaban, pero casi no tenían dinero para pagarnos.

—¿Qué somos ahora? ¿Cazafantasmas sin fronteras? No puedo creer lo que me estáis diciendo. —Al apoyó los codos en la mesa y se frotó las sienes con los dedos, intentando relajarse—. ¿Cómo de mala es la situación?

—Muy mala —confesó su padre—. Hemos tenido que rehipotecar la casa para poder pasar los últimos meses y, si no conseguimos hacer este trabajo, no podremos pagar los recibos del banco y la perderemos.

Al abrió mucho los ojos y paseó la mirada entre los miembros de su familia sin decir nada, como si esperara que alguno de ellos detuviese la broma y le dijera que todo aquello era mentira. No podían estar a punto de perder su casa. Ya se veía viviendo en la caravana en algún descampado mugriento, rodeado de drogadictos y vagabundos borrachos.

—¿Y cuándo pensabais contarme todo esto? —preguntó enfadado—. Me tratáis como a un crío.

—Puede que empecemos a dejar de tratarte como a un crío cuando dejes de comportarte como uno —le pinchó Laetitia—. Esta conversación no va de ti ni de lo dolido que estás, sino de qué vamos a hacer para solucionar nuestros problemas.

—Tenemos que acabar este trabajo. —Su padre levantó la mirada de la mesa y la clavó en los ojos de su mujer—. ¿Crees que podréis hacerlo?

Ella tomó aire para contestar, como si buscara fuerzas en su interior para asentir, pero no fue capaz de decir nada. Al se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas y luchaba por retenerlas.

—Yo no quiero volver a entrar ahí. Lo siento —Laetitia empezó a llorar, desconsolada—. Esa cosa ha intentado matarme.

Su madre la abrazó y empezó a acunarla, como si estuviera consolando a un bebé. Al se mantuvo en silencio, sin saber qué decir. Todo aquello le resultaba tan ajeno. Para él no había nada en aquella casa, nada por lo que tener miedo, nada que expulsar, nada por lo que cobrar una cantidad tan increíble de dinero como los cincuenta mil dólares que les ofrecían. Se sentía como si le estuvieran pidiendo que resolviera una ecuación escrita en cirílico.

—Necesitamos ayuda —dijo su padre, rompiendo el silencio.

—¿En quién estás pensando? —preguntó su madre.

—En Clarice, aquella mujer de Vermont. ¿La recuerdas?

—Sí. Era una médium muy poderosa. Creo que podría ayudarnos, pero no recuerdo dónde vivía.

—En un pequeño pueblo llamado Swanton. Iré a buscarla y le pediré que nos ayude.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros mientras? —preguntó Laetitia—. Yo no pienso esperar dentro de esa casa.

—Iremos todos juntos a Swanton —contestó la madre.

—No. Estáis cansados y sería conveniente que mañana algún médico viera las heridas de Laetitia —dijo su padre—. Buscaremos un hotel en el

pueblo para que paséis la noche. No os preocupéis. Mañana por la tarde estaré de vuelta.

—Quiero acompañarte —intervino Al—. Puedo sustituirte al volante y así, además, sólo hará falta pedir una habitación para ellas en el hotel. Ya que estamos tan mal de dinero...

El padre asintió y se colocó al volante. Le pasó a Al el enorme llavero que les había dejado el señor Anderson y éste se bajó para abrir la verja. En cuanto puso un pie fuera de la caravana, los cuervos volvieron a llenar el aire con sus graznidos. Esa vez Al estuvo seguro de que se reían ante su marcha.

—No sé de qué os reis. No nos habéis derrotado —musitó entre dientes mientras abría la verja para que pasara la caravana—. Volveremos, malditos bichos.

CAPÍTULO SIETE

Al sintió que algo le tocaba el hombro y despertó poco a poco. Cuando abrió los ojos, una potente luz le hizo volver a cerrarlos. Se los frotó y trató de volver a mirar. El sol brillaba con fuerza en un cielo totalmente despejado. Debía de haber dormido mucho tiempo, porque, cuando había cerrado los ojos, aún no había amanecido. Cuando se acostumbró a la claridad, echó un vistazo alrededor. La caravana estaba detenida en un área de servicio vacía y deprimente, tan sólo adornada por un par de árboles raquíticos y una papelera herrumbrosa.

—¿Dónde estamos?

—Más o menos en mitad de New Hampshire. Todavía quedan unas tres horas para llegar a Swanton —contestó su padre.

—Bien, conduciré yo. Así podrás descansar un poco.

—Tranquilo. Vamos a salir a estirar las piernas.

Su padre abrió la puerta de la caravana, salió y dio unos cuantos pasos sobre una parcela de césped reseco. Al se estiró y salió tras él. A pesar de que había dicho que quería estirar las piernas, su padre se había sentado en un banco cercano y rebuscaba algo en los bolsillos de su chaqueta. Unos segundos después, consiguió sacar un paquete de tabaco y una pipa.

—Pensaba que lo habías dejado —comentó Al.

—Sí, eso es lo que tiene que pensar tu madre, así que ya sabes. —Se llevó un dedo a los labios mientras le sonreía con complicidad—. Tú también puedes sacar un cigarrillo.

—Pero si yo no fumo... —dijo Al, sintiendo que se sonrojaba.

—Venga, no engañas a nadie con esos caramelos de menta.

Al se sentó a su lado y encendió un cigarrillo con manos temblorosas. No podía creerse que su padre lo supiera y que no le hubiera regañado ni le hubiera dicho nada a su madre. Durante unos minutos fumaron en silencio, disfrutando de la tranquilidad que sólo era interrumpida de vez en cuando por el fugaz paso de algún coche por la interestatal.

—¿De qué conocéis a esa mujer a la que vamos a buscar? —preguntó Al tras tirar su cigarrillo y aplastarlo con el pie.

—¿A Clarice? Nos ayudó con un par de casos en el pasado. Es una mujer muy sabia y muy valiente. Y con mucho carácter —explicó su padre—. Si hay alguien en este mundo que pueda derrotar a un espíritu peligroso, es ella.

—Pero tendremos que repartir el dinero...

—Sí, es posible, pero siempre será mejor repartirlo que quedarnos sin nada. —Dio un par de caladas a su pipa y suspiró mientras dejaba salir una nube de humo azulado—. Mira, Al... Tu madre y tu hermana son grandes mujeres. Son íntegras, inteligentes y están muy formadas en todos los temas que tienen que ver con lo arcano y lo paranormal, pero...

—Pero no tienen auténticos poderes —Al completó la frase al ver que a su padre le costaba pronunciar aquellas palabras.

—Sí, eso es... Ellas pueden solucionar problemas sencillos: gente que se ha sugestionado porque cree que hay algo sobrenatural en su casa o que piensa que le han echado mal de ojo... Pero en esa casa hay algo serio, algo de verdad. Incluso yo, que no tengo ningún poder, puedo notarlo.

—¿Notar el qué? —Al negó con la cabeza—. En serio, papá... En esa casa no hay nada. Los obreros que estuvieron allí serían del pueblo. Seguro que les han estado contando historias de fantasmas sobre esa casa desde que eran críos. Estaban sugestionados y vieron cosas raras donde no había nada.

—¿Y cómo explicas el “accidente” de tu hermana?

—Estaría dormida, andando sonámbula.

—¿Y las marcas de la espalda? —preguntó su padre, enarcando una ceja.

—No sé. Se arañaría con los peldaños al caer por las escaleras. La madera estará vieja y astillada.

—Esa escalera es de mármol, Al. No hay astillas.

—Pues se lo haría ella misma... Ya sabes, como esa gente loca a la que le salen los estigmas de Cristo.

—O sea que piensas que tu hermana puede provocarse heridas a sí misma con el poder de su mente... ¿Es eso? —preguntó su padre, burlón, antes de darle otra profunda calada a su pipa—. ¿En serio te resulta más fácil creer eso que pensar que un ser o una energía que no podemos explicar la atacó?

—No lo sé. No entiendo nada de esto y no quiero entenderlo. —Al se levantó del banco y caminó hacia la puerta del conductor de la caravana—. Vamos, puedes seguir fumando dentro. A mí no me importa.

—A tu madre sí y es capaz de distinguir el olor de mi tabaco a millas de distancia —contestó mientras apagaba la pipa—, pero tienes razón. Será mejor que nos pongamos en marcha. Todavía nos queda un largo camino por delante.

Entraron en la caravana y Al encendió el motor. Antes de que se pusiera

en marcha, su padre puso una mano en el volante para detenerle.

—¿Estás seguro de que podrás conducir hasta Vermont?

—Por supuesto. Me saqué el carné hace casi dos años.

—Sí, pero no has conducido mucho.

—Lo suficiente como para llegar hasta Stratton.

—Es Swanton, no Stratton.

—Bueno, da igual. Conseguiré llegar. Ahora descansa un poco. Cuando te despiertes, estaremos delante de la casa de la bruja.

Fue fácil llegar hasta Swanton siguiendo los carteles, pero, tras abandonar la interestatal 89 y llegar al pueblo, ya no sabía cómo seguir. Aparcó la caravana en una calle llamada *First Street*, que debía de ser la calle principal del pueblo, y echó un vistazo alrededor. Era una calle ancha y despejada, con una carretera de tres carriles. Las dos aceras estaban ocupadas por casas bajas, de uno o dos pisos, con su respectiva parcela de césped. Había pasado por una gasolinera, un lavadero de coches y un edificio del ayuntamiento cuyo cartel indicaba que se dedicaban a las obras públicas. En aquel momento se encontraba frente a un sitio de comida rápida con varias mesas y bancos en la terraza que respondía al nombre de *Shaggy's Snack Bar*. El pueblo parecía muy limpio y bonito, pero no encontró ningún cartel que indicase “A la casa de la bruja”.

Se giró hacia su padre, que continuaba dormido en el asiento del copiloto. Parecía tan tranquilo y feliz que le dio pena despertarlo. En aquel momento no tenía que preocuparse de que tenía una casa hipotecada que podía perder, una mujer angustiada y un poco loca, una hija herida y aterrada y un

encargo que podía salvarles de todos sus problemas, pero que les quedaba demasiado grande. Negó con la cabeza y soltó un suspiro antes de agitarle suavemente. Su padre entreabrió los ojos y, durante unos segundos, miró a su alrededor desorientado.

—¿Dónde estamos?

—En Swanton, en la calle principal —contestó Al—. ¿Sabes la dirección de la casa de la bruja?

—No la llames así. No estamos en el cuento de La casita de chocolate —le riñó su padre—. Es una anciana adorable, inteligente y poderosa y se llama Clarice.

—¿Qué más da cómo la llame aquí? Estamos solos.

—No me gustaría que se te escapara delante de ella. Tiene un carácter bastante fuerte.

—¿Y qué va a hacer? ¿Convertirme en rana? —bromeó Al.

Su padre le dejó por imposible y empezó a rebuscar en la guantera, que estaba repleta de papeles y viejos cuadernos de notas. Al pensó que, si tenía que revisarlos todos, se haría de noche antes de que supieran dónde vivía aquella vieja. Por suerte, para su padre debía de haber algún orden en aquel caos y, en un par de minutos, encontró el cuaderno que estaba buscando.

—Aquí está: mis anotaciones de julio a diciembre de 1965 —dijo mientras iba pasando páginas llenas de números, descripciones, rituales y dibujos de monstruos—. Fue un año movidito.

—¿En serio habéis encontrado cosas como esas? —preguntó Al, asombrado antes los dibujos de aquellas criaturas con múltiples ojos, tentáculos, garras y colmillos.

—Bueno, la mayoría de estos seres son invisibles para los seres humanos, pero éste es el aspecto que tendrían si pudiéramos verlos.

—Claro, claro... —contestó Al, sin ganas de discutir—. ¿Encuentras lo que necesitamos?

—Sí. Aquí está: Clarice Mitchell. Número 5 de *Liberty Street*. Swanton.

Sin decir una palabra más, se bajó de la caravana y se dirigió hacia un hombre que paseaba con su perro por la acera. Al les observó mientras el hombre le daba indicaciones. Su padre se lo agradeció y se acercó a él para asomarse por la ventanilla del conductor.

—Baja. Está a dos calles de aquí. Iremos andando.

Al obedeció y, tras subir las ventanillas, salió de la caravana y siguió a su padre con las manos en los bolsillos de atrás de los vaqueros. Miró con pena el letrero del bar frente al que habían aparcado, cuyo cartel anunciaba pizzas, hamburguesas y bocadillos. Era más de mediodía y el estómago le rugía de hambre. Además, el sol apretaba con fuerza y le hacía morir de ganas de tener delante un gran vaso de coca-cola con un montón de hielo. Sin embargo, su padre avanzaba a buen paso, ansioso por llegar a su destino. Esperaba poder convencerle para comer algo antes de iniciar el regreso a Gardner.

Aceleró, se puso al lado de su padre y le miró de reojo. Estaba sudando copiosamente y se frotaba las manos contra las perneras del pantalón. Parecía que aquella visita le estaba poniendo muy nervioso. Al se preocupó. Estaban poniendo demasiadas esperanzas en encontrar a una mujer que quizá ya no vivía allí o no se acordaba de ellos o estaba demasiado mayor como para irse de excursión a otro estado a cazar fantasmas.

Se detuvieron frente a una casa alargada y sombría. A pesar de que el

jardín estaba bien cuidado y las ventanas lucían cortinas de alegres colores, había algo extraño en aquel lugar. Daba la impresión de que las flores del jardín intentaban disimular la oscuridad de la casa y que las cortinas tenían el propósito de ocultar que las estrechas ventanas parecían ojos que estuvieran observando. Al entró en el jardín con paso decidido hasta que se dio cuenta de que estaba solo. Su padre continuaba en la acera, con los ojos clavados en la fachada de la casa, sin atreverse a poner un pie en la propiedad.

—Vamos, papá. Muévete. —Su padre siguió sin reaccionar, así que subió los escalones del porche y dio un par de golpes en la puerta—. No hemos venido hasta aquí para asustarnos ahora.

Escuchó unos pasos que se aproximaban desde el otro lado de la puerta. Su padre se apresuró a cruzar el jardín y se colocó al lado de Al, tratando de mostrar una imagen tranquila. Unos segundos después la puerta se abrió, dejando ver a una mujer madura, de unos cuarenta o cincuenta años. Estaba despeinada y con la cara hinchada e iba vestida con una bata. A pesar de la hora, parecía que acababa de levantarse de la cama.

—Buenos días, señora —saludó el padre de Al—. Estamos buscando a Clarice Mitchell. ¿Sigue viviendo aquí?

—Siento comunicarles que mi madre murió hace ya cinco años —contestó la mujer, apenada—. ¿Puedo preguntarles el motivo de su visita?

El padre de Al miró a ambos lados del jardín y luego clavó la mirada en el rostro de la mujer. Ella sonrió azorada y se echó a un lado.

—Perdonen. Qué maleducada soy. Pasen, por favor. Acabo de levantarme. Trabajo de noche en el hospital y estoy todavía atontada.

Siguieron a la mujer hasta una cocina iluminada y muy limpia. La mujer les pidió que tomaran asiento mientras se apresuraba a sacar unos vasos y una

jarra de limonada de la nevera. Al tomó el suyo y, tras agradecerlo con una sonrisa, se bebió más de la mitad de un solo trago, a pesar de la mirada enfadada de su padre.

—¡Vaya! Parece que el chico tenía sed —se sorprendió ella.

—Sí, hemos venido sin detenernos desde Massachusetts y hoy hace bastante calor —explicó su padre.

—¿Han venido desde allí sólo para ver a mi madre? —La mujer se llevó ambas manos al pecho y les lanzó una mirada apenada—. ¡Cuánto lo lamento! Deberían haber llamado antes.

—No teníamos su número de teléfono.

—¿Y podrían decirme ahora para qué la necesitaban?

—Por supuesto. Mi esposa y yo conocimos a su madre en los años sesenta y colaboramos juntos en varias investigaciones.

—¿Investigaciones? —Se sorprendió la mujer—. Mi madre no era policía ni detective...

—Investigaciones psíquicas. Su madre era una poderosa médium que nos ayudó a solucionar varios casos muy complicados —explicó su padre—. Ahora mismo tenemos un caso muy importante que resolver en Massachusetts. Pagan muy bien y estamos muy interesados en resolverlo, pero nos tememos que la problemática del lugar escapa a nuestras capacidades y por eso habíamos venido para solicitar la colaboración de su madre.

Al había clavado la mirada en el rostro de la mujer. A cada palabra de su padre, su cara se volvía más pálida y su ceño se iba frunciendo mientras su sonrisa decrecía. No había que ser un genio para darse cuenta de que a aquella mujer no le estaba gustando nada lo que su padre estaba diciendo.

—Como ya le he dicho, lamento muchísimo que hayan hecho este viaje tan largo para nada, pero mi madre murió y no puedo ayudarles —dijo ella con voz seca.

—No quiero molestarla, pero a veces esas capacidades se heredan — insistió el padre de Al—. ¿No hay nadie en la familia que posea esos poderes? ¿Quizá usted?

—No. Gracias a Dios ninguno de los habitantes de esta casa hemos heredado la locura de mi madre. —Los ojos de la mujer echaban chispas de rabia—. Y no queremos tener nada que ver con la gente que durante años estuvo alimentando esa locura.

El padre de Al se levantó del asiento y extendió las palmas de las manos frente a él para tranquilizar a la mujer e indicarle que ya se marchaban. Al iba a levantarse para seguirle hasta la salida cuando una voz desde la puerta de la cocina detuvo sus movimientos.

—¿Cuánto pagan?

Al se giró hacia la voz y descubrió a una muchacha de su edad, apoyada contra el marco de la puerta. Era una chica alta y muy delgada, con unas ropas tan amplias que no podía saberse si no tenía curvas o si las ocultaba. Tenía el pelo moreno muy largo y desgreñado, con un montón de mechones escapados del moño que se había hecho utilizando un bolígrafo. Algunos de aquellos mechones le cubrían parte del rostro, pero aún así se veía que estaba demacrada y pálida y que unas profundas ojeras de color morado rodeaban sus ojos. El padre de Al se giró hacia ella.

—Disculpe, señorita. ¿Qué ha dicho?

—Yo he heredado los poderes de mi abuela —contestó ella con voz firme—. Puedo ayudarles. ¿Cuánto pagan por el trabajo?

ELI Y AL
GARDNER (MASSACHUSETTS). JUNIO DE 1985



CAPÍTULO UNO

Me quedé apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados frente al pecho, ignorando la mirada furiosa de mi madre, mientras nuestros dos visitantes se miraban sin saber qué contestar. Después de unos segundos, el mayor de ellos me dirigió una tímida sonrisa antes de responder.

—Estamos dispuestos a ofrecerle diez mil dólares.

—Eso es muy poco —contesté, negando con la cabeza—. Que hayan venido desde Massachusetts para buscar a mi abuela significa que están desesperados y no pueden arreglar su problema ustedes solos. Y que me ofrezcan diez mil dólares sin conocerme de nada ni tener ninguna referencia de mis poderes significa que el trabajo vale mucho más.

—Creemos que diez mil dólares es una cantidad muy justa —insistió el hombre—. Si todo va bien, sólo serían unos días de trabajo...

—Veinte mil —le interrumpí muy seria—. Y no me ofenda tratando de regatear.

—Ni diez mil, ni veinte mil, ni un millón de dólares —intervino mi madre a gritos—. No vas a ir a ningún sitio con unos desconocidos.

Le lancé una mirada airada. Estaba estropeando mi negociación. No se puede parecer una bruja poderosa, profesional y segura de sí misma mientras tu madre grita y se pone histérica. Sólo le faltaba castigarme a mi cuarto para quitarme toda la credibilidad.

—Señora, puede estar segura de que cuidaríamos de su hija. No le pasaría nada mientras estuviera con nosotros...

—No. Ni hablar —le cortó mi madre—. Hagan el favor de marcharse de mi casa.

—Pero mamá... —protesté yo.

—He dicho que se vayan. No hay más que discutir.

Mi madre salió de la cocina sin decir una palabra más y se dirigió al salón. Escuché cómo encendía el televisor y subía el volumen. Desde donde estábamos podíamos escuchar claramente los gritos y aplausos del público de algún concurso. Los dos visitantes se miraron entre ellos. El joven se encogió de hombros mientras el mayor se levantaba y se dirigía hacia mí con la mano tendida.

—Siento que no hayamos podido llegar a un acuerdo —me dijo apenado.

—¿Estarían dispuestos a pagarme los veinte mil dólares que pido? —insistí yo, tomando su mano para que no se marchara.

—Podría discutirse, pero su madre ya ha dejado muy claro que no quiere vernos por aquí.

—Eso da igual. ¿Podrían esperarme fuera? Voy a intentar convencerla.

El hombre paseó su mirada entre mi mano, que seguía aferrando la suya, y mi mirada resuelta. Parecía que no le hacía gracia que me enfrentase a mi

madre. Supuse que los padres debían de tener alguna especie de pacto secreto para no darles nunca la razón a los hijos adolescentes. Sin embargo, descubrí otra cosa en sus ojos además de la duda: la desesperación. Aquella gente me necesitaba de verdad.

—Te esperaremos en el bar que hay en *First Street*, ése en el que dan bocadillos —intervino el joven.

Me giré hacia él, mirándole por primera vez, y me sorprendí de no haberme fijado antes en lo guapo que era. Tenía una cara de rasgos delicados que aún no había dejado del todo atrás la niñez: unos ojos grandes con pestañas espesas y un increíble color azul, unos labios finos... Parecía que intentaba escapar de aquel aspecto de niño bueno con su pelo y sus ropas. Llevaba el pelo, lacio y castaño, demasiado largo. El flequillo le caía sobre los ojos y las puntas se montaban sobre el cuello de su chaqueta de cuero, que llevaba bordadas dos enormes alas de color blanco en la espalda y que conservaba a pesar del calor de aquella tarde de junio. Completaba su atuendo con una camiseta negra bastante ajada y desteñida, unos pantalones grises tan ajustados que podía encontrarse su pulso en la femoral sin necesidad de quitárselos y unas botas de motorista. No me gustó su sonrisa ni la manera en la que me miraba. Me dio la impresión de que se burlaba de mí sin siquiera conocerme.

—Sí, el *Shaggy's*. Sé cuál es.

—Te esperaremos allí comiendo algo. Tenemos la caravana aparcada justo enfrente. —El chico empujó a su padre para hacer que se pusiera en movimiento—. Vamos, papá. Nos han echado de esta casa y me muero de hambre.

El hombre mayor pareció reaccionar, asintió y me soltó la mano. Les acompañé a la salida y me quedé contemplando cómo abandonaban el jardín.

El joven se giró antes de llegar a la acera y me dedicó otra de sus sonrisas burlonas mientras se llevaba dos dedos a la frente, en una mala imitación de saludo militar. Me pareció un chulo y un gilipollas, así que ni siquiera le devolví la sonrisa. Normalmente no habría dedicado un segundo pensamiento a un tío como aquel, pero los veinte mil dólares que podía conseguir de su familia sí que me interesaban. Sabía que con aquel dinero no podría pagar ni siquiera mi primer año en la facultad, pero me permitiría acercarme a ese sueño. A pesar de la negativa de mi madre, había estado investigando sobre las posibilidades de financiación que ofrecía la universidad y aquellos veinte mil dólares serían un buen punto de partida. Con ellos podría pagar la fianza, la habitación, la comida de todo el año, el material escolar...

Tras cerrar la puerta, subí a mi cuarto y saqué una maleta de la balda superior del armario. Empecé a meter ropa sin fijarme mucho: tres o cuatro camisetas, un par de pantalones vaqueros, un bañador, una chaqueta, el walkman, algunas cintas y un par de libros. Cuando terminé, paseé la mirada por la habitación, segura de que me estaba dejando algo. La caja de música de mi abuela destacaba sobre la cómoda como si me llamara. Durante un segundo, dudé si debía abrirla, contarle a mi abuela lo que estaba pasando y preguntarle si quería venir conmigo. Abandoné la idea de inmediato, recogí la caja y la metí en la maleta, cuidando de colocarla entre las ropas para protegerla de cualquier golpe. Si abría la caja y le preguntaba su opinión a mi abuela, cabía la posibilidad de que se pusiera de parte de mi madre y no quisiera venir. No le había preguntado a aquel hombre para qué me necesitaba exactamente, pero, por la desesperación que había visto en sus ojos, parecía algo gordo, así que mi abuela tendría que ayudarme quisiera o no.

Estaba guardando algo de ropa interior y el neceser cuando la puerta de mi habitación se abrió. Mi madre estaba en el umbral, con los brazos en jarras y los ojos echando chispas.

—¿Dónde crees que vas, señorita?

—No lo tengo muy claro —respondí, sarcástica, mientras continuaba llenando la maleta—. Creo que han dicho que a Massachusetts.

—Ya te he dicho que no vas a ir a ningún sitio.

Mi madre puso una mano a cada lado de la puerta, como si pretendiera bloquearme la salida. Yo negué con la cabeza y lancé un largo suspiro. Terminé de guardar mis cosas, cerré la maleta y, con ella en la mano, me encaminé hacia la salida. Me paré a dos pasos de mi madre, mirándola. Tenía los labios tan apretados que casi no se le veían, pero, aún así, no conseguía ocultar que le temblaban. Sus ojos, muy abiertos, brillaban por la rabia y el llanto contenido. Estaba furiosa y no podía creerse que estuviera enfrentándose a ella de aquella manera, pero, sobre todo, estaba asustada.

—Mamá, déjame pasar —le pedí sin elevar el tono de voz—. Sabes que me voy a ir.

—Pero, ¿por qué? —La primera lágrima escapó de sus ojos.

—Necesito ese dinero. Ya te he dicho que voy a ir a la universidad. Comprendo que tú no puedas pagarlo, así que déjame que lo consiga por mí misma.

Bajó la cabeza durante un segundo. El cabello le cubría la cara, por lo que no podía saber si estaba reflexionando o llorando. Esperé que entrara en razón y se apartara, pero, cuando levantó la cabeza, su mirada era aún más desafiante.

—No puedes marcharte. No te lo permitiré.

—No puedes impedírmelo. Cumplí los dieciocho años hace un par de semanas. ¿Recuerdas?

Extendí la mano para apartar uno de sus brazos del marco de la puerta y poder pasar, pero ella lo agarró con más fuerza. Negué con la cabeza. Estaba dispuesta a irme como fuese, pero no quería tener que utilizar la fuerza con mi propia madre.

—Mamá, por favor. No lo hagas más difícil.

Ella se apartó un poco hacia un lado. La miré al pasar. Ya no intentaba contener las lágrimas que bañaban su rostro. Agaché la cabeza, tomé aire y la dejé atrás sin dedicarle una segunda mirada. No podía dejar que la pena me detuviese. Si me quedaba allí por ella, se lo echaría en cara el resto de mi vida.

—Desagradecida —me susurró mientras pasaba por su lado—. Con todas las cosas que he hecho por ti...

—Lo sé —dije, girándome hacia ella—, pero tengo que hacer esto. Por favor, mamá, entiéndeme. Es importante para mí.

—Si te marchas de esta casa, no vuelvas nunca más.

—Mamá, por favor, no es así como quiero irme.

—Pues esto es lo que hay. —La voz se le quebró por el llanto—. Si te vas, dejarás de ser mi hija.

Me quedé unos segundos paralizada en medio del pasillo, agarrando el asa de la maleta con las dos manos. Volví a negar con la cabeza, ignorando sus palabras, y le dediqué una triste sonrisa.

—Te llamaré.

Bajé corriendo las escaleras sin decir nada más y me dirigí hacia la puerta. Esos escasos pasos se me hicieron eternos. Temí que ella volviera a insistir, que me gritara, que llorara desesperada... Aquello también estaba

resultando muy duro para mí y no estaba segura de cuánto más podría resistir. La culpa iba instalándose en mi alma a cada paso: ella siempre había estado a mi lado; nos había sacado adelante a mi hermano y a mí sin ayuda de nadie; la estaba abandonando y dejándola totalmente sola... Para cuando abrí la puerta de la calle, las lágrimas también inundaban mi cara. Supe que, si en aquel momento me llamaba, nunca podría irme.

No lo hizo. Salí y cerré la puerta a mi espalda, dejando atrás la casa de mi infancia, la seguridad de tener siempre un sitio al que volver en el que había gente que me quería. No sabía qué sería de mí a partir de aquel momento, pero me apetecía averiguarlo. Con paso resuelto crucé el jardín y me encamine hacia *First Street*, rezando para que no se hubieran cansado de esperar.

Me permití soltar un suspiro cuando les vi, sentados en una de las mesas exteriores del *Shaggy's Snack Bar*. El hombre mayor estaba de espaldas a mí, revolviendo aburrido una taza de café ya vacía. El chico estaba recostado en una silla, con las piernas estiradas y los pies apoyados en otra, mientras se fumaba un cigarrillo. Me molestó de nuevo su chulería y su falta de respeto por todo, pero preferí no decirle nada. Me senté al lado de su padre y le tendí la mano:

—Ya estoy aquí. Soy Eli —me presenté.

—Yo soy James —contestó él, estrechando mi mano—. Éste es mi hijo Al.

—Encantada. —Me dio vergüenza seguir hablando, pero la deseché de inmediato. Acababa de enfrentarme a mi propia madre por irme con ellos. No iba a andarme con tonterías—. ¿Qué hay acerca de los veinte mil dólares?

James clavó la mirada en su hijo. Supuse que habían estado hablando

sobre ello mientras comían y que no iba a ser fácil convencerles ahora que les había dado tiempo a recapacitar. Por suerte, ellos no sabían que en aquel momento yo no tenía ningún otro sitio al que ir, que eran mi única salida. De lo contrario, la negociación habría resultado mucho más difícil.

—No voy a discutirte que merezcas ese dinero, pero nos estás pidiendo una cantidad muy importante —empezó a explicar James—. Nos pagan en total cincuenta mil dólares por el trabajo...

—Sí, y nosotros somos cuatro y, además, ponemos el equipo —intervino el chico—. Lo justo es que lo dividamos a partes iguales: diez mil dólares por cabeza.

—Me da igual cuántos seáis —contesté, tratando de parecer mucho más segura de lo que me sentía—. Habéis venido hasta aquí porque entre los cuatro no sois capaces de solucionarlo y me necesitáis.

—No te equivoques. No hemos venido a por ti, hemos venido a por tu abuela. —Al bajó los pies de la silla y se inclinó hacia mí, como si tratara de intimidarme con su presencia—. Quizá ella sí se mereciese esos veinte mil dólares, pero ¿cómo podemos estar seguros de que tú los mereces? Ni siquiera sabemos si has heredado de verdad sus poderes.

Le lancé una mirada cargada de furia y, sin contestar una palabra, me arrodillé en el suelo y abrí la maleta. Revolví entre mis ropas hasta encontrar la caja de música, la cogí con cuidado y la puse sobre la mesa.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Al.

—Es la caja de música de Clarice —dijo James, reconociéndola al instante—. Tu abuela la utilizaba para concentrarse y aumentar sus poderes como médium.

—Sí, así es —contesté yo—. Y cuando murió, su espíritu quedó atado a

ella. Puedo utilizarla para invocarla y conseguir su ayuda, así que, en realidad, es como si mi abuela viniera conmigo. Somos dos personas, así que merecemos veinte mil dólares.

Escuché una risita ahogada procedente de Al. Me giré hacia él y vi que me dirigía una sonrisa sarcástica. Me molestaba su manera de sonreír. Tan sólo levantaba levemente una de las comisuras, como si la gente no mereciera que hiciese el esfuerzo de esbozar una sonrisa completa.

—¿Algún problema? —le pregunté cortante.

—¿Podríamos ver a tu abuela? ¿Puedes abrir esa caja y que ella se presenté aquí y se tome una coca-cola con nosotros?

—No, solamente la puedo ver yo.

—Lo suponía —dijo él, negando con la cabeza mientras volvía a sonreír de aquella manera suya que empezaba a sacarme de quicio—. Así que esperas que te pagemos diez mil dólares de más por una caja vieja en la que vive tu abuela imaginaria.

Dirigí la mirada hacia su padre, esperando que le pusiera en su sitio, pero él se limitó a encogerse de hombros. Me levanté de la silla, cogí la caja de música y volví a guardarla en la maleta. Después la cerré e hice ademán de marcharme, pero James me agarró por la muñeca.

—No te vayas, por favor. Disculpa a mi hijo. Es incapaz de creer en nada ni de mostrar respeto por las creencias de los demás. No sé qué hemos hecho mal.

Al soltó otra de sus risitas ahogadas, volvió a recostarse en la silla con las piernas levantadas y encendió otro cigarrillo. Giró la cabeza para contemplar la calle, como si ya no quisiera intervenir en la conversación. Me alegré por ello. Ya empezaba a plantearme que en realidad tendría que pedir

más dinero si aquel trabajo implicaba aguantar a alguien tan insoportable. Volví la mirada hacia James para seguir negociando con él.

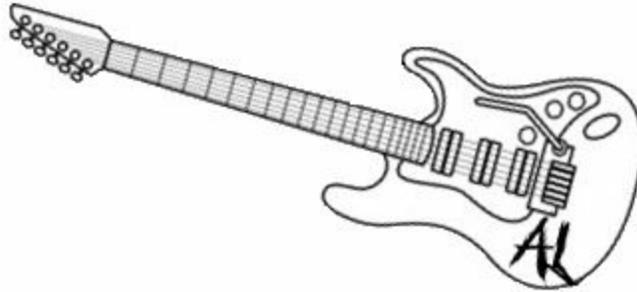
—Le ofrezco un trato. Iré con ustedes a ese lugar y evaluaré si puedo enfrentarme a su problema. Si no consigo ayudarles, no me deberán nada, pero, si lo soluciono, tendrán que pagarme esos veinte mil dólares.

—Por supuesto que no íbamos a pagarte si no conseguías nada —dijo Al, sin dignarse a mirarnos—. Estamos sin un dólar y seguiremos así si no conseguimos resolver este caso.

—¡Aleister! —gritó su padre—. ¿Quieres dejar de molestar?

El chico se limitó a encogerse de hombros y darle otra larga calada a su cigarrillo. Su padre lo interpretó como una promesa de que no iba a intervenir más en la conversación y se giró hacia mí para seguir discutiendo, pero algo en mi rostro le hizo quedarse sin palabras. Yo sonreía abiertamente. Gracias al comentario de su hijo, sabía que estaban en una situación aún más desesperada que la mía. Me necesitaban. O me pagaban veinte mil dólares de los cincuenta mil o se quedaban sin nada. El hombre debió de leer todo aquello en mis ojos, porque hundió los hombros, derrotado, suspiró y asintió con la cabeza.

—Está bien. Veinte mil dólares si consigues resolver el caso. —Me tendió la mano para cerrar el trato—. Pongámonos en camino. Quiero llegar a Gardner antes de que se haga de noche.



CAPÍTULO DOS

Al entró en la parte trasera de la caravana seguido por Eli. Su padre se había empeñado en conducir la primera parte del camino, así que le tocaba a él entretener a su invitada. Ella echó un vistazo a la caravana, dejó su maleta en un rincón y caminó hasta la mesa que estaba al lado de la ventana para ocupar una de las sillas. En cuanto se sentó, una bola de pelo surgió de una esquina a toda velocidad y se colocó en su regazo.

—¡Apolyon! Puto gato... Nos habíamos olvidado de que estaba aquí —dijo Al, sorprendido—. No ha hecho ni un ruido desde que salimos de Gardner.

—Es muy bonito —dijo ella, acariciándole el mentón.

—Ten cuidado. Te llenará la ropa de pelo... Y, además, muerde —le advirtió él.

—Llevo ropa negra. Los pelos no se notarán. —El gato le agradeció aquellas palabras restregando la cabeza contra sus manos—. No parece nada agresivo.

—Será contigo. A mí me tiene hartó.

—A lo mejor es que tú no sabes cómo tratarlo.

Al decidió no seguir discutiendo. Aquella chica tenía una manera de decir las cosas que hacía que pareciese que le estaba acusando de algo. Le ponía nervioso. No era como las chicas con las que solía tratar: chicas simpáticas y divertidas que llenaban el silencio con sus voces agudas y sus risas alegres. Eli era muy diferente. Su voz era mucho más grave y profunda y empezaba a dudar de que supiera reírse. Además, su presencia también le intimidaba. Sus rasgos eran duros y estaban dominados por aquellos ojos enormes y negros que parecían mirarle directamente al alma en busca de cualquier debilidad que poder usar para destrozarle.

Carraspeó un par de veces, paseó la mirada por la caravana y decidió descolgar su guitarra y sentarse en un pequeño sofá adosado a la pared más alejada. Afinó la guitarra durante unos segundos sin levantar la vista. Era consciente de que ella le estaba mirando, esperando a que empezase. Hizo crujir sus nudillos, puso los dedos sobre las cuerdas y empezó a tocar los primeros acordes de *Stairway to Heaven*. Cuando ya estaba llegando al estribillo, levantó la vista y se encontró con la inquisitiva mirada de Eli.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la canción?

—No está mal —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—¿Que no está mal? Es un temazo. —Ella asintió, dándole la razón, mientras miraba el techo de la caravana, esquivando sus ojos—. A ver, ¿cuál es el problema?

—Es demasiado fácil —dijo ella, desafiante—. Esa canción la puede tocar cualquiera con unos mínimos conocimientos de guitarra.

—Puedo tocar cualquier cosa. Vamos, dime... ¿Qué puedo tocar para complacer a la dama?

—Dudo mucho que puedas complacerme —le retó ella.

—Perdona, nena... Estas manos pueden complacer a cualquiera. Tan sólo pídemelo lo que quieras.

Ella sonrió ante el doble sentido que encerraban las palabras de Al. Él esquivó su mirada, incómodo. No había querido sugerir nada sexual. De hecho, no tocaría a aquella chica ni con un palo.

—Quiero el solo de *Sultans of Swing* de Dire Straits —respondió ella, desafiante.

—Vaya... Eres un público difícil, pero lo intentaré.

Al puso los dedos sobre las cuerdas y tomó aire. Había tocado aquel solo infinidad de veces y sabía que lo dominaba, pero nunca delante de alguien que estuviera esperando a que fallase una nota para reírse de él. Se notaba nervioso y torpe, pero, aún así, las notas fueron fluyendo sin que cometiese ningún error. Cuando se sintió más confiado, levantó la cabeza y se encontró a Eli con la barbilla apoyada en una mano mientras acariciaba a Apolyon con gesto aburrido.

—¿Qué pasa? —Al detuvo la canción, enfadado—. No he fallado ni una sola nota.

—Lo sé, pero te falta alma. Conoces la canción, pero no sabes tocarla —Eli sonrió, burlona—. Puede que seas capaz de enamorar a tus amiguitas con tus canciones, pero a esas manos les falta mucha práctica para complacer a una dama.

Al la miró con la boca abierta, sin saber qué decirle. ¿Ahora era ella la que le lanzaba insinuaciones sexuales o tan sólo estaba riéndose de él? Le daba igual. No pensaba quedarse allí con ella y permitir que le insultara. Se levantó del sofá, volvió a colgar la guitarra y se marchó a la parte delantera de

la caravana para ocupar el asiento del copiloto. Su padre no le preguntó nada. Se limitó a lanzarle una sonrisa burlona. Parecía que lo había oído todo. Al se giró hacia la ventanilla y cerró los ojos, intentando dormir. Iba a necesitar muchas fuerzas para pasar varios días en compañía de su familia, que le sacaba de quicio desde siempre, y de aquella chica, que a cada minuto le resultaba más inaguantable.

Tres horas después, volvieron a detenerse para descansar. Eli ni siquiera quiso salir de la caravana. Al y su padre aprovecharon para estirar las piernas y fumar un poco, pero tampoco quisieron alargar demasiado la parada. El viaje estaba siendo muy largo y no creían que fueran a llegar a Gardner antes de que se hiciera de noche. Cuando reanudaron la marcha, Al se puso al volante e intentó conducir lo más rápido posible, pero aquel viejo trasto se negaba a llegar a las cincuenta millas por hora por mucho que pisase el acelerador.

Ya estaba anocheciendo cuando consiguieron entrar en Gardner. Al detuvo la caravana frente al hotel en el que se alojaban su madre y su hermana. Su padre entró a buscarlas y le dejó allí con Eli. Unos minutos después, Al echó la mirada hacia atrás, preguntándose si debería ser más sociable y tratar de entablar conversación con su invitada, pero ella estaba tumbada en el sofá con el gato en el regazo, un libro en las manos y los cascos del walkman puestos. Aquello le hizo sentirse más tranquilo. Parecía que ella le estaba dejando muy claro que no era necesario que se relacionaran, así que no tendría que esforzarse por parecer amable.

Su familia llegó poco después. Al le dejó el asiento del conductor a su padre y su madre ocupó el del copiloto. Iban discutiendo. Parecía que a ella tampoco le hacía la más mínima gracia la idea de ofrecerle veinte mil dólares

a una chica a la que no conocían de nada y cuyo único mérito era ser nieta de una mujer que les había ayudado hacía décadas.

Al pasó a la parte de atrás de la caravana. Su hermana Laetitia estaba presentándose a Eli. Se habían sentado juntas en el sofá y parecía que se caían bien. En un par de minutos estaban hablando de ouijas, meditación, rituales de protección y demás estupideces sin sentido. Al pasó a su lado sin saludar siquiera. Estaba seguro de que nunca podría congeniar con alguien capaz de llevarse bien con un monstruo como Apolyon y con la tarada de su hermana. Se sentó al lado de la ventana y fingió estar muy entretenido con el paisaje.

En menos de cinco minutos habían llegado a la verja de la casa. Su padre le llamó, le tiró el enorme llavero y le pidió que bajara a abrir. Al lo hizo y, cuando la caravana ya hubo pasado, volvió a cerrar a su espalda y les siguió andando hasta la casa. El lugar seguía siendo igual de tétrico que cuando se habían marchado unas horas atrás. La bandada de cuervos le saludó con unos cuantos graznidos antes de levantar el vuelo y empezar a girar sobre el tejado. Los ignoró, se dirigió hacia la puerta y esperó allí a que llegaran los demás.

Su padre se acercó llevando en una mano la maleta de Eli. Detrás de él, la chica y su madre se habían colocado a ambos lados de Laetitia y le ofrecían sus brazos para que se apoyase. Parecía que la torcedura de su tobillo era más grave de lo que habían supuesto en un primer momento. Laetitia intentaba caminar normalmente, pero una mueca de dolor se abría paso en su rostro cada vez que apoyaba el pie.

—¿No deberías ir al médico a que te mirase eso? —preguntó Al cuando pasaron a su lado.

—Ya hemos ido. Parece que no tiene nada roto y que es sólo un esguince. Se lo ha inmovilizado, le ha recomendado que repose y ha dicho que

se encontrará mejor en unos días —contestó su madre, entrando en el recibidor—. ¿Hay algún sitio en el que Laetitia pueda sentarse?

Al entró por la puerta que quedaba a la izquierda para llegar al comedor y seleccionó la silla que le pareció en mejores condiciones. La llevó al recibidor y la puso detrás de Laetitia, que se lo agradeció con una sonrisa. Aquello le preocupó aún más. Su hermana debía de encontrarse fatal si se olvidaba de ser borde con él.

—No nos has presentado, James —dijo su madre, tendiéndole la mano a Eli.

—Tienes razón, disculpa. Ésta es Eli, la nieta de Clarice Mitchell. Eli, ésta es mi mujer, Lucrecia.

Al miró hacia otro lado para que la chica no pudiera percibir su sonrisa burlona. El verdadero nombre de su madre era Alice, pero siempre se presentaba con aquel nombre ridículo pensando que así impresionaba a los demás. Era parte de su disfraz de gran médium, al igual que sus ropas etéreas y coloridas, su maquillaje excesivo o sus larguísimas uñas, siempre pintadas de negro.

—Encantada —contestó Eli—. Espero poder ayudarles con su investigación.

—Estoy segura de que lo harás. Tu abuela era una bruja muy poderosa y una gran mujer. Con que hayas heredado la mitad de sus capacidades, nos resultarás de gran ayuda.

Al se sorprendió de lo hipócrita que podía ser su madre. Acababa de escucharla protestar en la caravana por la cantidad de dinero que le habían ofrecido a una chica de la que no sabían nada. Por la sonrisa burlona que Eli le dirigió, sospechó que la chica también lo había escuchado.

—Espero poder demostrarles pronto que no se han equivocado conmigo. ¿Cuándo empezamos?

—Hoy ya es muy tarde y estamos todos muy cansados —contestó su padre—. Lo mejor será que vayamos a dormir y empecemos mañana.

—Yo no puedo dormir aquí —protestó Laetitia—. No puedo subir las escaleras con el pie así.

—Seguro que entre Al y yo podemos subirte —sugirió su padre.

—No. Podríamos caernos y sería peor.

Al miró a su hermana y se sorprendió por su mirada suplicante. Lo del pie era sólo una excusa. Estaba aterrada ante la idea de pasar la noche en aquella casa. Él seguía pensando que ella lo había soñado todo o que, llevada por el ambiente ominoso de la casa, había dejado que su imaginación se desbocase, pero no le cabía duda de que su hermana no mentía. Creía de verdad que había algo en la casa, que la había atacado y que podía volver a hacerlo.

—Bueno, podríamos dormir todos en la caravana —sugirió para ayudarla.

—Eso es imposible. Sólo hay una cama de dos plazas y, como mucho, podrían caber otras dos personas en el suelo en sacos de dormir. No cabemos todos —explicó su madre.

—A mí no me da miedo dormir aquí sola —intervino Eli.

—No, no vamos a dejarte sola. Además, ¿qué pensaría el señor Anderson si se enterase de que no nos atrevemos a dormir dentro de la casa? Perderíamos toda nuestra credibilidad. Laetitia dormirá en la caravana y nosotros en la habitación que ocupamos anoche. Eli, tú puedes dormir en la

habitación que ocupaba Laetitia.

Todos asintieron. Al miró a su hermana. A pesar de que se había salido con la suya, no parecía feliz ni satisfecha. Allí sentada en aquella silla, con la pierna estirada, la muñeca vendada y un moratón que le cubría la mitad de la cara, le pareció muy pequeña e indefensa. Parecía que la idea de dormir en la caravana mientras los demás estaban dentro seguía sin gustarle, aunque Al no pudo adivinar si le daba miedo quedarse sola o si estaba preocupada por la idea de que ellos pasaran la noche allí dentro.

—Bien, entonces todo decidido —dijo su madre—. James, lleva la maleta de Eli a su habitación. Cenaremos algo en la caravana y nos iremos a dormir. Mañana tenemos mucho trabajo por delante.



CAPÍTULO TRES

Acompañé a James al piso de arriba. Mientras subíamos las escaleras, él fue poniéndome al corriente sobre el encargo que les habían hecho. Me habló de cómo los obreros que iban a reformar la casa habían huido, del miedo del abogado que les había contratado a poner un pie dentro, del ataque que había sufrido Laetitia, de la extraña psicofonía que habían obtenido y que parecía indicarles que no eran bienvenidos...

Cuando llegamos a la que iba a ser mi habitación, el hombre dejó mi equipaje en una esquina y empezó a recoger todas las cosas de su hija. Mientras metía la ropa desparramada en una pequeña mochila, continuó hablando:

—Te dejo su saco. Ella va a dormir en una cama, así que no le hace falta. Luego te traeré también unas velas y una linterna. Si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que decírmelo.

—Perfecto. Muchas gracias.

—Los baños de esta planta no funcionan, así que tendrás que usar el de la planta baja. Está a la derecha según terminan las escaleras, al lado del comedor. —James cerró la mochila de Laetitia y se incorporó. Antes de

hablar, bajó la mirada al suelo, como si se avergonzara de algo—. Sé que tengo una familia un tanto peculiar y que alguno de ellos no se ha comportado hoy debidamente. Espero que comprendas que estamos en una situación de mucha tensión y que nos ofrezcas una oportunidad para conocernos mejor.

—Usted no tiene por qué disculparse. Ha sido muy amable conmigo —le dije al verle tan azorado.

—Muchas gracias —respondió con una sonrisa—. Quiero que sepas que yo estoy muy contento de que estés aquí y de que vayas a ayudarnos. Estoy seguro de que eres una digna heredera de tu abuela.

Le devolví la sonrisa y él se marchó, dejándome sola para que pudiera instalarme. Abrí la maleta y saqué la caja de música para asegurarme de que no hubiera sufrido ningún daño durante el viaje. Parecía que estaba perfecta. Pensé en abrirla para hablar un rato con mi abuela antes de bajar a cenar, pero seguramente me haría un montón de preguntas acerca de por qué estábamos en aquella casa y si mi madre estaba de acuerdo. Me encontraba demasiado agotada a nivel emocional como para hablar de aquello. Deposité la caja con cuidado en la repisa de la ventana y me marché de la habitación.

La casa estaba sumida en un silencio absoluto cuando salí al pasillo. Supuse que todos se habían marchado a la caravana a preparar la cena sin acordarse de avisar a la intrusa de que la dejaban sola en una casa maldita. Mentiría si dijese que no me importó. Estaba cansada de no encajar en ningún sitio, de resultar invisible, de que nadie se preocupase por mí... Algunas veces me planteaba que el problema tenía que estar en mí, que no serviría de nada marcharme de Swanton e irme a Nueva York, a Europa o a la Luna. Cuando pensaba aquellas cosas, sentía que una maldición pesaba sobre mí y que nunca conseguiría librarme de ella, por mucho que tratara de escapar. En aquel momento, mirando la entrada de la casa desde la parte superior de su

imponente escalera de mármol, me sentí perdida, insignificante y sola. Mil recuerdos me aplastaron: las burlas en el instituto, la forma en la que todo el mundo me hacía el vacío, el daño que me había hecho Kev, que todavía mantenía mi corazón en carne viva, el recuerdo de la discusión que había tenido con mi madre al marcharme y lo culpable que me sentía por haberla abandonado... Me sentí tan triste, tan miserable, tan culpable que, durante unos segundos, pensé que lo mejor que podía hacer era arrojarme por aquellas escaleras y terminar con todo.

Adelanté un pie, dispuesta a llevar a cabo aquella idea cuando una especie de revelación se abrió paso en mi mente y me hizo detenerme. ¿Qué me estaba pasando? Yo no era así. Ni siquiera en mis peores momentos había acariciado la idea del suicidio. Podía estar triste, podía sentirme sola, traicionada o dolida, pero nunca me había rendido. Siempre había sido una persona orgullosa, una luchadora a la que nadie podía doblegar. ¿De dónde provenía esa desesperación tan profunda, esas ganas de morir, esa niebla negra que inundaba mi alma y se apropiaba de toda esperanza?

Escuché una risita infantil a mi espalda. Había alguien conmigo, oculto en las sombras del rellano de la escalera. Me giré hacia el lugar de donde provenía el sonido y tan sólo pude ver una figura pequeña con la cabeza coronada por rizos rubios que corría por el pasillo. Distinguí el sonido de sus pasos sobre el suelo de madera y sus risas divertidas, como si estuviera jugando al escondite conmigo.

No me avergüenza decirlo. En cuanto la figura desapareció entre las sombras y sentí que la angustia que se había apoderado de mi cuerpo se desvanecía, bajé corriendo las escaleras y salí de la casa sin reducir el paso hasta llegar a la caravana. Por sus ventanas salía luz. Pude oír ruido de cacharros y las voces y risas de sus ocupantes. Me quedé un par de minutos

apoyada contra la pared de la caravana, disfrutando de aquellos sonidos corrientes y reales, del aroma de la comida en el fuego, de la brisa que secaba el sudor frío que había impregnado mi cuerpo... Esperé hasta que mi corazón recobró su ritmo normal mientras me planteaba que tenía que ser valiente. Había prometido ayudarles a terminar con la maldición de aquella casa y tenía que hacerlo. Me había cerrado a mí misma todas las demás puertas y ya no tenía más salida. Tendría que olvidarme del miedo y seguir adelante.

Después de cenar y dejar a Laetitia en la caravana con Apolyon, nos dirigimos hacia la casa para dormir. El camino hasta la puerta de entrada fue silencioso e incómodo. Sin que nadie se atreviera a decirlo, todos la envidiábamos por no tener que pasar la noche en aquel lugar.

James abrió la puerta y, antes de entrar, tomó la mano de su mujer y encendió la linterna. Sin dar un solo paso dentro, paseó la luz por el recibidor. Parecía que todo estaba tranquilo, aunque la gigantesca lámpara del techo oscilaba, movida por una corriente de origen desconocido.

—¿Notas algo extraño? —preguntó Lucrecia, girándose hacia mí.

Me adelanté un par de pasos y ellos se apartaron para permitirme entrar. Me coloqué en el centro del recibidor, atenta a cualquier signo que pudiera señalar la presencia de algo sobrenatural. No había nada. En aquellos momentos la casa Cavendish sólo era una casa sucia, vieja y abandonada. O al menos fingía serlo...

—No noto ninguna presencia. Creo que todo está bien.

Escuché una risita a mi espalda. A la luz de su linterna, distinguí la sonrisa sarcástica de Al. Pasó al lado de sus padres y se encaminó directamente hacia la escalera sin vigilar ni un solo segundo las sombras

ominosas que la rodeaban.

—Dejémonos de tonterías. Tengo mucho sueño como para quedarme esperando a que los fantasmas me den permiso para dormir —dijo mientras subía los primeros peldaños—. Hasta mañana.

Preferí morderme la lengua y no desearle que aquellos seres en los que no creía le atormentaran durante toda la noche. Aquel chico me sacaba de quicio con cada palabra, pero lo mejor sería ignorarle y tomarle sólo como uno de los factores desagradables de aquel trabajo.

Subí las escaleras, seguida de James y Lucrecia. No noté en ningún momento nada que se saliera de lo normal: ni corrientes de aire extrañas ni aromas raros ni variaciones de temperatura. Fuera lo que fuera lo que habitaba aquel lugar, parecía estar descansando. Cuando llegamos al piso de arriba, James entró un momento en su habitación y salió con una linterna, un par de velas y una caja de cerillas.

—Aquí tienes. Estaremos aquí, justo al otro lado del pasillo. Si sucede cualquier cosa, llámanos.

Pensé en contestarles que veía más posible que fueran ellos los que necesitaran mi ayuda, pero sus miradas preocupadas hicieron que me callase y me limitara a asentir, agradecida.

—Hasta mañana, niña —dijo Lucrecia, acariciándome la cara con dulzura antes de entrar en la habitación.

—Hasta mañana. Buenas noches —contesté.

Cuando cerraron la puerta y me dejaron a solas en aquel pasillo oscuro, sentí el primer mordisco del miedo y me maldije por no haber encendido la linterna antes de que ellos se marcharan llevándose la única fuente de luz. Encontré el botón que servía para encenderla, pero dudé antes de pulsarlo.

Temí que, cuando iluminara el pasillo, habría alguien frente a mí, observándome. Recordé al niño de rizos rubios que había vislumbrado aquella tarde y pensé que estaría ahí, a apenas un par de pasos, mirándome con sus ojos muertos mientras me tendía con sus manos pálidas y putrefactas una pelota para que jugara con él por toda la eternidad. Sentí que se me aceleraba la respiración y que mi mano se quedaba paralizada. No sabía si quería encender la linterna o no. ¿Qué era peor? ¿Estar a oscuras y temer que algo se estuviera acercando a mí o encender la luz y confirmarlo? El sentido común se impuso y pulsé el botón. Barrí el oscuro pasillo de lado a lado para desterrar todas las sombras, con un grito ya formado en la garganta... Pero allí no había nada.

Me sentí muy ridícula e incluso me permití una sonrisa burlona antes de abrir la puerta de mi habitación. Todo seguía tal y como lo había colocado. Puse las dos velas en el suelo y las encendí para poder cambiarme de ropa sin tener que sujetar la linterna en la mano. Tras ponerme el pijama, fui hasta el alfeizar y recogí la caja de música. La deposité en el suelo a mi lado, me metí en el saco de dormir, la abrí y le di cuerda para que su suave melodía empezara a sonar. Cuando las primeras notas llenaron la estancia, me di cuenta de que quizá Al y sus padres podrían oír la música desde sus habitaciones y que debería haberles avisado para que no se asustaran, pero ya era tarde. Recé para que los muros de aquella casa fueran lo bastante gruesos como para no dejar pasar el sonido y esperé mientras la silueta de mi abuela iba cobrando consistencia bajo la ventana. Pronto pude verla, iluminada por los rayos de luna que se colaban a través de los cristales, sentada en su mecedora con la labor en el regazo, como siempre. Sin embargo, algo en ella había cambiado. No estaba cosiendo, como acostumbraba. Estaba envarada, incómoda, mirando a todos lados como si algo la asustara.

—Hola, abuela —la saludé.

—¿Dónde estamos, niña? —me preguntó inquieta.

—En Gardner, Massachusetts. Estoy con James y Lucrecia McNeal. Me han pedido que les ayude con un caso. ¿Los recuerdas?

—Por supuesto que los recuerdo. No soy una vieja chocha —contestó molesta—. Él es un joven muy agradable, pero se deja llevar demasiado por su novia, que es una chiquilla un poco alocada y con muchos pájaros en la cabeza.

—Bueno, ya no son novios —la corregí—. Están casados, son bastante mayores y tienen dos hijos más o menos de mi edad.

—Me alegro mucho por ellos. La verdad es que no habría dado un dólar por esa relación. Siempre pensé que él se cansaría de sus desvaríos místicos, la dejaría y se dedicaría a tener una vida corriente y aburrida. —Me clavó una mirada suspicaz—. ¿Y en qué dices que les estás ayudando?

—Estamos tratando de limpiar una casa encantada. Fueron hasta Swanton a buscarte y, como tú ya no podías ayudarles, me ofrecí a hacerlo yo.

—¡Qué raro! —Mi abuela ladeó la cabeza, mirándome con recelo—. Siempre has tratado de mantener tu don en secreto y tus últimas experiencias en el instituto fueron bastante negativas... No te imaginaba ofreciendo ayuda a cualquier extraño que se presentase ante tu puerta.

—Bueno... Me han prometido veinte mil dólares y ya sabes que necesito dinero para poder ir a la universidad...

—¿Y tu madre qué opina de todo esto?

—No está muy contenta. —Agaché la cabeza, incapaz de seguir sosteniéndole la mirada—. Me he marchado sin su permiso y me ha dicho que no vuelva.

—¡Eli! ¿Qué has hecho, chiquilla? —Negó con la cabeza, apenada—. ¿Tú sabes el disgusto que le habrás dado?

No pude contestar. Por supuesto que sabía cuánto daño le estaba haciendo. Había estado pensando en ello todo el camino desde Swanton. En varias ocasiones había estado tentada de decirles a los McNeal que me había arrepentido y que quería que dieran la vuelta y me llevaran a casa. Un par de lágrimas se deslizaron por mis mejillas como única respuesta.

—No llores, mi niña —dijo mi abuela con voz dulce—. Comprendo que ir a la universidad es importante para ti, pero no deberías darle esos disgustos a tu madre.

—Es que ella no quiere escucharme —protesté, levantando la cabeza, orgullosa—. Necesito salir de ese pueblo, necesito empezar una nueva vida lejos de allí.

—¿Y crees que sentirte culpable es la mejor manera de empezar esa nueva vida? Hay que tener cuidado con las cosas que uno mete en la maleta cuando emprende un viaje. La soledad, la pena y la culpa nunca son buenas compañeras.

Volví a quedarme en silencio. Sabía que ella tenía razón, pero el daño ya estaba hecho y no veía la manera de arreglarlo. En mi mente sólo me quedaba un camino e iba hacia adelante.

—Está bien. Te ayudaré. Así podrás volver junto a tu madre lo antes posible.

—Pero si me ha dicho que no vuelva...

—Tonterías. Conozco a tu madre. Sé que te está esperando con los brazos abiertos, así que vamos a solucionar lo que sea que esté pasando en esta casa para que puedas volver con ella y hacer las paces. —Soltó un

suspiro y cruzó las manos sobre el regazo—. ¿Qué sabes sobre los espíritus de esta casa?

—No mucho. Sólo sé que la casa pertenecía a una familia llamada Cavendish, que lleva muchos años abandonada y que ahora uno de los herederos ha intentado restaurarla. Por lo que me han contado, los obreros encargados de la reforma empezaron a sufrir pequeños fenómenos paranormales: objetos que desaparecían o cambiaban de sitio, sonidos extraños, sensación de estar siendo observados... Cuando uno de ellos sufrió un accidente y aseguró que algo le había empujado por las escaleras, abandonaron las obras.

—Todo eso es muy común. A los espíritus no les gusta nada que se modifique lo que ellos aún consideran su casa —comentó mientras asentía con la cabeza—. Bien, entonces lo primero que necesitamos es recopilar todos los datos que podamos sobre esa familia Cavendish. Es muy probable que alguno de ellos sea el espíritu contra el que tenemos que luchar.

—¿Y cómo voy a conseguir esos datos?

—¿Este pueblo tiene biblioteca?

—No lo sé. Supongo que sí —contesté, encogiéndome de hombros.

—Pues mañana tendrás que ir allí y consultar libros de historia local, los periódicos de la zona...

—Pero si ni siquiera sé en qué época vivieron aquí —protesté—. Puede ser un trabajo de días.

—Ése es el problema de las brujas novatas y los aprendices de parapsicología. Pensáis que podéis llegar a un lugar y enfrentaros a los seres que lo habitan sin saber nada de ellos. —El rostro de mi abuela se ensombreció y su gesto se volvió severo—. Eso es muy peligroso y puede

llevarte a la muerte... O a lugares mucho peores. Júrame que no tratarás de hacer nada contra esos seres sin saber exactamente a qué te enfrentas y sin haberlo consultado conmigo primero.

—Que sí, abuela...

—Júramelo. —Su tono se volvió grave y autoritario.

—Lo juro. —Me molestaba admitirlo, pero sus advertencias me estaban poniendo aún más nerviosa de lo que ya estaba.

—Perfecto, querida. —La sonrisa volvió a asomar a sus labios—. ¿Sabes algo más sobre la casa o sobre sus moradores? ¿Has sentido algo extraño?

—Bueno, la hija de los McNeal dice que algo la atacó ayer por la noche. Cayó por las escaleras y tiene un esguince y varios moratones. —Dude antes de seguir hablando. No quería preocuparla en exceso y que me dijera que volviera a casa, pero, si pretendía que me ayudara, tenía que ser lo más sincera posible con ella—. Y tiene dos marcas en la espalda... Parecen las marcas de dos manos o dos garras que la hubieran arañado.

—Esto no me gusta nada. Un espíritu tiene que ser muy poderoso para dejar marcas físicas. ¿Algo más? —Ante mi silencio, se inclinó hacia adelante en la mecedora y me lanzó una mirada que me taladró hasta el alma—. ¿Qué me estás ocultando? ¿Qué has visto tú?

—No te asustes, pero hace unas horas me quedé sola en lo alto de la escalera y algo pareció penetrar en mis pensamientos... Consiguió encontrar todas las cosas que me preocupan y me apenan y multiplicarlas hasta el infinito. Me hizo pensar que lo mejor sería arrojarme desde allí y acabar con todo.

—Dios mío, Eli... Esto que me cuentas es muy peligroso. Deberíais

marcharos todos...

—No podemos. Yo necesito ese dinero, pero los McNeal lo necesitan aún más. Están arruinados. Si no consiguen terminar este trabajo, perderán su casa.

Mi abuela se recostó contra el respaldo de la mecedora y empezó a moverla adelante y atrás mientras negaba con la cabeza. La dejé pensar. La conocía muy bien y sabía que me ayudaría.

—Está bien. Conseguiremos expulsar a esa cosa, sea lo que sea. ¿Has visto algo más?

—Sí. Cuando conseguí salir de esa especie de trance, vislumbre a un niño pequeño, de unos tres o cuatro años, a unos pasos de mí. Era un niño rubio que me estaba observando. Cuando vio que lo miraba, salió corriendo por el pasillo y se desvaneció. ¿Crees que puede ser él el que esté causando todo esto?

—¿Un *aoroi*? No lo creo.

—¿Un qué?

—Un *aoroi*. Es el término griego para designar a los muertos antes de tiempo. Normalmente son niños o personas muy jóvenes que se resisten a abandonar este mundo porque han muerto antes de hora. Cuando son niños pequeños, es muy difícil ayudarles a trascender al otro mundo, porque, si cuando estaban vivos aún no habían comprendido el concepto de muerte, ¿cómo podrían comprenderlo ahora?

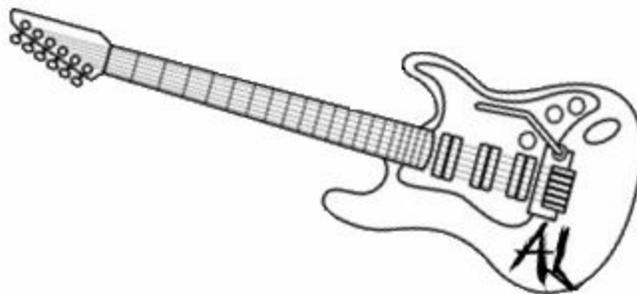
—¿Entonces piensas que puede ser eso? ¿El fantasma de un niño que se resiste a estar muerto?

—No. Esos seres suelen estar confundidos o enfadados y provocar

fenómenos desagradables y puede resultar difícil comunicarse con ellos y hacerles comprender que deben marcharse, pero no son genuinamente malvados. —Mi abuela calló durante unos segundos y se mantuvo quieta, con la cabeza levantada, como si olisqueara el aire—. Aquí hay algo más. Lo noto. Hay algo más poderoso, más oscuro, más siniestro...

—¿Y qué crees que puede ser? —pregunté, sintiendo que un escalofrío recorría mi cuerpo.

—No lo sé, así que haz caso a tu abuela: investiga todo lo que puedas acerca de esta casa y no te atrevas a hacer nada sin consultármelo antes.



CAPÍTULO CUATRO

Al despertó al oír un par de golpes en la puerta de su cuarto. Abrió los ojos y se incorporó. Los rayos del sol entraban con fuerza a través de la ventana y hacían que la habitación, a pesar de estar vacía y cubierta de polvo, casi pareciese acogedora. Cuando la puerta se abrió, apareció su padre. Lucía una amplia sonrisa y parecía cargado de energía.

—Vamos, dormilón —le dijo a modo de saludo—. Es hora de levantarse. ¿Qué tal has dormido?

—Como un tronco.

—¿No has sentido nada extraño esta noche?

—¿Qué voy a sentir? Ya sabes que no creo que haya nada raro en esta casa. Además, el viaje de ayer me dejó tan agotado que creo que ni siquiera un ejército de fantasmas me habría despertado.

—Me alegro mucho. Tu madre y yo también hemos dormido muy bien. Puede que la presencia de Eli haya aplacado a los espíritus.

—Por supuesto que es eso —comentó Al, sarcástico—. ¿Para qué vamos a pensar que igual no hay nada? Es mucho más lógico pensar que hemos

dormido en una casa infestada de fantasmas pero que los poderes mágicos de nuestra bruja buena han conseguido controlarlos.

—No deberías ser tan cínico con cosas que no conoces, Al.

—Claro, claro... Es más sano mentalmente pensar que estamos rodeados de fantasmas, demonios, brujas... Cuando quieras, podemos discutir esto con cualquier psiquiatra, a ver qué opina.

—Piensa lo que quieras. Ya crearás —dijo su padre, resistiéndose a que el escepticismo de Al le amargase la mañana—. Laetitia ya ha preparado el desayuno y nos está esperando en la caravana. Date prisa si no quieres quedarte sin nada.

—¿Laetitia ha preparado el desayuno? —preguntó Al, sorprendido—. Eso sí que es un fenómeno paranormal.

—Es el precio que tiene que pagar por dormir en una cama mientras los demás dormimos en el suelo. Venga, levanta ya.

Cuando su padre desapareció y cerró la puerta, Al se levantó, cogió algo de ropa limpia y bajó al piso de abajo a darse una ducha. Cuando ya estaba dentro del baño, recordó que el señor Anderson les había dicho que no había agua caliente, pero pensó que, estando a mediados de junio, no sería un problema. Se equivocaba. El agua salía tan fría como si la hubieran metido en la nevera antes de llevarla hasta las tuberías. Estuvo chillando y soltando juramentos durante todo el tiempo que permaneció debajo del agua y salió temblando y con los dientes castañeteando. Se vistió a toda prisa y salió del baño.

Cuando cruzó la puerta de la casa, se quedó unos minutos de pie en las escaleras de entrada, dejando que los rayos del sol le acariciasen y se llevaran poco a poco la sensación de frío que se le había metido dentro. Distinguió un

movimiento en el estanque y se puso la mano sobre los ojos, a modo de visera, para poder ver quién estaba tan loco como para meterse en aquellas aguas verdosas y llenas de algas. Al cabo de pocos segundos, vio que alguien salía del agua y empezaba a secarse con una toalla. Era una chica alta y delgada, con una larga cabellera morena. A pesar de que el estómago le rugía de hambre, pensó que sería interesante pasar a saludar a la misteriosa bañista, así que se acercó a la orilla con las manos en los bolsillos.

Estaba a sólo un par de pasos cuando la chica se giró hacia él. Se sorprendió al descubrir que era Eli. Nunca habría dicho que sus ropas amplias ocultaran aquella figura ni que detrás de su maraña de pelo desgredado tuviera aquella cara. Seguía sin ser una chica guapa, pero sus rasgos marcados y sus ojos oscuros y profundos la hacían diferente, interesante... Por desgracia, en cuanto ella se dio cuenta de que él estaba contemplándola a unos pasos, se cubrió con la toalla y le lanzó una de aquellas miradas suyas que parecían sugerir que debías elegir entre morirte tú solo o que ella te asesinara.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, molesta.

—Nada... He visto que había alguien en el estanque y me ha entrado curiosidad por saber quién estaría tan loco como para bañarse en un sitio con tan mala pinta.

—He intentado usar la ducha, pero estaba ocupada por alguien que chillaba como una niña asustada —explicó ella, burlona—. El agua está limpia y, lo mejor de todo, está caliente. Voy a vestirme.

Se marchó dejándole con la palabra en la boca. Cuando desapareció dentro de la casa, él soltó un juramento, le dio una patada a una piedra y se encaminó enfadado hacia la caravana. No entendía por qué cada vez que hablaba con aquella chica acababa de mal humor.

Ya estaban terminando de desayunar cuando Eli entró en la caravana. Se sentó frente a él y se sirvió un café con leche.

—Buenos días a todos —saludó llena de energía—. ¿Ha habido alguna novedad esta noche?

—Parece que no —contestó el padre de Al—. Todos hemos dormido de maravilla y estamos descansados, así que, en cuanto terminemos de desayunar, podremos empezar con nuestro trabajo.

—¿Qué es lo que vamos a hacer hoy? —preguntó Eli.

—Al y yo vamos a instalar algunos dispositivos: cámaras, grabadoras, sensores de movimiento, termómetros... Lucrecia y Laetitia van a usar sus péndulos para tratar de encontrar las áreas de la casa en las que los campos estén alterados —James se giró hacia su hija y la miró con gesto preocupado—. Laetitia, cariño, ¿crees que podrás hacerlo? ¿Te duele mucho el pie?

—Tranquilo, estoy bien. Yo me encargaré del piso de abajo para no tener que subir y bajar escaleras y mamá explorará el piso de arriba —contestó ella.

—Perfecto —dijo su padre, sacando unos planos de la casa y pasándole uno a cada una de ellas—. Quiero que marquéis las zonas en las que el péndulo os indique que hay algo raro. Al y yo investigaremos después esos puntos con el detector de campos electromagnéticos.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo? —preguntó Eli, mirando su plano.

—Bueno, creo que podrías dar una vuelta por la casa tratando de percibir alguna presencia, aromas extraños, sonidos o cambios de temperatura —sugirió Lucrecia—. Tu abuela era muy buena haciendo eso.

—Lo intentaré.

—Perfecto. Si descubres cualquier cosa, márcala en el mapa para que Al y yo podamos investigarla más a fondo —le indicó James, pasándole otro plano—. Acabemos ya de desayunar y pongámonos manos a la obra. Tenemos mucho trabajo por delante.

Se pasaron toda la mañana colocando artilugios en cada rincón de aquella casa. Al seguía pensando que todo lo que estaban haciendo era una estupidez sin fundamento, pero la verdad era que su padre se lo tomaba con un rigor científico insuperable. Había que instalar cada aparato, apuntar la medición que marcaba en el momento de colocarlo, comprobar que funcionase correctamente... Al estaba seguro de que las cámaras, que debían disparar automáticamente una foto cada media hora, no reflejarían nada más que sombras; que las grabadoras sólo registrarían ruidos ininteligibles, que los termómetros tan sólo marcarían los cambios de temperatura normales a lo largo del día y que los detectores de movimiento saltarían en cuanto algún ratón pasara frente a ellos, haciendo que el corazón se les subiese a la boca unas veinte veces por hora e impidiendo que nadie durmiera en aquella casa.

Mientras ellos trabajaban y se llenaban de polvo, su hermana y su madre se paseaban por la casa con un péndulo de cristal suspendido de una cadena. A veces el péndulo giraba hacia la derecha, a veces giraba hacia la izquierda, a veces se quedaba quieto. No parecía algo digno de contemplar durante mucho tiempo, pero ellas lo miraban con una concentración asombrosa y, de vez en cuando, se gritaban desde un piso al otro para avisarse de que habían encontrado algo fuera de lo común.

Cuando llegó la hora de comer y les entregaron sus planos, Al sintió que el alma se le caía a los pies. Su madre y su hermana habían señalado

prácticamente todas las habitaciones y cada uno de sus rincones como posibles focos de actividad paranormal. Iba a llevarles horas realizar las mediciones necesarias para comprobar todo aquello. Eli, sin embargo, les entregó su plano impoluto, sin una sola señal.

—Eli, creo que no has entendido lo que te hemos pedido —le dijo su padre—. Tenías que señalar los puntos en los que detectases que pudiera haber algún tipo de fenómeno sobrenatural.

—Lo entendí, pero no he captado absolutamente nada —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Creo que se están ocultando, que, al menos de momento, no quieren mostrarse.

—Eso no puede ser —la cortó Laetitia, ofendida—. Nosotras hemos captado muchísimos puntos.

—Bueno, puede ser que se estén ocultando de mí. —Eli le lanzó una sonrisa conciliadora—. Sea como sea, creo que es inútil que siga dedicándome a esto. Si no os importa, me gustaría ir esta tarde a la biblioteca de la ciudad para ver si consigo encontrar algo de información sobre esta casa y las personas que vivieron aquí.

—¿Y vas a ir tú sola? —preguntó James—. Hay casi cuatro millas y la mayor parte del camino está deshabitada. Sólo hay bosques y carretera.

—No hay problema. No me pasará nada —contestó ella.

—Ni hablar de eso —la cortó Lucrecia—. Aleister, acompaña-la.

Al abrió la boca para protestar, pero la mirada airada de su madre le hizo volver a cerrarla. No le apetecía nada acompañar a aquella chica rara y estirada, que no hacía otra cosa que meterse con él, durante toda la tarde. Su familia dio la conversación por concluida y salió de la casa rumbo a la caravana para preparar algo de comer. Eli salió tras ellos después de

transmitirle con la mirada que tampoco le hacía ninguna gracia tener que ir con él. Al trató de encontrarle algo positivo al asunto. Sería más divertido ir hasta la ciudad que pasarse toda la tarde esperando a que las luces del detector de campos electromagnéticos que había inventado su padre hicieran algo. Además, en la ciudad podría fumar. Llevaba todo el día sin echar un pitillo para que no le pillara su madre y estaba empezando a echarlo mucho de menos. Pensó que aguantar a Eli era un precio razonable por poder fumar y salió de la casa tras ellos.

Ya eran más de las dos de la tarde cuando salieron rumbo a la ciudad. El sol brillaba con fuerza en un cielo desprovisto de nubes, calentando el asfalto y haciendo que el paisaje oscilase a lo lejos como si fuera un espejismo. A pesar del calor, Al se negó a quitarse su chaqueta de cuero, aunque, después de haber recorrido unos cientos de yardas, se resignó a arremangarse hasta los codos. En aquel momento odiaba su chaqueta, sus pantalones ajustados y sus botas de motorista, pero no había traído nada más. Cuando regresasen a casa, tendría que darse otra ducha con agua helada, aunque, bajo aquel calor abrasador, la perspectiva no parecía tan horrible.

A su lado, Eli caminaba a buen ritmo sin que el sol la afectase, vestida con una camiseta amplia, unos pantalones vaqueros cortados por encima de la rodilla y unas zapatillas deportivas. No había pronunciado una sola palabra desde que habían traspasado la verja de la casa y parecía cómoda así. Al se planteó que quizá debería estar callado y dejar que fuera ella la que iniciase una conversación si le apetecía, pero aquel silencio le ponía nervioso. No estaba acostumbrado a estar con alguien sin decir nada. No le parecía natural.

—Es bonito este sitio, ¿verdad? —comentó mirando los bosques que rodeaban la carretera.

—Sí —contestó ella.

—Y, además, hace un tiempo genial para dar un paseo...

—Sí, está bien.

—Lo malo es que es una caminata larguísima y luego hay que volver...

Eli se detuvo y se giró hacia él con las manos en las caderas mientras le miraba de arriba abajo con el ceño fruncido. Él se paró frente a ella y la observó, sin entender por qué estaba enfadada. Todos los temas que había sacado eran inofensivos. Era imposible que la hubiera ofendido por hacer comentarios sobre el paisaje, el tiempo o la distancia que había hasta la ciudad.

—Mira, Al... No sé cómo decirte esto sin que te enfades —dijo ella mientras se apartaba un mechón de pelo de la cara—. No es necesario que hablemos. Sé que no te caigo bien y tú tampoco me caes bien a mí.

—Vaya, qué directa. —Se asombró él—. No sé, pensaba que al menos podíamos intentar comportarnos como seres civilizados. Vamos a pasar varios días encerrados juntos en la misma casa.

—No merece la pena que lo intentemos —dijo ella, dándole la espalda para reanudar la marcha—. La gente como tú no me gusta.

Él se quedó paralizado durante unos segundos en medio de la carretera. No podía creerse que aquella chica se comportara con él de una forma tan borde cuando él no le había hecho nada malo. Se puso en movimiento y en un par de zancadas la alcanzó y la agarró por el brazo para detenerla.

—¿Qué has querido decir con eso de “la gente como yo”? —preguntó, ofendido.

—Ya sabes: la gente genial, triunfadora, guapa, que le gusta a todo el mundo —contestó ella mirándole con una mueca de asco—. Alguien como tú no se mezcla con alguien como yo. No hace falta que te esfuerces en aguantarme o en fingir que te caigo bien.

—No tienes ni idea de cómo soy yo. Me estás juzgando sin conocerme.

—Déjalo. No me interesa cómo eres. —Eli dio un tirón para liberar su brazo y volver a andar.

—¿Por qué te portas así? —insistió él—. Yo no te he hecho ningún daño.

—Porque no te he dado la oportunidad de hacérmelo... Y no te la voy a dar. —Continuó caminando unos pasos más antes de detenerse y girarse de nuevo hacia él. Por un segundo, un brillo apenado cruzó sus ojos—. No te lo tomes como algo personal. No voy a darle esa oportunidad a nadie. Nunca más.

Volvió a ponerse en movimiento. Al se quedó quieto, mirando cómo se alejaba, mientras sacaba un cigarrillo y lo encendía. Se preguntó qué sería lo que estaba estropeado en el corazón de aquella chica, quién le habría hecho tanto daño como para que ella se construyera aquella coraza. Después de unos segundos, decidió dejarlo estar. Era su puto problema. Él ya tenía suficiente con los suyos. Empezó a andar dejando unos pasos entre ellos. A partir de aquel momento, si ella quería mantener una relación civilizada con él, tendría que ser la que diera el primer paso.

Tardaron algo más de una hora en llegar hasta la biblioteca de Gardner. En los jardines de la parte delantera se levantaba un alto poste en el que la bandera colgaba alicaída, como si también le afectara el calor. El edificio era una construcción alargada de ladrillo rojo con amplios ventanales. En el

centro, en la parte superior de la fachada, destacaba un gran reloj de color blanco. Justo debajo, en grandes letras doradas, podía leerse el nombre del edificio: *Levi Heywood Memorial Library*.

—Bueno, parece que hemos llegado —dijo Al, incumpliendo la promesa que se había hecho a sí mismo de no volver a dirigirle la palabra—. ¿Entramos?

—Claro —respondió Eli, cortante—. No hemos venido hasta aquí a contemplar la fachada. De todos modos, no hace falta que tú entres. Ya me has hecho de guardaespaldas, como querían tus padres. Ahora puedes ir a beber algo o a echar una partida de billar o lo que sea que hagáis en los ratos libres los tíos duros de New Jersey.

—O a robar motos o a atracar bancos... ¿Pero quién te crees que soy? —preguntó Al, ofendido—. He venido a ayudarte y voy a hacerlo, quieras o no.

Ella se encogió de hombros y entró en la biblioteca. El interior del edificio era muy bonito. Las paredes blancas, los enormes ventanales y los muebles de madera clara le daban un aspecto amplio y limpio. La sala de lectura parecía muy acogedora. Los libros se distribuían en amplios pasillos de estanterías de madera de color caramelo que hacían juego con las mesas de lectura. Por el contrario, las sillas eran robustas y de color oscuro. Incluso había unos cuantos sillones con un llamativo estampado de flores esparcidos por la estancia, destinados a la gente que tuviera pensado quedarse leyendo un largo rato.

Eli se adelantó hasta el mostrador, en el que una diligente bibliotecaria le indicó dónde podían encontrar la hemeroteca. Aunque no había sido invitado, Al la siguió y se quedó unos minutos en silencio, observando qué hacía.

—¿Puedo saber qué estamos buscando? —preguntó, incapaz de permanecer más tiempo en silencio.

—La verdad es que no lo sé —admitió ella tras unos segundos de duda—. Quiero averiguar algo de los últimos ocupantes de la casa, pero no sé en qué fecha quedó abandonada.

—Podíamos haber pasado por el despacho del señor Anderson para preguntárselo —sugirió Al—, aunque no sé si trabaja por las tardes. De todos modos, oí comentar a mis padres algo sobre los años 20.

—¿Algo sobre los años 20? ¿No podrías ser más preciso?

—Pues la verdad es que no, pero ya es mucho más de lo que tenías tú.

—Está bien. Buscaremos las necrológicas de esa época a ver si aparece el apellido Cavendish.

—Eso va a ser un trabajo de siglos —protestó él.

—Bueno, yo no tengo prisa. Ya te he dicho que, si quieres, puedes marcharte.

—Y yo ya te he dicho que voy a ayudarte —dijo Al, acercándose a las estanterías—. Me pido los años impares.

Una hora después, Al se levantó. Estaba harto de pasar hojas de periódico. Ya se había cortado tres veces y mirar necrológicas de forma continua le estaba haciendo reflexionar sobre lo efímera que era la vida y el malgasto que suponía desperdiciarla en una biblioteca.

—Voy fuera a tomar el aire y a fumar un cigarro —le dijo a Eli.

Ella levantó por un momento la mirada de su tarea, le dirigió una sonrisa

con la que parecía congratularse de su rendición y volvió al trabajo. Él salió del silencioso edificio y, nada más cruzar la puerta, se sintió mucho mejor. Podía oír cantos de pájaros, ruido de coches, ladridos de perros y voces de personas. Personas vivas que se movían y que no eran sólo un nombre y un triste recuerdo en las páginas de un periódico. Se apoyó en la fachada del edificio, encendió un cigarrillo y se lo fumó con calma disfrutando del sol, de la caricia de la brisa y de la sensación de libertad de estar en un espacio abierto.

Cuando terminó de fumar, dudó entre volver a entrar o irse a tomar una coca-cola, pero recordó la sonrisa de superioridad que le había dirigido Eli. Volvió a abrir la puerta y entró. No iba a rendirse, no antes que ella, por mucho que se muriera de aburrimiento allí dentro. Al pasar al lado de las estanterías, su mirada se posó en el cartel situado a la entrada de uno de los pasillos: “Historia local”. Quizá allí podría encontrar algo que resultase de más utilidad que toda aquella montaña de periódicos viejos.

Empezó a revisar las baldas, deteniéndose a leer algunos títulos mientras paseaba el dedo índice por sus lomos, hasta que uno de ellos le llamó la atención. Era un libro fino, encuadernado en tapa blanda. No parecía un libro antiguo o importante, sino uno de aquellos libros que se pueden comprar por unos dólares en las librerías de las estaciones de tren o en los aeropuertos, pero su título era muy prometedor: Casas encantadas de Massachusetts.

Lo abrió allí mismo y buscó el índice. Sus ojos se abrieron de par en par. Allí estaba: “Capítulo 9: Casa Cavendish. Gardner”. Sin poder creer en su buena suerte, fue hasta la página indicada y empezó a leer, mientras su sonrisa iba creciendo más y más.

Cuando terminó, volvió a la hemeroteca con el libro escondido a su espalda. Eli seguía inclinada sobre la mesa, pasando hoja tras hoja. También

parecía aburrida y agobiada. Se situó a un par de pasos de ella y carraspeó para llamar su atención.

—¿Qué tal va? ¿Encuentras algo?

—No. Esto es horrible —dijo ella, apoyándose contra el respaldo de la silla y frotándose las sienes—. Es como buscar una aguja en un pajar. Si al menos supiéramos el año...

—¿Qué me darías si yo tuviera esa información? —preguntó él con tono cantarín.

—¿Lo sabes? —Los ojos de Eli se abrieron, asombrados—. ¿Desde cuándo lo tienes? ¿Qué año tenemos que buscar? ¿Cómo has conseguido la información?

—Las preguntas de una en una, señorita. Y, antes de que yo responda a ninguna, tienes que contestar tú. ¿Qué me darías?

—No tengo que darte nada. Estamos juntos en esta investigación. Tus padres también necesitan resolver el caso.

—Sí, pero tú vas a llevarte casi la mitad de nuestro dinero por tu trabajo. Es justo que yo me lleve algo por el mío.

—¿Me estás pidiendo dinero? —preguntó ella, asqueada.

—No. No es eso lo que quiero —respondió Al, negando con la cabeza.

—¿Entonces qué quieres?

—Que me des una oportunidad de hacerte daño —contestó sonriendo mientras le entregaba el libro—. Puedes estar tranquila. No la voy a aprovechar.

Eli se quedó paralizada, mirándole fijamente a los ojos, como si tratara

de leer su mente y descubrir dónde estaba la trampa. Lo que vio allí debió de gustarle, porque asintió mientras esbozaba media sonrisa y cogió el libro. Al arrastró su silla, provocando un chistido de la bibliotecaria, y la acercó para sentarse al lado de Eli y poder leer juntos. Ella ya había mirado el índice y pasaba las páginas a toda velocidad para encontrar la información que necesitaban. Cuando la encontró, empezó a leer en susurros para que él también pudiera escucharlo:

En 1918, Philip Cavendish heredó una inmensa fortuna. Su padre, Andrew Cavendish, había sido el fundador de la Cavendish and Son Furniture Company, empresa dedicada a la fabricación y venta de muebles que tuvo un gran éxito en aquella época. Philip decidió construir una enorme mansión a la altura de su posición y para ello escogió un hermoso terreno rodeado de bosques a la orilla del estanque Greenwood.

La mansión que ordenó edificar era una maravilla para su tiempo. La casa contaba con más de diez habitaciones e hicieron falta más de cien hombres trabajando durante un año y medio para terminar de levantarla. Por toda la casa pueden admirarse molduras y cornisas talladas a mano, además de muchos detalles minuciosos que decoran cada rincón de la construcción. Sirva como ejemplo que la lámpara que adorna la entrada fue traída desde París o que los cristales del rosetón de la escalera central fueron fabricados en Murano (Italia). La fiesta de inauguración de la casa duró varios días y atrajo a las personas más importantes de todo el estado. Fue en aquella fiesta donde Philip, un solterón que sobrepasaba los cincuenta años, conoció a la que se convertiría en su esposa, Sarah Lowell, una atractiva viuda de tan sólo treinta y dos. Después de un corto noviazgo, los esponsales se celebraron en la misma mansión, en una fiesta aún más fastuosa que la de inauguración. Tras la ceremonia, Sarah empezó a vivir en la casa junto con Alyssa, la hija que había tenido en su anterior matrimonio.

La pareja pronto fue bendecida con la llegada de un nuevo hijo, al que pusieron de nombre Andrew en memoria de su abuelo.

La fortuna parecía sonreír a la familia, hasta que las desgracias empezaron a sucederse. Andrew, el hijo pequeño, se ahogó en el estanque cuando tan sólo contaba con tres años de edad. Su padre, Philip, murió poco después aquejado de una intoxicación alimentaria. Al cabo de unos meses, un incendio se desató en la mansión. Sarah y su hija Alyssa se refugiaron en el desván y, aunque se logró sofocar el incendio sin que la estructura de la casa se dañara, ambas murieron asfixiadas por el humo.

Sin herederos directos de la inmensa fortuna de Philip Cavendish, sus parientes lejanos pasaron años disputándose la herencia. La Gran Depresión terminó por arruinar la empresa, con lo que gran parte de la fortuna se perdió. A finales de los años treinta, George Cavendish, un primo lejano, consiguió tomar el control de la mansión y decidió instalarse en ella junto a su familia. Pocos meses después, decidieron abandonarla para siempre. A pesar de que no dieron demasiadas explicaciones, en Gardner empezó a correrse el rumor de que la casa estaba encantada. Se decía que la esposa de George Cavendish había sufrido varios ataques provenientes de entes extraños durante el tiempo que vivieron allí y que, tras su marcha, tuvo que pasar varios años internada en una institución mental para recuperarse.

Desde entonces, la mansión ha estado abandonada. Cada pocos años, alguno de los herederos aparece por la ciudad dispuesto a reformar la casa y volver a habitarla, pero la actividad paranormal que se sucede allí ha provocado que ninguno de ellos llegue siquiera a instalarse.

La gente que la ha visitado habla de voces, sombras, apariciones de cuerpo completo, movimiento de muebles y objetos, portazos, ruido de pasos en los

pasillos y en la escalera central, olores extraños, súbitos cambios de temperatura... Algunas personas han referido que se han sentido empujadas por los escalones o que han tenido que luchar con entes invisibles que trataban de arrojarlos por alguna ventana.

Los expertos en parapsicología que han estudiado la casa dicen que las entidades que la habitan son muy avanzadas, poderosas y peligrosas y desaconsejan la visita a la mansión. Se la considera una de las casas más embrujadas de todo Estados Unidos.

Cuando terminó de leer, Eli se quedó mirando el libro fijamente durante unos segundos antes de volverse hacia Al con una amplia sonrisa en los labios.

—Es fantástico. ¡Es justo lo que estaba buscando! —dijo entusiasmada—. Con esta información podremos calcular las fechas de sus muertes y buscar en los periódicos lo que se dijo en las noticias. ¡Hay tanto que investigar!

—Me alegro de que estés tan contenta, pero lamento decirte que no vas a poder seguir investigando.

—¿Y eso? —preguntó ella, confusa.

—Porque son las cinco de la tarde y van a cerrar la biblioteca. —Al soltó una carcajada, que provocó un nuevo chistido de la bibliotecaria, ante la cara de decepción de Eli. Parecía una niña que se hubiera levantado en la mañana de Navidad para descubrir que no había nada bajo el árbol—. Venga, vámonos. Prometo acompañarte de nuevo mañana y ayudarte a buscar... Y, cuando acabemos, podemos ir a emborracharnos a algún bar o a jugar unas partidas al billar en algún garito de mala muerte.

—Si me ayudas a encontrar lo que necesito, prometo acompañarte incluso a robar motos o a atracar bancos—contestó ella mientras empezaba a

recoger todos los periódicos que había estado leyendo—. Empieza por ayudarme con esto y volvamos a casa.



CAPÍTULO CINCO

Después de cenar en la caravana, me despedí de los McNeal y volví sola hasta la casa. Ellos trataron de convencerme de que esperase un poco más para regresar todos juntos, pero me sentía muy cansada, así que me disculpé y les dejé sentados en unas sillas de picnic, disfrutando de la brisa nocturna.

En cuanto abrí la puerta de la casa, traté de percibir si había algo extraño mientras barría la entrada con el haz de mi linterna. Todo parecía tranquilo. Entré y cerré tras de mí. Mis pasos despertaron ecos en la estancia, haciéndome pensar que algo me seguía. Me detuve antes de poner un pie en el primer escalón. Había algo extraño, algo diferente. Sabía que no lo estaba imaginando, que había un cambio sutil que se me escapaba.

Al cabo de unos segundos me di cuenta de lo que era. Se oía claramente el tictac de un reloj. Me acerqué al lateral izquierdo de la escalera, donde estaba situado el enorme reloj de pared. Había estado observándolo aquella misma mañana y había comprobado que estaba parado y que una cadena de metal sujetaba el péndulo y las pesas para que no se pusiera en marcha. La cadena estaba ahora tirada en el suelo de la caja del reloj y el péndulo oscilaba libremente. Alumbré con la linterna la esfera. Marcaba las diez y

veinte, exactamente la misma hora que indicaba mi reloj de pulsera. No podía ser una casualidad. Debíamos de tener un fantasma puntilloso.

Abrí la caja del reloj, recogí la cadena de metal y volví a asegurarla alrededor del péndulo y las pesas para que se detuviera. Si a aquella cosa le daba por marcar las horas en plena noche, alguien podía sufrir un infarto.

Después de cerrar de nuevo, miré sobre mi hombro. No me había sentido observada ni había percibido ningún olor extraño ni ningún cambio brusco de temperatura. Parecía que al espíritu que había puesto el reloj en hora no le había importado que volviera a detenerlo. Empecé a subir las escaleras, atenta por si escuchaba el sonido de la cadena al caer o al reloj reanudando su marcha, pero no oí nada. Esperaba que aquella noche nos dejaran dormir en paz.

Cuando llegué a mi habitación, recogí la caja de música y le di cuerda. El espíritu de mi abuela apareció bajo la ventana y fue tomando consistencia poco a poco. Me senté a sus pies, con las piernas cruzadas, como había hecho tantas veces cuando era niña.

—¿Qué tal el día? —me preguntó cuando terminó de materializarse.

—La verdad es que muy bien —dije, sorprendiéndome a mí misma al verbalizarlo—. Los McNeal son muy simpáticos y creo que estamos avanzando en la investigación.

—Me alegro. ¿Qué habéis descubierto?

—Hemos estado en la biblioteca, tal y como me dijiste, y hemos encontrado la historia de la familia que vivió en esta casa. Parece ser que eran muy felices hasta que todo empezó a torcerse. El niño pequeño se ahogó en el estanque...

—¿Puede coincidir con el niño que viste en las escaleras? —preguntó

interesada.

—Sí, creo que sí. La edad coincidiría, pero tengo que investigarlo.

—¿Pasó algo más?

—Sí, mucho más... Poco después, el padre murió de una intoxicación alimentaria y la madre y la hija asfixiadas en un incendio.

—Demasiadas muertes no naturales. Tendrás que buscar más información. Puede que alguien les echara una maldición o un mal de ojo o que alguna de esas muertes no fuera un accidente.

—Mañana volveremos a la biblioteca y seguiremos investigando. Ahora me voy a dormir. Estoy agotada.

Le dirigí a mi abuela una sonrisa a modo de despedida, me puse el pijama y me dispuse a meterme en el saco de dormir. Escuché una voz que susurraba a poca distancia y me giré hacia la ventana.

—¿Decías algo, abuela?

No había nadie a mi espalda. Mi abuela ya se había marchado. Pensé que lo habría imaginado, pero entonces volví a escucharlo. Era una voz de mujer y provenía del pasillo. Escuché también el sonido de unos pasos delante de mi puerta y cómo seguían adelante por el corredor. Supuse que sería Lucrecia hablando con su marido y me senté en el suelo para meterme en el saco. Y entonces la oí llorar.

Volví a levantarme de un salto, preocupada. ¿Habría pasado algo malo? Recogí la linterna y salí de la habitación a la carrera. El corredor estaba en penumbra, iluminado tan sólo por los rayos de luna que entraban por el rosetón. Con aquella débil claridad, pude percibir la imagen de una mujer a unos pasos de mí. A pesar de la oscuridad y de que estaba de espaldas, me di

cuenta enseguida de que no era Lucrecia. La enfoqué con la linterna para verla mejor. Llevaba un traje de falda y chaqueta de color negro que, aunque era elegante, había pasado de moda décadas atrás. En lugar del cabello castaño, largo y suelto que siempre lucía Lucrecia, aquella mujer tenía el pelo muy oscuro, recogido en un apretado moño. Como pista final, por si todavía albergaba alguna duda, el haz de luz de mi linterna atravesaba su figura para ir a estrellarse contra la pared del fondo del pasillo.

Me quedé paralizada, sin saber qué hacer. Las palabras que había leído aquella misma tarde en la biblioteca volvieron a mi cabeza: *“Los expertos en parapsicología que han estudiado la casa dicen que las entidades que la habitan son muy avanzadas, poderosas y peligrosas y desaconsejan la visita a la mansión.”*

Intenté no moverme, no respirar siquiera. La mujer se había detenido en mitad del pasillo y seguía llorando desconsolada, cada vez con más fuerza. El sonido de sus sollozos llenaba el corredor y se extendía por la mansión despertando ecos, como un coro que interpretara la canción más angustiosa del mundo. Por un momento, tuve la esperanza de que sólo fuera a hacer eso antes de desvanecerse. Había espíritus así. No eran más que repeticiones de una escena de la vida de la persona, una especie de grabación del más allá que se repetía noche tras noche y no interaccionaba con los humanos.

Como si me hubiera leído la mente y quisiera contradecir mis pensamientos, la figura se giró hacia mí. Pude ver que tenía la camisa manchada de ceniza y que su cara también estaba sucia. Las lágrimas manaban a chorros de sus ojos, abriendo senderos blanquecinos en su rostro tiznado. La mujer me miró y abrió la boca en un grito de angustia. La abrió tanto que temí que la mandíbula se le fuera a desencajar. Incluso pude escuchar un chasquido, pero no podría asegurar si sólo lo imaginé. Ella continuó gritando y gritando y,

de repente, se puso en movimiento, flotando a pocas pulgadas del suelo. Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que no tenía pies. Sus piernas se iban difuminando y terminaban a mitad de las pantorrillas.

No pude moverme, no pude huir. La mujer se lanzó hacia mí y me atravesó. Cuando me giré para ver si estaba a mi espalda, no había nada. Entré corriendo en la habitación, cerré la puerta y me senté en el suelo, con la espalda apoyada contra ella, en un vano intento de protegerme.

Me abracé con fuerza y me froté los brazos. El paso de la mujer a través de mi cuerpo me había dejado helada. Sentía además una tristeza infinita, una soledad abrumadora, una sensación de pérdida tan profunda que nunca podría llenarse con nada. Sabía que aquellas sensaciones no eran mías, pero, aún así, no pude evitar que las lágrimas desbordaran mis ojos y que todo mi cuerpo se sacudiera por los sollozos.

Estuve así mucho tiempo, no sabría decir cuánto. Cuando escuché las voces de Al y sus padres en el pasillo, empecé a recobrar el control. Continué apoyada en la puerta, atenta por si les sucedía algo y tenía que salir a ayudarles, pero les oí despedirse y meterse en sus habitaciones. Al cabo de pocos minutos, toda la casa quedó en calma. Me metí en el saco de dormir y lo subí hasta que me cubrió la cabeza, intentando vencer al frío que aún me invadía.

No conseguí entrar en calor y tranquilizarme hasta que los primeros rayos del sol entraron por mi ventana. Cuando me di cuenta de que no iba a suceder nada más, pude por fin quedarme dormida.

Cuando desperté a la mañana siguiente, el sol estaba ya muy alto en el cielo. Miré mi reloj y me sorprendí. Eran más de las doce del mediodía. ¿Cómo me

habían dejado dormir tanto? Me levanté a toda prisa, me vestí y salí de la habitación. Encontré a James en las escaleras, mirando con gran atención un aparato con luces parpadeantes que llevaba en las manos.

—Buenos días —me saludó—. Me alegro de ver que te has levantado. Pensábamos que estabas enferma.

—¿Cómo no me habéis despertado antes? —pregunté, sorprendida.

—No creas que no lo hemos intentado —dijo él con una sonrisa burlona—. Hemos empezado a aporrear tu puerta a las nueve de la mañana, pero no has contestado. Después de un rato, Lucrecia se ha asustado, pensando que podía haberte pasado algo malo. Ha entrado en tu habitación y ha intentado despertarte, pero no ha habido manera. Le has dicho entre sueños que te dejara en paz y, por la cara con la que ha salido, no has debido de ser muy amable.

—Lo siento muchísimo. Tendré que disculparme con ella.

—Está en la caravana preparando la comida. Si le echas una mano, seguro que te perdona. —La sonrisa se desvaneció de su cara y dio paso a una expresión de preocupación—. ¿Estás bien? Tienes mala cara.

—No he dormido bien esta noche. —Di un largo suspiro antes de seguir hablando—. Me encontré con algo antes de que vosotros llegaraís. Había una mujer en el pasillo... Estaba manchada de ceniza y lloraba continuamente.

—Tendrás que contármelo luego con todo detalle para que lo anote —dijo, emocionado—. Ahora ve a tomar un café. Y no les digas nada de eso a Lucrecia y a Laetitia. No quiero que se asusten.

Asentí para tranquilizarle, a pesar de que sus palabras me sorprendieron. Se suponía que su mujer y su hija eran grandes médiums que habían acudido a aquella casa para expulsar a los espíritus que la habitaban. ¿Cómo iban a asustarse? ¿Adónde pensaban que habían ido? ¿A pasar unas

vacaciones en Disneyworld?

Salí de la casa y me dirigí a la caravana. Me encontré a Lucrecia cocinando y a Laetitia sentada en una silla, mirándola con cara de aburrimiento mientras acariciaba a Apolyon, que se había colocado sobre su regazo. Me acerqué hasta la mujer y le puse una mano en el brazo para llamar su atención.

—James me ha contado que esta mañana he sido muy maleducada contigo cuando has venido a despertarme. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada, niña —contestó ella con una sonrisa mientras seguía dando vueltas al contenido de la cazuela—. Yo también tengo un despertar malísimo.

—Me alegro de que me perdones. Ni siquiera recuerdo qué te he dicho. Debía de estar muy dormida. —Miré alrededor, buscando algo que pudiera hacer—. ¿Quieres que te ayude?

—No te va a dejar. No permite que nadie toque sus guisos —intervino Laetitia—. Ven aquí y siéntate a mi lado. Me muero de aburrimiento.

—¿Quieres que hagamos algo? —pregunté, sentándome con ella.

—No sé qué. Mi madre no me deja levantarme. Dice que tengo que descansar.

—Tienes que estar en reposo. Ya te has movido demasiado esta mañana por la casa —dijo Lucrecia, apuntándola con el cucharón.

—Está bien. Me quedaré aquí. —Laetitia le sacó la lengua, aprovechando que estaba de espaldas.

—Yo te entretendré —le dije, conciliadora—. ¿Qué te gustaría hacer?

Laetitia se quedó unos segundos en silencio mientras me miraba con

interés. Después se inclinó hacia mí y cogió uno de los mechones que habían escapado de mi coleta.

—¿Me dejarías peinarte? Ve al baño y tráeme mi neceser, por favor. Estoy segura de que puedo hacer maravillas con tu pelo.

Laetitia no se conformó con peinar-me y cardarme el pelo hasta que dobló su volumen. También se empeñó en maquillarme como ella lo hacía y en prestarme algo de su ropa. Cuando salí de la caravana para marcharme con Al a la ciudad, llevaba los ojos perfilados en color negro, las pestañas me pesaban como si fueran de plomo y mis labios eran de un llamativo color rojo coral, a juego con la camiseta semitransparente que me había obligado a ponerme encima de un minúsculo top negro.

Al me miró durante unos segundos y se puso en marcha sin decir una palabra. Yo empecé a caminar tras él, sintiendo cómo mis mejillas se sonrojaban hasta hacer juego con la camiseta. Me pasé los siguientes cinco minutos caminando a unos pasos, sin atreverme a decirle nada. Me sentía ridícula y lo último que quería era que Al llegara a pensar que me había preparado así para él, como si nuestra salida a la biblioteca fuera una cita.

—¿No vas a decir nada? —le pregunté.

—¿Sobre qué?

—Sobre las pintas que llevo —contesté enfadada—. Tu hermana me ha pedido que le dejase peinar-me y ha acabado convirtiéndome en un fante.

—Sí. Mi hermana nunca ha sido una chavala muy discreta...

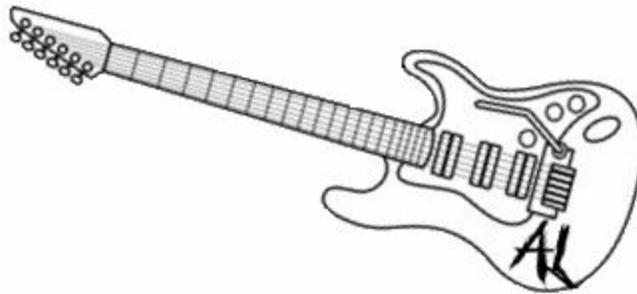
—Para un poco —le pedí—. Voy a volver y a cambiarme. Estoy ridícula así.

—Si tenemos que esperar a que vuelvas y te cambies, nos van a cerrar la biblioteca y, además, Laetitia se enfadará.

—Así que tengo que resignarme a ir por ahí como un payaso.

Volví a ponerme en marcha con la cabeza baja. Sabía que era una estupidez, que en Gardner no me conocía nadie y no tenía que preocuparme de hacer el ridículo, pero no me gustaba llamar la atención con mi aspecto y en aquel momento me sentía como un pavo real incapaz de cerrar su cola.

—No te preocupes. No pareces un payaso para nada —me dijo Al, sonriendo y guiñándome un ojo—. De hecho, estás muy guapa. Esa camiseta te queda mucho mejor a ti que a Laetitia... pero no le digas que yo he dicho eso.



CAPÍTULO SEIS

Eli tuvo a Al ocupado toda la tarde. Cada vez que encontraba cualquier noticia en la que apareciese el apellido Cavendish, le pasaba el periódico y le pedía que corriera hasta la fotocopidora y sacase una copia. Él había intentado pedirle que mirara primero si la noticia podía serles de alguna utilidad, pero ella insistió en que no tenían tiempo para eso y que ya lo revisarían con cuidado cuando hubieran regresado.

Cuando sólo quedaban cinco minutos para que cerraran la biblioteca, Eli sonrió y le pasó otros tres periódicos:

—Estos son los últimos. Son las esquelas de Sarah y Alyssa y las noticias sobre el incendio. Ve a sacar unas copias mientras recojo todo esto.

—¿Otra vez? El tío de la fotocopidora está harto de ver mi cara. ¿No podrías ir tú?

—¿Qué más te da ir una última vez? Ya encontraré una forma de compensarte...

Cuando Al volvió con las fotocopias, ella ya había terminado de recogerlo todo y estaba preparada para irse. Al hizo un montón con todas las

copias que había sacado y se lo enseñó mientras se dirigían a la salida

—Hay más de quince dólares en fotocopias aquí y han salido de mi bolsillo. Vas a tener que hacer algo muy gordo para compensarme.

—Vale, ¿qué quieres?

—Que me invites a cenar.

—¿No sería mejor que fuéramos a cenar a la caravana? Seguro que tu madre prepara algo.

—Te voy a contar un secreto sobre mi madre —dijo él con una sonrisa burlona—. Sus fantásticos guisos son de lata. Por eso no deja que nadie se acerque mientras cocina. A ti te parecerán muy buenos porque acabas de llegar, pero yo estoy bastante harto de comer todos los días lo mismo. Quiero una hamburguesa. Con patatas.

—Está bien. Te lo has ganado. Vamos a buscar algún sitio donde nos den de comer.

Empezaron a pasear por las calles de Gardner. El sol ya estaba descendiendo en el cielo y soplaba una brisa fresca que hacía que el ambiente fuera más agradable. La gente paseaba por las aceras o se sentaba en su jardín o en su porche a disfrutar del atardecer. Estaban pasando por delante de un bar cuando Al se quedó parado en seco con la cabeza inclinada en dirección a la puerta. Eli se detuvo y se acercó a él.

—¿Quieres entrar ahí? No hay ningún cartel que diga que den comidas.

—¿No lo oyes? Es genial.

Eli se quedó callada y escuchó el sonido que provenía del interior del local. Parecía que alguien estaba tocando música en directo. Se escuchaba claramente el golpeteo rítmico de una batería, la suave melodía de un piano y,

destacando sobre todo ello, los agudos quejidos de una guitarra.

—Vamos a entrar aquí —le suplicó él.

—No creo ni que nos dejen pasar. No tenemos veintiún años.

—Pero los aparentamos —insistió él, poniendo cara de cachorrito abandonado—. Por favoooooor... Me lo debes.

—Está bien. Intentémoslo.

El interior del local estaba en penumbra, iluminado por pequeñas lámparas que esparcían una débil luz azulada. Sobre el pequeño escenario, situado al fondo, habían colocado una pancarta en la que podía leerse “*Blue Night- Live Blues*”. En aquel momento un hombre negro que debía ser más viejo que la propia ciudad de Gardner estaba tocando un interminable solo de guitarra.

Al fue directo hacia la barra y se apoyó, mirando hacia el escenario con una amplia sonrisa en el rostro y los ojos brillantes de emoción. Eli se colocó a su lado mientras esperaba a que les atendiera el camarero, que parecía saturado de trabajo en aquel local repleto.

—No imaginaba que te gustara el blues —le comentó, curiosa—. Nadie lo diría con las pintas que llevas.

—En realidad prefiero el rock. El blues es demasiado lento para mi gusto. Tocar a esa velocidad debe ser fácil.

Se escuchó una risita contenida desde el taburete de al lado. Se giraron hacia allí y vieron a un joven negro que miraba a Al con una sonrisa de suficiencia en la cara. Era un hombre extraño. Iba demasiado elegante para aquel lugar. Llevaba una chaqueta de color rojo encendido sobre una camisa negra con varios botones sueltos. El oro de sus dedos y de las múltiples

cadena que llevaba al cuello parecía reflejar la luz. Para rematar su extraño atuendo, lucía un sombrero fedora de color negro con una larga pluma roja como adorno.

—¿Así que el muchachito piensa que el blues es fácil?

—Disculpe, no estaba hablando con usted —dijo Al, volviendo a darle la espalda para reanudar su conversación con Eli—. Como te decía, yo toco rock. Unos amigos y yo tenemos una banda en Newark.

—¿Y cómo se llama? —preguntó ella, interesada.

—Los NewArkAngels.

—¿Es por eso que llevas dos alas bordadas en la chaqueta?

—Sí. Es el emblema del grupo. ¿A qué mola?

Una nueva risita burlona a sus espaldas fue la respuesta. Al resopló y se dio la vuelta hacia el hombre. Abrió los brazos a los lados para parecer más grande y se encaró con él con la cabeza alta.

—¿Tienes algún problema conmigo? —le preguntó desafiante.

—¿Pasa algo aquí? —dijo el camarero, acercándose—. ¿Qué vais a tomar?

—Dos cervezas —contestó Al, tratando de poner voz de tío duro.

—¿Podéis enseñarme vuestros carnets?

—No los hemos traído, pero está claro que tenemos más de veintiún años.

—Déjalo, Al —intervino Eli—. Con dos coca-colas servirá.

—No, no les pongas nada a los chicos —dijo el joven del traje rojo—. Ponme a mí tres vasos de bourbon.

—No quiero líos en mi bar —dijo el camarero, cruzando los brazos frente al pecho.

—Yo me hago responsable de todo. No te preocupes, son los tres para mí —insistió el hombre.

El camarero se alejó refunfuñando, pero les sirvió la bebida y, para demostrar que no le habían engañado, colocó un vaso delante de cada uno. El hombre de rojo tomó su vaso y lo levantó para hacer un brindis.

—Por la buena música, aunque algunos no sepan apreciarla.

—No te equivoques conmigo. Yo sé apreciar la buena música —dijo Al, tomando su vaso—. Lo único que digo es que el rock es más puro, tiene más fuerza...

—El rock no es más que un hijo del blues. No hay música más pura y más fuerte.

—Bueno, eso lo dices porque no me has oído tocar a mí —respondió Al, hinchando el pecho.

—Está bien, gallito. Demuéstralo.

El hombre señaló hacia el escenario. El viejo había terminado su actuación y en aquel momento estaba vacío. Al lo contempló durante unos segundos y después negó con la cabeza.

—No puedo subirme ahí porque sí.

—Sí, sí que puedes. Las noches de blues en este local son así. Cualquiera puede subirse y tocar la guitarra.

—Ya te he dicho que yo no toco blues.

—Dices que lo que tú tocas es mucho mejor, así que a la gente le

gustará. ¿O es que tienes miedo?

El hombre le dedicó otra sonrisa de burla antes de llevarse el vaso a los labios y dar un sorbo. Lo paladeó durante unos segundos, como si nunca en su vida hubiera probado nada mejor, antes de seguir hablando.

—Te reto a un duelo. El que toque peor, paga la bebida.

Al se lo pensó durante un par de segundos, cogió su vaso y lo vació de un solo trago. Después se giró hacia el escenario y subió de un salto. Mientras se colocaba la guitarra y comprobaba las cuerdas, empezaron a oírse algunos gritos agudos y tímidos aplausos desde el fondo del local. Unas cuantas chicas le miraban, emocionadas, mientras daban saltitos y cuchicheaban entre ellas. Al les lanzó una sonrisa y un guiño, probó a tocar un par de notas y se acercó al micrófono.

—Buenas noches, amables gentes de Gardner. Señores, señoras, señoritas... —Cuando dijo aquella última palabra, señaló al grupo del fondo mientras sonreía, lo que despertó nuevos gritos emocionados entre las chicas —. Soy un músico forastero en esta hermosa tierra. Ni siquiera toco blues, pero espero que puedan perdonarme y que, al contrario de lo que dice esta canción, puedan obtener... satisfacción.

Empezó a tocar *Satisfaction* de Rolling Stones y a cantar con su voz más rasgada y sugerente mientras mantenía la mirada clavada en las chicas del fondo, que habían empezado a bailar y a gritar como si nunca en la vida hubieran escuchado algo tan bueno. Cuando llegó al estribillo, volvió la vista hacia la barra. Eli puso los ojos en blanco, se llevó dos dedos a la boca y fingió que vomitaba. Le hizo gracia. Hasta él se había dado cuenta de que se estaba pasando de chulo, pero iba a enseñar a aquel impertinente cómo se ponía al público en pie.

Cuando terminó su actuación, el local se llenó de aplausos, que se mezclaron con los gritos emocionados de las chicas del fondo. Al se lo agradeció con un par de reverencias antes de bajar del escenario y regresar a la barra con una sonrisa confiada en la cara.

—Es tu turno —le dijo al hombre de rojo—. Demuestra lo que sabes hacer.

El hombre negó con la cabeza mientras sonreía, se levantó del taburete y, después de estirarse los faldones de la chaqueta para colocarla correctamente, recogió una guitarra que tenía apoyada contra la barra y subió al escenario. No se presentó ni le dirigió una sola palabra al público. Se colgó la guitarra y empezó a tocar las primeras notas de *Cross Road Blues*. Todo el bar se sumió en un respetuoso silencio y todas las miradas cayeron bajo el influjo del movimiento de los dedos de aquel hombre. Incluso Al se quedó hechizado. Aquel hombre no tocaba la guitarra. La hacía llorar.

Cuando terminó su interpretación, el bar aún se mantuvo unos segundos en silencio, como si la gente se resistiera a salir del embrujo que aquel hombre había creado. Poco a poco, fueron comenzando los aplausos, hasta que todo el bar estalló en una ovación. Él se descolgó la guitarra y bajó del escenario con paso tranquilo para dirigirse hacia la barra.

—Ha sido espectacular —admitió Al.

—Lo sé. —El hombre hizo un gesto para llamar la atención del camarero—. Otra ronda. Paga mi amigo.

El camarero se acercó con sus bebidas y esta vez Al sí levantó su vaso para brindar con el desconocido. Eli torció el gesto, pero acabó cediendo y bebiéndose el contenido de su vaso, tal como había hecho con el anterior.

—¿Cómo puedes tocar así? Es increíble —dijo Al, emocionado.

—Para poder tocar así la guitarra hay que haber vivido muchos años, haber recorrido muchas carreteras y haber amado a muchas mujeres — contestó el hombre con una sonrisa triste.

—Pero tú no tienes edad para haber hecho todas esas cosas —le contradijo Al.

—Bueno, siempre hay atajos. —La luz azulada de las lámparas se reflejó por un segundo en los ojos del hombre, haciendo que brillaran como los de un gato.

—¿Qué atajos? —preguntó Al, interesado—. Daría cualquier cosa por saber tocar así.

—¿Cualquier cosa? ¿Le venderías tu alma al diablo?

Su sonrisa era burlona, inquietante. Antes de que Al pudiera decir una sola palabra, Eli se interpuso entre los dos y colocó su mano sobre el pecho del hombre, mientras le miraba con expresión severa.

—Al, no contestes —le ordenó antes de dirigirse al hombre—. Si no le importa, a mi amigo y a mí nos gustaría continuar la noche solos.

—Eli, ¿qué haces? —preguntó Al, confundido.

—No te metas, Al. El señor ya se va.

El hombre recogió su guitarra antes de levantarse del taburete.

—No es necesario que se ponga así, señorita. Sólo era una broma. —Apuró su vaso y lo colocó boca abajo sobre la barra antes de despedirse tocando con dos dedos el ala de su sombrero—. O quizá no.

Los dos se quedaron en silencio viendo cómo el extraño se alejaba y se perdía entre la gente. Cuando hubo salido del bar, Al se giró hacia Eli y cruzó los brazos sobre su pecho mientras la miraba con el ceño fruncido.

—¿Y a ti qué bicho te ha picado? ¿En serio pensabas que ese tío era un demonio que iba a comprar mi alma a cambio de convertirme en un genio de la guitarra?

—Si tú no lo crees, ¿qué más te da que le haya echado?

—Bueno, si lo era, igual me habría interesado el trato. ¿Quién eres para meterte en eso?

—Pues alguien que se preocupa por tu alma más de lo que tú lo haces.

—Pero si ni siquiera creo que tengamos alma... La vendería sin problemas por ser una estrella de la guitarra, por un millón de dólares, por un par de copas más...

—No digas esas cosas, por favor.

Al se quedó en silencio, mirándola con una ceja enarcada, sin poder creer lo que estaba oyendo. Cuando habían recogido a aquella chica en Swanton, había pensado que no era más que otra charlatana que se dedicaba a timar a incautos, pero ahora veía que tenía fe de verdad. Seguía sin creer que ella tuviera poderes sobrenaturales, pero, al menos, acababa de darse cuenta de que no mentía ni intentaba engañar a su familia.

—¿En serio piensas que ese tío era un demonio?

—No. Cuando le puse la mano en el pecho, comprobé que su corazón latía y que su temperatura era la normal en un ser humano. —Ante la cara de estupefacción de Al, se siguió explicando—. Los demonios tienen una temperatura corporal muy superior a la de las personas.

—¿Me estás hablando en serio? —Al esperó a que Eli asintiera—. Entonces, si sabías que ese hombre sólo bromeaba, ¿por qué no me has dejado hacer un pacto con él?

—Porque no se debe jugar con esas cosas —contestó ella muy seria—. Nunca se sabe quién puede estar escuchando. Y ahora invítame tú a una copa. Te lo creas o no, puede que acabe de salvar tu alma inmortal.

El camarero decidió hacer la vista gorda y les sirvió varias cervezas sin protestar. A cambio del favor, Al subió un par de veces más al escenario a cosechar más aplausos del grupo de chicas del fondo del local. El alcohol pareció ejercer una influencia positiva en el carácter de Eli. Estuvieron hablando y riéndose e incluso pudo convencerla para que bailara un par de canciones con él.

Cuando decidieron regresar a casa, ya se les había hecho muy tarde. Tras dejar atrás las calles bien iluminadas de Gardner, se encontraron caminando en total soledad por la carretera oscura y rodeada de frondosos árboles que llevaba hasta la casa. El ambiente misterioso y opresivo pareció eliminar su buen humor y sumirles en el silencio. Eli empezó a caminar a paso rápido, con la cabeza baja, mientras se abrazaba a sí misma para darse calor. A pesar de que ya estaban a mediados de junio, las noches eran frías en Massachusetts y la ligera camiseta que llevaba no debía de protegerla mucho.

Al se quitó la chaqueta de cuero, aceleró para alcanzarla y se la tendió. Ella se detuvo y se le quedó mirando como si no entendiera.

—Póntela. Estás helada —dijo él.

—No, tú también tendrás frío.

—¿Yo? He bebido suficiente alcohol como para no tener frío nunca más. Vamos, póntela.

Ella volvió a quedarse quieta y en silencio mientras le observaba con mirada suspicaz. Al soltó un suspiro de agobio, se acercó a ella y le puso la

chaqueta sobre los hombros.

—Joder, Eli... Mira que lo haces todo difícil. Es sólo una chaqueta. No muerde, no te voy a cobrar alquiler ni voy a llevarme tu alma si la aceptas.

—Está bien —contestó ella con la vista clavada en la carretera, como si no se atreviera a mirarle a los ojos.

—¿Por qué eres tan desconfiada para todo? —le preguntó—. ¿Quién te ha hecho tanto daño como para que no puedas confiar en nadie?

Ella levantó la cabeza y le miró directamente. Por un segundo, Al creyó ver un brillo de emoción en aquellos ojos negros, quizá un par de lágrimas contenidas. Pensó que ella iba a abrirse y que iba a confiar en él, pero sólo duró un instante. Su mirada volvió a endurecerse.

—Nadie me ha hecho nada. Soy así —dijo volviendo a ponerse en marcha.

—Lo que tú digas. Ya me lo contarás.

Al se colocó a su lado, caminando con las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Cuando llevaban recorridas unas yardas, Eli giró la cabeza hacia él, le dirigió una sonrisa y asintió.

—Quizá algún día. A pesar de tus pintas de macarra, no pareces tan mal tío.

—Que sepas que como cumplido eso es una mierda, pero lo acepto porque sé que no tienes ni idea de relacionarte con la gente y que te estás esforzando mucho.

—Como cumplido eso también es una mierda —contestó ella, riendo.

—Lo sé, pero aún no te mereces que te dedique uno bueno. —Él le guiñó un ojo, burlón—. Quizá algún día.

Siguieron hablando y bromeando hasta que llegaron a la verja de la casa. Mientras abrían, la bandada de cuervos elevó el vuelo desde el tejado y les dedicó unos cuantos graznidos.

—Esos bichos me ponen de los nervios —comentó Al.

—No me extraña. Hay muchas leyendas sobre los cuervos y en ellas no se les suele asociar con nada positivo —explicó Eli—. Siempre se les ha relacionado con los malos presagios. Los griegos decían que si los cuervos volaban sobre una casa, significaba que estaba maldita. Los nativos americanos creen que son guías de los espíritus que no pueden descansar en paz.

—¿A qué te refieres?

—Cuando alguien muere de forma violenta o simplemente no era su hora, el alma no puede trascender. Se queda vagando hasta que consigue justicia, venganza o lo que sea que esté buscando. Se supone que los cuervos se quedan cerca de esa alma hasta que cumple su destino para ayudarlo a pasar al otro mundo.

—Eres como una enciclopedia paranormal con patas. —Se asombró él.

—Eso es otro cumplido de mierda. —Se rió Eli.

Pasaron al lado de la caravana sin hacer ruido. Ya no salía luz de su interior, así que supusieron que Laetitia ya estaría dormida y que los padres de Al ya se habrían retirado a descansar. Al abrió la puerta de la casa y se puso un dedo sobre los labios para indicarle que debían estar en silencio.

No habían llevado linterna, así que cruzaron la entrada a oscuras, tan sólo guiados por la luz de la luna que se colaba por el rosetón. Al se acercó a Eli y le agarró la mano antes de empezar a subir las escaleras. Sabía que ella

era una chica independiente con muchos más conocimientos sobre temas sobrenaturales de los que él tendría nunca y que seguramente no tendría miedo, pero quiso demostrarle que estaba a su lado y que no iba a permitir que le pasara nada malo. Ella enarcó una ceja y su mano se puso rígida en el primer momento, pero, tras mirarle a la cara, pareció relajarse y le devolvió una sonrisa de agradecimiento.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación de Eli, se acercó a ella, puso las manos sobre sus hombros y le quitó la chaqueta, haciendo que se deslizara con suavidad por sus brazos.

—Bueno, tengo que llevarme la chaqueta, aunque, si todavía tienes frío, quizá pueda pasar dentro un rato y ayudarte.

Eli volvió a enarcar una ceja, negó con la cabeza y soltó una risa queda.

—Te olvidas de cuál es mi don: Puedo ver a los fantasmas... Y a ti se te ve venir de lejos. —Le dio un par de palmadas en el pecho mientras se seguía riendo—. Buenas noches, Al.

Ella cerró la puerta y él se quedó de pie en medio del pasillo, desconcertado. No sabía por qué había tratado de liarse con ella. Eli no era el tipo de chicas con el que solía salir. Era demasiado seria, demasiado fría, demasiado complicada... Joder, si ni siquiera era guapa... ¿Por qué sentía que necesitaba saber más de ella y descubrir qué se escondía detrás de aquella oscura mirada? Lo mejor que podía hacer era olvidarse y tratar de ligar con alguna de las chicas que le había estado vitoreando aquella noche. Seguro que con cualquiera de ellas sería más fácil y más satisfactorio. Negó con la cabeza, sabiendo que no le iba a resultar tan sencillo olvidarse de Eli. Acababa de sumar un montón de puntos para convertirse en un desafío: En toda su vida, era la primera tía que se había atrevido a rechazar a Aleister

McNeal.



CAPÍTULO SIETE

El roce de otro cuerpo acomodándose junto al mío me despertó. Pensé que lo estaba imaginando, que era parte de un sueño, pero enseguida me di cuenta de que era demasiado real. Alguien había abierto la cremallera del saco de dormir y se había acoplado a mi cuerpo, abrazándome por la espalda. Creo que lo que me sacó del sueño fue la extraña sensación de frío. Lo normal habría sido que tener a alguien tan pegado a mí me hubiera proporcionado calor, pero lo que notaba era un frío que se adhería a mi piel y se introducía en mi interior, como si alguien hubiera abierto una ventana en una gélida noche de enero.

Abrí los ojos y traté de girarme para averiguar quién estaba a mi lado, pero descubrí, aterrada, que no podía mover nada más que los párpados. Todos mis músculos estaban paralizados, como si mi carne se hubiera transformado en un bloque de mármol. El cuerpo que estaba a mi espalda se apretó aún más contra mí. Noté sus manos en la cintura, su cabeza sobre mi hombro, su rostro muy cerca, respirando, aspirando el aroma de mi cabello... Intenté abrir la boca y ordenarle que se parara, pero no fui capaz de pronunciar ningún sonido.

Noté que el ser tiraba de mi hombro hasta colocarme sobre la espalda para después encaramarse sobre mí. A la suave luz de las velas que había dejado encendidas antes de dormir distinguí los rizos castaños de Kev, sus ojos dorados, su hoyito en la barbilla, su sonrisa arrebatadora... Sentí que la respiración se me aceleraba. Sabía que no era Kev, que aquello era imposible, pero, al mismo tiempo, anhelaba con tanta desesperación que fuera él...

—Eli, mi amor, mi vida... —susurró mientras me acariciaba la mejilla con sus gélidos dedos—. Te he echado tanto de menos. Te necesitaba tanto...

Sentí que los ojos me ardían y que la vista se me nublaba por las lágrimas contenidas. Aquel ser no era Kev, lo sabía con total seguridad. Él seguía en Swanton, pasando las vacaciones con su querida novia Valerie. Seguramente ni siquiera me recordaba. No habría dedicado un solo segundo a pensar en mí ni se habría planteado nunca que me había destrozado el corazón... Sabía todo aquello, pero, al mismo tiempo, sentía tantas ganas de ignorarlo y fingir que aquel ser era él, de entregarme a sus caricias y sus besos...

El ser pareció notarlo. Me lanzó una dulce sonrisa y se inclinó hacia mí para besarme. Sentí su aliento helado acercándose a mis labios. Aquel aroma a flores muertas y espacios oscuros, húmedos y cerrados despertó todas mis alarmas. No sabía lo que era aquel ser, pero no debía permitir que me besara. Haciendo un esfuerzo supremo de voluntad, conseguí ordenar a mis músculos que se movieran y logré apartar la cabeza a un lado. El ser soltó una risita burlona, me agarró por la barbilla y me obligó a volver a mirarle.

Ya no era Kev. Encima de mí tenía el cuerpo de Al. Su largo flequillo le caía sobre la frente, casi ocultando sus increíbles ojos azules. Sus finos labios se curvaron en una de aquellas sonrisas burlonas que me desarmaban. No llevaba camiseta, tan sólo aquellos vaqueros ajustados que le quedaban de

muerte. Me quedé hipnotizada por sus ojos, percibiendo por primera vez que alrededor de sus pupilas se dibujaba un pequeño sol dorado. El peso de su cuerpo sobre el mío me dificultaba la respiración, pero, aún así, no pude evitar soltar un leve gemido ahogado. El ser se tomó aquello como una pequeña victoria, un signo de rendición. Volvió a sonreírme e introdujo una de sus manos por debajo de mi camiseta para tocar mi piel. No sabía lo que me pasaba. Mi conciencia me exigía que reaccionase, que me resistiera, que Al no significaba nada para mí y que, aunque lo hubiera hecho, aquel ser no era él. Sabía todo aquello, pero, en aquel momento, me pareció que no había nada en el mundo que deseara más que sus manos en mi cuerpo y sus labios sobre los míos.

—Bésame, Eli. Seré tu Kev... Seré tu Al... Seré quién tú quieras y estaremos juntos para siempre. Tan sólo bésame.

Sus labios ya estaban casi sobre los míos. Me susurraba tan de cerca que su aliento parecía acariciarme. Ni siquiera sentía que sus manos fueran frías. Llevaba tanto tiempo esperando que alguien me deseara con esa pasión, que me necesitara tanto como él parecía necesitarme en aquel instante...

—Eres tan hermosa, tan dulce, tan increíble...

Aquellas palabras me sacaron de mi ensueño para ser sustituidas por las que Al había pronunciado unas horas antes, liberándome del trance: “Aún no te mereces que te dedique un buen cumplido. Quizá algún día”. Mi mente se llenó de su recuerdo, de sus sonrisas cínicas, del brillo siempre travieso de sus ojos, de aquella manera de andar por el mundo como si pudiera dominarlo con cada paso, de aquella chulería que me repelía y me resultaba encantadora al mismo tiempo, de aquella voz rasgada cuando cantaba... El ser que me aprisionaba contra su cuerpo era sólo una copia, una cascara vacía, una imitación de mala calidad. Conseguí recuperar algo de control sobre mis

miembros, levantar los brazos y ponerlos en su pecho para empujarlo y alejarlo de mí.

Los ojos de la criatura dejaron de ser azules. Se convirtieron en dos pozos de negrura iluminados por una rabia infinita. El ser volvió a cambiar frente a mis ojos. Su cara se arrugó y perdió la tersura y el brillo de la juventud. Su pelo se convirtió en una maraña desgredada y sucia. Reconocí sus rasgos, su mirada de odio, la marca de la soga en su cuello... Era el espíritu al que había expulsado del cuerpo de Molly.

—Vas a besarme quieras o no, pequeña hija de puta —me susurró la criatura—. Si no quieres hacerlo por las buenas, esto puede ponerse mucho más desagradable.

El hombre abrió la boca y dejó que su larga lengua fuera deslizándose como una babosa gigante que se escapara de un agujero viscoso e infecto. El sonido de aquella cosa resbaladiza surgiendo de su boca me revolvió el estómago. El aire de la habitación se llenó de olor a cloaca, a descomposición y a muerte. Sentí nauseas y pensé que, colocada boca arriba y paralizada, acabaría ahogándome en mi propio vómito. Traté de abrir la boca y gritar, pero mi cuerpo seguía sin responderme. Cuando aquella lengua negruzca e hinchada estaba a punto de tocar mis labios, sentí que el corazón se me detenía en el pecho y que el aire no llegaba a mis pulmones. Iba a morir en aquel momento. Aquella cosa iba a matarme y, lo que era peor, no sabía si iba a atraparme y a condenarme a pasar la eternidad en su compañía. La desesperación me dio nuevas fuerzas. Conseguí abrir la boca, tomar una profunda bocanada de aire y gritar una sola palabra.

—¡Al!

El ser se apartó de mí y me miró asombrado, sorprendido de que yo hubiera podido escaparme de su embrujo. Escuché movimientos en la

habitación de al lado. Parecía que Al se había despertado y se había tropezado con algo al intentar salir corriendo. Saber que él estaba tan cerca y que venía en mi ayuda me dio nuevas fuerzas para seguir gritando.

—¡Al, ayúdame!

Escuché su puerta al abrirse y sus pasos sobre el suelo de madera del pasillo. El ser me lanzó otra mirada airada y, durante unos segundos, volvió a cambiar. Era un hombre de unos cincuenta años, con poco pelo y unos ojillos pequeños y asustados que recordaban a los de un ratón acorralado. La figura se desvaneció justo en el momento en el que la puerta de la habitación se abría. Al se lanzó dentro del cuarto mirando a todos lados mientras sujetaba un atizador de chimenea en las manos. Cuando me vio, tumbada en el suelo, se lanzó a mi lado, me pasó una mano por la espalda y me ayudó a incorporarme. Sentí que volvía a tener el dominio sobre mis miembros y me abracé a él mientras todo mi cuerpo se sacudía presa de temblores incontrolables.

—¿Qué te ha pasado, Eli? —preguntó mientras me devolvía el abrazo, acunándome como a una niña pequeña—. ¿Estás bien?

Yo asentí, aunque seguía temblando como una hoja. Escuché más pasos apresurados acercándose a la habitación. Miré por encima del hombro de Al y vi a sus padres, descalzos y en pijama, contemplando la escena desde la puerta. Lucrecia se adentró en la habitación, le puso una mano en el brazo a Al para llamar su atención y le hizo retirarse un poco para sustituirle en el abrazo. Incluso con lo asustada que estaba, pensé que habría preferido que fuese Al quien siguiera abrazándome.

—¿Qué ha pasado, niña? —me preguntó Lucrecia cuando se dio cuenta de que me iba tranquilizando.

Seguí en silencio durante unos segundos mientras notaba cómo el rubor

iba ascendiendo por mis mejillas hasta hacer que mi cara ardiera. ¿Qué iba a contarles? ¿Que un fantasma había tomado la forma de Al, que había intentado meterme mano y que yo casi se lo había permitido?

—Cuéntanoslo, cariño —insistió Lucrecia con voz dulce—. Seguro que podemos ayudarte.

—Había alguien aquí... Era un hombre y trataba de tocarme... — empecé a explicar de forma entrecortada—. No podía moverme ni escapar ni gritar...

—Pobre chiquilla. —Lucrecia me abrazó aún con más fuerza.

—¿No habrá sido un sueño? —preguntó Al.

Le lancé una mirada furiosa. Odiaba aquella manera suya de quitarle importancia a todo lo que les sucedía a los demás, de tratar de ridiculizar cualquier situación que escapara a su raciocinio. Decidí no contestarle. Tampoco podía darle muchos detalles que le convencieran sin morirme de vergüenza en el proceso. Además, en aquel momento su presencia me resultaba muy perturbadora y no me permitía pensar con claridad. Me limité a negar con la cabeza y a desviar la mirada hacia el suelo.

—No, no fue un sueño. Sé que era algo real.

—¿Quieres dormir con nosotros en la habitación? ¿O que Al se quede un rato contigo?

Volví a mirar a Al antes de contestar. No sabía qué me estaba pasando, pero en aquel momento sentía unas ganas irrefrenables de quedarme a solas con él. Supuse que sólo se debería al embrujo de aquel ser, pero me moría de ganas de mirar sus labios mientras me hablaba, de sentirle a mi lado, de comprobar de cerca si tenía dos pequeños soles dorados rodeando sus pupilas... No estaba en mis cabales. Aquel chico ni siquiera me gustaba.

Aspirar a tener algo con él sólo podría causarme dolor.

—No. Estaré bien —contesté, fingiendo una sonrisa confiada—. No creo que ese ser vuelva esta noche. Siento haberos molestado.

—No es molestia, cielo. —Lucrecia me soltó, se levantó del suelo y volvió junto a su marido, que seguía esperando pacientemente en la puerta—. Si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que llamarnos.

Regresaron a su habitación y me dejaron a solas con Al, que seguía de pie en medio del cuarto, agarrando el atizador que había traído mientras me miraba preocupado. No pude evitar una sonrisa. Sujetaba el atizador como si fuera una guitarra y, durante unos segundos, casi espere que empezara a mover los dedos imitando un solo.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunté.

—Lo cogí de la chimenea del salón de abajo... Ya sabes... Para protegernos.

—¿Para protegernos de qué? Tú crees que no hay nada raro en esta casa, que todo son sueños o ataques de histeria... Y, además, no se puede atacar a un fantasma con un atizador. Ya están muertos.

—Bueno, puede entrar un ladrón, un mapache...

—¿Un mapache? —A pesar de lo mal que lo había pasado minutos antes, no pude contener una carcajada.

—No te rías. Pueden ser muy agresivos —dijo él, poniéndose el atizador en el hombro y adoptando una postura erguida—. Te ataque lo que te ataque, sea un fantasma, un ladrón o un mapache rabioso, yo y mi atizador estaremos al otro lado de esa pared.

—Muchas gracias, Al.

Me guiñó un ojo y salió de la habitación. Me pasé unos segundos sentada en el suelo, escuchando los ruidos que él hacía en su cuarto antes de acostarse. Cuando toda la casa se sumió de nuevo en el silencio, volví a sentirme sola y asustada. A pesar de lo que les había dicho a los McNeal para tranquilizarles, no tenía ninguna manera de estar segura de que ese ser no fuera a regresar aquella noche. Me levanté, recogí la caja de música, la abrí y le di cuerda. En cuanto la figura de mi abuela apareció bajo la ventana, corrí hacia ella. En aquel momento, casi olvidé que era un fantasma. Necesitaba que me abrazara, que me acariciara el pelo y depositara besos en mi frente. Cuando casi estaba a su lado, recordé que no era posible. Mi abuela estaba allí conmigo, podía hablarme y reconfortarme, pero no podía darme el calor y las caricias que yo necesitaba. Ella debió percibir esa desilusión en mi mirada. Dejó que me sentara a sus pies y me observó, preocupada.

—¿Qué pasa, mi niña? ¿Te encuentras bien?

—La verdad es que no... —Me mantuve en silencio durante unos segundos, tratando de recuperar el control y no romper a llorar—. Ha sido horrible, abuela. He pasado tanto miedo...

—Tranquila, cariño. Yo estaré contigo hasta que se haga de día. —A pesar de que no podía tocarme ni abrazarme, su dulce sonrisa consiguió llevar algo de calor a mi alma—. Ahora cuéntame qué ha pasado y trataremos de encontrar una solución.

En cuanto los rayos del sol desterraron a las tinieblas, me despedí de mi abuela y salí de la casa dispuesta a seguir sus instrucciones. Pasé un par de horas dando vueltas por el bosque que rodeaba la propiedad. En un primer momento, temí perderme, pero enseguida me di cuenta de que el bosque no era tan cerrado como parecía y de que sólo tenía que buscar el reflejo de los

primeros rayos del sol sobre el estanque Greenwood para orientarme.

Cuando regresé a la casa con mi cargamento de hierbas, escuché el sonido de la radio surgiendo de la caravana. Por la ventana abierta salía el aroma del café recién hecho. Me asomé a la puerta y encontré a Laetitia preparando el desayuno.

—Buenos días —me saludó—. ¡Qué madrugadora! Con lo tarde que volvisteis ayer Al y tú, pensé que no os levantaríais muy temprano. ¿Qué os pasó?

—Nada, había una especie de concurso de guitarristas en el pueblo y tu hermano no se pudo resistir.

—Te creo. No pierdes una oportunidad para lucirse. —Laetitia negó con la cabeza mientras ponía una mueca de asco—. Es un imbécil.

—No seas tan dura con él. Es buen chaval.

—No te gustara, ¿verdad?

—No, para nada... Tan sólo me cae simpático —contesté con una voz demasiado aguda y apresurada para mi gusto—. Bueno, tengo que hacer una cosa. ¿No tendrás algo de sal por ahí?

Laetitia me miró con curiosidad, pero me entregó un pequeño salero sin preguntar nada más.

—Muchas gracias. Enseguida te lo devuelvo. Guárdame algo de café.

Me alejé de la caravana sintiéndome extraña. ¿Por qué había tenido la sensación de que estaba mintiendo al decirle a Laetitia que no me gustaba su hermano? Era cierto que no me gustaba...

Decidí olvidar aquel tema y ponerme manos a la obra. Subí a mi habitación, partí en cinco pedazos un pañuelo de cuello y fui poniendo dentro

de cada uno hojas de helecho, tréboles y pequeñas ramitas de cedro y pino. Cuando terminé, lo espolvoreé todo con sal y después cerré los saquitos con trozos de los cordones de unas botas. Me puse uno de ellos alrededor del cuello y guardé los otros cuatro en mis bolsillos. Después tomé el laurel que había recogido en el bosque y fui poniendo ramas sobre los dinteles de las puertas. Estaba colocándolo encima de la puerta de la habitación de Al cuando ésta se abrió y él estuvo a punto de arrollarme al salir.

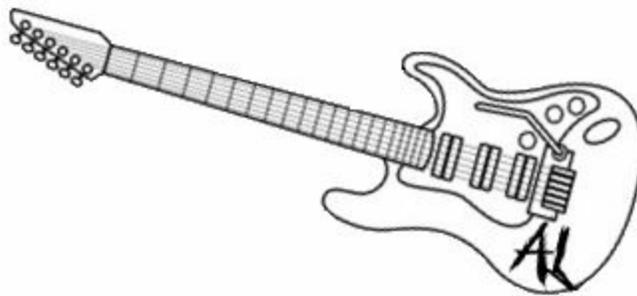
—¿Se puede saber qué haces? ¿Estabas escuchando qué hacía desde el otro lado de la puerta?

—Por supuesto que no. Estoy colocando unas hierbas que nos protejan de los malos espíritus. —Metí la mano en el bolsillo y le tendí uno de los saquitos—. Tienes que ponerte esto.

—¿En serio? —preguntó él, enarcando una ceja mientras lo miraba como si fuera un bicho raro a punto de morderle—. No pienso ponerme esto. Ya sabes que yo no creo en esas cosas.

—A los fantasmas les da igual que no creas en ellos —le dije estampándoselo contra el pecho—. Ponte el puto amuleto.

Me marché para continuar mi trabajo en el piso inferior, dejándole con la palabra en la boca. No tenía ganas de luchar contra su escepticismo desde primera hora de la mañana y, además, me había puesto nerviosa al sentirle tan cerca cuando había abierto la puerta y había estado a punto de chocar conmigo. Tenía que aprender a controlarme y concentrarme en lo importante: acabar con aquel trabajo, recoger mi dinero y empezar mi vida en Nueva York. No debía pensar en nada más. Yo para él sólo era una chica rara que empezaba a caerle bien. Él para mí empezaba a ser una futura fuente de dolor y no estaba dispuesta a permitirselo.



CAPÍTULO OCHO

Después de comer, Al calculó que su padre tardaría un par de horas en llamarle para que le ayudara a revisar las grabadoras y cámaras que habían dejado esparcidas por toda la casa. Su madre y su hermana habían decidido volver a recorrerse todas las habitaciones armadas con sus péndulos en busca de más puntos en los que las energías místicas estuvieran alteradas o cualquier otra zarandaja sobrenatural que se les hubiera ocurrido, así que él no tenía nada que hacer.

Pensó en ir a buscar a Eli, que se había retirado a su habitación para empezar a revisar todas las fotocopias que habían sacado la tarde anterior, pero no le apetecía encerrarse en casa a hojear antiguas noticias de las que no iban a sacar nada de provecho mientras en el cielo lucía un sol radiante. Pasó por su habitación, recogió la guitarra y se fue con ella al jardín trasero de la mansión a ensayar un poco. Estaba seguro de que, si le ponía un poco de empeño, en nada podría tocar blues tan bien como el hombre del bar.

Se sentó en un banco debajo de un árbol. La brisa era suave y cálida y se podía escuchar cantar a los pájaros. Sentado en aquel lugar, nadie diría que la casa que tenía enfrente era una mansión encantada capaz de asustar a

cualquiera. Si no te dejabas llevar por la histeria y los cuentos de viejas, podías percibirla como lo que era: una casa normal y corriente que necesitaba una buena reforma.

Puso los dedos en los trastes y empezó a tocar. A pesar de que nunca le había interesado mucho el blues, conocía un par de canciones, entre ellas el Cross Road Blues que aquel hombre había interpretado la noche anterior. Unos minutos después, se dio cuenta de que no funcionaba. Conocía las notas y las tocaba correctamente, pero no conseguía que sonara igual. A lo mejor Eli tenía razón y le faltaba alma.

Suspiró y dejó la guitarra a un lado. Cuando se giró, se dio cuenta de que no estaba solo. A unos pasos de él, sentada en el suelo entre las sombras de los árboles, percibió una figura humana. Parecía una chica joven y guapa, con el pelo muy largo movido por la brisa. Estaba de rodillas en el suelo, con las manos recogidas en el regazo sobre su falda larga. Le estaba mirando fijamente y le sonreía.

Al se quedó quieto, sin saber si debería saludarla. ¿De dónde había salido aquella chica? ¿Sería alguien del pueblo que se había colado en el jardín? Tenía que ser eso, pero recordaba perfectamente haber cerrado la verja de entrada cuando regresó con Eli la noche anterior y estaba seguro de que nadie la había abierto desde entonces.

—Al, ven conmigo. Siéntate a mi lado.

Su voz era dulce y cantarina, casi como una caricia. Por un segundo, se sintió tentado de internarse entre las sombras del jardín y acercarse a ella, pero, al mirar los árboles cercanos, se dio cuenta de algo extraño. Había cuervos en sus ramas, multitud de ellos. Parecía que estuvieran rodeándola, escoltándola... Recordó lo que le había contado Eli la noche anterior: que eran guías de los muertos, que se quedaban cerca de los espíritus errantes

hasta que estuvieran preparados para trascender. Sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo y tuvo ganas de salir corriendo, pero se contuvo. Él no creía en todas aquellas gilipolleces paranormales. Fuera quien fuera aquella chica, la estaba viendo con sus propios ojos a plena luz del día. Era una persona de carne y hueso. Tenía que acercarse a ella y preguntarle qué hacía allí.

Se levantó del banco y se acercó con pasos lentos y precavidos. La chica seguía en la misma posición. Tenía la cabeza baja, con los ojos fijos en su regazo. El viento seguía haciendo ondear su pelo y ocultaba su rostro. Al no supo precisar por qué, pero el hecho de no poder verle la cara hizo que se pusiera nervioso. Sintió que el vello de los brazos se le ponía de punta y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. El jardín se llenó de sombras, como si el sol se hubiera apagado de repente, y el viento arreció y se volvió gélido. Fue como si en unos segundos hubiera pasado de una agradable tarde de comienzos de verano a un glacial atardecer de enero.

Se detuvo, incapaz de dar un paso más. No entendía qué era lo que le pasaba. Su mente racional trataba de encontrar una explicación para todo aquello, pero su cuerpo le urgía a escapar de allí, a echar a correr y no detenerse ni mirar atrás.

—No tengas miedo, Al. Ven conmigo.

Se dio cuenta de que aquella chica estaba llamándole por su nombre. ¿Cómo podía saberlo? Los cuervos aprovecharon aquel momento para empezar a graznar enloquecidos. No sabía si estaban tratando de echarle de allí o si intentaban confundirle e impedirle pensar. Notó que el corazón golpeaba tan fuerte en su pecho como si hubiera decidido abandonarlo y que, a pesar de que respiraba con rapidez, el aire no parecía llegar a sus pulmones.

Decidió dejar de lado todas las creencias que había tenido hasta la fecha

y salir de allí corriendo como un cobarde, pero sus piernas no le respondieron. Estaba paralizado, a merced de aquella chica que cada vez le parecía más extraña y peligrosa.

Ella levantó la cabeza y el viento echó hacia atrás sus cabellos, mostrando su rostro. Su cara se había vuelto totalmente negra. A la distancia a la que se encontraba, no pudo precisar si estaba quemada o cubierta de ceniza. Lo único en lo que pudo fijarse fue en sus ojos. Eran rojos, dos brasas incandescentes sobre un rostro ennegrecido.

—Ven a mí, Al. Ayúdame.

El viento se hizo aún más fuerte. Agitó las ramas de los árboles y cubrió el jardín con una lluvia de hojas. Los cuervos alzaron el vuelo mientras seguían saturando el aire con sus desagradables cantos. Entonces ella se levantó y empezó a caminar hacia él.

Su cuerpo pareció despertar en aquel momento. Al se giró y empezó a correr, olvidando la guitarra, sus creencias y su dignidad. En aquel momento no le importaba nada. Tan sólo ponerse a salvo, encontrar a alguien y volver a estar en el mundo real, en el que el sol debería estar luciendo con fuerza en el cielo.

En cuanto abandonó el jardín trasero y giró la esquina, todo se esfumó. El día volvía a ser luminoso y cálido. Escuchó música saliendo de la caravana. Reconoció la canción. Era *Runaway*, de ese otro grupo de New Jersey al que su hermana escuchaba sólo por fastidiarle. La puerta de la caravana se abrió y su madre apareció en el umbral.

—Hola, Al. Estamos haciendo café —anunció— ¿Te apetece?

Al sólo pudo negar con la cabeza. Estaba seguro de que, en su estado actual de nervios, si se metía un solo sorbo de café al cuerpo, todas sus

arterias estallarían. Se limitó a quedarse quieto frente a la caravana, empapándose de la luz del sol, del sonido de las ranas desde el estanque, del ronroneo de un motor lejano... Empapándose de realidad. Se sintió tan aliviado que le entraron ganas de llorar.

—Hijo, ¿te pasa algo? —preguntó su madre—. Cualquiera diría que has visto un fantasma.

En cuanto pronunció aquellas palabras, el rostro de su madre perdió el color. Se acercó a él a la carrera, le abrazó y después puso una mano sobre su frente para comprobar su temperatura.

—Cariño, estás helado. ¿Qué ha pasado? ¿Has visto algo? Pasa dentro, siéntate y cuéntanoslo.

—Ahora no —consiguió contestar Al, recuperando la capacidad de moverse—. ¿Dónde está Eli? Quiero hablar con ella.

—Está en la casa, en su cuarto. —En cuanto él empezó a correr, ella trató de detenerlo a gritos—. ¿Dónde vas? No puedes dejarme así de preocupada.

—Vuelvo en unos minutos —contestó él antes de entrar en la casa.

Subió los peldaños de la escalera de dos en dos y abrió la puerta de la habitación de Eli sin llamar siquiera. Ella estaba sentada en el suelo, que se encontraba cubierto por completo con fotocopias de periódicos, con las piernas cruzadas. Cuando escuchó cómo la puerta se abría, levantó la vista y se le quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Es que no te han enseñado a llamar? —Su tono parecía enfadado, pero, cuando le vio la cara, dejó a un lado los papeles que tenía en las manos y se levantó de un salto para acercarse a él—. ¿Qué te ha pasado?

—La he visto... He visto a una chica en el jardín...

Eli no preguntó nada más. Le tomó por la cintura y le acompañó dentro de la habitación. Después le ayudó a sentarse en el suelo y le indicó que apoyara la espalda contra una pared. Al se lo agradeció con una sonrisa. Ahora que la tensión empezaba a abandonar su cuerpo, sentía que sus extremidades se habían vuelto de gelatina y que la cabeza le daba vueltas. Eli le dejó descansar unos segundos mientras le agarraba la mano para tranquilizarle y demostrarle que estaba a su lado. Él apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos, sintiendo como, poco a poco, su respiración se normalizaba y su corazón volvía a recuperar su ritmo normal.

—Cuéntame qué has visto —le pidió Eli cuando vio que ya estaba más tranquilo.

—Había una chica en el jardín trasero... Tenía la cara de color negro y los ojos rojos y estaba rodeada de cuervos... Joder, no puedo creer que yo esté diciendo esto... Tiene que ser una puta pesadilla.

—No lo es, Al. Esas cosas existen y ahora tú también lo has visto.

—Casi parece que estés contenta por el mal rato que acabo de pasar —se quejó él.

—Si sirve para que dejes de ser tan cerrado, bienvenido sea —dijo Eli, sonriendo burlona—. Cuéntame cómo era esa chica.

—No sé... Al principio parecía una chica normal, más o menos de nuestra edad, aunque llevaba una ropa pasada de moda, una falda larga o un vestido... Tenía el pelo muy largo y liso, de color negro. Era guapa, muy guapa... Dios, estaba ahí y parecía real, alguien de carne y hueso... —Al sintió que un escalofrío volvía a recorrer su cuerpo y se estremeció. Eli apretó su mano para darle fuerzas—. De repente, su cara era de color negro. No sé si

estaba quemada o manchada de ceniza. Y los ojos eran rojos y brillaban... Y me llamó por mi nombre y me pidió ayuda.

—¿Ayuda para qué? —preguntó Eli.

—Ni idea. Siento ser tan maleducado, pero no me quedé a averiguarlo —respondió él con una media sonrisa—. ¿Quién crees que puede ser?

—Puede ser Alyssa, la hija de la familia, la que murió en el incendio junto a su madre. Creo que con ella ya hemos completado las visiones de toda la familia.

—¿En serio? ¿Están todos aquí como fantasmas?

—Sí, y eso es muy raro. Deberíamos reunirnos con tu familia y hablar de esto. ¿Crees que podrás moverte?

—Sí. Estoy bien.

Al apoyó las manos en el suelo y se puso en pie con un ágil movimiento. Después le tendió la mano a Eli para ayudarla a levantarse. Ella sostuvo su mano, agarrándola con fuerza para que no se marchara, mientras le miraba con el ceño fruncido.

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Cómo es posible que esa chica se te haya presentado si llevabas el amuleto de protección que te he dado esta mañana?

—Bueno, el caso es que no lo llevaba. —Al desvió la mirada al techo mientras se rascaba la nuca, incapaz de enfrentarse con sus ojos—. Ya te dije que no creía en esas cosas y, además, me hacía un bulto raro debajo de la camiseta.

Volvió a mirar a Eli. Sus ojos parecían echar chispas y tenía los labios tan apretados que casi no se le veían, como si estuviera tratando de reprimir

todos los insultos contra él que se le estaban viniendo a la cabeza.

—Vale, vale... Lo sé. Me merezco lo que me ha pasado por gilipollas. No hace falta que me lo digas tú.

—Yo te diría cosas mucho peores. ¿Dónde está el amuleto? ¿Lo has tirado?

—No. Lo tengo en mi habitación. Ya voy a por él.

Soltó la mano de Eli y empezó a andar hacia la puerta. Cuando se dio cuenta de que ella no le seguía, se detuvo y se giró para mirarla.

—¿No me acompañas? Ahora mismo estoy totalmente desprotegido.

—Debería dejar que te comieran los fantasmas —dijo ella riendo mientras le seguía—. Venga, vamos a por él. No dejaré que te pase nada malo.

Veinte minutos después todos estaban sentados en la caravana con una taza de té humeante frente a ellos. Los McNeal se mantenían en silencio, esperando a que Eli tomara la palabra y les explicara el porqué de aquella reunión. Ella dio un sorbo a su taza de té, carraspeó y empezó a hablar.

—Os he reunido porque tanto Al como yo hemos tenido una serie de experiencias recientes en la casa y queríamos comentarlas con vosotros.

—¿Que Al ha tenido una experiencia paranormal? —interrumpió Laetitia—. Eso es imposible. Al es la persona más insensible a estos temas que conozco.

—Pues sí la ha tenido. Creo que se debe a los amuletos —explicó Eli—. Todos los demás estábamos protegidos, pero él no quiso ponérselo, así que supongo que el espíritu le escogió para presentarse ante él como última opción.

Eli abrió una carpeta que había llevado consigo, sacó una fotocopia y la colocó sobre la mesa. En ella podía verse la fotografía en blanco y negro de una familia. Todos ellos posaban muy erguidos y elegantes.

—Ésta es la última fotografía que se conserva de los Cavendish. Fue publicada por *The Gardner News*, el periódico local, tras la muerte de Sarah y Alyssa en el incendio de la casa.

—¿Y habéis visto a alguno de ellos? —preguntó Lucrecia—. ¿Sabemos ya quién es el espíritu que mantiene hechizada la mansión?

—Los hemos visto a todos —contestó Eli—. El día que llegué vi al pequeño Andy escondido en la parte alta de las escaleras. A la noche siguiente me encontré con el fantasma de una mujer en el pasillo del primer piso. — Señaló con el dedo a una de las personas de la fotografía—. Creo que era Sarah, la madre. Anoche fui atacada por el espíritu de un hombre. Aunque su aspecto iba cambiando, creo que pude ver su verdadero rostro en el último momento y que se correspondía con el de Philip, el padre. Además, Al acaba de tener un encuentro con una chica joven en el jardín trasero y pensamos que puede ser Alyssa.

Al estiró el brazo, cogió el papel y le dio la vuelta para contemplarlo. La calidad de la fotografía era muy mala y aún se veía peor al tratarse de una fotocopia, pero volvió a sentir un escalofrío al contemplar aquel rostro de facciones finas y aquella larga cabellera morena. Sí, podía ser ella. Aunque no tuviera ningún sentido, aunque su mente racional se negase a relacionar el rostro de aquella joven muerta hacía más de sesenta años con el de la chica del jardín, tenía que reconocer que la había visto, que le había hablado, que, de alguna manera que nunca comprendería, aquel ser seguía estando allí y presentándose ante los vivos.

—No puedo creer que Al y tú hayáis visto todas esas cosas mientras que

mamá y yo no hemos percibido ni una sola presencia —protestó Laetitia de nuevo—. Nuestros poderes como médiums son muy superiores a los vuestros.

Eli negó con la cabeza mientras una media sonrisa irónica iba abriéndose paso en su rostro.

—Bueno, tú fuiste empujada por las escaleras por uno de estos seres y llevas la marca de sus manos en la espalda. Creo que podemos considerar que tú has tenido el contacto más potente desde que estamos en la casa —dijo Eli.

Laetitia frunció el ceño, pero dejó de protestar. Aunque Al la conocía sobradamente, aquel ataque de celos de Laetitia le sorprendió. Él habría dado cualquier cosa por no haberse encontrado con la chica del jardín y, sin embargo, parecía que su hermana consideraba un agravio no haber sido elegida por los fantasmas para sus apariciones.

—Todo esto es muy extraño —intervino Lucrecia—. La mayoría de la gente trasciende cuando muere. No es normal que todos los miembros de la familia se hayan quedado atrapados en este plano.

—Lo sé. —Eli asintió con la cabeza—. Que un espíritu no trascienda suele deberse a muertes violentas o a deshora: asesinatos, suicidios... Creo que tenemos que investigar y tratar de encontrar toda la información que podamos sobre los Cavendish. Mientras no sepamos qué les pasó, no podremos ayudarles.

—¿Cómo que ayudarles? —preguntó Al, sorprendido—. ¿No estábamos intentando echarlos?

—Es lo mismo —respondió Eli—. Los fantasmas tienen un mensaje para los vivos. Se presentan ante nosotros porque necesitan que hagamos algo por ellos, que les brindemos reposo, justicia, venganza... Mientras no sepamos lo que quieren, no podremos ayudarlos a trascender para que abandonen este

plano para siempre.

—¿Y cómo lo vamos a hacer?

—Pues para empezar tenemos que estudiar todas las fotocopias que sacamos ayer —le dijo Eli—. Y tú vas a ayudarme.



CAPÍTULO NUEVE

Levanté la vista de los papeles que estaba mirando y la fijé en Al. Estaba tumbado en el suelo, boca abajo, apoyado en los codos y con las piernas entrelazadas por los tobillos. Parecía muy concentrado en la lectura. Movía los labios mientras leía, aunque no se escuchaba salir un solo murmullo de su boca. Sin darme cuenta, me quedé hipnotizada por el movimiento de aquellos labios. Los recuerdos de la noche anterior volvieron a asaltarme. Recordé perfectamente su cuerpo, casi en la misma postura en la que se encontraba ahora, encaramado sobre el mío, el brillo de sus ojos, la cercanía de su boca... Sabía que no había sido él quien había estado sobre mí suplicándome que le besase y me molestaba muchísimo que aquel ser hubiera sido capaz de meterse en mi cabeza y hacerme sentir cosas de las que hasta aquel momento no había sido consciente. Aquel chico me gustaba, me despertaba sensaciones que ni siquiera Kev había despertado. Sólo con mirarle, con imaginar cómo sería el tacto de su piel o la caricia de sus manos sobre mi cuerpo, notaba que un calor extraño me invadía y me impedía pensar.

Me levanté del suelo, caminé hasta la ventana y la abrí, buscando algo de aire. Además, pensé que quizá el paisaje podría distraerme de aquellos

pensamientos tan turbadores. Al giró la cabeza hacia mí y enarcó una ceja.

—¿No habías hecho unos rituales para proteger las habitaciones? —me preguntó—. Pensaba que abrir las ventanas eliminaría las protecciones.

—Ya tenemos a los fantasmas dentro de casa y no me parece que estén por la labor de escaparse —le expliqué—. Además, hace muchísimo calor aquí dentro.

—Yo estoy bien, pero vale. —Al se apoyó en las palmas de las manos y se levantó de un salto—. Aprovecharé para echar un cigarro.

Se colocó en la ventana, justo a mi lado. Sentirle tan cerca sólo consiguió que me pusiera aún más nerviosa. Cuando levanté la cabeza y le miré, me encontré con sus ojos. Allí estaban aquellos dos pequeños soles dorados rodeando su pupila, iguales a los que tenía aquel ser la noche anterior. Lo único que faltaba para que aquellos ojos fueran exactos era la mirada de deseo, aquel fuego azul cuyo recuerdo aún me quemaba por dentro. En lugar de deseo, en los ojos de Al me pareció percibir curiosidad y preocupación.

—¿Estás bien, Eli? Te noto rara.

—Sólo estoy un poco mareada —mentí—. No te preocupes. Supongo que será el humo del cigarrillo.

—Si quieres, lo apago —ofreció él.

—No. No hace falta —dije, apartándome de la ventana—. Fuma tranquilo. Yo voy a seguir trabajando.

Me separé de él, volví a sentarme en el suelo, cogí al azar una de las noticias del periódico y traté de leer. Tenía que tranquilizarme y concentrarme en lo que estaba haciendo. Seguir pensando en Al no me serviría de nada. Seguro que se reiría en mi cara si se enterase de lo mucho que me atraía, de

que me había atrevido a pensar en él en aquellos términos...

—Todo esto es una absoluta pérdida de tiempo —dijo él, sacándome de mis pensamientos—. No entiendo cómo nos va a ayudar a resolver esto leer unas noticias sobre gente muerta hace sesenta años.

—Es lo único que tenemos. —Me encogí de hombros mientras fingía que estaba muy interesada en lo que estaba leyendo. Un nombre en la noticia me llamó la atención—. Quizá no estén todos muertos...

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, acercándose y poniéndose en cuclillas a mi lado.

—Mira esta noticia. —Le pasé el papel—. Es una entrevista que le hicieron tras el incendio a una chica llamada Amelia Green, una de las criadas de la casa.

—¿Y dice algo que nos pueda ayudar?

—La entrevista no, pero quizá ella sí. Cuando se la hicieron, en 1.924, sólo tenía dieciséis años.

—Eso quiere decir que ahora mismo tendría... —Al se tomó unos segundos para hacer el cálculo— unos setenta y siete años.

—Sí, podría seguir viva. Era alguien que estaba en esta casa cuando todo sucedió, una testigo de primera mano. ¿Cómo podríamos saber si sigue viva y dónde podemos encontrarla?

—Estoy seguro de que el señor Anderson, el abogado que nos contrató, podrá ayudarnos. —Al se giró hacia mí, sonriente, y me guiñó el ojo en un gesto de complicidad—. Si no te importa dar otro paseo hasta el pueblo conmigo, podríamos ir a hacerle una visita esta misma tarde.

Ya eran las siete cuando conseguimos llegar al *Cumberland Caring and Nursing Center*. A pesar del rimbombante nombre, sólo era un asilo de ancianos situado en un espantoso edificio que combinaba unas paredes en color amarillo sucio con otras cubiertas de pequeños ladrillos rojizos. Los grandes ventanales también tenían un color amarillento que hacía que el lugar pareciera triste y enfermizo. Aquel sitio no me gustaba. Incluso desde la distancia podía percibir las sensaciones de dolor y soledad que impregnaban el lugar. Habría muchas almas perdidas allí dentro.

Entramos en el edificio y nos quedamos unos segundos parados, contemplando el vestíbulo. La persona que había elegido la decoración también parecía una enamorada de los tonos tristes y deprimentes. Las paredes estaban pintadas en un deslucido tono crema y las cortinas y sofás que decoraban el lugar lucían unos horribles estampados verdes y amarillos. No había nadie a quien preguntar en recepción. Aún así nos acercamos al mostrador a esperar a que saliese alguien a atendernos.

Media hora después tan sólo habíamos visto pasar a varios ancianos y a dos enfermeras que iban de habitación en habitación con paso cansado cada vez que se iluminaba una de las luces con las que se requería su presencia. Al resopló por enésima vez y me miró con ojos implorantes:

—Esto es horrible. Llevamos aquí una eternidad y este sitio me pone enfermo.

—¿Y qué quieres que hagamos? —pregunté—. No nos vamos a marchar ahora. Tenemos que esperar a que aparezca alguien.

—Si seguimos esperando, nos haremos viejos y nos internaran aquí. No pienso malgastar mi juventud en este antro.

No pude contener la risa ante sus palabras, pero se me cortó de raíz al

ver que se separaba del mostrador y se iba directo hacia una pareja de ancianas que recorrían el pasillo concentradas en manejar sus andadores. Habló con ellas durante un par de minutos y regresó a mi lado con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro.

—Habitación 206, en el segundo piso. —Señaló con la cabeza hacia uno de los ascensores—. ¿Me acompañas o prefieres seguir aquí para siempre?

Asentí y le seguí hasta el ascensor, aunque no estaba segura de que aquello fuera una buena idea. No éramos familiares de la señora Green y no teníamos ningún derecho a estar allí. Ni siquiera sabíamos si todavía era horario de visitas. Pensé en comentárselo a Al, pero desistí de ello. Aquel chico tenía demasiada energía contenida como para preocuparse de permisos u horarios.

Cuando el ascensor llegó, seguí a Al por otro pasillo amarillo y verde hasta que llegamos a una puerta marcada con el número 206. Al se apartó a un lado, dejando que fuera yo la que tomase la iniciativa. Di un par de golpes con los nudillos y esperé unos segundos. Como no recibí respuesta, abrí un poco la puerta y asomé la cabeza tímidamente.

Había una anciana sentada en una silla de ruedas frente a la ventana, de espaldas a la puerta. Le indiqué a Al con un gesto que me siguiera y entramos en la habitación, dejando la puerta entornada. No quería que la señora se sintiera acorralada y se asustase. Nos acercamos a ella, pero, a pesar del sonido de nuestros pasos sobre la tarima, la mujer no se movió. Por un segundo, temí que acabara de morir y que hubiéramos llegado demasiado tarde.

Rodeé la silla y me puse en cuclillas frente a ella, tratando de llamar su atención. La mujer continuó con la vista fija más allá de las ventanas. Me giré para descubrir qué podía estar observando con tanto interés, pero sólo vi un

aparcamiento casi vacío y unos árboles escuálidos. La mujer no estaba contemplando aquello. Su mirada estaba perdida en algún punto del infinito, quizá en algún recuerdo de su pasado.

—Señora Green —la llamé con voz suave—. ¿Me escucha?

Esperé un par de segundos para que me respondiera, pero lo único que se escuchó en la habitación fue un resoplido de desesperación proveniente de Al.

—Mierda... Esta vieja está ida —se quejó—. No nos va a servir de nada.

—¿Podrías mostrar un poco de respeto? La tienes delante y puede que te esté oyendo —le reñí.

—Esta mujer ya no se entera de nada. Mira.

Al se puso a mi lado en cuclillas y empezó a mover las manos frente al rostro de la anciana sin conseguir ninguna reacción. La mujer continuó con el gesto impasible y aquellos ojos tristes fijos en algún punto del infinito.

—¿Quieres dejar de hacer el tonto? —dije, levantando la voz.

—Vámonos, Eli. Estamos haciendo el bobo aquí y, si nos pillan, nos va a caer una bronca para nada.

—Dame un minuto más —le pedí—. La información que necesitamos está dentro de la cabeza de esta mujer.

—Y resulta tan inaccesible como si estuviera en la Luna. —Al se incorporó y se alejó para apoyarse contra una pared—. Vale, inténtalo si quieres.

Le dediqué una irónica sonrisa de agradecimiento por su comprensión y volví a fijarme en la anciana. Agarré sus manos secas y arrugadas para tratar

de transmitirle que tenía a alguien a su lado.

—Señora Green... Amelia, ¿me escucha? —Esperé unos segundos, pero tampoco esta vez recibí respuesta. Me sentí tan frustrada que me entraron ganas de llorar, pero, aún así, decidí continuar—. Usted no nos conoce, pero estamos trabajando en la casa Cavendish. Supongo que sabrá que en esa casa suceden fenómenos extraños... Creemos que la causa podría estar en la familia Cavendish, en la forma en la que murieron. ¿Podría hablarnos de ellos? ¿Podría ayudarnos?

Ella agitó un poco la cabeza hacia los lados y una chispa de inteligencia iluminó sus ojos apagados. Me miró fijamente, como si tratara de reconocermé.

—Los Cavendish... —dijo en un susurro después de unos segundos.

—Sí, los Cavendish —insistí—. Trate de recordar. Necesitamos saber si sucedió algo extraño antes de que murieran, si sus muertes no fueron accidentales. ¿Sabe que le sucedió al señor Cavendish? ¿Y a su mujer y a su hija Alyssa? ¿Y al pequeño Andrew?

Su mirada volvió a cambiar. Se tiñó con un terror infinito. La mujer se llevó las manos a la boca mientras negaba con la cabeza, negándose a hablar.

—Señora Green, por favor... Cualquier dato que pueda darnos nos será de gran ayuda.

—Les dije que no lo hicieran, que no se debe jugar con esas cosas...

Amelia se quedó en silencio para después romper a llorar con sollozos histéricos que ni siquiera le permitían respirar con normalidad. Apartó una mano de su boca y se la llevó al corazón. Temí que la estuviéramos poniendo demasiado nerviosa y que se muriera allí mismo, delante de nosotros.

—¿Con qué cosas? ¿De qué está hablando? —preguntó Al, a quien no parecía importarle el estado de salud de la anciana.

—La ouija... Les dije que no lo hicieran... —La mujer se cubrió el rostro con las manos y siguió sollozando—. Pobre niño... Pobre Andy...

—¿Se puede saber quiénes son ustedes y qué hacen aquí?

Aquella pregunta había llegado desde la puerta que habíamos dejado entornada. Ahora estaba abierta de par en par y en el umbral podía verse a una enfermera muy alta y musculosa que nos miraba con el ceño fruncido y los brazos en jarras. Bajo su cofia blanca se veían dos largas trenzas rubias que no casaban en absoluto con su imponente aspecto y que me trajeron a la mente la imagen de una guerrera valquiria.

—¿Está usted bien? —le preguntó a la anciana—. ¿Le han hecho algo?

—No, puede estar tranquila —contestó Al, avanzando un paso hacia ella mientras le mostraba las palmas de las manos para demostrar que era inofensivo—. Somos sus nietos y hemos venido a visitarla por sorpresa desde New Jersey. Lloro porque se ha emocionado mucho...

—La señorita Green no tiene nietos. Ni siquiera se casó ni tuvo hijos. Su única pariente viva es una sobrina que vive en Hardwick.

La mujer dio un par de pasos hacia nosotros con las manos apoyadas en la cintura y actitud amenazante. Al abrió la boca como si fuera a rebatir lo que acababa de decirnos, me miró, agarró mi mano y echó a correr tirando de mí. Cuando pasamos al lado de la mujer, tuvo que empujarla para que nos permitiera salir. La enorme enfermera apenas retrocedió, firme como un árbol que hubiera echado raíces, pero el espacio que dejó fue suficiente para que pudiéramos escabullirnos. Sentí el roce de su mano en mi brazo y temí que fuera a atraparme, pero conseguí esquivarla y salir de la habitación agarrada a

Al.

Corrimos por el pasillo y, sin esperar siquiera al ascensor, nos dirigimos hacia las escaleras de emergencia. Después de bajar los dos pisos a toda velocidad, llegamos al vestíbulo y nos lanzamos como locos hacia la puerta de salida. Escuchamos unos gritos a nuestra espalda que nos exigían que nos detuviéramos, pero no les hicimos caso. Atravesamos las puertas, cruzamos el aparcamiento y seguimos corriendo y corriendo hasta que dejamos de ver el edificio.

Al tiró de mí hacia un callejón oscuro, me empujó contra la pared y puso un dedo sobre mis labios para pedir que me mantuviera en silencio. Miré alrededor. Era un callejón sin salida. La única farola que tendría que estar alumbrándonos debía de llevar años fundida. Al fondo del callejón pude distinguir un contenedor de basura y las figuras de varios gatos molestos por nuestra visita a sus dominios.

Miré a Al y no pude contener una risita nerviosa. Él separó su dedo de mis labios y me miró sin comprender. Su cara de confusión sólo consiguió que el ataque de risa arreciase.

—Joder, Al... Ni que hubiéramos robado un banco. ¿No crees que estás exagerando?

—¿Tú crees? ¿Sabes el lío en el que nos podemos meter si esa vieja dice que le hemos hecho algo malo? Estaba medio loca. A saber lo que les cuenta...

Sabía que tenía razón, pero era la primera vez que le veía tan serio y, sin saber por qué, aquello me hacía cada vez más gracia. No sabía si se debía a la tensión, pero cada vez me reía más y más fuerte.

—Calla ya. Nos van a pillar por tu culpa —me ordenó en un susurro.

Lo único que consiguió fue una nueva carcajada. Juro que intentaba contenerme, pero me resultaba tan ridículo estar escondidos en aquel callejón temiendo ser encontrados por la temible enfermera valquiria que no podía parar de reírme. Al se acercó a mí, puso un brazo a cada lado de mi cuerpo y me aprisionó contra la pared. Aún riéndome, levanté la mirada hacia él y descubrí algo extraño. Seguía con el ceño fruncido, pero sus ojos no parecían expresar enfado. Era otra cosa: curiosidad, confusión...

—Si no te callas ahora mismo, voy a tener que besarte para que cierres la boca —me amenazó mientras acercaba sus labios a los míos.

Mi risa se detuvo de inmediato. Le empujé con todas mis fuerzas y salí corriendo del callejón. Me dirigí hacia la salida del pueblo sin mirar atrás ni una sola vez, a pesar de que le oí llamarme por mi nombre. Cuando estuve segura de que no me seguía y de que estaba totalmente sola, dejé que mis lágrimas salieran. Aquella broma no había tenido ni puta gracia. ¿A qué venía jugar conmigo de esa manera? ¿Era aquella su forma de divertirse: jugar a fingir que se sentía atraído por la chica feucha y rara que jamás tendría una oportunidad con alguien como él?

Una parte de mi mente trató de llevarme la contraría. A lo mejor no estaba jugando. Él parecía estar a gusto a mi lado, me buscaba y me seguía, quería ir conmigo a todas partes... Y aquella mirada en sus ojos... Me había parecido que se encontraba confuso, como si nunca hubiera esperado sentir algo por mí.

Ya estaba haciéndolo de nuevo. Empezaba a hacerme ilusiones, a construir una relación imaginaria basándome en mis propias interpretaciones equivocadas, en lo que quería creer... Exactamente igual que había hecho con Kev. Por fin estaba empezando a olvidarle y a reparar el daño que me había hecho. No iba a permitir que nadie me rompiera el corazón otra vez.

Aceleré y acabé recorriendo el camino hasta la casa casi a la carrera. Había luz en la caravana y por la ventana se escapaba el olor del aceite caliente y el ruido de platos. Debían de estar preparando la cena, pero no me sentía con ganas de comer nada ni de enfrentarme con Al. Fui directa hacia la casa y subí hasta mi habitación. Recogí la caja de música, me senté en el suelo y le di cuerda.

—Buenas noches, abuela —la saludé en cuanto apareció.

—¿Qué te pasa, niña? Tienes muy mala cara.

No había podido engañarla ni por un solo segundo. Me conocía demasiado bien. Negué con la cabeza para expresar que no quería hablar de ello y que prefería cambiar de tema, pero ella se inclinó hacia delante en su mecedora y me clavó una mirada inquisitiva.

—Cuéntame lo que te preocupa.

Solté un suspiro cansado y bajé la mirada, avergonzada. Ella no dijo nada ni se movió. Nos quedamos unos segundos sumidas en un incómodo silencio.

—Puedo esperar todo el tiempo que haga falta —dijo mi abuela—. Estoy muerta. No tengo que ir a ningún otro sitio.

—Está bien... Se trata de un chico. —Cubrí mi rostro con las manos y resoplé.

—Lo entiendo. Te preocupa perder tu don. Sabía que tendríamos esta conversación antes o después. —Suspiró mientras negaba con la cabeza—. No te preocupes, chiquilla. Aunque ya no puedas ver a los muertos y comunicarte con ellos con tanta facilidad como lo haces ahora, seguirás pudiendo usar la ouija, los péndulos y algunos de los rituales que te enseñé. No dejarás de ser una bruja poderosa por perder tu virginidad.

—¿Pero de qué me estás hablando? No entiendo ni una sola palabra de lo que me estás diciendo.

—¿Es que tu madre no te ha contado tampoco nada sobre esto? —Yo negué con la cabeza y ella resopló, enfadada—. Está bien. Te lo explicaré. Todas las mujeres de la familia nacemos con el don de ver a los muertos y poder comunicarnos con ellos. Una parte de la familia lo considera un don mientras que otra parte lo considera una maldición, pero ése no es el tema. Lo importante es que podemos seguir utilizándolo mientras nos mantengamos puras. En el momento en que perdemos la virginidad, el don se esfuma. De verdad que no puedo creer que tu madre no te haya advertido de esto...

—¿Y por qué iba a hacerlo? Ella no tiene el don y nunca ha querido hablar de estos temas conmigo.

—He dicho que todas las mujeres de la familia nacemos con el don de ver a los muertos. Todas. Tu madre también.

—Pero si ella siempre me ha dicho que eran imaginaciones mías, que eran bobadas, que no hablara de esas cosas si no quería acabar en el manicomio...

—Ella sólo trataba de protegerte. —Hizo un gesto con la mano para pedirme que le diera tiempo a explicarse—. Como te he dicho, todas las mujeres de la familia poseemos el don de ver a los muertos, pero en algunas tiene más intensidad que en otras. Tu madre tenía grandes poderes. Quizá haya sido la bruja más poderosa que jamás se vio en esta familia. Tenía tanto poder que no pudo soportarlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Imagina no poder bloquear ese don. Imagina lo que tiene que ser ver espíritus continuamente, que, vayas donde vayas y estés haciendo lo que estés

haciendo, ellos estén a tu lado, rodeándote, hablándote, exigiéndote que los ayudes... Imagina que no te dejan ni dormir, ni estudiar, ni llevar una conversación normal... No pudo soportarlo. Se pasaba la vida nerviosa, asustada, sin relacionarse con nadie para que no descubrieran su don. Se convirtió en la rara del instituto, en el hazmerreir de todo el mundo. Ya sabes: la loca que se encerraba en el baño a gritarle a las voces de su cabeza que la dejaran en paz. Incluso recibí varias llamadas de profesores preocupados por si podía estar padeciendo un principio de esquizofrenia.

—Me suena todo eso —comenté apenada.

—Sé que tú también lo has sufrido, pero ahora multiplícalo por mil y podrás hacerte una idea de lo que padeció tu madre —Mi abuela volvió a suspirar—. Cuando le expliqué que, al perder la virginidad, todo aquello acabaría, le faltó tiempo para buscar un voluntario. El problema es que se quedó embarazada de aquel imbécil con tan solo dieciséis años y que cometieron la estupidez de casarse y tratar de formar una familia.

—¿Ese imbécil era mi padre?

—Exacto. Aquel matrimonio estaba condenado al fracaso desde el comienzo. A ella ni siquiera le gustaba él y tu padre tampoco la amaba. Simplemente creyó que era su obligación hacerse cargo de aquella responsabilidad, pero no se puede sacrificar toda una vida por un error de juventud. Sinceramente, duraron mucho más de lo que yo esperaba.

—Entiendo todo eso, pero ¿qué tiene que ver conmigo? —pregunté para cambiar de tema. Aunque ya hubieran pasado diez años, el abandono de mi padre seguía siendo un asunto sobre el que no me apasionaba hablar—. Si mi madre lo pasó tan mal, ¿por qué no me apoyó? ¿Por qué no trató de ayudarme a entenderlo y de acompañarme? ¿Por qué siempre intentó convencerme de que lo que veía no era real, de que sólo estaba en mi

imaginación?

—Los poderes psíquicos funcionan de manera similar a como lo hacen los músculos del cuerpo: si no los ejercitas, se atrofian. Ella creyó que, si conseguía que los ignorases, irían desapareciendo.

—¡Pero no fue así!

—No, porque tú también resultaste ser una bruja más poderosa de lo que esperábamos. Sin practicar, sin que te habláramos de ello, conseguiste conservar tu don y desarrollarlo...

—Podría haber acabado pensando que estaba loca. ¿Cómo pudisteis hacerme eso?

—Ésa es la razón de que yo te explicara cosas a espaldas de tu madre y de que hiciera caso omiso a sus órdenes de que no te hablara de estos temas. —Mi abuela me dirigió una sonrisa triste—. Y también es la razón por la que realicé un ritual que dejara atado mi espíritu a esta caja de música cuando muriera y de que me asegurara de que la recibieras. No podía dejarte sola.

Le devolví la sonrisa. No podía culparla de nada. Ella era la única persona que siempre me había acompañado, que siempre me había comprendido... Alguien que me amaba tanto como para quedar atada a este plano por no abandonarme.

—Bueno... Y ahora que te lo he explicado todo, ¿qué vas a hacer con ese chico? ¿Crees que merece la pena perder tu don por acostarte con él?

—¿Pero qué dices? —Noté que toda mi cara se ponía roja—. No estaba hablando de eso... Tan sólo es un chico que me gusta, pero sé que es una tontería pensar en él. Nunca se va a fijar en mí de esa manera.

—Pues si no lo hace es que es idiota y es él quien no merece la pena.

No hay una chica mejor en todo el mundo que mi nieta.

—Gracias, pero sabes que esos cumplidos no valen nada cuando vienen de una abuela, ¿verdad? —le pregunté mientras sonreía.

—Eso son tonterías. No encontrarás a nadie con un criterio más imparcial que el mío. ¿Quién es ese chico que te gusta?

—El hijo de los McNeal.

—Espero que tenga la cabeza mejor amueblada que sus padres.

—No lo creo —contesté riendo—. Tiene un grupo musical y quiere ser una gran estrella del rock...

—Ay, dios mío... —dijo mi abuela después de soltar un suspiro—. Hablando de los McNeal, ¿cómo va la investigación?

—No estamos avanzando mucho. Entre Al y yo ya hemos visto a los espíritus de todos los componentes de la familia...

—¿Al es ese chico que te gusta? —me preguntó ella con una sonrisa pícaro.

—Sí, pero céntrate, por favor. Como nos ha parecido muy raro que todos se hayan quedado atrapados en este plano, hemos empezado a investigar todas las noticias de la época que hemos encontrado sobre la familia y hemos descubierto que hay una testigo que sigue viva: una de las criadas que sirvieron en la casa hasta que todos murieron.

—Eso es estupendo.

—No creas. La hemos visitado en la residencia de ancianos en la que vive y no hemos sacado nada en claro. No sé si tiene alzhéimer o qué le pasa... El caso es que casi no reacciona ni habla. Las pocas palabras que nos ha dicho no tenían mucho sentido.

—¿Qué os ha dicho?

—Que les advirtió de que no debían jugar con la ouija, pero no le hicieron caso. Y luego empezó a llorar por Andy, el hijo pequeño de los Cavendish.

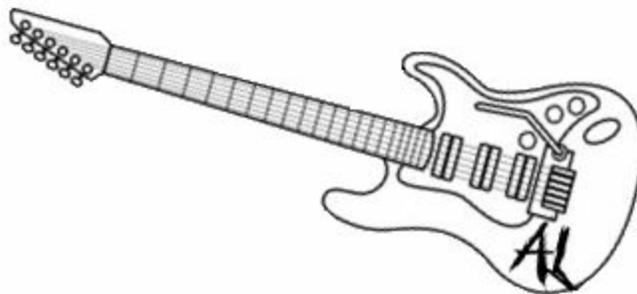
—Así que la ouija está relacionada... —Mi abuela se tomó unos segundos para reflexionar—. Si todo esto comenzó con una sesión de ouija, quizá deba terminar con otra.

—¿Qué sugieres?

—Que tienes más testigos directos de lo que sucedió con los que puedes hablar: los propios Cavendish.

—¿No será peligroso? Parece que los espíritus de esta casa son muy poderosos.

—Puede serlo, pero tú eres una gran bruja y puedes comunicarte con ellos a un nivel que muy poca gente en este mundo puede conseguir. Tan sólo tendrás que tomar algunas precauciones. Acércate y escucha.



CAPÍTULO DIEZ

Al acabó de comprobar la última grabadora y se giró hacia su padre, haciendo un gesto con el pulgar para indicarle que todo estaba correcto. Éste se acercó y le dio un par de palmadas en la espalda. Al notó que estaba rígido y que su sonrisa era forzada. Parecía que él no era el único que se sentía incómodo ante lo que iban a hacer.

—Voy a avisar a las chicas —le dijo, encaminándose hacia la puerta—. Cuanto antes empecemos, antes nos quitaremos esto de encima.

Su padre salió y le dejó solo en el comedor. A pesar de que intentaba conservar la calma y contemplarlo todo desde un punto de vista racional, el ambiente le producía escalofríos. Habían cerrado todas las contraventanas y corrido los espesos cortinajes de terciopelo rojo. No quería pensar en ello, pero tras aquellas cortinas podría ocultarse cualquier cosa. No le gustaba el modo en el que, de vez en cuando, alguna de ellas parecía ondear, movida por una brisa que no debería estar allí.

La estancia sólo estaba iluminada por una infinidad de velas que su madre y su hermana se habían ocupado de colocar y encender. A su débil luz pudo distinguir las pintadas que Eli había estado haciendo en las paredes

durante toda la mañana. Había palabras en idiomas extraños y complicados signos y dibujos de significado desconocido. Se suponía que formaban parte de los rituales de protección que ayudarían a que no les sucediera nada durante la sesión, pero a él le ponían nervioso.

Escuchó unos pasos que se acercaban y se giró hacia la puerta. Su padre entró con una sonrisa nerviosa, seguido por las tres mujeres. Sus rostros estaban serios y serenos. Se habían retirado una hora antes, mientras ellos terminaban de preparar todo el instrumental, para meditar y poder llegar al estado mental que requería lo que iban a hacer. Él seguía pensando que todo aquello no eran más que supercherías místicas diseñadas para engañar a los incautos y que podían habérselo ahorrado al estar en familia, pero, aún así, prefirió quedarse callado y no hacer ningún comentario hiriente. Tampoco se atrevió a dirigirse a Eli y saludarla para saber cómo estaba la situación después de lo que había pasado la noche anterior entre ellos. En aquel momento la chica parecía cambiada. Llevaba la cabeza alta y la espalda recta y se movía por el comedor con la dignidad de una reina. Se la veía tan fuerte, segura y poderosa que se sintió hipnotizado por su presencia, dominado por su embrujo. Se forzó a dejar de mirarla y ocupó su sitio.

Su madre depositó sobre la mesa un enorme tablero de ouija de madera clara. Al sabía que era una antigüedad hecha a mano que les había costado una pequeña fortuna. Nunca había entendido el porqué de aquella inversión. Se suponía que cualquiera podía improvisar un tablero que funcionase dibujándolo en un papel y usando una moneda o vaso como máster. Incluso él había jugado a aquello una vez con sus amigos cuando tenía doce o trece años. Recordó que, cuando el vaso se movió y les anunció que estaban hablando con el mismísimo Lucifer, él no había podido contener el ataque de risa al pensar que el demonio debía estar aburridísimo para dignarse a contestar a todas las llamadas chapuceras de críos con un papel pintado de cualquier manera, un

vaso colocado del revés y mucho tiempo libre.

Se prometió a sí mismo que intentaría comportarse mejor en aquella sesión. A pesar de lo que había visto en el jardín, seguía considerándose escéptico. Según habían ido pasando las horas, aquella aparición parecía tener menos fuerza en su mente, como si ésta tratara de expulsarla y modificar la experiencia con argumentos racionales: puede que le hubiera dado demasiado el sol en la cabeza y que hubiera tenido una alucinación; puede que, sin darse cuenta, se hubiera quedado adormilado y lo hubiera soñado o quizá el ambiente de la casa y las historias que había escuchado en los últimos días le habían afectado más de que lo quería admitir. Fuese lo que fuese, seguía pensando que tenía que haber una explicación lógica para lo que sucedía en aquella casa y que no iban a conseguir nada con aquella sesión de ouija. A pesar de aquellos pensamientos, tenía la firme intención de comportarse bien y ser lo más colaborador posible. Sabía lo que sucedería en caso contrario. Si aquello no funcionaba, todos mirarían al escéptico y le culparían del fracaso de la sesión por haberla bloqueado con sus energías negativas.

Todos habían ocupado su sitio alrededor del tablero y habían colocado un dedo sobre el máster. Eli fue mirándoles a la cara esperando que le indicaran con un gesto que estaban preparados. Cuando todos hubieron asentido, cerró los ojos para concentrarse y empezó a hablar:

—Ahora quiero que cerréis los ojos y que empecéis a respirar de forma tranquila y profunda. Con cada espiración tenéis que echar fuera vuestros miedos, inseguridades, problemas y preocupaciones. Ese espacio lo iremos llenando con cada inspiración con una sensación de calma, de paz absoluta...

Al obedeció sus órdenes y cerró los ojos, dejándose guiar por su voz. En el silencio de la habitación sólo podía escucharse la respiración de los presentes. Incluso se podía percibir que alguien hacía un ligero y agudo

silbido cada vez que inspiraba. Se forzó a dejar de fijarse en ello y tratar de relajarse, pero fue inútil. Nunca se le habían dado bien aquellas cosas. Tenía demasiada energía dentro como para quedarse totalmente inmóvil y, además, cuando intentaba relajarse y veía que no podía, lo que conseguía era ponerse aún más nervioso. Al menos Eli no les había mandado que no pensaran en nada y dejaran la mente en blanco. ¿Cómo demonios se haría para dejar la mente en blanco? Para él aquello era imposible. Bastaba con darle la orden a su cerebro de que no pensara en nada para que empezase a pensar en tonterías a diez mil revoluciones por minuto.

—Seguid respirando tranquilos y con los ojos cerrados. —La voz de Eli interrumpió el torbellino de sus pensamientos—. Vamos a intentar canalizar nuestra energía. Tratad de visualizar una pequeña burbuja dorada saliendo del máster. Imaginad su brillo, su tamaño. Ahora, poco a poco, imaginad que la burbuja va creciendo. Primero se hace tan grande que cubre toda la tabla, después sigue creciendo y nos envuelve con su luz, protegiéndonos de todo mal. Poco a poco se irá expandiendo hasta ocupar toda la habitación. ¿La veis?

Al intentó seguir sus instrucciones, aunque en todo momento estuvo planteándose si lo estaría haciendo bien. ¿Sería su burbuja lo bastante perfecta, lo bastante dorada, lo bastante brillante? ¿Cómo podría saber si era igual a las burbujas de los demás? Se tranquilizó al decirse a sí mismo que todo aquello eran tonterías que no servían para nada y que daría igual si se imaginaba un elefante volador de color rosa.

—Ahora estamos preparados —dijo Eli—. Podéis abrir los ojos.

Al los abrió y miró a sus acompañantes. A pesar de que trataban de parecer relajados y concentrados, se notaba la tensión en la cara de todos ellos, en la intensidad de sus miradas, en la forma en la que apretaban la

mandíbula... La única que parecía controlar la situación por completo era Eli, que asintió, tomó una profunda bocanada de aire y volvió a hablar:

—Queremos hablar con algún miembro de la familia Cavendish. ¿Hay alguien ahí?

Se mantuvieron en silencio durante más de un minuto, pero no sucedió absolutamente nada. El máster no se deslizó ni vibró ni dio ningún signo de que fuera a moverse. Al miró a Eli y enarcó una ceja, esperando que ella dijera o hiciera algo.

—Queremos hablar con algún miembro de la familia Cavendish —repitió ella—. ¿Hay alguien ahí? Os ordeno que os manifestéis.

—Siento molestar, pero esto no está funcionando —dijo Al después de unos segundos, incapaz de contenerse por más tiempo—. A lo mejor no quieren hablar con nosotros.

—Por supuesto que quieren. Por eso han estado apareciéndose ante nosotros: porque tienen un mensaje que transmitir.

—Pues no se lo podemos poner más fácil. Igual no les gusta escribir en la ouija por alguna razón. Puede que les parezca demasiado lento...

—¿Quieres tomarte esto en serio, por favor? —pidió Eli, lanzándole una mirada de enfado—. No es eso. Yo utilizo la ouija de manera diferente a como lo hacen otras personas. Con la ouija lo que se hace es abrir una puerta para que los seres del otro plano puedan comunicarse con nosotros. La mayoría de la gente sólo puede comunicarse con ellos a través de las letras que va marcando el máster en el tablero, pero cuando yo les llamo y acuden, puedo verlos y hablar con ellos directamente... Y aquí no hay nadie.

Se oyó un resoplido de incredulidad escapando de los labios de Laetitia. Parecía que no terminaba de creerse las fantásticas capacidades como médium

que Eli decía tener. La chica decidió ignorarla, cerró los ojos por un par de segundos mientras volvía a respirar profundamente, y volvió a intentarlo.

—Espíritus de la casa Cavendish, por el don que me ha sido conferido os exijo que os manifestéis. Por el poder de Dios y del arcángel San Gabriel, fortaleza de Dios y Maestro de las Revelaciones, os exhorto a presentaros ante mí y transmitir vuestro mensaje.

Escucharon un fuerte golpe que provenía del piso de arriba. Parecía que todas las puertas se hubieran cerrado a la vez, como si hubieran sido empujadas por una fuerte corriente de aire. Se quedaron paralizados, con la mirada fija en el techo y la respiración en suspenso, esperando a ver qué sucedía a continuación. El ruido de las puertas lo inundó todo. Era como si se abrieran y volvieran a cerrarse de un portazo una y otra vez.

—Los escucho. Puedo sentirlos —dijo Eli, sobresaltándolos a todos—. Están llorando y gritan, pero no puedo entender qué dicen... Están demasiado lejos.

—¿Cómo que están demasiado lejos? —preguntó Laetitia—. Viven en esta casa y les has ordenado que vengan aquí y se manifiesten. ¿Por qué no lo hacen?

—No lo sé. Siento su angustia... —contestó Eli con los ojos cerrados y la cabeza ladeada hacia la derecha, como si estuviera tratando de escuchar con atención—. Quieren venir, quieren obedecerme, pero algo se lo impide.

El ruido de las puertas al abrirse y cerrarse seguía inundándolo todo. Era como si alguien encerrado en las habitaciones tratara de abrir para salir y alguien se lo impidiera, como si estuvieran manteniendo una lucha encarnizada. Escucharon también el ruido de muebles al ser arrastrados, golpes contra las paredes y el estrepito de un cristal al romperse.

—Están desesperados, pero no pueden llegar hasta nosotros —dijo Eli.

—Van a destrozar toda la casa —comentó Al.

—Eso da igual. Me preocupa el dolor que están sufriendo. Esto es demasiado para ellos. Voy a parar. —Eli irguió la cabeza y elevó la mirada hacia el techo, dirigiéndose a los seres que luchaban por encima de ellos—. Os libero de mi llamada. Id en paz.

En cuanto pronunció aquellas palabras toda la casa se sumió en un silencio antinatural que fue quebrado al cabo de pocos segundos por los suspiros de alivio de sus compañeros de mesa. Eli retiró su dedo del máster y todos la imitaron.

—Siento que no haya funcionado —dijo Eli, apenada.

La madre de Al se levantó, fue hasta la chica y le dio un abrazo para consolarla. Mientras tanto, su padre le hizo un gesto a Al para que se levantara y le siguiera. Entre los dos corrieron los pesados cortinajes y abrieron las contraventanas. En sólo unos segundos el comedor se llenó de luz, haciendo que la pesada e inquietante atmósfera en la que habían estado sumidos se desvaneciera como un mal sueño.

—¿Podrías ir arriba a por la grabadora que he colocado en el pasillo? Quizá haya quedado algo registrado —le preguntó su padre.

—¿Subir yo solo? Están ahí arriba. Acabamos de oírlos.

—¿Tú no eras el escéptico? —se burló él.

—Bueno... Una cosa es ser escéptico y otra es ser imbécil —contestó Al—. Ahí arriba hay algo. Todos lo hemos oído. O tenemos fantasmas o hay un vendaval. Sea lo que sea, yo no me la juego.

Su padre soltó una carcajada y salió del comedor para ir a buscar la

grabadora. Al se sintió un poco culpable por dejar que se fuera solo, pero en aquel momento no se sentía con fuerzas para acompañarle. Para él todo aquello era tan nuevo, tan extraño... A pesar de que el sol entraba con fuerza por las ventanas, continuaba sintiéndose inquieto. Su respiración seguía acelerada y las piernas le temblaban. Estaba seguro de que en aquel momento cualquier sombra o sonido extraño podría provocarle un ataque al corazón.

Un par de minutos después, su padre regresó con la grabadora y la colocó encima de la mesa. Mientras la cinta se rebobinaba, todos fueron sentándose alrededor, expectantes. Cuando puso la cinta en marcha, se inclinaron hacia delante, deseosos de escuchar lo que se había grabado. En los primeros minutos no sucedió nada. Se oía una voz lejana, que identificaron como la de Eli, invocando a los espíritus desde la planta baja. Poco después, empezaron a escuchar algo más. En un primer momento, sólo fueron susurros, gemidos quedos y el ruido de unos pasos sobre la madera del pasillo. Poco a poco, los sonidos fueron intensificándose. Se oía claramente el llanto de un niño pequeño, los sollozos de varias mujeres y los gritos de un hombre. Tras escuchar a Eli obligándoles a presentarse ante ella, los gritos y lamentos se intensificaron. Entre el ruido de los golpes de las puertas, se escuchó la voz de una mujer.

—Ahí hay algo, páralo —pidió Laetitia—. Rebobina y vuelve a ponerlo. Creo que he distinguido alguna palabra.

Su padre obedeció. Rebobinó la cinta unos segundos, subió el volumen al máximo y volvió a pulsar el botón de reproducción mientras todos continuaban en silencio, sin atreverse siquiera a respirar, tratando de escuchar el mensaje.

—IIIIaaaaam... Wiii... ammm... Li.. anos.

La voz de la cinta sonaba lejana, entrecortada y con un ligero deje

metálico, pero se distinguía que era la voz de una mujer.

—¿Podrías volver a ponerlo? —preguntó Al—. No he entendido nada.

Su padre asintió y fue rebobinando y reproduciendo la grabación una y otra vez para que pudieran escucharla.

—Creo que dice “William, William, libéranos” —dijo al fin Laetitia.

—¿Seguro? Yo no oigo nada de eso —manifestó Al.

—Pues deberías tener mejor oído si quieres dedicarte a la música —contestó su hermana con tono despectivo—. Escúchalo otra vez, ya verás cómo dice eso. Estoy segura.

Su padre puso la grabación en marcha una vez más. Al tuvo que reconocer que, una vez que sabías lo que tenías que escuchar, era fácil oír esas palabras entre aquellos lamentos sin sentido.

—Parece que lo dice, pero no sé si me has sugestionado para que lo oiga. A mí me parece que en realidad no dice nada, que es sólo ruido. Y, aunque lo dijera, ¿quién demonios es William?

—No lo sabemos —intervino Eli—. El padre se llamaba Philip y el hijo Andrew. No había ningún William en la familia que nosotros sepamos.

—¿Y qué vamos a hacer entonces?

—Yo voy a seguir investigando. Todavía me quedan un montón de noticias por leer. A lo mejor en alguna de ellas aparece ese nombre —contestó Eli, encogiéndose de hombros y dirigiéndoles una sonrisa triste—. De verdad que siento que no haya funcionado.

Eli salió del comedor abatida y se dirigió a su cuarto. Al se sintió dolido. Hasta aquel día se habían encargado los dos juntos de revisar todas aquellas noticias, pero parecía que ella acababa de dejarle fuera. No entendía

su comportamiento. Durante toda la mañana, mientras preparaban la sesión de ouija, había estado esquivándole y evitando quedarse a solas con él, tratándole como si fuera un apestado que ni siquiera mereciese una mirada suya. Tampoco había hecho nada tan grave. No era un pecado desear besarla. Ni siquiera lo había hecho. Había sido ella la que le había rechazado, le había empujado y se había largado dejándole tirado. Debería ser él quien se sintiese ofendido.

Decidió olvidarse del tema. Si quería que volvieran a hablarse, tendría que ser ella la que se acercase a pedirle perdón. Él no tenía tiempo ni ganas de andar persiguiendo a una cría amargada que no sabía lo que quería. Decidió salir de casa y esconderse entre los árboles del bosque para fumarse un cigarrillo que le ayudase a detener el temblor que todavía afectaba a sus manos. Lo de entender a las mujeres lo dejaría para otra ocasión en la que se encontrase más tranquilo.



CAPÍTULO ONCE

Salí de la casa temprano para ir a darme un baño en el estanque como todas las mañanas. El aire todavía era fresco, lo que me hizo pensar que el agua estaría muy fría, pero aquello no me detuvo. La que salía de la ducha de la casa estaba aún más helada. Era posible que la trajeran a través de las tuberías desde Alaska.

Me quité la ropa y me quedé en bañador. Extendí la toalla y me acerqué a la orilla, dejando que los primeros rayos de sol acariciaran mi piel. Miré la superficie verdosa del estanque y decidí no pensarlo más. Quería terminar con el baño antes de que todos los demás se levantaran. Di un par de rápidos pasos y me arrojé de cabeza en un sitio que sabía que tenía la suficiente profundidad.

El frío fue tan intenso que, durante un segundo, mi corazón pareció saltarse un latido, pero aguanté bajo las aguas. Sabía por los días anteriores que sólo era la primera impresión y que me acostumbraría enseguida. Abrí los ojos debajo del agua para disfrutar de la luz esmeralda y la tranquilidad absoluta de aquel mundo acuático. Y entonces lo vi.

Era el niño, Andy... O lo que quedaba de él. Su piel era blanquecina y

parecía reblandecida como la del pescado podrido. Su carne se había desprendido en algunas zonas, dejando a la vista pedazos de hueso. Pero lo peor eran sus ojos. Con la débil luz que se filtraba a través de las aguas pude distinguir que estaban apagados, sin brillo, consumidos... Eran unos ojos ciegos y muertos, pero, aún así, los mantenía fijos en mí y parecía mirarme.

La impresión hizo que arrojase todo el aire de mis pulmones en un grito mudo. Aquel ser elevó las comisuras de sus labios como si sonriera y se acercó aún más a mí. No podía permitir que me tocara. Pensé que querría atraparme y condenarme a una eternidad bajo las aguas, a acompañarlo para siempre en aquel mundo de oscuridad y silencio.

Empecé a nadar sin saber hacia dónde, asustada y desorientada. Ni siquiera estaba segura de si estaba nadando hacia la superficie o hacia las profundidades del estanque. Aquella cosa que había sido Andy salió en mi persecución. Nadaba más rápido que yo y no tardó en interponerse en mi camino y tratar de tocarme de nuevo. Enloquecida de terror, cambie de dirección y volví a nadar, sintiendo que mis pulmones no podían más. Necesitaba aire con urgencia y no sabía hacia dónde debía dirigirme para conseguirlo ni si Andy me permitiría salir.

Seguí nadando mientras notaba cómo las fuerzas empezaban a fallarme. El pecho me dolía muchísimo y sentía una terrible presión en la cabeza, como si mi cerebro se estuviera hinchando y fuera a estallar. Mi vista también empezaba a nublarse. Durante un tiempo que me pareció eterno, continué luchando por encontrar la salida de aquella trampa, temiendo que aquellos fueran mis últimos instantes de vida.

Sentí que algo me agarraba por la cintura y tiraba de mí. Pensé que era el fin, que Andy me había atrapado y me arrastraba hacia las profundidades. Quise luchar, pero ya no tenía fuerzas para nada. Lo único en lo que podía

pensar era en que esperaba que aquella tortura terminase pronto. No podía imaginar nada peor que pasar el resto de la eternidad condenada a sufrir la terrible sensación de estar ahogándome.

De repente, las aguas se abrieron sobre mi cabeza y, a pesar de que mi vista continuaba nublada, pude distinguir el cielo azul y los árboles de la orilla. Aspire el aire a bocanadas, con todas mis fuerzas. Nunca antes había saboreado algo tan sabroso como aquel aire. Era como sentir la vida entrando de nuevo en mí cuando ya la había dado por perdida.

Alguien seguía tirando de mí, llevándome hacia la orilla. Consiguió sacarme del agua y dejarme tumbada sobre la hierba. Yo continuaba concentrada en respirar mientras mi corazón iba recuperando su ritmo normal y la vista se me iba aclarando. Cuando por fin pude ver con claridad, descubrí que mi salvador había sido Al. Estaba sentado a mi lado y también parecía luchar por recuperar el resuello. Quizá no era momento para ello, pero no pude evitar fijarme en que sólo llevaba puestos los pantalones vaqueros, como el ser que se me apareció luciendo su aspecto. Él se giró hacia mí con gesto preocupado y me puso una mano en el hombro:

—¿Estás bien? —consiguió preguntar con la voz entrecortada por su trabajosa respiración. Yo me limité a asentir, porque no sabía si sería capaz de hablar—. ¿Qué ha pasado?

Le hice un gesto con la mano para pedirle que esperara y nos quedamos resollando como dos perros al sol en un día de agosto. Cuando noté que mi respiración ya se había vuelto más regular, le contesté.

—Andy, el hijo de los Cavendish, estaba ahí abajo. Trató de tocarme y me asusté.

—¿Cómo que estaba ahí? ¿No se supone que están todos dentro de la

casa?

—Ese niño se ahogó en este estanque. Es posible que su espíritu también esté ligado a este sitio.

—¿Y dónde está tu amuleto? —me preguntó con una sonrisa sarcástica mientras señalaba que él sí llevaba el suyo puesto alrededor del cuello.

—Bueno, pensaba que fuera de la casa no podría pasarme nada malo. Me lo quité para bañarme. Está ahí con mi ropa. ¿Me lo pasas?

Él se estiró para alcanzarlo y, de paso, recogió su chaqueta de cuero, que había dejado tirada en el suelo, junto a sus botas y su camiseta, antes de lanzarse a rescatarme. Me pasó el amuleto, rebuscó en los bolsillos de la chaqueta y sacó el paquete de tabaco y un mechero.

—Hemos estado a punto de ahogarnos, tío. Hace medio minuto no podías ni respirar. ¿En serio vas a fumarte un cigarrillo?

—De algo hay que morirse —dijo él antes de encenderlo y darle una larga bocanada, a la que siguió una serie de toses ahogadas.

—¿Lo ves? Eso no es bueno para ti.

—Pensé que te daría igual, que incluso preferirías que me muriera.

—¿Y de dónde sacas esa gilipollez?

—De tu manera de tratarme el otro día —contestó él, lanzándome una mirada de reproche.

—Yo no quiero que te pase nada malo, pero reconoce que te portaste como un capullo.

—¿Por qué? ¿Por decir que quería besarte? Perdona, pero sigo sin ver dónde está el delito...

—¿No te has planteado ni por un segundo que a lo mejor no me gustas?
—contesté cortante.

—Venga, Eli... No cuela... Te he pillado varias veces mirándome el culo.

Sentí que enrojecía, pero, en aquel momento, él enarcó una ceja y me lanzó una de aquellas sonrisas suyas capaces de derretir icebergs. No sé por qué, pero aquella absoluta seguridad en sí mismo me sacó de mis casillas y me hizo reaccionar.

—A lo mejor me gusta tu culo, pero no me gustas tú.

Él se quedó en silencio, mirándome con atención, antes de agitar la cabeza de lado a lado. Parecía confuso, como si le hubiera hablado en un idioma extranjero. Supuse que quizá era la primera vez que escuchaba aquellas palabras dirigidas a él.

—¿Y qué es lo que no te gusta? ¿Mi cara? —preguntó cuando pudo reaccionar.

Me le quedé mirando antes de contestar. Tuve ganas de decirle que sí, que me parecía feo, tan sólo para ver la cara que se le quedaba, pero antes de abrir la boca me di cuenta de que aquella mentira nunca resultaría creíble. Le tenía frente a mí, con el pelo mojado cayéndole sobre la frente, con aquellos ojos azules tan impresionantes y aquellos labios tan increíbles... ¿Cómo iba a decirle que no me gustaba su cara si no podía dejar de mirarle? Decidí que lo mejor sería decir la verdad.

—No me gusta tu personalidad.

—¿Y qué le pasa a mi personalidad? ¿Qué le falla?

—Eres un chulo, Al —contesté sin pensarlo un segundo.

—¿Un chulo yo? Si soy el tío más humilde de la Tierra...

—No eres humilde en absoluto. Te mueves por el mundo como si todos los hombres debieran estar agradecidos por haberte conocido y como si todas las mujeres ardieran en deseos de acostarse contigo...

—¿Es que tú no lo deseas?

Aquella pregunta me dejó tan descolocada que me quedé sin habla. Él se había inclinado hacia mí, dejando muy poca separación entre nuestros cuerpos. Me di cuenta de que mis manos anhelaban tocar su piel mojada, de que mis labios deseaban besarle más que ninguna otra cosa en el mundo... Quería decirle que no, decirle algo que le humillara y que le borrara aquella sonrisa de superioridad para siempre, pero lo único que salió de mis labios fue un suspiro ahogado que provocó que su sonrisa se hiciera aún más amplia. En aquel momento le odié. A él y a mi maldito autocontrol, que me traicionaba cuando más falta me hacía. Sin decir una sola palabra, aparté la mirada y traté de levantarme.

—Eli, no te vayas, por favor. Sólo estaba bromeando.

—No me hacen ni puta gracia tus bromas. Creo que lo dejé bastante claro el otro día.

—Me portaré bien a partir de ahora —dijo inclinando la cabeza hacia un lado y mirándome con los ojos muy abiertos, como un adorable cachorrito de perro—, pero no me apartes de tu lado.

—No sé qué quieres decir con eso.

—Que quiero seguir leyendo ese rollo de noticias contigo, acompañarte a investigar a dónde vayas... Incluso quiero tener que acabar huyendo de enfermeras enormes y enloquecidas a tu lado. —Apagó el cigarrillo, aplastándolo contra el suelo—. A cambio no volveré a intentar besarte en los

callejones oscuros.

—¿Lo prometes?

—Lo juro —dijo, llevándose una mano al corazón y levantando solemnemente la otra—. Si algún día nos besamos en un callejón, será porque tú me lo habrás suplicado antes. Y créeme, lo harás.

—¿Ves como eres un chulo de mierda?

Él soltó una carcajada, se levantó del suelo y me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Tiró con fuerza de mí, haciendo que chocara contra su cuerpo y me rodeó la cintura con un brazo.

—No soy chulo. Soy realista.

Después de soltarme, me guiñó un ojo y me lanzó una sonrisa burlona. Tuve ganas de arrojarle algo, pero no tenía nada al alcance de la mano.

—Venga, vamos dentro. Los demás se despertarán pronto y tengo que cambiarme de ropa. —Recogió todas sus cosas del suelo y empezó a andar hacia la verja, pero, al cabo de unos pasos, se giró para ver si yo le seguía—. Supongo que volvemos a ser amigos. ¿Me dejarás leer todas esas aburridísimas noticias de principio de siglo contigo después de desayunar?

Yo asentí y le devolví una sonrisa antes de seguirle hacia la casa. Me sentía confusa por su comportamiento, por la manera en que me trataba. ¿Por qué se portaba así conmigo? ¿Era una broma, un desafío o sentía algo por mí? No lo sabía y aquello me asustaba, pero, en aquel momento, tampoco sabía cómo detenerle ni si quería hacerlo. Iba a tener muchas cosas de las que hablar con mi abuela cuando volviera a invocarla.

Un rugido de mi estómago me hizo levantar la vista de los papeles. Miré mi

reloj y descubrí, apenada, que aún faltaba una hora para la comida. No tenía ganas de seguir leyendo aquellas aburridas noticias. Ya era mediodía y, a pesar de tener las ventanas abiertas, el calor y la humedad se habían adueñado de la habitación, convirtiéndola en una perfecta imitación de un baño turco.

Me acerqué hasta la ventana y me senté en el alfeizar para buscar alguna ráfaga de brisa fresca. Al seguía leyendo, tirado en el suelo, con su típica postura con las piernas entrelazadas por los tobillos. Tuve mucho cuidado de no mirarle el culo y me dediqué a observar los árboles del jardín por la ventana. Hacía un día precioso. El cielo era de un azul muy puro y brillante y sólo unas pequeñas e inofensivas nubes blancas se deslizaban lentas e indolentes, como si pasearan. Los rayos del sol se reflejaban en el estanque, arrancando destellos a su superficie.

—¿Vas a dejar que me lea todo esto yo solo? —preguntó Al, molesto.

—Tú dijiste que querías investigar...

—Dije que quería investigar contigo, no para ti. —Al se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas y un papel en las manos—. Anda, caradura, ven aquí y mira esto. No sé si puede ser importante.

Suspiré, me bajé del alfeizar y me senté a su lado. Al me pasó una fotocopia del periódico. Era una noticia del año 1.924. En ella se contaba la visita de un grupo de parapsicología de Boston, llamado Grupo Alpha, a la ciudad de Gardner. Según contaba la noticia, habían acudido a la ciudad invitados por la señora Cavendish, gran aficionada a estos temas, para una serie de conferencias que duraría varios días.

—Es raro, ¿verdad? —dijo Al.

—¿Qué te parece raro? —pregunté.

—No sé... Invitar a un grupo de pirados a tu casa y contarlo en el

periódico.

—En los años 20 no era tan extraño —expliqué—. La investigación de lo paranormal vivió una época dorada. Muchos intelectuales y gente de clase alta se aficionaron a estos temas. De hecho, se consideraba de lo más sofisticado y moderno organizar sesiones de espiritismo en tu casa.

—Vaya gente más rara... Entonces, si era algo normal, la noticia no nos sirve para nada, ¿verdad?

—Espera, déjame que compruebe algo...—Revolví entre las notas que había estado tomando hasta que encontré el dato que buscaba—. Sí, aquí está. Andy se ahogó en junio de 1924 y esta gente vino a visitar a los Cavendish en septiembre. ¿Y si no vinieron para dar unas conferencias?

—¿Qué sugieres?

—Amelia Green, la criada, habló de una sesión de ouija, de que ella les advirtió de que era mejor que no la hicieran, pero que no la escucharon... Y luego nombró al niño. —Me quedé unos segundos en silencio, tratando de ordenar los datos en mi mente—. ¿Y si la señora Cavendish llamó a aquella gente para tratar de contactar con su hijo muerto?

—¿Crees que eso pudo desencadenar todo lo que está pasando?

—Cuando haces una sesión de ouija lo que haces es abrir una puerta —le expliqué—. Nunca puedes estar seguro de quién va a pasar a través de ella. Puede que se les colara algún visitante inesperado.

—¿Y cómo vamos a averiguar eso? —preguntó Al.

—Tendríamos que hablar con ellos. ¿Hay algún dato más sobre esa asociación?

—Bueno, aquí hay una foto de su sede —dijo Al, señalándola—. Y ese

edificio de al lado es la biblioteca pública. ¿Tú crees que seguirán allí?

—Ni idea, pero no perdemos nada por averiguarlo. ¿A cuánta distancia está Boston?

—Creo que a unas sesenta millas. Podríamos estar ahí en dos horas. — Al se levantó del suelo, emocionado—. ¡Nos vamos a una ciudad! Ruido de tráfico, gente por todas partes, humo... Mis pulmones urbanitas se estaban atrofiando con tanto aire puro.

—No te emociones tanto. ¿Tú crees que tus padres nos dejaran la caravana?

—Claro que sí. —Al me tomó de la mano y me hizo seguirle fuera de la habitación—. Vamos a preguntárselo.

La familia de Al no pareció tan entusiasmada con la idea como él había pensado. Mientras hablaba, los tres se mantuvieron con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido. Cuando Al terminó de explicárselo todo, continuaron en silencio unos segundos.

—No sé, Al... No me gusta la idea de que te metas con la caravana en una ciudad tan grande como Boston —dijo James—. ¿Y si os perdéis?

—Si nos perdemos, preguntaremos —contestó Al—. Sabemos que vamos al edificio de al lado de la biblioteca. No puede ser muy difícil encontrarlo.

—Pero no sabéis si seguirán allí. Ni siquiera sabéis si la biblioteca sigue ahí —protestó Lucrecia.

—Iremos y lo averiguaremos. —El entusiasmo de Al no parecía decaer con las críticas—. Es un viaje de dos horas. Si salimos justo después de

comer, llegaremos allí para las cuatro de la tarde. Buscaremos a esos tíos raros, les preguntaremos si tienen algo en sus archivos sobre aquella visita y volveremos. Estaremos aquí antes de que anochezca.

Sus padres volvieron a quedar en silencio. Se miraron y volvieron a negar con la cabeza. Al lanzó un resoplido de desesperación.

—Vamos, no seáis así... Es una buena pista. Es más que eso: es la única pista que tenemos.

—Si os preocupa el dinero que pueda costar el viaje o que la caravana pueda sufrir algún daño, podéis estar tranquilos. Cubriré cualquier gasto con mi parte de la gratificación —intervine para ayudar a Al, que me lo agradeció con una amplia sonrisa.

—Venga, no hay peligro ninguno y podemos conseguir desatascar la investigación —volvió a presionar Al—. ¿Es que no queréis salir de esta maldita casa?

Sus padres volvieron a mirarse. Parecía que la idea seguía sin hacerles demasiada gracia, pero no encontraban más argumentos para frenar a Al.

—Yo también quiero ir —intervino Laetitia.

—¿Tú? —preguntó Al, frunciendo el ceño—. Todavía estás herida. Sólo nos molestarías.

—Pero si vais a ir en la caravana. No vais a tener que andar mucho —protestó ella.

—Eso no lo sabemos. Puede que tengamos que aparcar en algún sitio alejado e ir andando hasta allí. No tenemos ni idea de cómo está el aparcamiento en Boston.

—Bueno, pues me dejáis a mí en la puerta de la biblioteca, luego os vais

a aparcar y volvéis —insistió ella.

—A ver cómo te digo esto sin ser muy borde... —dijo Al, pensativo—. No quiero que vengas. No tengo ninguna gana de pasarme todo el viaje aguantando tus quejas y tus pullas.

—¡Al, no le hables así a tu hermana! —le riñó su madre.

—Ya sabes cómo es, mamá —se defendió él—. Siempre está metiéndose conmigo. Es como un grano en el culo.

—Me meto contigo porque eres imbécil —le grito Laetitia—. Me estáis dejando de lado en esta investigación y no sé por qué. Sabes que soy una gran médium y que tengo muchos conocimientos sobre ocultismo, más de los que Eli y tú tendréis en toda vuestra vida.

—Eso es lo que tú dices, pero nunca he visto una sola demostración de esos poderes que dices que tienes. A mí sólo me parece que estás loca.

—Al, basta ya —dijo James, dando un golpe sobre la mesa que nos sobresaltó a todos—. Pídele perdón a tu hermana ahora mismo.

—Perdona —dijo él con voz mecánica—. No pretendía decir lo que he dicho. ¿Mejor así?

—Lo daré por bueno —contestó su padre—. Laetitia, querida, tu hermano tiene razón. Todavía estás recuperándote y sólo les retrasarías. A pesar de que sabemos que podrías ser muy útil en esta investigación, es mejor que te quedes con nosotros.

—Sí, cariño —intervino Lucrecia—. Además, esta tarde voy a hacer un ritual de limpieza de energías negativas en la casa y necesitaré tu ayuda.

Laetitia no respondió. Se levantó de la mesa, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas, y trató de salir de la caravana con andares dignos,

aunque su cojera le quitó bastantes puntos a su interpretación. Cuando salió, dando un portazo que hizo retumbar la caravana, Lucrecia se giró hacia nosotros.

—Está bien. Podéis ir. Sólo queda un problema. ¿Qué hacemos con Apolyon?

Al se giró hacia el gato, que en aquel momento estaba sentado en mi regazo con la cabeza levantada mientras yo le hacía mimos en la barbilla.

—¿Qué pasa con el gato? —preguntó Al sin comprender.

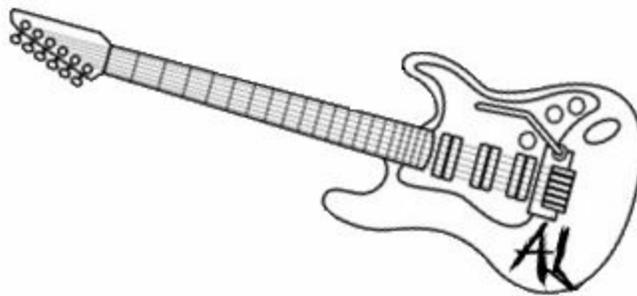
—Sabes que no podemos meterlo en la casa —respondió su madre.

—Pues metedlo en el trasportín y dejadlo en el jardín.

—No voy a dejar a Apolyon cinco o seis horas en el trasportín con el calor que hace hoy —dijo Lucrecia con voz firme—. Si queréis ir, tendréis que llevarlo con vosotros.

—Está bien, pero que Eli se encargue de él. —Me miró, esperando a que yo asintiera y, cuando lo hice, una enorme sonrisa iluminó su cara—. ¡Genial! Nos vamos a Boston. Vamos a comer ya para poder salir cuanto antes.

Se levantó emocionado y empezó a poner la mesa. Me planteé por un segundo que quizá debería contener su entusiasmo. No íbamos de vacaciones a Disneyworld. Tan sólo íbamos a hacer un viaje de menos de dos horas para buscar a un grupo de aburridos eruditos que, probablemente, ya no estarían allí. Sin embargo, no le dije nada. Me gustaba verle tan feliz y su entusiasmo se me estaba empezando a contagiar. Sin saber por qué, yo también empezaba a pensar que íbamos a conseguir algo importante con aquel viaje.



CAPÍTULO DOCE

El viaje hasta Boston se hizo corto. Pasaron todo el camino hablando de sus vidas, contándose anécdotas y escuchando canciones en la radio. Cada dos por tres, cuando llegaba algún estribillo que le gustaba, Al dejaba de hablar y se ponía a cantar a voz en grito. Eli se reía de la pasión que le ponía a las canciones, pero se acabó animando a tararear algunas. Sin embargo, no fue hasta que entraron en Boston, con *Total eclipse of the heart* de Bonnie Tyler sonando en la radio, cuando ella se animó a cantar la canción entera mientras Al le hacía los coros. Él se sorprendió por su voz, más profunda y sugerente de lo que habría imaginado. Cuando terminó la canción y ella se quedó en silencio, giró la cabeza para mirarla:

—No sabía que cantabas tan bien. El próximo día que vayamos a la *Blues Night* de Gardner tienes que subir al escenario conmigo para hacer un dúo.

—No. Me daría demasiada vergüenza —dijo ella, enrojeciendo—. Tampoco canto tan bien.

—No seas modesta. Ya sabes que, si no lo mereces, sólo puedo dedicarte cumplidos de mierda. Éste es sincero. —Al le guiñó un ojo con

complicidad—. ¿Estás en el coro de tu instituto?

—No. Podría haber estado. Hice las pruebas y las superé, pero luego decidí dejarlo.

—¿Por qué?

—Porque en un coro hay que cantar con más personas y creo que habrás descubierto ya que no me gusta mucho la gente —contestó, encogiéndose de hombros.

—Eres la tía más rara que he conocido nunca. —Al frunció el ceño tras decir aquellas palabras—. Espera... Eso es otro cumplido de mierda. Quería decir que eres muy especial y que me gusta cómo eres.

—Vístelo como quieras, pero has dicho que soy rara. —Eli desvió la mirada hacia la ventanilla para cambiar de tema—. ¿Crees que vamos bien?

—Sí, mira. Ahí hay una señal que indica dónde está la biblioteca. Creo que ya casi estamos.

Al se concentró en conducir. Boston era una ciudad mucho más grande y poblada que Newark y el tráfico iba en consonancia. Empezó a ponerse nervioso al ver tantos coches, tantas señales... Por suerte, tal y como le había dicho a Eli, no tardaron mucho en llegar a la biblioteca pública. Pasaron de largo el edificio y buscaron un lugar para aparcar. En pocos minutos encontraron un aparcamiento cercano donde dejar la caravana. Antes de bajarse, Eli buscó en la guantera la fotocopia del periódico en la que podía verse la sede del Grupo Alpha. Regresaron hasta la biblioteca y empezaron a rodear el enorme edificio, que estaba situado entre un moderno rascacielos de cristales azulados de más de cincuenta plantas y una iglesia de estilo gótico en la que destacaba una alta torre. Según iban andando, comparando todos los edificios con el que aparecía en la fotografía, Al fue sintiéndose cada vez más

estúpido. ¿Qué posibilidades había de que aquel edificio siguiera en pie y de que aquel grupo de pirados al que buscaban siguiera reuniéndose sesenta años después? Por suerte, al girar una esquina, Eli se le colgó del brazo mientras señalaba emocionada un alto edificio de aspecto antiguo con las paredes de piedra de color ocre y estrechas ventanas.

—¡Es ése! ¡Es ése! —gritó mientras daba saltos de alegría como una niña pequeña—. Lo hemos encontrado.

—No te emociones tanto. Que esté el edificio no quiere decir que el Grupo Alpha siga ahí.

—¿Qué ha pasado con tu energía y entusiasmo? Por supuesto que va a estar ahí.

Eli le tomó de la mano y empezó a correr calle adelante. El portal estaba abierto, así que entraron y se pusieron a revisar los nombres de los buzones. Eli volvió a sorprenderle con un grito de alegría y una nueva sucesión de saltos.

—¡Están ahí! En el séptimo piso. Mira: Grupo Alpha, Asociación de Parapsicología de Boston.

—Perfecto. ¿Y dónde está el ascensor? —preguntó Al, revisando el portal con la mirada.

—Creo que no hay.

—Joder, que son siete pisos... —se quejó él.

—Venga, que no es nada —dijo Eli, dirigiéndose hacia las escaleras con paso decidido.

—Como se nota que tú no fumas...

Eli empezó a subir sin decir más. Al suspiró resignado y comenzó a

seguirla. Varios minutos después, se la encontró sentada en el descansillo del séptimo piso, tan fresca y relajada como si no le hubiera costado nada. Él se apoyó en la barandilla y le pidió por gestos que le diera unos segundos para que pudiera recuperar el resuello. Cuando estuvo preparado, Eli se levantó y juntos se dirigieron hacia la puerta en la que un letrero con enrevesadas letras góticas anunciaba que aquella era la sede del Grupo Alpha. Llamaron a la puerta y esperaron hasta que ésta se abrió. Frente a ellos tenían a un hombre de alrededor de cuarenta años con unas gafas redondas de montura metálica. A pesar de la época del año, iba vestido con un traje de tweed. Les miró por unos momentos de arriba abajo, evaluando su aspecto, antes de hablarles con un perfecto acento británico:

—No queremos comprar nada. Muchas gracias.

—No, espere —dijo Al, poniendo su mano en la puerta para que no la cerrase—. No somos vendedores. Estamos en una investigación y queríamos consultarles algunos datos.

—¿Vosotros? ¿En una investigación? —El hombre volvió a mirarles mientras negaba con la cabeza—. No quiero ofenderos, pero sois demasiado jóvenes.

—Nosotros sólo colaboramos —dijo Al—. Los responsables de la investigación son mis padres: James y Lucrecia McNeal.

—¿James McNeal es tu padre? —Los ojos del hombre se abrieron de par en par, al igual que la puerta—. Somos unos grandes admiradores de su trabajo. Sus artículos sobre la calibración de detectores de movimiento son realmente admirables... Y las aplicaciones de sus estudios sobre los parámetros de uso de los detectores de campos electromagnéticos destinados a la investigación parapsicológica son fuente de inspiración para todos nosotros.

—Sí, bueno... Me alegro mucho —dijo Al mientras entraba—. Se lo diremos. Seguro que se pone muy contento.

—¿Podrías hablarle de nosotros y decirle que nos sentiríamos muy honrados si quisiera impartir alguna conferencia para nuestros socios?

—Claro. Cuando terminemos de hablar, le daré nuestra dirección y teléfono para que puedan ponerse en contacto con él. Pero primero necesitaría que nos ayudara en la investigación que estamos llevando a cabo.

—Sí, por supuesto. —El hombre les indicó que le siguieran y les guió hasta un mostrador—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Nos han contratado para que tratemos de “limpiar” la casa Cavendish, en Gardner, de las entidades que la habitan —intervino Eli, sacando un papel del bolsillo y extendiéndolo sobre el mostrador—. Hemos encontrado esta noticia en la que se indica que varios miembros de su asociación visitaron esa casa en el año 1.924 y querríamos saber si tienen alguna información sobre ella que pueda ayudarnos.

—Lo consultaré. Dadme unos minutos.

El hombre abrió una puerta a su espalda y desapareció por ella. Antes de que pudiera cerrar, Al echó un vistazo al interior de la estancia. Estaba repleta de altas estanterías metálicas rebosantes de libros, carpetas, papeles... Rezó en silencio para que tuvieran un buen sistema de organización, porque, en caso contrario, aquel hombre iba a tardar meses en encontrar lo que buscaban.

—Vamos a sentarnos —le dijo a Eli, señalándole unas sillas colocadas junto a la pared.

Tomaron asiento y esperaron pacientemente. Más de diez minutos después, la puerta volvió a abrirse y el hombre salió con una carpeta

amarillenta en las manos. La colocó sobre el mostrador y se subió las gafas, que se le habían resbalado un poco por el puente de la nariz.

—Esto es todo lo que he encontrado —les dijo cuando se acercaron, abriendo la carpeta para revelar una sola hoja mecanografiada en la que la tinta empezaba a resultar borrosa—. Es muy extraño.

—¿Qué es extraño? —preguntó Al.

—Que sólo haya esto. He estado buscando por si el resto del informe se había traspapelado a otra carpeta o si había algún otro informe sobre esa casa, pero no hay nada más.

Eli tomó el papel y empezó a leer. En el informe se indicaba, junto a la fecha y los nombres de los responsables de la investigación, que estos habían acudido a la mansión en septiembre del año 1.924. Tal y como habían sospechado, la intención de la señora Cavendish al invitarles no había sido organizar un ciclo de conferencias, a pesar de que ella era una apasionada de los temas sobrenaturales. Después de la repentina muerte de su hijo pequeño en un accidente, la mujer les había solicitado la realización de una sesión de ouija para tratar de contactar y despedirse de él. El informe sólo indicaba que la sesión se había realizado y que había tenido “resultados inesperados” y concluía diciendo que se mantendría el contacto con la familia para la realización de estudios posteriores.

—¿Qué quiere decir esto de “resultados inesperados”? —preguntó Eli.

—Lamento tener que admitir que no lo sé. Como os he comentado, este informe parece muy irregular: No hay descripción de la sesión ni ningún material gráfico ni grabaciones de sonido. Tampoco hay entrevistas a los testigos ni ningún registro de investigaciones posteriores.

—O sea que sólo tenemos esto... Vaya pérdida de tiempo —se quejó Al.

—Espera, no te rindas tan rápido. ¿Quiénes son las cuatro personas que firman la investigación? —preguntó Eli, pasándole la hoja al hombre.

Éste volvió a subirse las gafas y leyó durante unos segundos antes de responder.

—Reconozco el nombre de la mujer: Rosalie Elliot. Era una médium que solía colaborar con nuestro grupo. Tenía grandes habilidades en el contacto con seres del otro mundo. Tenemos fotografías increíbles en las que se la ve en trance, produciendo materia ectoplasmática.

—¿Y eso qué es? —preguntó Al.

—Es un fluido etérico semimaterial que emana de los médiums durante el trance —contestó el hombre, mirando a Al con suspicacia—. ¿Sus padres no le han explicado nada de esto?

—Digamos que no he hecho mucho caso a mis padres en estos temas hasta hace unas semanas —contestó Al, encogiéndose de hombros—. ¿Habría alguna manera de ponerse en contacto con esa médium?

—Supongo que mediante otra médium, porque murió hace más de treinta años —respondió el hombre.

—¿Y los otros? —intervino Eli—. ¿Alguno de ellos está vivo?

—Voy a comprobarlo. Dadme unos minutos.

El hombre volvió a desaparecer en la habitación del fondo mientras ellos se sentaban a esperar en sus asientos.

—Vaya mierda... No vamos a sacar nada de todo esto —dijo Al, echándose atrás en la silla.

—No seas tan pesimista. Todavía no está todo perdido.

La puerta volvió a abrirse y el hombre salió llevando una ficha en la mano. En su cara lucía una sonrisa de triunfo, como si le hiciera inmensamente feliz poder ayudarles.

—He encontrado algo. Creo que uno de los participantes en la investigación podría seguir vivo.

—¿Cómo que cree? —preguntó Al.

—Sí, según sus datos de socio tiene más de noventa años, pero hace menos de dos meses pagó su suscripción anual. —El hombre colocó la ficha sobre el mostrador para que pudieran verla—. Aquí lo tenéis. Se llama John Campbell y vive en Rockport, a menos de cuarenta millas de aquí.

—Sigo pensando que esto es una mala idea —dijo Eli cuando sobrepasaron el cartel que les daba la bienvenida a Rockport.

—Ya lo has dicho mil veces durante el camino. Me ha quedado claro —respondió Al, molesto—, pero, como conduzco yo, te fastidias y dejas de protestar.

—Son casi las ocho de la tarde y todavía tenemos que encontrar la casa de ese hombre —continuó discutiendo ella sin hacer ningún caso de sus palabras—. Para cuando le encontremos, hablemos con él y regresemos hasta Gardner, será más de medianoche. Les prometimos a tus padres que volveríamos antes de que anocheciera. Se van a preocupar muchísimo.

—Lo sé, pero esa maldita casa no tiene teléfono y no hay manera de avisarles —contestó él—. Ojalá algún día inventen un teléfono que se pueda llevar encima, pero, hasta entonces, no puedo hacer nada.

—Se van a enfadar mucho contigo y no pienso cubrirte —le amenazó

Eli.

—¿Y qué querías hacer? ¿Volver a esa casa sin haber conseguido nada? Ya estábamos en Boston, a menos de dos horas de este sitio. Si hubiéramos regresado a Gardner, habríamos tenido que volver aquí mañana o en un par de días y habría supuesto un viaje de tres horas de ida y otras tres de vuelta. Y, además, ese tío tiene más de noventa años, Eli. Se puede morir en cualquier momento.

—Eres un poco exagerado —dijo ella, riendo—. Si crees que con esos argumentos puedes convencer a tus padres de que no te maten, por mí de acuerdo. ¿Qué calle hay que buscar?

—*Beach Street*. Por el nombre, supongo que no andará muy lejos del mar —dijo Al, señalando el brillo azulado de las aguas que ya podía vislumbrarse al final de la calle en la que estaban—. Ve a echarle algo de comida y bebida a Apolyon mientras busco un sitio para aparcar.

Cuando giró la siguiente esquina, un letrero le confirmó que habían llegado a la calle indicada. Avanzó por ella a poca velocidad, mirando los números de las casas hasta que descubrió el que estaban buscando. Encontró un lugar para aparcar a un par de minutos de la casa y detuvo la caravana. Cuando se bajaron, los dos se quedaron parados en la acera mirando asombrados el pueblo.

Era un lugar precioso. El sol empezaba a declinar y teñía el cielo de matices dorados, rojizos y anaranjados. El mar en calma lamía las rocas de los acantilados y, justo sobre ellos, se alzaban multitud de casitas bajas de color blanco. De lado a lado de la calle colgaban banderines de colores y a lo lejos se oía el sonido de una banda de música callejera. Parecía que habían llegado en un día de fiesta.

A la izquierda se extendía una pequeña playa de piedra y arena grisácea. La casa que buscaban parecía la más pequeña del vecindario. Sólo tenía un piso de paredes blancas y un tejado a dos aguas de color café. Ante la entrada podía verse una valla baja de listones blancos, una estrecha parcela de césped y cuatro escalones que llevaban a una pequeña terraza en la que un hombre muy anciano disfrutaba sentado en una mecedora, con los ojos cerrados, dejando que los últimos rayos del día calentasen su piel.

—Lo que te decía. Ya se ha muerto —susurró Al mientras se acercaban.

—Mira que eres bestia —contestó Eli. Se apoyó en la valla y habló un poco más alto—. Disculpe, ¿es usted el señor Campbell?

El hombre levantó los párpados, mostrando unos ojos tan azules como el mar que les rodeaba, teñidos por una mirada de desconfianza.

—Depende de lo que quieran venderme.

—No vamos a venderle nada —contestó Eli—. Venimos de parte del Grupo Alpha, de Boston. Nos han dado sus datos para que podamos hablar con usted.

—¿Y de qué quieren hablar? —La mirada de desconfianza no terminaba de abandonar los ojos del hombre—. Estoy seguro de que he pagado la cuota de este año.

—No, no es eso... —respondió Eli—. Estamos haciendo una investigación sobre la casa Cavendish y nos dijeron que usted estuvo allí.

—La casa Cavendish... Sí, lo recuerdo. A mediados de los años veinte, ¿verdad?

—Exacto —intervino Al—. ¿Nos permitiría pasar y que le hiciéramos unas preguntas sobre lo que pasó allí? Nos sería de mucha ayuda.

—Es mejor dejar esa casa tranquila. Sucedieron muchas cosas horribles en ese lugar —dijo el viejo, negando con la cabeza.

—El problema es que ya estamos metidos en ese asunto y no podemos dejarlo —respondió Eli, abriendo la verja como si ya hubiera sido invitada—. Les hemos visto a todos: a Philip, a Sarah, a Alyssa, al pequeño Andy... Siguen atrapados en esa casa y debemos hacer algo para que su tormento acabe. Usted les conoció en vida. ¿No le gustaría ayudarles?

Se acercaron a la terraza mientras el hombre parecía reflexionar. Cuanto más cerca estaban de él, más patentes eran las arrugas que cruzaban su rostro, como si fuera el mapa de carreteras más detallado del mundo. El hombre asintió y les señaló un par de sillas plegables que estaban apoyadas contra la pared.

—Claro que quiero ayudar. Aún me sigo sintiendo culpable por lo que le pasó a aquella gente. Chica, coge esas sillas y ponlas aquí, a mi lado. —Se giró hacia Al y le señaló la puerta de la casa—. Tú, chaval, entra a la cocina y saca unos vasos y la jarra de limonada que hay en la nevera. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Acudimos a Gardner invitados por la señora Cavendish. Nos ofreció una estancia con todos los gastos pagados y una generosa contribución económica a nuestra asociación a cambio de que fuéramos a su casa a realizar una sesión de espiritismo para tratar de contactar con su hijo Andrew, que había fallecido pocos meses antes. Las únicas condiciones que nos impuso fueron que lleváramos a la famosa médium Rosalie Elliot y que el verdadero fin del viaje se mantuviera en secreto.

—Por eso se inventaron lo del ciclo de conferencias del que hablaba el

periódico —dijo Eli.

—Exacto. Cuando llegamos a la casa, la señora Cavendish nos acogió con toda la hospitalidad imaginable, pero el resto de habitantes de la casa...

—¿No les trataron bien? —preguntó Al.

—Todos fueron correctos con nosotros, pero se notaba que al marido y a la hija no les agradaban estos temas. Y al servicio menos. Recuerdo que una de las sirvientas aprovechó el momento en el que me mostraba la habitación en la que iba a hospedarme para rogarme en el nombre de Dios que no jugáramos con aquellas cosas.

—Seguramente se trataba de Amelia, la doncella de la casa —le cortó Eli—. Tratamos de hablar con ella, pero no se encuentra bien de salud. De todos modos, a pesar de aquellas advertencias, ustedes no hicieron caso, ¿verdad?

El hombre dio un largo trago a su limonada y se quedó callado, con la mirada perdida en el vaivén de las olas y el baile de las gaviotas cerca de la orilla. Al cabo de unos segundos, asintió apesadumbrado y continuó hablando.

—Rosalie era una médium experimentada. Había llevado a cabo cientos de sesiones de espiritismo sin que sucediera nada malo. No teníamos ninguna razón para pensar que aquella vez sería distinto —dijo el anciano sin mirarles, casi como si estuviera hablando consigo mismo tratando de encontrar argumentos que les disculparan—. Además, Rosalie advirtió a la señora Cavendish de que su hijo era muy pequeño cuando murió y que eso podía dificultar el contacto o provocar consecuencias inesperadas. Es peligroso convocar a un niño tan pequeño.

—Un *aoroi* —musitó Eli.

—Exacto. Veo que conoces el término. —Una chispa de admiración

brilló en los cristalinos ojos del hombre—. Esos seres no se resignan a estar muertos y se resisten a trascender. Puede ser peligroso abrirles una puerta hacia nuestro mundo.

—¿Pero aún así lo hicieron? —preguntó Al.

—Sí, por supuesto. Rosalie dijo que podría mantener la situación bajo control y la donación que la señora Cavendish iba a realizar a nuestra asociación era demasiado generosa como para perderla por unas simples precauciones. Preparamos la sesión y convocamos a toda la familia. —El señor Campbell clavó la mirada en el rojizo horizonte—. Al principio parecía que todo iba bien. Rosalie consiguió contactar con el pequeño Andrew; el niño le dijo que estaba en paz; la madre le dijo que le echaba de menos... Lo típico. Pero entonces todo empezó a torcerse.

—¿Qué pasó? —preguntó Eli ante la nueva pausa del anciano.

—La chica... Alyssa... Se puso en pie de repente y cayó al suelo, como fulminada por un rayo. Empezó a convulsionar y a echar espuma por la boca, como si estuviera poseída. Tratamos de sujetarla para que no se hiciera daño, pero no lo conseguimos. En aquella sala estábamos presentes cuatro hombres adultos y no podíamos contener a una cría adolescente... De repente, dejó de convulsionar, se puso en pie, se acercó a la mesa, tomó el tablero de ouija entre las manos y lo partió contra una de sus rodillas. Era un tablero grueso, de madera noble, muy pesado... Y lo partió como si fuera de papel. Rosalie reaccionó en aquel momento y trató de volver a tomar el control de la situación. La llamó por su nombre y la chica se giró hacia ella y empezó a reírse con voz de hombre.

—¿Les dijo algo? —le cortó Al, incapaz de mantenerse en silencio.

—Sí, nos dijo “No soy Alyssa. Soy William”.

—¡William! Eso es increíble —intervino Eli.

—¿Os suena ese nombre? Nosotros no pudimos averiguar nada sobre él —preguntó el anciano, interesado—. ¿Sabéis vosotros quién es?

—En realidad no —contestó Eli—. Grabamos una psicofonía durante una sesión de ouija que celebramos en la casa. Se escuchaba la voz de una mujer, que creemos que era Sarah, diciendo algo parecido a “William, William, libéranos”.

—Así que ese ser sigue ahí, atormentándoles... —El anciano se cubrió el rostro con las manos.

—No se detenga, por favor. —Eli le puso una mano en la rodilla para reconfortarle—. Cuéntenos qué sucedió después.

—Tras decir esas palabras, la chica se desmayó. No reaccionaba a ningún estímulo, así que la subimos a su cuarto. Powell, uno de los integrantes del grupo, era médico. La examinó, pero no encontró ninguna causa física que justificara su estado.

—¿Y qué hicieron?

—Lo probamos todo. Rosalie trató de hacer una nueva sesión de ouija para despedir a los espíritus que habían acudido en la sesión anterior, pero ningún ser contestó a su llamada. También hizo algunos rituales de purificación para tratar de liberar a la chica, pero nada dio resultado. Por suerte, ella despertó un par de días después. No recordaba nada de la sesión ni del tiempo que había estado inconsciente y decía encontrarse perfectamente, así que nos despedimos de la familia y nos marchamos.

—¿Y eso fue todo? ¿Se largaron y les dejaron a su suerte? —preguntó Al, acusador.

—Sí. No había nada más que pudiéramos hacer y parecía que todo estaba en orden, así que nos fuimos. —El hombre bajó la mirada y la clavó en sus pies, avergonzado, antes de seguir hablando—. Además, os confieso que teníamos miedo. El ambiente de la mansión había cambiado. Estaba cargado, oscuro, atestado de presencias invisibles que parecían observarte, que cuchicheaban a tus espaldas, a las que casi podías ver por el rabillo del ojo... Me avergüenzo de confesarlo, pero fue un alivio dejar aquella casa. Pensamos que podríamos marcharnos, hacer un informe sobre lo que había sucedido y olvidarlo todo, pero no fue así.

—¿Qué sucedió? —Eli volvió a presionar la rodilla del anciano para transmitirle que le apoyaba y estaba de su lado.

—Unos meses después recibimos una carta de la señora Cavendish. No decía mucho, pero se notaba que estaba asustada. Nos contaba que su marido había muerto y que su hija se comportaba de manera extraña y nos pedía que fuéramos en su ayuda. —El hombre negó con la cabeza, apenado—. Los que habíamos acudido la primera vez hablamos entre nosotros y decidimos regresar y arreglar nuestro error. Cogimos el primer tren a Gardner, pero, para cuando llegamos, era tarde. Nos informaron de que la señora Cavendish y su hija habían fallecido un par de días antes en un incendio.

—¿Y no intentaron ir a la casa y arreglar lo que habían hecho? —inquirió Al.

—No. No había nadie a quién pedirle permiso para entrar allí... Además, ¿qué podríamos haber dicho? ¿Que creíamos que habíamos provocado una terrible maldición sobre los habitantes de aquella casa que había sido la causante de sus muertes? Nos habrían tomado por locos. Regresamos a Boston y eliminamos todas las pruebas de aquel caso, tratando de borrar nuestro error, como unos cobardes...

—No se preocupe, señor Campbell —dijo Eli, sonriendo—. Nosotros lo arreglaremos.

—Espero de corazón que podáis hacerlo. —El hombre volvió a contemplar el mar con la mirada perdida—. ¿Sabéis una cosa? Cuando uno estudia tanto de estos temas y vive tantos años, acaba dándose cuenta de que los peores fantasmas no residen en las casas encantadas. Están dentro de tu cabeza; te persiguen por las noches; te roban el sueño; te atormentan con sus acusaciones... Llevo más de sesenta años con esas muertes en mi conciencia. No me queda mucho tiempo y me gustaría partir de esta tierra con la conciencia tranquila. Espero que tengáis éxito donde nosotros fracasamos.

—Lo tendremos —dijo Eli, confiada—. Y volveremos para contárselo.

El hombre asintió y le devolvió una sonrisa esperanzada. Se levantaron para marcharse, pero el anciano agarró la mano de Eli, impidiendo que se moviera.

—¿Te importaría hacerle un favor a este anciano? —Cuando ella asintió, él continuó hablando—. ¿Podrías ayudarme a meter las sillas y los vasos dentro de casa? No quiero arriesgarme a que llueva y se moje todo. Normalmente me ayuda la vecina, pero creo que ha ido a la feria.

—Sin problema, señor Campbell. —Eli se levantó de su silla y se giró hacia Al—. Mientras le ayudo, ¿podrías ir a por la caravana? Se nos está haciendo muy tarde para regresar a casa.



CAPÍTULO TRECE

Cuando salí de la casa tras haber guardado todas las cosas del señor Campbell y dejarle sentado en un cómodo sillón frente a la tele, me encontré con Al. Volvía andando por la calle con paso tranquilo y las manos metidas en los bolsillos traseros de su pantalón.

—¿Qué haces? ¿Y la caravana? ¿No teníamos prisa?

—Tengo una muy mala noticia sobre eso —respondió Al—. La caravana no arranca.

—¿Cómo que no arranca? —grité.

—No hace nada. No sé qué le pasa —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Joder, pues habrá que arreglarla...

Eché a correr hacia la caravana, seguida por Al. Cuando llegamos a la puerta del conductor, me quedé esperando a que abriera. Él se me quedó mirando, sin entender qué quería.

—Ábreme, quiero comprobar que no funciona.

—¿Es que no te fías de mí? ¿Crees que te estoy mintiendo? —preguntó

molesto.

—No es eso, pero me gustaría probar a arrancarla.

El abrió la puerta mientras negaba con la cabeza. Me senté en el asiento del conductor y, cuando él me pasó las llaves, las metí en el bombín y las giré para tratar de encender el motor. La caravana no reaccionó en absoluto, como si se hubiera muerto. Ni un ruido ni un traqueteo... Nada.

—Dios, esto no puede ser —dije, desesperada—. Tenemos que arreglarla.

—Pues espero que tú sepas algo de mecánica, porque yo no tengo ni idea y dudo mucho que podamos encontrar un taller abierto a las nueve de la noche en un día festivo.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —pregunté.

—Sugiero que vayamos a cenar algo. Me muero de hambre.

—¿Lo estás diciendo en serio? —Me quedé esperando una respuesta, pero él se limitó a encogerse de hombros—. ¿Te importa algo en esta vida? ¿Te imaginas lo preocupados que estarán tus padres?

—¿Y qué quieres que haga? No podemos volver esta noche a Gardner ni podemos llamarles por teléfono. Joder, tú eres la médium. Contacta con alguno de los espíritus de la casa y que les den el recado.

—¿Es que no eres capaz de tomarte nada en serio?

—Sí, hay una cosa que me tomo muy en serio: el hambre que tengo. Vamos, yo invito.

Caminamos por *Beach Street* hacia el sur, siguiendo la línea de la playa, hasta

llegar a un pequeño restaurante situado frente al puerto. Al entró a pedir la cena y yo me quedé sentada en la terraza, observando el paisaje. Ya había anochecido, pero la luz de las farolas reflejada en el agua permitía contemplar las pequeñas embarcaciones de colores que se mecían con la marea. Las gaviotas seguían graznando en lo alto y, de vez en cuando, una de ellas se precipitaba sobre las aguas tratando de atrapar la cena. Desde el mar llegaba una agradable brisa con olor a sal, que traía también los sonidos de la feria. Se escuchaba la música lejana del carrusel y los gritos de la gente cada vez que la montaña rusa aceleraba. Me giré hacia el origen de aquellos sonidos. La feria estaba lejos del puerto, pero se podían ver las luces de la noria por encima de los tejados de los edificios. Era extraño, pero, a pesar de que seguía pensando en lo preocupada que estaría la familia de Al por nuestra ausencia, me encontraba a gusto, en paz, como hacía mucho tiempo que no me sentía. Me apoyé en el respaldo de la silla y dediqué los siguientes minutos a disfrutar de aquellas sensaciones sin más, sin pensar en lo que sucedería al día siguiente o al otro o con el resto de mi vida.

Al volvió poco después y depositó los dos platos sobre la mesa. Después, se colocó un brazo a la espalda y se inclinó hacia mí, imitando una torpe reverencia.

—Señorita, su cena.

—¿Y esto qué es? —pregunté, mirando mi plato con recelo.

—Rollitos de langosta —contestó mientras tomaba asiento—. Me han dicho que es la especialidad de la casa... Y, además, creo que son afrodisiacos.

—Aleister, por favor —dije, imitando la manera de llamarle de su madre cuando estaba enfadada con él—, haz el favor de comportarte.

—No me llames así, por Dios. Odio ese nombre. Es tan pomposo...

—Igual que el mío —le dije, riendo.

—¿Y cuál es tu nombre completo? Nunca me lo has dicho. ¿Elena? ¿Elisabeth? ¿Eleonor?

—No, ninguno de esos. —Volví la mirada a mi rollito de langosta, como si fuera lo más interesante del mundo, mientras pensaba si contestar. Al final, suspiré, dispuesta a confesar, pero rezando para que no se riera de mí—. Me llamo Eloise.

—Es un nombre muy bonito. ¿Por qué no quieres usarlo?

—Por el mismo motivo que tú: me resulta demasiado solemne... Era el nombre de mi tatarabuela y me lo pusieron en su honor. No tendrían que haberlo hecho

—¿Y qué tienes en contra de ella? —preguntó él con interés.

—No tengo nada en contra de ella. Es al revés. Mi tatarabuela fue una bruja muy poderosa, una mujer inteligente y culta a la que gente de todo el país acudía pidiendo consejo... Y tendrías que ver sus retratos. Era elegante, misteriosa... Su mirada y su presencia imponían. Y eso sólo en un retrato. En persona debía de ser fascinante. Yo no me merezco llevar su nombre.

—En ocasiones eres tan boba...

Me quedé callada, mirándole con la boca abierta. No podía entender por qué me hablaba de aquella manera cuando yo estaba contándole algo que me importaba. Él levantó su brazo, haciendo con la mano un gesto para que esperara y continuó hablando.

—No tienes ni idea de quién eres. He conocido a un montón de tías en mi vida y nunca había visto a alguien como tú —Negó con la cabeza y soltó

una risita—. Tienes todas esas cualidades y no puedes verlas... Eres inteligente, eres culta, eres elegante y misteriosa... Y tu mirada... Llevo hipnotizado por esa mirada desde que te conocí, preguntándome qué ocultas, qué secretos hay en tu cabeza...

Sentí que la cara me ardía como si tuviera fiebre. Agaché la cabeza sin atreverme a mirarle mientras trataba de aguantar unas estúpidas lágrimas que inundaban mis ojos sin que pudiera explicarme a cuento de qué venían. No sabía qué decirle. ¿Cómo explicarle que yo no veía nada de eso y que ni siquiera era capaz de creer que sus palabras fueran sinceras?

—Te prometí que te diría un buen cumplido cuando lo merecieras — siguió hablando él—. Te mereces todo lo que acabo de decirte. Te mereces el nombre de Eloise y, de hecho, te llamaré así cada vez que quiera decirte que creo que eres la chica más fascinante que he conocido nunca.

Solté un largo suspiro mientras levantaba la cabeza para mirarle. Aquellas milésimas de segundo se me hicieron eternas. Temía que, cuando por fin le mirase a los ojos, descubriría que estaba bromeando, que se estaba riendo de mí y que no se creía ni una sola de las palabras que había dicho. Pero no encontré nada de eso. Me miraba directamente a los ojos, de esa forma en la que mira la gente que no tiene nada que ocultar. Debió de darse cuenta de que aquella conversación me estaba poniendo muy nerviosa y que no estaba preparada para continuarla, porque me guiñó un ojo con complicidad.

—Pero tú a mí no me llames Aleister, por favor. Al menos hasta que tenga cuarenta o cincuenta años. Y ahora vamos a comer.

Después de cenar, fuimos paseando de vuelta a la caravana. Al se quedó unos pasos por detrás mientras luchaba contra el viento para encender un cigarrillo.

Cuando lo hubo conseguido, aceleró el paso hasta colocarse a mi lado, me tomó de la mano y tiró de mí hacia la playa. Fuimos caminando por la orilla en silencio, contemplando el reflejo de la luna y de las farolas en la superficie ondulante del agua, admirando el cielo oscuro cuajado de estrellas... Me sentía tan bien con mi mano en la suya, sin tener que decir nada, que me parecía que el pecho me iba a estallar. Sólo podía desear que aquella playa fuera eterna y que aquel momento no acabara nunca. Pero no fue así.

Pasamos de largo la casa del señor Campbell. No salía luz de ninguna ventana y, por un momento, sentí mucha pena por aquel hombre. Me pregunté si seguiría despierto con los ojos abiertos clavados en el techo de la habitación, atormentado por los fantasmas de su pasado.

Pocos pasos más adelante, divisé la silueta de la caravana. De repente, me di cuenta de algo que no me había planteado hasta el momento. Solté la mano de Al y me encaré con él.

—¿Dónde se supone que vamos a dormir?

—Ahí dentro —contestó él, encogiéndose de hombros.

—Pero sólo hay una cama —protesté.

—Pues tendremos que compartirla —dijo antes de seguir andando hasta llegar a la caravana y abrir la puerta.

—Si crees que voy a acostarme contigo porque me hayas dicho cuatro frases bonitas, que seguramente le has dicho a un montón de tías antes que a mí, lo llevas claro.

Él se detuvo como si hubiera sido alcanzado por un rayo, se giró hacia mí y recorrió en dos zancadas la distancia que nos separaba hasta colocar su rostro a apenas un par de pulgadas del mío. Incluso en aquella oscuridad pude percibir que sus ojos echaban chispas.

—Si piensas eso de mí, eres incluso más estúpida de lo que creía. — Resopló furioso—. Lo que te he dicho, lo he dicho de verdad, pero puedes pensar lo que te dé la gana. Puedes seguir creyendo que no vales nada y seguir ocultándote detrás de esa coraza.

—¿Qué coraza?

—Tienes una imagen de borde y de tía dura a la que no le importa nada, pero es sólo un disfraz. Debajo se oculta una chica asustada que cree que todo el mundo va a hacerle daño y que se protege incluso cuando nadie la está atacando. Crees que todos vamos a reírnos de ti porque piensas que tenemos razones para hacerlo, porque no te conoces en absoluto...

—¿Y tú sí? —le grité, sintiendo que estaba perdiendo el control.

—Parece que más que tú. Te lo he dicho antes. Yo sé que eres fuerte y valiente y que mereces muchísimo la pena, pero tú prefieres seguir ocultándote porque tienes miedo. No te gustas a ti misma, no te aceptas y por eso no dejas que los demás te vean.

—¿Tú me ves? ¿Ves todo eso en mí? —pregunté mientras notaba que las lágrimas escapaban de mis ojos.

—Yo sí lo veo—contestó, echándose un par de pasos hacia atrás—. Veo cómo eres en realidad y todo lo que podrías ser. Y me gusta lo que veo. Ojalá algún día te guste a ti.

Se giró de vuelta a la caravana, pero, cuando estaba a punto de llegar a la puerta, se giró de nuevo hacia mí.

—Voy a entrar ahí dentro y me voy a meter en la cama. Si quieres, puedes ir a buscar un hotel y nos encontraremos aquí por la mañana o, si lo prefieres, puedes entrar y dormir conmigo con la absoluta seguridad de que no voy a hacerte nada. Ahora mismo estoy demasiado enfadado contigo para

pensar siquiera en tocarte un pelo.

Se metió en la caravana dando un portazo y yo me quedé quieta en la calle sin saber cómo reaccionar. Sus palabras resonaban una y otra vez en mi cabeza y, de repente, empecé a llorar. Fue como si me planteara en un solo segundo cómo había sido toda mi vida. Lo que vi no me gustó. En realidad, yo era muy parecida a los fantasmas con los que contactaba. Siempre me había sentido desconectada de todo, invisible para los demás, desesperada por dejar de estar en un mundo tan frío, inhóspito y solitario... A veces, como los fantasmas, yo también quería que los demás se fijasen en mí, que se diesen cuenta de mi presencia... Y entonces lloraba o me ponía furiosa, como hacían ellos al emitir sus gemidos en mitad de la noche o al arrojar objetos. Y, al igual que a ellos, a mí tampoco me funcionaba. Los demás se asustaban, se marchaban o me ignoraban, pero nadie quería acercarse. Por eso, cuando los fantasmas encontraban a alguien con mi don, alguien capaz de percibir su presencia y hacerles sentir más reales, se aferraban con toda la fuerza de su desesperación. Eso era lo que yo sentía en aquel momento por Al. Por fin alguien había visto cómo era en realidad y no había salido huyendo, por fin había encontrado a alguien que me reconocía y me hacía sentir viva... Y con mi estúpida inseguridad no hacía otra cosa que alejarle.

Cuando dejé de llorar, me planteé qué hacer. Me daba vergüenza entrar en la caravana, pero estaba segura de que no encontraría ninguna habitación de hotel a aquellas horas y menos con el pueblo en fiestas. Respiré profundamente unas cuantas veces y abrí la puerta. El interior estaba oscuro y no se veía a Al por ninguna parte. Supuse que ya estaría en la cama, que estaba separada del resto de la caravana por una tupida cortina. Intenté acercarme sin hacer ruido, pero no tuve ningún éxito.

—Te he dejado mi camiseta en una silla para que puedas dormir con ella

—dijo desde el otro lado de la cortina—. Si duermes con tu ropa, mañana estará hecha un asco.

—Pero te la voy a arrugar... —protesté.

—Por Dios, Eli... Has visto las pintas que llevo normalmente. ¿Crees que me importa que mi camiseta esté arrugada?

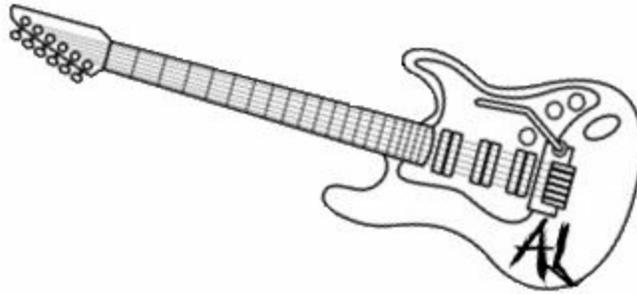
Sonreí y busqué a tientas la camiseta. Me desvestí y me la puse. Fue una sensación agradable sentir su olor y el calor que todavía conservaba la prenda rodeándome. Corrí la cortina y me subí a la cama. Con la suave luz que entraba por la ventana, pude percibir la forma de su cuerpo. Estaba girado hacia la pared, dándome la espalda. Supuse que todavía estaba enfadado. Había algo más en la cama, un bulto oscuro que, de repente, me sorprendió con el flash de unos ojos amarillos.

—He puesto a Apolyon en medio para que te sientas más segura. Ya sabes que ese gato endemoniado me odia y no me dejará pasar.

Noté un matiz de humor en su voz y me relajé. No estaba tan enfadado como quería hacerme creer. Me tumbé en la cama y me quedé quieta y en silencio. Unos minutos después, cuando él pensó que ya me había quedado dormida, se volvió hacia mí y me susurró:

—Buenas noches, Eloise.

Me dormí con una sonrisa, acariciada por aquel nombre susurrado, que, por primera vez en mi vida, pensaba que podía merecer.



CAPÍTULO CATORCE

Al entró en la caravana y dejó sobre la mesa los dos cafés y la caja de donuts que había comprado. Después se acercó hasta la parte trasera y describió la cortina. Eli continuaba dormida, abrazando a Apolyon como si fuera un peluche. Se apoyó en la pared y la contempló con una sonrisa en los labios. Estaba muy bonita con el pelo desordenado cubriendo la almohada, sus largas pestañas haciendo sombra sobre sus mejillas y una expresión de paz en la cara. Era una pena que, cuando estaba despierta, se pasara el día con el ceño fruncido y que hacerla sonreír costase un triunfo. El sueño debía de sacar la parte más encantadora de cada uno, porque incluso su gato diabólico parecía adorable. Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Apolyon abrió los ojos, los fijó en él y le bufó amenazadoramente.

Aquello sacó a Eli del sueño. Abrió los ojos, se sentó en la cama y se estiró mientras daba un largo bostezo.

—Buenos días, dormilona.

—Buenos días —dijo ella mientras se frotaba los ojos—. ¿Qué hora es?

—Ya son más de las nueve. Llevo dos horas levantado dando vueltas

por el pueblo.

—¿Y a dónde has ido con esas pintas? ¿A dar un concierto de heavy metal?

Al se contempló y sonrió. La verdad era que tenía que darle la razón. Sólo llevaba la chaqueta de cuero, directamente sobre la piel, como algunas estrellas de rock.

—Bueno, llevas puesta mi camiseta y creo que te habrías enfadado mucho si hubiera tratado de recuperarla —dijo con una sonrisa burlona—. ¿Me la devuelves, por favor?

—¿Ahora? —preguntó ella, enrojeciendo al instante.

—No, mujer... Salgo para que te cambies. Te espero fuera con el desayuno.

Volvió a correr la cortina para dejarle intimidad, recogió el desayuno y salió a la calle. Lo dejó todo sobre un banco que miraba directamente al mar y encendió un cigarrillo para esperarla. Se sorprendió pensando que, aunque sólo habían pasado un día en aquel lugar, iba a echarlo de menos. Además de ser un pueblo precioso, sentía que las horas pasadas allí le habían servido para acercarse más a Eli. Era cierto que habían pasado la mayor parte del tiempo discutiendo, pero sentía que, de alguna manera, estaban más unidos y se conocían mejor de lo que lo habían hecho el día anterior. Escuchó la puerta de la caravana al cerrarse y se giró. Eli se acercaba a él con su camiseta en la mano.

—Te cambio tu camiseta por uno de esos cafés —dijo ella.

—Es mi camiseta favorita. Te ofrezco un café y un donut.

Ella asintió, le pasó la camiseta y se sentó a su lado. Él se quitó la

chaqueta de cuero y se vistió, sintiendo que los ojos de Eli no se separaban de su cuerpo. Pensó en hacer alguna broma, pero ella le cortó con una pregunta.

—¿Qué has estado haciendo estas dos horas aparte de traer el desayuno?

—He buscado a un mecánico y le he traído hasta aquí. La caravana ya está arreglada.

—Pues sí que he dormido profundamente. No me he enterado de nada. —Se sorprendió Eli—. ¿Qué le pasaba?

—Se había fundido el fusible de la bomba de gasolina... En realidad era una tontería y no ha tardado en arreglarlo ni cinco minutos. Eso sí, me ha soplado cincuenta dólares.

—Bueno, pero al menos podemos irnos. ¿No te preocupa la bronca que te van a echar tus padres?

—No. Les tengo controlados. —Al se rió y negó con la cabeza—. Es mentira. Me van a matar. Casi puedo ver a mi madre gritando como una histérica y a mi padre mirándome con esa cara de “Me has decepcionado mucho, jovencito”.

—Lo siento —dijo Eli, poniéndole una mano en la rodilla para apoyarle.

—Yo no lo siento. No lo siento en absoluto. Ha merecido la pena. —Al le dedicó una dulce sonrisa antes de ponerse en pie—. Venga, movámonos. Es hora de volver.

En cuanto la caravana franqueó la verja de entrada, la puerta de la casa se abrió y los padres de Al salieron y corrieron hacia ellos. Al detuvo la caravana, se bajó y se acercó para saludarles, pero, en lugar de un abrazo de

su madre, recibió una bofetada que le hizo girar la cabeza.

—¿Dónde estabais? —le preguntó gritando.

Su padre se acercó por detrás y la abrazó por la espalda. Al no supo si trataba de tranquilizarla o de evitar que le diera un nuevo tortazo. No entendía qué pasaba. Comprendía que su madre era un poco histérica y que habría estado muy preocupada por él, pero no era normal que reaccionase así. Que él pudiera recordar, era la primera vez en toda su vida que le ponía la mano encima.

—Tranquilízate, mamá... —le dijo con voz suave para intentar calmarla—. Se nos estropeó la caravana y no teníamos manera de avisaros, pero ya estamos aquí. Todo está bien.

—No, nada está bien —le contradijo ella entre sollozos—. Es Laetitia... No sabemos qué le pasa.

Al sintió que una corriente helada recorría su columna vertebral. ¿Qué le había pasado a su hermana? Era cierto que se llevaban fatal y que la mayor parte del tiempo le sacaba de quicio, pero no quería ni imaginar durante un solo segundo que le pudiera haber sucedido algo malo.

—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está?

—Está en tu habitación —contestó su padre—. No reacciona... Lleva así todo el día.

Al salió disparado hacia la casa, cruzó a la carrera el vestíbulo y subió las escaleras de dos en dos. Cuando llegó a la puerta de la habitación, se quedó paralizado. ¿Qué era todo aquello? Laetitia parecía dormida, tumbada en el suelo dentro de un pentágulo dibujado con tiza. Había velas consumidas por todas partes y el aroma a sándalo e incienso aún inundaba el aire.

Escuchó los pasos de los demás, que ya habían conseguido llegar. Eli se puso a su lado en el umbral y contempló la habitación con la boca abierta.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó ella.

—Creemos que estuvo practicando la ouija ayer por la noche. Encontramos esto a su lado en el suelo —Lucrecia entró en la habitación y recogió un papel en el que aparecía dibujado un tablero—. No sabemos qué intentaba ni a quién llamó, pero debió de salir mal porque no conseguimos despertarla.

—Tenemos que llevarla al médico —dijo Al, nervioso.

—No va a servir de nada —repuso Eli—. Creo que esto es lo mismo que le pasó a Alyssa, lo que nos contó el señor Campbell. Los médicos no van a encontrar nada físico. Tendremos que esperar a que se despierte.

—Yo no voy a quedarme esperando con los brazos cruzados mientras mi hermana se puede estar muriendo.

Eli asintió y entró en la habitación. Se agachó cerca del cuerpo de Laetitia y recogió un pequeño objeto que había en el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Al.

—Es el amuleto de protección que le di.

Eli se acercó a él y se lo enseñó. La cuerda estaba rota y la tela que formaba el saco estaba rasgada, de modo que se podía ver que las ramas y hojas que ella había colocado dentro se habían salido.

—¿Crees que el ser que la atacó se lo quitó y lo rompió? —preguntó Al.

—No. Si lo hubiera llevado puesto, ningún ser habría podido atacarla. —Eli suspiró apenada—. Creo que se lo arrancó y lo destrozó ella misma porque yo se lo había regalado. También creo que realizó este ritual porque

sintió que la estábamos dejando de lado y quiso demostrarnos lo gran médium que es resolviendo ella sola el caso. Todo es culpa mía. He hecho que se sintiera desplazada...

—Y una mierda es culpa tuya —la interrumpió Al—. Si mi hermana es gilipollas, no es culpa de nadie más.

—¡Aleister, no hables así de tu hermana! —gritó Lucrecia, llorando.

—Y tú no me llames Aleister —respondió él, también a gritos.

—Chillándonos los unos a los otros no vamos a conseguir nada —intervino James—. Vamos a tranquilizarnos y a pensar qué hacer.

Todos se quedaron en silencio mirando el cuerpo inerte de Laetitia. Al se dejó caer a su lado y le acarició la cara con un dedo, como si tuviera cuidado de no despertarla, mientras su madre volvía a estallar en sollozos. Notó que alguien le ponía la mano en el hombro y se giró.

—Creo que será mejor que os deje a solas —le susurró Eli—. Tranquilo, pensaré algo para ayudar a tu hermana. No permitiré que le pase nada malo.



CAPÍTULO QUINCE

Entré en mi habitación y fui directa hacia la ventana para coger la caja de música que había dejado en el alfeizar. Tenía que hacer algo por Laetitia y mi abuela era la única que podía ayudarme. Cuando vi que la caja no estaba en su sitio, sentí una garra apretándome las entrañas. ¿Dónde estaba? ¿Qué habían hecho con ella? Escuché un ruido a mis espaldas, una especie de risa burlona, pero cuando me giré no había nada.

Paseé la mirada por la habitación, desesperada. Vi la caja tirada en un rincón y corrí hacia ella mientras rezaba para que no se hubiera roto. Me senté en el suelo y la recogí. La bailarina estaba un poco torcida hacia un lado y el espejo tenía una raja que lo cruzaba de arriba abajo. Esperaba que nada de todo aquello impidiera que siguiera funcionando, pero, cuando fui a comprobarlo, no pude. La pequeña pieza de metal que servía para darle cuerda no estaba en su sitio. Dejé la caja en el suelo y empecé a buscarla enloquecida. No podía haberse perdido. Seguramente, cuando la caja se cayó al suelo, había salido despedida en cualquier dirección.

Me pasé buscando un montón de tiempo, recorriendo con las manos aquel suelo de madera, buscando en cada ranura... Al final tuve que reconocer

que no estaba y que no iba a encontrarla por mucho que lo intentara. La caja de música no se había caído. Alguien la había tirado, esperando que se rompiera, y se había llevado esa pieza para que no pudiera ponerla en marcha.

Volví a escuchar la risa burlona a mis espaldas. En aquel momento me encontraba tan frustrada, tan furiosa, que creo que me habría lanzado sobre cualquier fantasma. Pero detrás de mí no había nadie. Quien hubiera hecho aquello se escondía de mí, no quería mostrarse. En lugar de asustarme, sentí un extraño orgullo inundando mi pecho. Si aquel ser estaba tomándose tantas molestias para neutralizar mi poder, era porque me tenía miedo.

—No vais a vencerme, hijos de puta —le dije al aire vacío de la habitación.

Salí al pasillo y bajé las escaleras para dirigirme al jardín. Tenía que pensar en cómo ayudar a Laetitia y necesitaba aire puro para despejarme. Por desgracia, cuando llegué, descubrí que no iba a poder estar a solas. James estaba allí, sentado en un banco con la mirada perdida mientras le daba unas caladas a su pipa. Cuando me escuchó salir, se sobresaltó y se quitó la pipa de la boca.

—Tranquilo, soy yo —le dije, riendo.

—Eli, hija, qué susto me has dado. Pensaba que era Lucrecia. — El hombre soltó un suspiro de alivio—. Con lo alterada que está ahora mismo, me habría hecho tragar la pipa.

—Supongo que entendería que todos estamos muy nerviosos con lo que está pasando y se mostraría comprensiva —dije, sentándome a su lado.

—No la conoces en absoluto. —James negó con la cabeza—. Creo que en realidad ella sabe que tanto Al como yo fumamos, pero se hace la loca porque así, al menos, no lo hacemos en su presencia. Es mucho más retorcida

de lo que tú crees. Si me pillara, encontraría alguna manera de hacérmelo pagar.

—Pensaba que no sabías que Al fumaba —comenté.

—Sí, claro que lo sé. ¿Tú también fumas?

—No, no me gusta. Aunque tengo que reconocer que el tabaco de pipa huele muy bien.

—Si un día, cuando todo esto haya pasado, tenemos un rato, te enseñaré a encender una. ¿Te apetece?

Me quedé en silencio unos segundos. Con las cosas que estaban ocurriendo, parecía que la pesadilla no fuera a terminar nunca. Además, si conseguíamos acabar el trabajo, ellos volverían a New Jersey y yo a Swanton. Era muy probable que no volviéramos a vernos nunca. Ese pensamiento me puso muy triste, pero meforcé a sonreír. En aquel momento necesitábamos imaginarnos un mañana en el que todo hubiera salido bien y en el que tuviéramos un rato para sentarnos al sol y que él me explicara aquellas cosas.

—Trato hecho —le dije mientras asentía.

Nos quedamos un rato en silencio, disfrutando de la tranquilidad del jardín, tratando de absorber la luz del sol y la frescura del aire antes de regresar a las sombras y la atmósfera pesada y agobiante de la casa.

—¿Sirvió para algo el viaje a Boston? —me preguntó de repente.

—Sí. Reconocieron que el Grupo Alpha había estado aquí y nos indicaron dónde encontrar a un testigo que todavía vive en Rockport. Fuimos allí y nos contó que realizaron una sesión de espiritismo para que la señora Cavendish pudiera contactar con su hijo muerto. Parece ser que algo salió mal. Alyssa, la hija de la familia, cayó inconsciente durante varios días, como le ha

sucedido ahora a Laetitia. Después despertó como si nada hubiera pasado.

Sabía que le estaba ocultando cosas, pero no tenía el valor de contarle en aquel momento que la madre había vuelto a escribir al Grupo Alpha pidiendo ayuda porque meses después su hija seguía comportándose de manera extraña y que, para cuando llegaron a ayudarlas, toda la familia había muerto. No iba a permitir que le sucediera lo mismo a Laetitia.

—¿Eso puede ayudarnos en algo? —preguntó él.

—Espero que sí. Cuando la chica estaba en trance, pronunció un nombre: William. El mismo que apareció en la psicofonía que grabaste. Ahora sólo nos queda descubrir quién es.

—Espero que lo consigamos. Por cierto, ¿podrías decirme que le pasó a la caravana?

—Sí. Al me lo dijo... —Hice un esfuerzo para recordar las palabras exactas—. Se había fundido el fusible de la bomba de gasolina. Tuvimos que esperar a que se hiciera de día, Al fue a buscar a un mecánico y lo arreglaron.

—Eso es imposible. ¿Estás segura?

—Eso es lo que me dijo Al. ¿Es que ese fusible no puede fundirse?

—Claro que puede, pero es imposible que Al necesitara un mecánico para arreglar eso. —James no pudo evitar reírse ante mi cara de estupefacción—. Hay dos cosas en el mundo que apasionan a Al: las guitarras y los motores. Habría podido detectar y arreglar una avería así con los ojos cerrados.

—No me lo puedo creer. Será capullo. —Me levanté para volver a la casa a buscarle—. Disculpa, sé que es tu hijo, pero creo que voy a matarle.

—Lo comprendo. No está dentro. Le he visto ir hacia el bosque hace unos minutos —dijo señalándome la parte trasera de la casa—. Creo que él

también necesitaba fumar.

Me despedí con una sonrisa y rodeé la casa para buscarle. Revisé el jardín trasero por si se encontraba allí, pero no le vi, así que me interné entre los árboles. En cuanto hube caminado unos pasos, empecé a preocuparme. En aquel bosque tan grande y frondoso era probable que no le encontrara. Me giré por un momento y me aseguré de que veía la casa y el estanque desde donde estaba para no perderme.

Por suerte, no tuve que caminar mucho más para encontrarle. Estaba de pie en un claro, apoyado contra un tronco. Ni siquiera estaba fumando. Tan sólo se mantenía quieto, con la mirada perdida en las ramas de los árboles.

—Hola —le saludé antes de entrar en el claro para no asustarle.

—Ah, hola, Eli. —Parecía confuso, como si acabara de regresar de un sueño.

—¿Qué tal estás? —dije, acercándome a él.

—Preocupado por Laetitia —confesó—. ¿Qué tal tú?

Por un momento me dio pena tener que echarle la bronca en aquellas circunstancias, pero necesitaba saber por qué me había engañado, así que fingí una sonrisa y seguí hablando como si aquello fuera una conversación casual.

—Bien. Acabo de estar hablando un rato con tu padre. Me ha contado algunas cosas interesantes sobre ti. —Él levantó una ceja, interesado—. No sabía que te gustaba la mecánica y que eras todo un experto en la materia.

Él resopló y agachó la cabeza, haciendo que su flequillo le cubriera los ojos por completo. Supuse que en aquel momento ni siquiera se atrevía a mirarme a la cara.

—Me mentiste. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué esperabas conseguir? ¿Creías

que iba a pasar algo entre nosotros si me engañabas para que pasáramos la noche juntos?

—No, no es eso. Lo único que quería era exactamente lo que pasó: estar unas horas a solas, poder conocerte más, fingir, aunque sólo fuera por un rato, que éramos un chico y una chica normales que no tienen que preocuparse por maldiciones, casas encantadas y fantasmas.

Se quedó en silencio unos segundos antes de volver a levantar la cabeza. Me sorprendí al ver que dos lágrimas enormes habían escapado de sus ojos azules.

—La he cagado, Eli —me dijo con la voz rota por los sollozos contenidos—. Si hubiéramos vuelto, Laetitia habría dormido en la caravana y no habría hecho ese ritual. Está así por mi culpa y no sé qué hacer para arreglarlo.

Me acerqué aún más y él rodeó mi cintura con los brazos mientras apoyaba su cabeza en mi hombro. Yo le abracé con fuerza. Nos quedamos así durante mucho tiempo, mientras yo trataba de decidir qué hacer. Las palabras de mi abuela resonaban en mi cabeza: “Júrame que no tratarás de hacer nada contra esos seres sin saber exactamente a qué te enfrentas y sin haberlo consultado conmigo primero”. Sabía que mi abuela tenía razón, que no poseía los conocimientos necesarios para enfrentarme a ellos yo sola, que algo podía salir mal y que yo también podría quedar atrapada como Laetitia... Pero tenía que hacer algo, tenía que ayudar a Al.

—No te preocupes. Lo solucionaré.

—¿Y qué vas a hacer?

—Conocemos el nombre de ese hijo de puta y sabemos exactamente dónde está. Vamos a echarlo del cuerpo de tu hermana y de esta casa. Para

siempre.

Ya lo tenía todo preparado. Era increíble la cantidad de objetos mágicos que Lucrecia guardaba en la caravana. Me había prestado velas de todos los colores, incienso, quemadores... Incluso me había dejado un precioso *athame* [vii] de plata con runas grabadas en su empuñadura. Hice una última comprobación y me giré hacia los McNeal:

—Ya está todo. Ahora tenéis que marcharos para que pueda empezar.

—¿No prefieres que me quede, cariño? —preguntó Lucrecia—. Sé de estos temas y podría ayudarte...

—No. Esto puede ser peligroso y no podré concentrarme si tengo que estar preocupada de protegeros. Quiero que os marchéis todos y que salgáis de la casa. De hecho, lo mejor sería que cogierais la caravana y os fuerais a Gardner a tomar algo durante un par de horas.

—Si crees que voy a marcharme y dejarte sola, es que estás completamente loca —dijo Al.

En sus ojos sólo vi determinación. Supe que iba a ser difícil convencerle, pero era imposible que se quedara allí conmigo. Él era precisamente la última persona del mundo que querría tener en aquella habitación. ¿Cómo iba a concentrarme mientras temía que pudiera pasarle algo malo? Negué con la cabeza y me enfrenté a él, irguiéndome todo lo posible para parecer más autoritaria:

—No, Al. No vas a quedarte aquí digas lo que digas. Hasta que no salgas de la casa no voy a hacer absolutamente nada. —Me giré hacia sus padres—. Por favor, lleváoslo.

Le di la espalda y fingí estar muy ocupada revisando todos los utensilios que necesitaba para el ritual. Cada uno de sus padres le agarró por un brazo e intentaron guiarle hacia la puerta. Él se revolvió, consiguió soltarse y volvió a acercarse a mí.

—Eli, por favor, no hagas esto —me suplicó.

Fue extraño, pero me sentí bien al ver lo preocupado que estaba por mí, lo mucho que le importaba. Le miré a los ojos y le sonreí agradecida mientras volvía a negar con la cabeza.

—Tengo que hacerlo. Tenemos que salvar a Laetitia. Sé que no os lleváis bien, pero es tu hermana. No podemos dejarla así.

—¿Crees que no lo sé? —me preguntó rabioso—. Claro que quiero salvarla, pero no así... No si puedo perderte. Encontraremos otra manera.

—Pero si ni siquiera crees en esto... Según tú, en esta habitación no va a suceder absolutamente nada.

—No soy gilipollas... Después de lo que he visto, por supuesto que creo que en esta casa pasan cosas raras. —Volvió a suavizar su tono de voz hasta convertirlo en una súplica—. Eli, por favor, no me hagas esto.

—Si crees en estas cosas, cree también en mí. Sé que puedo hacerlo y que no me pasará nada malo. Por favor, vete.

Hice otro gesto a sus padres para que se lo llevaran. Ellos se acercaron y volvieron a agarrarle por los brazos. Esta vez él no se resistió y salió con ellos, caminando hacia atrás, sin separar sus ojos de los míos. Aquello me puso muy nerviosa. Me dio la impresión de que él trataba de grabar mi imagen en su memoria para atesorarla por si no volvía a verme con vida. Cuando la puerta se cerró tras ellos y dejé de estar hechizada por su mirada, me puse a temblar. Toda la seguridad que había mostrado era en realidad una fachada.

Estaba aterrada y sabía con certeza que lo que iba a hacer me quedaba demasiado grande.

Empecé a encender las velas mientras me decía a mí misma que no iba a sucederme nada malo. El ritual que iba a realizar era el mismo que había hecho para salvar a la hermana de Kev. Tan sólo tenía que mantenerme dentro del círculo de protección para estar a salvo mientras invocaba a ese ser y le obligaba a abandonar el cuerpo de Laetitia y dejar nuestro plano para siempre.

Comencé a trazar el círculo de protección, siguiendo con mucho cuidado todos los pasos del ritual. La realización de aquellas acciones metódicas y ordenadas tuvo el efecto de ir tranquilizándome y devolviéndome la seguridad. Cuando terminé de trazarlo, me coloqué dentro y me dispuse a comenzar. Respiré varias veces para expulsar cualquier resto de ansiedad y concentrarme y empecé a hablar:

—Éste es un tiempo que no es tiempo y un sitio que no es sitio. Estoy ante el umbral de dos mundos, ante el velo de los misterios. Que los Dioses me protejan y me guíen a través de esta travesía mágica. —Empecé a encender las velas mientras seguía recitando las palabras que cerrarían el círculo—. El círculo está cerrado. Nada que no haya sido llamado entrará en él y podré cumplir los propósitos de este ritual. Que los Dioses y los Guardianes me guíen y me protejan.

La atmósfera de la habitación había cambiado. Incluso desde el interior del círculo podía sentir que se había vuelto más pesada, más opresiva... Hasta la luz que entraba por las ventanas parecía haberse debilitado. Contemplé el cuerpo de Laetitia, que continuaba tumbada sin reaccionar. Tomé aire de nuevo y me dije a mí misma que podía hacerlo, que había nacido para eso.

—Yo te conjuro, William, por el Destino de los Destinos, que vengas a mí, en este día, en esta noche, y accedas a este acto de servicio a mí. De no ser

así, te sobrevendrán nuevos castigos.

Volví a escuchar aquella risa burlona. Parecía que aquel ser no quería ponérmelo fácil. Debía de ser un espíritu muy poderoso si podía resistirse a mi invocación, teniendo en cuenta que había utilizado su nombre verdadero. Decidí no rendirme e intentarlo de nuevo.

—Yo te conjuro, William, por el Destino de los Destinos, que vengas a mí, en este día, en esta noche, y accedas a este acto de servicio a mí. De no ser así, te sobrevendrán nuevos castigos.

En esa ocasión no escuché una risa, sino un gemido de dolor pronunciado en un volumen muy bajo, como si quien lo estuviera profiriendo tratara de ocultarlo. Le estaba haciendo daño no acudir a mí y no quería que me diera cuenta. Aquello me arrancó una sonrisa e hizo que me sintiera más segura. Pronuncié la invocación por tercera vez, sintiéndome mucho más confiada y poderosa.

—Yo te conjuro, William, por el Destino de los Destinos, que vengas a mí, en este día, en esta noche, y accedas a este acto de servicio a mí. De no ser así, te sobrevendrán nuevos castigos.

El cuerpo de Laetitia empezó a temblar. Pensé que el espíritu de William lo estaba abandonando y que estaba cerca de conseguirlo, pero el ser continuaba resistiéndose. Me di cuenta de que Laetitia empezaba a hacer ruidos extraños. Al fijarme en sus labios vi que estaba vomitando, pero que, al estar boca arriba e inmóvil, no conseguía expulsar el líquido que llegaba a su boca. Se estaba ahogando. Si no hacía nada, se moriría en cuestión de segundos.

—Déjala en paz —le grité a aquel ser—. No te atrevas a hacerle daño o, por el poder de los Dioses y de los Guardianes, conseguiré que tu alma sea

condenada por toda la eternidad.

Una carcajada llenó la estancia, mientras Laetitia continuaba convulsionando en el suelo. Los sonidos que salían de su boca eran cada vez peores, más apremiantes... Tenía que hacer algo. No podía permitir que aquel ser la matara frente a mis ojos.

Salí del círculo y me acerqué a ella para colocarla sobre el costado y que pudiera vomitar sin ahogarse. Cuando me puse de rodillas a su lado, abrió los ojos. No era la mirada de Laetitia. Era una mirada feroz, cargada de odio. Se incorporó y me agarró por los brazos, mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa de depredador. Me sentí estúpida. Aquel ser me había tendido una trampa y había caído.

Laetitia soltó uno de mis brazos y con la mano libre agarró el amuleto que yo llevaba al cuello y tiró del cordón. En cuanto puso la mano alrededor de él, escuché el chisporroteo de la carne quemada, como si ella hubiera colocado su mano sobre una plancha a fuego fuerte. Aún así, no la retiró. Pegó un fuerte tirón y consiguió romper el cordel y arrojar el amuleto lejos de mí. Después me dirigió una sonrisa de triunfo, colocó sus manos alrededor de mi cuello y empezó a apretar.

Traté de liberarme, pero Laetitia, poseída por aquel ser, tenía mucha más fuerza que yo. Seguimos luchando mientras el ambiente de la habitación iba haciéndose cada vez más frío y espeso. Los cristales de la habitación empezaron a vibrar, como si acabara de sonar un potente trueno que yo no había podido oír. Estallaron hacia dentro, rompiéndose en mil pedazos y cubriendo nuestros cuerpos con una lluvia punzante. Rodamos por el suelo sobre aquellos cristales, pero ni siquiera pude percibir el dolor de los cortes. Tan sólo podía pensar en soltarme de su mortal abrazo, en conseguir un poco de oxígeno. Notaba que la vista se me iba nublando y que cada vez tenía

menos fuerzas para luchar.

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Al y su padre entraron a la carrera y se lanzaron sobre nosotras. Con un gran esfuerzo, consiguieron apartar las manos de Laetitia de mi cuello y la sujetaron. Parecía un animal rabioso. Gritaba y lanzaba dentelladas al aire mientras seguía forcejeando para liberarse y volver a atacarme. Lucrecia se acercó a su hija, llevando un crucifijo.

—Por el poder de Dios te ordeno que abandones este cuerpo. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*

Siguió repitiendo aquellas palabras una y otra vez, sin obtener ningún resultado. Yo sabía que no iban a funcionar. No estábamos luchando contra un demonio. Sin embargo, no pude decírselo. Estaba demasiado ocupada tratando de respirar.

De repente, Laetitia lanzó un grito desesperado, que despertó ecos en toda la casa. Se quedó rígida y cerró los ojos. Había vuelto a caer inconsciente. Al y su padre la depositaron con cuidado en el suelo y se acercaron a mí.

—¿Estás bien? —me preguntó Al.

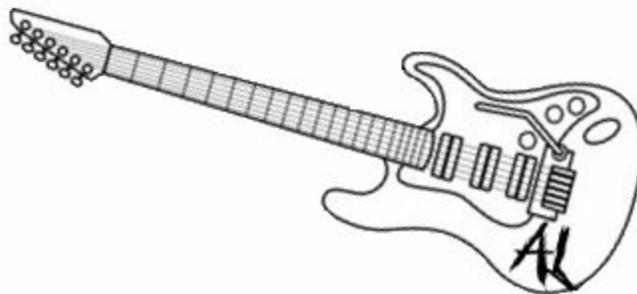
—Sí, tranquilo... —Le lancé una mirada entre confusa y enfadada—. ¿No os dije que os marcharais y os alejarais de la casa?

—Puedes dar gracias a que mi hijo es un cabezota y se negó a marcharse —dijo James—. ¿Qué ha pasado?

—Que soy imbécil. Ese ser me amenazó con ahogar a Laetitia y salí del círculo de protección —contesté mientras negaba con la cabeza—. Joder, es un error de principiante.

—¿Entonces no has conseguido nada? —preguntó Lucrecia.

—No y no creo que pueda hacerlo. Tiene a Laetitia de rehén. No puedo hacer nada contra él sin que le haga daño. —Me separé de ellos unos pasos, recogí mi amuleto del suelo y, tras unir el cordel con un nudo, me lo puse de nuevo—. Tenemos que buscar otra forma de acabar con él.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Al abrió los ojos en la oscuridad, sintiéndose confuso y desorientado. No sabía muy bien dónde estaba ni qué le había despertado, pero, después de unos segundos, empezó a recordar. Estaba en la habitación del fondo del pasillo de la casa Cavendish. No estaba durmiendo en la suya porque las ventanas estaban rotas y el suelo seguía cubierto de cristales. Se suponía que le tocaba estar de guardia por si había algún cambio en el estado de su hermana, pero, en algún momento de la noche, debía de haberse quedado dormido. De repente, comprendió qué era lo que le había despertado. El reloj de pared de la planta baja estaba sonando, despertando ecos con sus potentes campanadas.

Giró la cabeza para observar a Laetitia y sintió que toda la sangre de su cuerpo se congelaba. No estaba. Había aprovechado que él se había quedado dormido para largarse. Se puso en pie de un solo salto y salió al pasillo. Tampoco estaba allí. Corrió hacia la habitación de sus padres, abrió sin llamar y se coló dentro.

—¡Laetitia no está! —les gritó—. Se me ha escapado.

Vio que sus padres se incorporaban al instante y que empezaban a salir de la cama, aún algo torpes y confusos. No se quedó a esperarles. Salió de la

habitación y corrió hacia la puerta de Eli para despertarla y pedirle que le ayudara a buscar a su hermana antes de que se hiciera daño.

Cuando abrió la puerta, se quedó paralizado. Ya no hacía falta buscar a Laetitia. Estaba allí, arrodillada al lado del cuerpo de Eli, que seguía durmiendo ajena a todo. En sus manos entrelazadas llevaba un enorme cuchillo de cocina. Cuando le oyó entrar, desvió por un segundo la mirada, le lanzó una sonrisa malévola y bajó el cuchillo.

Al se lanzó hacia ella de un salto, sin pensarlo un segundo. Cayó sobre el cuerpo de Eli y empujó a Laetitia hacia atrás. Sintió un agudo dolor en el brazo, pero no le hizo caso. Intentó agarrar las manos de su hermana y quitarle el arma, pero ella se resistía, lanzando cuchilladas ciega de ira.

Eli consiguió salir de debajo de su cuerpo y también intentó agarrar las manos de Laetitia. Al escuchó los pasos de sus padres, que les rodearon y trataron de sujetar a su hermana por la espalda. El cuchillo cayó al suelo y tintineó durante unos segundos mientras Laetitia volvía a quedar inerte entre sus brazos.

—¡Dios mío, Al! —gritó Lucrecia—. ¡Estás sangrando!

—Eso da igual ahora. ¿Qué hacemos con ella?

—Sé que sonará duro, pero hay que atarla —contestó Eli—. No podemos arriesgarnos a que ese ser vuelva a poseerla para atacarnos.

Los padres de Al se quedaron unos segundos en silencio. Se escuchó un sollozo de su madre y su padre se acercó a abrazarla. Cuando la mujer se tranquilizó un poco, ambos se giraron hacia Eli y asintieron.

—Tienes razón— dijo Lucrecia—. Llevadla a nuestra habitación y ponédla en la cama. Voy a buscar unas cuerdas.

Les costó mucho esfuerzo llevar su cuerpo, que continuaba totalmente rígido, hasta la cama. Lucrecia apareció con las cuerdas y se aseguraron de que quedara bien atada. Durante un par de minutos, todos se quedaron quietos y en silencio a su alrededor, hasta que Al no pudo aguantarlo más. Aquella escena se parecía demasiado al velatorio de un cadáver.

—¿Queréis que me quede a hacer guardia? Prometo no volver a dormirme —dijo, arrepentido.

—No, hijo. —Su madre se acercó a él, le levantó la manga de la camiseta y observó el corte, que seguía sangrando—. Parece que es superficial, pero deberías curarlo. Ve con Eli a la caravana y que te ayude a desinfectarlo y vendarlo. Sabes dónde está el botiquín, ¿verdad?

—Sí, debajo del asiento del copiloto —contestó Al.

—Eso es. Marchaos y no os preocupéis por nada —dijo ella—. Nosotros cuidaremos de Laetitia esta noche.

Eli se disculpó un momento y entró en su habitación para vestirse. Al la imitó. Se puso sus vaqueros y las botas y recogió una camiseta limpia y su chaqueta para ponérselas cuando el corte dejara de sangrar. Después siguió a Eli hasta la caravana.

Se sentó en una silla a esperar a que ella encontrara el botiquín. La verdad era que aquel corte dolía muchísimo y que se sentía algo mareado. Eli se sentó a su lado y empezó a curarle la herida. Él intentó no mirar ni hacer ningún sonido, pero, en el momento en el que el algodón tocó la herida, no pudo evitar que se le escapara un gemido de dolor a pesar de tener los dientes apretados.

—Tranquilo, acabaré pronto. —Ella le miró y le guiñó un ojo—. Puedes quejarte o llorar si quieres. No dejaré de pensar que eres un tipo duro por

esto.

—Estoy bien. No pasa nada —mintió él—, pero acaba cuanto antes.

Ella terminó de desinfectar la herida y le puso una venda. Después sacó dos analgésicos del botiquín y se los pasó junto a un vaso de agua.

—Muchas gracias —le dijo él.

—¿Gracias? Gracias a ti. Acabas de salvarme la vida.

—Bueno, no ha sido nada... Ni siquiera lo pensé. —Al se frotó la cara con las manos, como si tratara de ahuyentar una pesadilla—. No puedo creer que Laetitia te atacara. Si no llega a despertarme ese puto reloj...

—¿Qué reloj? —preguntó Eli, sorprendida.

—El reloj de pared que está al lado de las escaleras. Me despertó el ruido de sus campanadas.

—Eso no tiene sentido —dijo Eli, pensativa—. Si esa cosa quería matarme, ¿por qué iba a hacer un ruido que pudiera alertarnos?

—¿Para darle más emoción al asunto? —dijo él encogiéndose de hombros.

—No. Tiene que haber una razón... Lo único que se me ocurre es que no haya sido él quien puso en marcha el reloj.

—¿Y entonces quién?

—Cualquiera de los otros... ¿No lo entiendes? Están atrapados por ese ser y quieren que acabemos con él y que les liberemos.

—Todo esto es tan confuso... —Al negó con la cabeza—. No entiendo su comportamiento y tampoco entiendo por qué Laetitia fue a por ti. Podría haberme matado tranquilamente a mí mientras dormía...

—No quiere mataros a vosotros —respondió ella—. Quiere acabar conmigo. Me tiene miedo porque cree que puedo hacerle daño. El problema es que yo no tengo ni idea de cómo hacérselo.

—Pues tendremos que pensar en algo —dijo Al, tomándole la mano y apretando con fuerza—. No voy a permitir que ese ser te haga nada.

—Muchas gracias, mi caballero andante —bromeó ella.

—No te rías. Tenemos que acabar con esa cosa. ¿No se te ocurre nada?

—No. Tenemos muy poca información sobre él. Sólo sabemos su nombre, pero no sabemos quién fue ni qué le une a esta casa. No podemos hacer nada sin saber más.

—Bueno, conocemos a una persona que puede saber lo que necesitamos —sugirió él—. Amelia Green, la mujer de la residencia de ancianos.

—Ya viste cómo estaba... No sé si podremos conseguir algo... —Eli levantó súbitamente una mano, pidiéndole tiempo para pensar—. Puede que sí podamos llegar hasta ella.

—¿Cómo?

—Supongo que tiene alzhéimer o algún tipo de demencia senil. Esos enfermos alternan pérdidas de memoria con momentos en los que pueden acceder perfectamente a sus recuerdos, sobre todo a los del pasado.

—Muy interesante, pero no sé qué quieres decirme con todo esto —dijo Al, negando con la cabeza.

—Que esos recuerdos no están perdidos. Están ahí. Sólo tenemos que ayudarle a llegar a ellos —explicó Eli.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Con hipnosis. Creo que puede funcionar. —Su sonrisa de entusiasmo se desvaneció antes de pronunciar las siguientes palabras—. El problema es que no nos van a dejar verla y mucho menos hipnotizarla.

—Eso no es problema. No pensaba pedir permiso.

Al se levantó y se puso la camiseta y la chaqueta, tratando de disimular un gesto de dolor. Eli se levantó, le ayudó y le siguió hasta la puerta de la caravana.

—¿Volvemos a la casa? —le preguntó.

—Ni de coña. Tenemos muchas cosas que hacer. Nos vamos a Gardner.

Atravesaron el aparcamiento a hurtadillas, ocultándose tras los coches para evitar la luz de las farolas. Cuando ya estaban llegando a la entrada, Al le indicó por gestos a Eli que se quedase quieta y le esperara. Ella asintió, él se acercó a la puerta y miró dentro. No había nadie en recepción y los pasillos estaban oscuros, iluminados tan sólo por las luces de emergencia. Chistó para atraer la atención de Eli y le hizo gestos para que se acercara. Ella corrió hacia la entrada y se puso a su lado, apoyada contra la pared.

—No hay nadie, tal y como esperábamos —susurró Al—. Te lo había dicho. Si no tienen personal para atender a las visitas de día, mucho menos lo van a tener de noche.

—¿Estás seguro de lo que vamos a hacer? ¿Nos vamos a colar ahí sin más?

—Claro. ¿Cuál es el problema?

—Pues que todo lo que vamos a hacer es delito —contestó ella, agobiada.

—Venga, deja de ser tan estirada —le dijo Al, guiñándole un ojo—. Cuanto más prohibido está algo, más divertido es. —Le señaló las escaleras de emergencia que estaban al lado del ascensor—. Subiremos por ahí. Tonto el último.

Sin decir nada más abrió la puerta, se coló en el vestíbulo y avanzó lo más rápido que pudo hacia las escaleras, intentando hacer el menor ruido posible. Eli todavía dudó un par de segundos, pero, al ver que se quedaba sola, se decidió a entrar y atravesó el vestíbulo tras él.

Cuando llegaron a las escaleras de emergencia, se sintieron más seguros. No era muy probable que alguien las utilizara a aquellas horas. Subieron los dos pisos en silencio, atentos a cualquier sonido que les indicara que no estaban solos. Cuando llegaron al segundo piso, Al abrió la puerta y miró hacia ambos lados del pasillo. También estaba oscuro y desierto. Tomó a Eli de la mano y avanzaron hasta la habitación de Amelia.

No había ninguna luz en el cuarto, tan sólo la débil claridad de las farolas que se colaba a través de unas estrechas rendijas en las persianas. Entraron y cerraron la puerta detrás de ellos. Eli le indicó a Al que rodeara la cama, mientras ella se colocaba cerca de la anciana con la palma de la mano a apenas un par de pulgadas de su boca.

—¿Qué haces? —preguntó Al.

—Prepararme para teparle la boca si grita —contestó ella.

—¿Crees que eso la va a tranquilizar? ¿No debería estar relajada para la hipnosis?

—Ya nos preocuparemos de eso luego. Lo primero es evitar que nos delate. Da la luz de la mesilla.

Cuando Al encendió la luz, fueron ellos los que tuvieron que ahogar un

grito. La anciana estaba despierta, con los ojos muy abiertos. Miró primero a Al, pero no pareció asustarse. Después desvió sus ojos hacia Eli y le sonrió.

—¿Brenda? Menos mal que has venido a visitarme. Llevaba mucho tiempo sin verte.

La anciana extendió su mano arrugada y acarició con dulzura la cara de Eli. Al la miró sin entender qué era lo que estaba ocurriendo. Eli se encogió de hombros y movió los labios, susurrando “Será su sobrina”.

—Sí, tía Amelia. He venido. —Eli metió la mano en su bolsillo y sacó un péndulo de jade que colgaba de una cadena de plata. Al reconoció el péndulo que solía usar Laetitia—. He traído esto para ti. Me han dicho que te ayudará a dormir.

—Muchas gracias, Brenda, pero no creo que me ayude. —La anciana suspiró con tristeza—. Nada lo hace. Me paso las noches en blanco.

—Me han asegurado que esto funcionará. Tan sólo tienes que mirarlo fijamente. —Eli empezó a mover el péndulo, haciendo que oscilara lentamente de lado a lado—. Fíjate bien en él, en cómo se mueve, en cómo capta el brillo de la luz para reflejarlo en su superficie... No pienses en nada más que en su movimiento y en su luz... Cuanto más lo mires, más te irás dando cuenta de lo cansada que te encuentras. Tus miembros empiezan a pesar cada vez más. Es una sensación agradable la de ir sintiendo que el sueño se adueña de tu cuerpo. Con cada respiración vas sintiendo como tu cuerpo pesa más y más, como tus párpados empiezan a caer. Te sientes relajada y en paz...

Eli continuó hablando con voz lenta, monótona y profunda durante un par de minutos. Los ojos de la anciana fueron cerrándose hasta que la mujer dejó caer la cabeza hacia delante. Estaba profundamente dormida. Al tuvo que contener un grito de entusiasmo.

—Lo has conseguido. ¡Eres la caña! —dijo en susurros—. ¿Hay algo de lo que no sepas?

—Calla. No me distraigas ahora. —Ella trató de mantenerse impassible y profesional, pero no pudo contener una risita—. Por favor, mantente en silencio.

Al asintió y se separó un par de pasos de la cama para dejarla trabajar tranquila. Eli se lo agradeció con una sonrisa, se sentó sobre el colchón y agarró una de las manos de la anciana.

—Amelia, ¿me escuchas? —Eli esperó hasta que la anciana asintió con un gesto torpe—. Quiero que sepas que voy a estar en todo momento contigo y que no va a sucederte nada malo. ¿Confías en mí?

La anciana volvió a asentir. Eli se tomó unos segundos para respirar profundamente y fijar su mirada en Al. Éste le hizo un gesto de OK con la mano, levantando el pulgar, para animarla a continuar.

—Ahora vamos a hacer un viaje. Vamos a retroceder en el tiempo hasta junio de 1.924. ¿Recuerdas dónde estabas en aquella época?

—Sí. Trabajaba en la casa Cavendish. —La voz de Amelia sonaba más fuerte y segura. Incluso parecía más joven—. Era una de las doncellas de la casa. Me dedicaba a limpiar, a ayudar con las comidas... También ayudaba a prepararse a la señorita Alyssa.

—Muy bien, Amelia. ¿Recuerdas si pasó algo importante ese mes?

—Sí, sí que me acuerdo... —Amelia se detuvo un momento y empezó a sollozar—. El niño... El señorito Andy... Le encantaba bañarse en el estanque. Siempre iba acompañado de alguien, pero un día su niñera se despistó, se marchó solo y se ahogó. Fue tan horrible...

—Tranquila, Amelia... No pasa nada. Sólo estás recordándolo. No estás ahí, no está sucediendo de nuevo. Estás aquí conmigo y estás a salvo. —Eli esperó hasta que la mujer se tranquilizó y dejó de llorar—. ¿Qué pasó después?

—La señora Sarah se volvió loca por la pena. Se pasaba el día encerrada en su habitación, llorando. No quería salir ni comer... Creo que se culpaba por no haber estado cuidando de su pequeño.

—¿Hizo algo para superar esa pena?

—Sí. Llamó a unas personas de Boston. Cuando me enteré de quiénes eran y de lo que iban a hacer, me asusté mucho. No me gustan esas cosas... Hay que dejar a los muertos descansar en paz.

—¿Qué iban a hacer, Amelia?

—Querían hacer una sesión de espiritismo para llamar al pequeño Andy. Como tenía confianza con la señorita Alyssa, hablé con ella para pedirle que no lo hicieran, pero ella me dijo que era imposible convencer a su madre.

—¿Estuviste presente durante la sesión?

—No. Me encerré en la cocina a rezar. De repente, escuché gritos y corrí hacia el salón. La señorita Alyssa estaba tirada en el suelo y no reaccionaba. Los hombres la llevaron a la habitación y estuvieron haciéndole pruebas, pero no despertaba. Me quedé velándola varias noches hasta que despertó como si no hubiera sucedido nada. Aquellos hombres dijeron que todo estaba bien y se marcharon.

—¿Entonces todo se arregló? ¿No pasó nada más?

—Pasaron muchas más cosas. —Amelia volvió a sollozar y Eli apretó su mano para calmarla—. Al principio pensamos que eran tonterías, jugarretas

de nuestra imaginación... Pero no era así.

—¿Qué era lo que sucedía, Amelia? Sé que no te gusta recordarlo, pero es muy importante que me lo cuentes.

—Oíamos risas, ruidos de pasos... Algunos criados empezaron a decir que habían visto al niño en lo alto de la escalera o corriendo por los pasillos. No se le podía alcanzar. Siempre desaparecía tras una esquina o se desvanecía sin más, pero todos sabían que era el espíritu del pequeño Andy... Y luego estaba lo de Alyssa.

—¿Qué le sucedía a Alyssa?

—Ya no era la misma. Aquellos hombres de Boston habían dicho que todo estaba bien porque no la conocían, pero yo no tardé ni cinco minutos en darme cuenta de que había cambiado.

—¿En qué sentido?

—Estaba ausente, triste... Se pasaba el día encerrada en su cuarto, mirando por la ventana sin hacer nada, como si estuviera en trance esperando a que sucediera algo. Su madre llamó a varios médicos, pero sólo le diagnosticaron un episodio de melancolía causado por la muerte de su hermano. Dijeron que se le pasaría con el tiempo y que tenía que salir y distraerse, pero era muy difícil convencerla. Algunas veces conseguía sacarla al jardín, pero tampoco servía de nada. Se quedaba allí sentada, sin hablar ni moverse, mirando al infinito mientras los pájaros se iban acercando.

—¿Qué pájaros? —preguntó Eli.

—Los cuervos... Cada vez había más. Rodeaban la mansión día y noche. Me ponían histérica con sus graznidos, pero al menos se mantenían a distancia... menos cuando Alyssa salía al jardín. Parecían sentirse atraídos por ella. Se colocaban muy cerca, posados en las ramas más bajas de los

árboles o en el respaldo del banco en el que estuviera sentada.

—¿Pasó algo más?

—Sí, claro que pasó. —La anciana se soltó de la mano de Eli y se cubrió el rostro mientras sollozaba—. No quiero recordarlo.

—Tranquila, Amelia. No estás allí, no está sucediendo. Sólo lo estás recordando como si estuvieras viendo una película. Yo estoy aquí contigo y no va a sucederte nada. Estás tranquila y a gusto, te sientes en paz... Nada malo va a ocurrirte. —Eli esperó hasta que la anciana dejó de llorar y recuperó un ritmo de respiración normal—. Cuéntame qué pasó.

—Todas las tardes le llevaba el café al señor Cavendish a las cinco en punto, pero un día se lo llevé una hora antes porque la señora me había dado permiso para ir al pueblo a visitar a unos familiares. Fui hasta su despacho con la bandeja y cuando abrí la puerta les vi... —Amelia volvió a quedar en silencio y negó con la cabeza—. Estaban allí juntos... Desnudos... Ella estaba sobre él y le cabalgaba como si estuviera enloquecida. ¡Dios, qué vergüenza!

—¿De quiénes estás hablando, Amelia?

—Del señor Cavendish y la señorita Alyssa... Era asqueroso. Él era un viejo de casi sesenta años. Era viejo incluso para estar casado con la señora. —Amelia negó con la cabeza mientras hacía muecas de asco, como si le estuvieran obligando a beber vinagre—. ¿Sabes lo más extraño? Que a pesar de que él era un viejo y ella una chica inocente, casi una cría, cuando les vi me dio la impresión de que era ella la que estaba abusando de él, de que ella era el depredador y él la presa... ¿No te parece raro?

—Sí. Es extraño —contestó Eli—. ¿Te descubrieron?

—Ella sí. En cuanto escuchó el sonido del picaporte, levantó la cabeza hacia mí con una sonrisa de triunfo en la cara mientras seguía moviéndose

sobre el señor Cavendish, que estaba de espaldas y no podía verme. Cuando Alyssa vio quién era, su sonrisa se esfumó y se convirtió en un gesto de decepción. Yo no me atreví a decir nada. Cerré la puerta de nuevo con mucho cuidado y me marché de allí intentando entender qué había pasado. Me había dado la impresión de que Alyssa había esperado que fuese otra persona la que les descubriera.

—¿A quién crees que esperaba?

—Creo que a su madre... Y creo que al final consiguió lo que quería.

—¿Por qué dices eso?

—Un par de semanas después fui a preparar la cena para el señor. Me había dicho que quería trabajar hasta tarde en su despacho y que comería algo sencillo allí. Cuando entré en la cocina, me encontré a la señora llorando. Le escuché susurrar unas palabras: “Tú también. ¿Qué tengo que hacer para proteger a mi hija?”.

—¿Estás segura de que dijo eso?

—Sí, totalmente segura. Me acerqué a ella para preguntarle si estaba bien, pero se puso como una fiera al darse cuenta de que la había visto llorar y me acusó de estar espiándola. Le aseguré que no era ésa mi intención y que sólo había ido a la cocina para preparar algo de cena para el señor y llevársela a su despacho. Me dijo que ella misma se encargaría y me echó de la cocina. Aquella misma noche los gritos de dolor del señor nos despertaron a todos. El cochero fue hasta el pueblo a toda prisa a buscar al médico, pero no se pudo hacer nada para salvarle.

—¿Qué crees que pasó?

—Creo que la señora le envenenó.

—¿Se lo dijiste a alguien?

—Por supuesto que no. ¿Crees que alguien habría creído en las palabras de una criada contra su señora? Sólo le conté a mi madre que en aquella casa pasaban muchas cosas raras y que no quería seguir trabajando allí, pero ella me dijo que necesitábamos el dinero y que no dijese tonterías.

—¿Sucedió algo más?

—Las siguientes semanas fueron horribles. La señora también se encerró en su habitación. Creo que no quería ver a su hija. Las dos se pasaban el día solas, sin hablar con nadie, como dos fantasmas... Todo aquello me ponía muy nerviosa. Además, por las noches seguían escuchándose las risas y carreras del pequeño Andy y también unos pasos más pesados y gemidos de dolor... La gente empezó a decir que era el espíritu del señor Cavendish. Poco a poco, todos los criados fueron marchándose hasta que sólo quedamos el cochero y yo. Y entonces sucedió...

—¿El qué?

—El incendio... Me desperté por el olor a humo y salí en camisón al pasillo. Me encontré al cochero allí, también a medio vestir y con cara de asustado. Había mucho humo al fondo del otro pasillo y llegaban gritos desde las escaleras que llevaban al desván. —Amelia se estremeció y un par de gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. El cochero me ordenó que saliera y diera la alarma, pero la casa estaba demasiado lejos de cualquier vecino como para ir corriendo a avisar a nadie. Salí al jardín y me quedé allí paralizada, mirando cómo toda la casa se cubría de un humo negro y espeso y cómo las primeras llamas empezaban a escapar por las ventanas del segundo piso. Estuve rezando para que todos se salvaran, pero, al cabo de unos minutos, sólo salió el cochero. Estaba cubierto de ceniza y no podía respirar... Se tumbó en el suelo, tosiendo y tratando de recuperar el aliento.

Me quedé a su lado hasta que se recuperó. Cuando pudo hablar, me dijo que había subido hasta el desván, atravesando las llamas, y que había intentado abrir la puerta, pero estaba bloqueada desde dentro. La había llamado para que abrieran, había golpeado la puerta varias veces para derribarla, pero no había conseguido nada... Y entonces me dijo que, durante todo el tiempo que trató de abrir, lo único que había escuchado habían sido los gritos de la señora suplicándole a Alyssa que la dejara salir. Y también me dijo que había escuchado una carcajada de hombre.

—¿De hombre?

—Sí. Me juró que lo había oído y que se había asustado mucho, tanto como para rendirse y volver a bajar las escaleras. Poco después llegaron los bomberos. Al parecer, alguien había pasado con su caballo por la carretera del otro lado del estanque y había visto las llamas. Consiguieron apagar el fuego y abrir la puerta del desván. Alguien la había bloqueado desde dentro con un armario enorme. Los bomberos no pudieron explicar cómo dos mujeres tan menudas habían podido moverlo. Dentro sólo encontraron sus cuerpos. No había nadie más.

Eli miró a Al y éste le devolvió una sonrisa. Ya tenían la historia entera. Estaba empezando a ponerse nervioso. Llevaban demasiado rato allí y sólo era cuestión de tiempo que alguien les descubriera. Le señaló la puerta a Eli, pero ella negó con la cabeza y le susurró “Espera. Sólo una cosa más”.

—Muy bien, Amelia. Has sido muy valiente —le dijo a la anciana con voz dulce—. Sólo quiero hacerte una última pregunta y te dejaré dormir. ¿Te suena de algo el nombre de William? ¿Había alguien con ese nombre en la casa?

—William, William... No había nadie llamado así. —Amelia frunció el ceño, haciendo un verdadero esfuerzo por recordar—. ¡Sí, lo tengo! Ése era el

nombre del primer marido de la señora, el padre de Alyssa.

—¿Sabes el nombre completo?

—Claro. El señor Cavendish no quiso reconocer a Alyssa como hija, así que ella conservaba el apellido de su padre: Lowell. Se llamaba William Lowell.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —preguntó a gritos una voz desde la puerta.

Los dos miraron hacia allí con una expresión de pánico en las caras. Sus peores temores acababan de cumplirse. La enfermera valquiria estaba allí, mirándoles con odio y bloqueando la salida.



CAPÍTULO DIECISIETE

Al casi saltó por encima de la cama de Amelia, me agarró con fuerza de la mano y se lanzó contra la enfermera como un jugador de fútbol americano decidido a marcar un touchdown en los últimos segundos de partido. Ella se quedó paralizada, con la boca muy abierta, incapaz de comprender qué estaba pasando. Al la golpeó con el hombro y consiguió apartarla y lanzarla contra la pared. Salimos de la habitación y corrimos hacia las escaleras de emergencia. Antes de que hubiéramos pisado el primer peldaño, escuchamos el retumbar de los pasos de la mujer persiguiéndonos por el pasillo mientras gritaba pidiendo socorro.

Bajamos las escaleras a tal velocidad que me pareció que mis pies casi no tocaban el suelo. Pensé que acabaríamos rodando o que nos estrellaríamos contra una pared al no girar lo suficiente en algún rellano, pero, antes de que pudiera darme cuenta, habíamos llegado a la planta baja. Me sentía mareada y mis ojos estaban nublados, así que agarré aún con más fuerza la mano de Al y dejé que me guiara para salir de allí. Por todos lados se escuchaban gritos y pasos apresurados que se acercaban al vestíbulo. Incluso se oía el ulular agudo y continuo de una alarma.

Atravesamos la puerta y corrimos por el aparcamiento. Al se lanzó calle abajo sin mirar siquiera hacia dónde íbamos. De repente, me empujó hacia un lado y tiró de mi mano para que me agachara. Un coche de policía estaba atravesando la calle con la sirena encendida, camino de la residencia de ancianos. Cuando pasó, miré a mi alrededor y me di cuenta de que volvíamos a estar en el mismo callejón de la otra vez. Por suerte, seguían sin arreglar la farola.

Tiré de Al hacia el fondo del callejón, cerca del contenedor. Allí podríamos ocultarnos mejor. Fuimos recibidos por los bufidos de varios gatos, furiosos por aquella intromisión en lo que consideraban su reino. De repente, escuché una risa ahogada. Al trataba de contenerse, pero sus hombros se sacudían y, de vez en cuando, se le escapaba una carcajada.

—Cállate, nos van a oír —le dije, enfadada.

—Lo sé, pero no puedo aguantarme —contestó, riéndose aún más fuerte—. Te has dejado a la vieja hipnotizada.

—Eres muy tonto —le dije, aunque tampoco pude contener la risa—. No te preocupes. Como nadie está manteniendo la hipnosis, se despertara por sí misma en un cuarto de hora más o menos.

—Eres una aguafiestas. Si sólo hubieras podido despertarla tú, habríamos tenido algo para negociar con la policía —se burló.

Me apoyé en la pared mientras negaba con la cabeza, incapaz de creer lo que acabábamos de hacer. Aquel chico era una mala influencia para mí. Nunca en la vida me habría creído capaz de cometer locuras como aquella. Él se acercó y se puso frente a mí, a apenas un paso. Yo levanté la mirada y me encontré con sus ojos. Traté de descifrar lo que expresaba su mirada, pero él no me dio tiempo. Me sonrió y susurró:

—Has estado fantástica, Eloise.

Esquivé sus ojos y fijé los míos en el suelo. Me sentía muy nerviosa teniéndole tan cerca, mirándome de aquella forma, hablándome con aquella voz... Él se aproximó un poco más, apoyó su dedo índice en mi barbilla y me hizo levantar la cabeza. Cuando nuestros ojos se cruzaron, volvió a susurrar, tan cerca que pude sentir su aliento acariciándome los labios:

—Quiero morir contigo en un beso eterno.

Yo también quise morirme en aquel mismo momento. Sentí que el pecho me iba a explotar de alegría y que nunca en la vida sería tan feliz como en aquel instante, pero, al mismo tiempo, me sentí tan nerviosa... Nunca había besado a nadie. Sí, era una auténtica vergüenza. Tenía dieciocho años y nunca en la vida me habían besado. Estuve segura de que él se daría cuenta y de que haría el ridículo, así que las palabras salieron de mi boca sin que pudiera evitarlo, decididas a estropear el momento.

—¿Eso no es de *Born to run* de Bruce Springsteen?

—Bueno, lo he adaptado un poco... —confesó sin dejar de sonreír.

—¿Le estás robando las palabras a otro tipo duro de New Jersey?

—Ese tipo duro de New Jersey dice con esas palabras lo que yo estoy sintiendo ahora mismo. Deseo besarte más que ninguna otra cosa en el mundo.

No pude resistirme más. Ya bastaba de tener miedo, de pensar que no merecía las cosas buenas que me pasaban. Me mordí el labio inferior antes de hablar, avergonzada.

—Yo también lo deseo.

Cerré los ojos, esperando aquel beso, pero, en lugar de besarme, él se inclinó hacia mi oído y volvió a susurrar con aquella voz rasgada suya que me

volvía loca.

—Es una lástima que no pueda besarte hasta que me lo supliques.

—Eres tan imbécil, Al —le dije sin saber si debería contenerme o darle un puñetazo.

—Me tomaré esas palabras como un “Por favor, Al, bésame, te lo suplico”.

Yo iba a reafirmarme en mi idea de que era un imbécil, pero no me dejó hablar. Se inclinó hacia mí y, con una dulzura infinita de la que yo jamás le habría creído capaz, posó sus labios sobre los míos. Pensé que iba a quedarme paralizada por el terror, pero mis labios empezaron a moverse por sí solos, respondiendo a su caricia. Sentí que mi corazón se aceleraba y que mi respiración se suspendía, pero me dio igual. Sólo quería sentir sus labios, su lengua asomándose tímidamente a mi boca, el tacto de sus manos que parecía abrazarme la piel a través de la camiseta. Acaricié su espalda, enredé los dedos en su pelo, le atraje con ansia para que su cuerpo aplastara aún más el mío contra la pared del callejón... Lo único que podía pensar era que no quería que aquel beso terminara nunca, morirme y pasar la eternidad en aquel beso, como él había dicho.

Cuando por fin se separó de mí, nos quedamos mirándonos a los ojos en silencio. Mi mente no me dejó un segundo de respiro. Empecé a plantearme si lo habría hecho mal, si él se habría dado cuenta de que no tenía experiencia, si se reiría de mí... Decidí bromear para romper aquel silencio que me estaba matando.

—Has estado fantástico, Aleister —dije, imitando la frase y el tono de voz que él había utilizado momentos antes.

—Que no me llames así —gruñó él en mi oído, haciendo que todo el

vello de mi cuerpo se erizase—. Tú no has estado mal. Un poco nerviosa, quizá...

—¿Cómo me dices eso? —le pregunté, sorprendida.

—No te preocupes. Yo creo que puedes mejorar mucho con la práctica.

Volvió a unir sus labios a los míos y tuve que darle la razón. El segundo beso fue mucho mejor.

Cuando desperté a la mañana siguiente, la luz del sol entraba de pleno en la caravana, convirtiendo el interior en un horno. A pesar de ello, tenía a Apolyon pegado a mi cuerpo, durmiendo con cara de bueno. Me senté en la cama, preguntándome qué hacía allí, hasta que recordé que Al había insistido en que yo durmiera lo más lejos posible de su hermana.

La puerta de la caravana se abrió y Al entró. En cuanto vio que estaba despierta, una enorme sonrisa apareció en su cara y sus ojos brillaron. Se acercó, se subió a la cama y me dio un suave beso en los labios.

—Buenos días, dormilona —saludó—. Pensaba que ibas a dormir para siempre. ¿Un café?

—Claro, me encantaría. Me voy a acostumbrar a que me traigas el desayuno a la cama. —Bostecé y me desperecé mientras él se iba hacia la zona de la cocina—. ¿Qué hora es?

—Las once de la mañana. Ya te he dicho que has dormido mucho.

—¿Cómo me has dejado dormir tanto? —pregunté asombrada—. Tenemos muchas cosas que hacer.

—¿El qué?

—Tenemos que ir a la biblioteca a buscar información sobre William Lowell —expliqué.

Me levanté de la cama, corrí la cortina para tener algo de intimidad y empecé a vestirme. Me sentía sucia después del calor que había pasado por la noche, pero tendría que dejar la ducha para cuando volviéramos del pueblo.

—Yo pensaba que con saber quién era y tener su nombre completo ya te servía —dijo Al desde el otro lado de la cortina—. ¿Qué más necesitas?

—Me gustaría saber cómo murió, dónde está enterrado y por qué está haciendo todo esto. No le veo el sentido a su venganza.

—Bueno, supongo que no le haría gracia que su mujer se casara con otro. A lo mejor para él eso de “hasta que la muerte os separe” se quedaba corto.

—No. Hay algo más... Si sólo fuera eso, el mundo estaría lleno de fantasmas celosos.

Volví a abrir la cortina y me acerqué a Al, que ya me esperaba con un vaso de café. Me lo pasó y, en cuanto liberó sus manos, me agarró por la cintura y me atrajo hacia él para darme otro beso de buenos días, más largo y profundo esta vez.

—Al, tenemos prisa... —me quejé mientras me maldecía por decir aquellas palabras.

—No tanta. Estoy seguro de que mi padre nos prestará la caravana para ir hasta el pueblo. Eso nos deja una media hora libre. ¿Qué me dices? —preguntó mientras me lanzaba una sonrisa pícaro que estuvo a punto de derribar todas mis defensas.

—Que voy a aprovecharla para ducharme.

Dejé el café sobre una mesa e intenté escabullirme, pero él volvió a agarrarme mientras soltaba un gruñido de enfado. Yo me reí y negué con la cabeza, aunque me moría de ganas de perder media hora, una semana o toda la vida entre sus brazos.

—Esto me pasa por liarme con una fría chica del norte —protestó con el ceño fruncido.

—No te enfades —dije mientras le echaba los brazos al cuello—. Creo que puedo ducharme en veinte minutos.

Una hora después estábamos en la biblioteca, consultando de nuevo periódicos antiguos. No teníamos ni idea de la fecha en la que había muerto William Lowell, así que decidimos empezar desde 1.920, año en el que Sarah se había casado con Philip Cavendish, e ir hacia atrás en el tiempo buscando su nombre en las necrológicas.

—Sabes que esto nos puede llevar siglos, ¿verdad? —susurró Al media hora después.

—Lo sé. Estaba pensando exactamente lo mismo, pero hay que hacerlo.

Al resopló y, en lugar de volver al trabajo, se quedó un rato mirando hacia la ventana con aire soñador. Seguí su mirada y supe exactamente lo que estaba pensando. Hacía un día precioso, cálido y soleado, el día perfecto para pasear por los jardines y besarnos bajo la sombra de cada árbol. En lugar de eso teníamos que quedarnos encerrados allí dentro, mirando algo tan deprimente como las páginas necrológicas de viejos periódicos. Yo también resoplé y volví al trabajo.

Miré la fecha del periódico que estaba hojeando. Octubre de 1.919. Aquello iba a ser eterno. Volví la página del periódico y lo vi. No podía

creerlo. Ahí estaba su nombre. No pude contener un grito de alegría, que hizo que la bibliotecaria me chistara y me lanzara una severa mirada. Junté las manos como si rezara implorando su perdón y le enseñé el periódico a Al.

—Mira, está aquí —dije en susurros—. 21 de octubre de 1.919.

—Vaya... ¿Sarah y Philip no se casaron en abril del año siguiente? No le guardo luto durante mucho tiempo. ¿Crees que puede ser eso lo que le tiene tan enfadado?

—No creo —Rebusqué entre los periódicos los correspondientes a la semana anterior a la fecha del funeral y le di la mitad—. Vamos a ver si encontramos alguna noticia que nos dé una pista de cómo murió.

Los dos empezamos a buscar sin decir una palabra más. Tan sólo se oía cómo pasábamos hoja tras hoja. Me sentía nerviosa, invadida por una extraña sensación de urgencia. No sabía explicar por qué, pero en mi interior sabía que estábamos muy cerca de entenderlo todo. Al levantó la cabeza y me señaló una noticia en el periódico que estaba mirando. Me incliné hacia él para que pudiera leérmela en voz baja.

—William Lowell, ciudadano de Gardner y uno de los socios fundadores de la empresa de abogados Lowell y Miller, falleció anoche en su casa aquejado de una infección estomacal...

Al me puso el periódico delante por si quería mirar algo más, pero los dos sabíamos que habíamos encontrado algo importante. ¿Qué probabilidades había de que los dos esposos de Sarah hubieran muerto repentinamente por la misma causa?

—Les envenenó a los dos —susurré mientras sentía que mi cerebro iba a mil revoluciones por segundo.

—¿Pero por qué lo hizo?

—¿Recuerdas lo que nos dijo Amelia? —Él se quedó en silencio, esperando a que me explicase—. Dijo que el día que se encontró llorando a la señora Cavendish, seguramente porque había descubierto que su marido se acostaba con Alyssa, le oyó decir algo así como “Tú también. ¿Qué tengo que hacer para proteger a mi hija?”.

—¿Así que crees que su padre también se acostaba con ella? Dios, qué asco de gente...

—Sí, todo cuadra. William Lowell era un pederasta que se acostaba con su propia hija. Cuando su mujer lo descubrió, le envenenó para defender a su niña y, pocos meses después, se casó con Philip Cavendish...

—Con tan mala suerte que resultó ser otro pederasta...

—No. No lo creo... Acuérdate de lo que nos contó Amelia. Cuando les descubrió, le dio la impresión de que era ella la que estaba abusando de él. Creo que William poseyó el cuerpo de su hija para vengarse y que la obligó a seducir a su padrastro para que su mujer les descubriera... Quería hacerle daño y, de paso, conseguir que también envenenara a su actual marido.

—A mí me parecen todos una pandilla de hijos de puta —comentó Al sin separar la vista del periódico—. Dos pederastas y una viuda negra. Bonitos inquilinos para una casa encantada. ¿Y ése es el tipo de espíritus que queremos liberar para que alcancen el descanso eterno?

—Te olvidas de Andy y Alyssa. Ellos no hicieron nada malo —dije, encogiéndome de hombros—. Además, no es cosa nuestra juzgarlos. Tenemos que sacar a ese bicho de dentro de tu hermana.

—Sí. Cada vez que lo pienso, me pongo enfermo. La miro y no puedo dejar de imaginarme que tiene una especie de gusano repugnante dentro, alimentándose de ella, creciendo y madurando, esperando a estar lo bastante

fuerte para salir...

—Siento decirte que lo que está sucediendo es muy parecido a eso que piensas.

—¿No se supone que deberías tranquilizarme y hacerme sentir mejor?

—No. Eso no serviría de nada. Te necesito motivado para luchar contra esa cosa.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? ¿Se te ha ocurrido algo? —me preguntó esperanzado.

—Sí, creo que lo tenemos. —Volví a poner frente a sus ojos la necrológica de William Lowell y empecé a leer—. El funeral se celebrará en la iglesia del Santo Rosario, en *Nichols Street*, a las cinco en punto de la tarde, seguido del entierro en el cementerio de *Crystal Lake*.

Me levanté y empecé a recoger los periódicos mientras Al seguía mirándome sin comprender.

—Vamos, ayúdame —le dije, impaciente—. Tenemos que buscar una tumba.

Aparcamos la caravana y empezamos a andar por el cementerio. El lugar era precioso: una amplia explanada de hierba brillante a orillas del lago, rodeada de frondosos árboles. Cada pocos pasos podía verse una cruz o una lápida de color blanco.

—¿Por dónde empezamos a buscar? —me preguntó Al.

—Estas tumbas son demasiado nuevas. Vamos a dar una vuelta a ver si encontramos algunas más antiguas.

Seguimos la orilla del lago hasta que llegamos a una zona, cerca de la primera línea de árboles, en la que la piedra de las lápidas era más grisácea y estaba cubierta de verdín y manchas de humedad. Nos separamos y empezamos a leer las inscripciones de las tumbas buscando su nombre. Un enorme panteón llamó mi atención. Era una gran construcción de granito coronada por la figura de un ángel de mármol blanco con las alas extendidas, el rostro apenado y la cabeza baja, como si custodiara a sus ocupantes. Sobre la puerta, escritas en letras doradas, pude leer las palabras “Familia Cavendish”. Le hice señas a Al para que se acercara a mí.

—Mira, son ellos. Están todos aquí. —Le señalé una placa en la que podían leerse sus nombres—. Andrew Cavendish, Philip Cavendish, Sarah Cavendish y Alyssa Lowell.

—Creo que le oí comentar a mi madre que estas estatuas de ángeles se ponen para vigilar a los difuntos, para evitar que las almas de los fallecidos regresen a atormentar a los vivos. —Me señaló la estatua del ángel que coronaba el panteón—. Ése es un fraude. Deberíamos poner una reclamación.

—¿Es que no puedes tomarte nada en serio? —le reñí, aunque tuve que contener una sonrisa—. Vamos, la tumba de William tiene que estar por aquí.

Un par de minutos después, Al me hizo señas para que me acercara. Estaba al lado de una tumba con la lápida torcida hacia un lado que se encontraba muy cerca de la orilla del lago. La humedad del lugar había hecho que la piedra se oscureciera y se llenara de manchas negruzcas. Parecía que nadie se había preocupado por aquella tumba en mucho tiempo, porque el verdín había conquistado su superficie, ocultando casi el nombre. Me arrodillé a su lado y contemplé aquellas palabras borrosas:

William R. Lowell

1883-1919

Amado padre y esposo

—Un poco hipócrita la inscripción teniendo en cuenta que seguramente fue elegida por su asesina —comenté.

—Sí, bueno... ¿Qué querías que pusiera? —Al se encogió de hombros —. ¿Púdrete en el infierno, maldito hijo de puta?

—Bueno, habría sido más sincero, aunque habría levantado ciertas sospechas entre los vecinos acerca de la extraña infección que le llevó a la muerte.

— Y ahora que sabemos dónde está, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Al, acuclillándose a mi lado.

—De momento regresar a la casa. Tenemos que esperar a que se haga de noche. Y recuérdame que traigamos una pala.

El cementerio parecía mucho menos acogedor cuando regresamos aquella noche. Unas pesadas y grisáceas nubes habían ido adueñándose del cielo a medida que anochecía, cubriendo por completo la luna y las estrellas. En cuanto nos adentramos en el cementerio, la luz de las farolas de la carretera cercana desapareció. No nos atrevíamos a encender las linternas. No podíamos llamar la atención de nadie si queríamos llevar a cabo nuestra misión.

El lugar estaba sumido en un silencio total que sólo se rompía por el sonido del viento en las ramas de los árboles y el ruido de los motores de los coches que pasaban cada cierto tiempo. La luz de sus faros iluminaba la explanada, obligándonos a ocultarnos tras las lápidas.

Sabía que aquello era lo que tenía que hacer y que estaba preparada para ello, pero, a cada paso que daba, sentía que mi ansiedad iba en aumento. El corazón me palpitaba con tal fuerza que me parecía que debía de escucharse a millas de distancia y tenía el estómago revuelto. Al debió de notar mi respiración alterada, porque se acercó a mí y me tomó la mano.

—Todo va a salir bien —me dijo—. Yo confío en ti.

Meforcé a devolverle una sonrisa, pero no contesté nada. Temí que, si abría la boca, me pondría a vomitar allí mismo. Nos pusimos de nuevo en marcha hacia el lugar en el que estaba la tumba de William. La carretera ya quedaba lejos y era muy improbable que alguien nos descubriera, así que pudimos caminar erguidos y a paso rápido.

Encontramos la tumba sin problema a pesar de la oscuridad, como si el lugar se hubiera quedado grabado a fuego en nuestra memoria. Nos quedamos unos segundos mirándola, sin hacer nada. Yo me resistía a soltar la mano de Al, pero sabía que no podía postergarlo por mucho tiempo.

—Empieza a cavar —conseguí decir—. Yo iré preparando el ritual.

—Vaya cara. Yo me voy a matar cavando mientras la señorita pone velas y entona cánticos —bromeó mientras se quitaba la chaqueta.

—¿Quieres cambiar? —le pregunté sarcástica—. ¿Te ves capacitado para enfrentarte tú al fantasma?

—Igual de capacitado que tú para usar una pala. No te pongas chulita conmigo.

Empezó a cavar sin protestar más. Yo me descolgué la mochila que había llevado a la espalda y empecé a sacar todas las cosas que Lucrecia me había prestado para el ritual. Velas blancas y negras, ramas de romero y laurel, un frasco con sal, una botella llena de gasolina... Fui colocando las velas

alrededor de la tumba, cuidando de no poner ninguna en el lugar en el que Al iba dejando caer la tierra que sacaba del agujero.

—¿Quieres que te ayude? Puedo reemplazarte un rato.

—No. Guarda tus energías para las brujerías que tengas que hacer. — Levantó la cabeza y pude ver que ya tenía el pelo empapado—. Puedo hacer esto yo solo sin problemas.

—Ya te he dicho muchas veces que no hace falta que vayas de tío duro conmigo.

—No voy de tío duro. Lo soy. —Me lanzó una de sus sonrisas de suficiencia—. En serio, quiero hacerlo yo. Cavar me ayuda a no pensar en lo que estamos haciendo.

Asentí y le dejé continuar. En realidad le comprendía. Yo ya no tenía nada más que hacer hasta que él acabara y la espera me estaba poniendo histérica. Traté de respirar de forma lenta y acompasada para ir alcanzando el nivel de relajación que necesitaría para el ritual mientras paseaba arriba y abajo por delante de la tumba.

Varios minutos después, escuché el golpe seco de la pala sobre una superficie dura. Me acerqué a toda prisa al agujero. Al ya había tirado la pala fuera y estaba de rodillas en el suelo, limpiando la superficie del ataúd con las manos. Salté dentro y le ayudé a retirar la tierra. Estaba húmeda y apelmazada y olía fatal: a podrido, a sucio, a maldito... Sentí una arcada subiendo a mi boca y tuve que incorporarme buscando aire limpio.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Al mientras seguía retirando tierra.

—El olor... Es asqueroso...

—Yo no noto nada —me dijo, mirándome extrañado—. Haz el favor y

sal de aquí. Parece que esto te afecta mucho más que a mí y no quiero tener que limpiar también vómitos.

Asentí y salí del agujero lo más rápido posible. Corrí hacia la linde del bosque y vomité al pie del primer árbol. Los ojos se me llenaron de lágrimas por el esfuerzo y, de repente, me sentí muy pequeña, muy débil, muy insignificante... ¿Cómo iba a poder yo sola con aquel ser si tan sólo la pobre muestra de su esencia que debía quedar en aquella tumba hacía que me sintiera tan mal? Todo aquello era una locura. Iba a ponerme en peligro y, además, también iba a poner en peligro a Al.

Regresé al borde del agujero. Al casi había terminado de retirar la tierra y ya podía verse la madera oscura de la tapa del ataúd.

—Al, vámonos de aquí —le supliqué.

Él levantó la cabeza y me miró sin entender. Yo sentí que mis ojos volvían a llenarse de lágrimas. Me avergonzaba tener que reconocer delante de él el miedo que tenía, lo débil que me sentía...

—No puedo hacer esto... Pensé que podría hacerlo, pero no puedo.

Me cubrí el rostro con las manos y me puse a llorar. Escuché el ruido que hacía Al trepando fuera del agujero y, en cuestión de un segundo, noté sus brazos rodeándome y la suave presión de sus labios en mi pelo.

—¿Qué sucede, Eli? —me preguntó con voz dulce.

—No estoy preparada para hacer esto... Quizá mi abuela o mi tatarabuela podrían haberlo hecho, pero yo sólo soy una cría... Tengo miedo, Al.

—Mírame a los ojos y escúchame. —Me separó de su cuerpo, me agarró por los hombros y me obligó a mirarle—. Si de verdad crees que no

puedes hacer esto, nos iremos ahora mismo. Ya encontraremos otra manera. Pero si este miedo es sólo otra muestra de tu falta de confianza, si sólo es otra forma de ocultarte a ti misma lo increíble que eres y todas las cosas de las que eres capaz, no voy a permitir que te rindas.

Me quedé en silencio, mirándole a los ojos, sin saber qué responder. Seguía sintiendo miedo y quería marcharme de aquel lugar, pero, por otro lado, algo dentro de mí me decía que podía hacerlo. Al confiaba en mí, su familia confiaba en mí, incluso las almas condenadas de la casa Cavendish confiaban en mí. ¿Por qué yo no lo hacía?

Respiré profundamente varias veces, asentí para indicarle a Al que podía soltarme y caminé con paso digno hacia la tumba abierta, tratando de disimular el temblor de mis piernas. Al se puso a mi lado y los dos contemplamos la tapa del féretro.

—¿Qué tenemos que hacer ahora? —preguntó Al.

—Dame unos minutos y estaremos preparados para empezar. ¿Me dejas tu mechero?

Él me lo pasó y yo empecé a rodear la tumba, encendiendo las velas mientras entonaba una plegaria de protección dedicada al arcángel San Miguel:

—Oh, soberano príncipe Arcángel, líder incorrupto de la legión celestial, cuidador y defensor de las almas que pasan al más allá, el vencedor, el más temido por los entes del infierno. Pedimos tu clemencia para que te dignes a liberar de toda maldad a quienes acudimos con perseverancia y fe a tu llamado. Que tus manos nos resguarden, que tu espada nos defienda del infernal dragón desatado y de todos sus malévolos seres enviados. Amen.

—¿No es un poco raro invocar a un ángel para profanar una tumba? —

preguntó Al.

—Por favor, no me interrumpas. Esto es serio —le dije, enfadada—. Baja ahí y abre la caja.

Noté que la respiración se le detenía. Supuse que él también estaba asustado y que no tenía ninguna gana de hacer lo que le había pedido, pero debió de notar algo en mi voz que le hizo obedecerme sin rechistar. Volvió a saltar dentro del agujero, agarró la tapa del ataúd con las dos manos y tiró con fuerza. A la débil luz que arrojaban las velas pude ver que ya sólo quedaban huesos en aquella tumba.

—Sal de ahí y colócate detrás de mí.

Al obedeció sin decir nada. Yo me agaché a recoger las ramas de laurel y romero y, después de prenderlas con la llama de una de las velas blancas, las arrojé dentro de la tumba. Su aroma no tardó en esparcirse por el aire, llevándose el olor a podredumbre y haciendo que me sintiera más fuerte. Destapé el frasco de sal y la fui vertiendo sobre el ataúd mientras pronunciaba una oración:

—Yo te arrojo, espíritu maligno, y te ordeno, por el Dios verdadero, por el Dios vivo, por el Dios Santo, que salgas y te alejes de este sitio para no volver jamás, y te lo ordeno en el nombre de quien te venció, y que triunfó sobre ti en el Calvario y anuló tu poder para siempre.

En aquel momento noté que no estábamos solos. Levanté la mirada y le vi, de pie al lado de su lápida. Me sorprendió su realidad, su solidez. Si no hubiera sido por los ropajes pasados de moda, habría pensado que era una persona real que nos observaba con curiosidad. Pero entonces le miré a los ojos, aquellos ojos negros cargados de hambre y odio, y supe que no quedaba nada humano en aquel ser. Me quedé atrapada en aquella mirada poderosa y

oscura mientras todo a mi alrededor empezaba a difuminarse y volverse turbio.

Ya no me hallaba en el cementerio y Al no estaba a mi lado. Me encontraba sumida en la negrura más absoluta. Levanté las manos y las coloqué a la altura de mi cara, pero tampoco pude verlas. Durante unos segundos, temí que aquel ser me hubiera dejado ciega, pero me di cuenta de que tampoco notaba el suelo bajo mis pies. Estaba suspendida en el vacío. No sabía lo que me había hecho aquel ser ni cómo salir de allí. Sentí un miedo intenso aferrarse a mis entrañas y una desesperación absoluta. Ni las lecciones de mi abuela ni todos los libros que había leído me habían preparado para algo como aquello.

Grité llamando a Al, pero sólo una risa macabra contestó a mi llamada. Intenté girar sobre mí misma, buscando cualquier punto de luz que me indicara la salida de aquella pesadilla, pero lo único que conseguí fue desorientarme aún más. Me sentí mareada. El estómago me dolía y me parecía que tenía fiebre. Un agudo pinchazo en mi vientre me hizo doblarme por la mitad. Fue como si me hubieran apuñalado desde dentro. La sensación no cedía, se iba haciendo más y más intensa, hasta que me encontré doblada sobre mí misma, aullando de dolor, acompañada por las carcajadas cada vez más fuertes de aquel ser. Comprendí lo que pasaba. Estaba haciéndome revivir su propia muerte, los dolores que sintió al ser envenenado por su esposa. Haciendo un gran esfuerzo, conseguí volver a erguirme y gritarle al vacío:

—¿Qué intentas? ¿Que te comprenda y sienta compasión por ti después de todo el mal que has hecho? Libera a tus prisioneros y abandona esta tierra para siempre. Yo te lo ordeno.

—No quiero tu compasión, bruja. Quiero tu muerte.

De inmediato me vi sumergida en una corriente de agua helada que

detuvo mi corazón y agujoneó mi piel como si estuviera cuajada de diminutos cristales. Sentí que el pánico me invadía. Necesitaba encontrar aire como fuera y no sabía dónde estaba la salida de aquel lugar... Me revolví, desesperada, nadando hacia un lado y hacia otro, sin sentido ni esperanza. Los pulmones me ardían y mis fuerzas se desvanecían. El dolor era terrible, la desesperación absoluta... No sé cuánto rato estuve luchando hasta que me di cuenta de algo. Ya llevaba demasiado tiempo bajo las aguas. Si fuese a morir ahogada, ya lo habría hecho. El dolor en los pulmones continuaba, la sensación de ahogo seguía presente, pero no moría. Aquel ser no podía matarme. Todo era una ilusión. Me tenía atrapada dentro de su mente y, en su reino de desolación y deseos de venganza, podía hacerme daño, asustarme y torturarme, pero no podía matarme.

En cuanto me di cuenta de aquello, el agua desapareció. Abrí la boca, desesperada, tratando de llenar mis pulmones de aire puro, pero sentí al instante cómo se inundaban con un humo que me hizo retorcerme y toser hasta volver a doblarme por la mitad. Aquel ser estaba utilizando sus recuerdos y los de Andy, Philip, Sarah y Alyssa para torturarme, obligándome a revivir los momentos de sus muertes.

—No puedes matarme y no vas a conseguir que me rinda. Por el poder de Dios todopoderoso, te exijo que abandones esta tierra y que no vuelvas más.

—No estás en condiciones de exigir nada. Te he atrapado y puedo torturarte eternamente. ¿Crees que podrás resistirlo? Detén tu ritual y jura por tu alma inmortal que no volverás a atacarme y te liberaré.

—Jamás. Estás muerto. No puedes hacerme daño real. Nunca conseguirás doblegarme.

Empecé a percibir algo de claridad a mi alrededor. La oscuridad total se

retiraba para ser sustituida por una niebla sucia y espesa. Lo primero que percibí fue un gemido, un llanto que fue subiendo de intensidad hasta transformarse en un grito de agonía. Corrí hacia la fuente del sonido. Conocía aquella voz. Llevaba escuchándola toda la vida.

Ya no estaba perdida en la nada. Entre la niebla podía ver un paisaje enfermizo, árboles raquíticos y retorcidos con ramas torturadas y una tierra húmeda y verdosa en la que me hundía hasta las rodillas y que dificultaba mi avance. Tras dejar atrás los primeros árboles siguiendo aquel sonido, llegué a un pequeño claro. Una figura se debatía en el suelo, retorciéndose de dolor. Me arrodillé a su lado y le di la vuelta para encontrarme con el rostro de mi madre. Se agarraba el vientre con ambas manos mientras seguía gritando desesperada. Acaricié su mejilla y abrió los ojos. Me lanzó una mirada que reflejaba todo el dolor del mundo, la mirada de un animal agonizante que ni siquiera me reconocía. La mecí entre mis brazos para tratar de calmarla, pero no conseguí nada.

Escuché un chapoteo a unos pasos. Había un estanque de aguas negruzcas que parecían borbotear. De repente, las aguas se abrieron y reconocí a mi hermano. Trató de tomar aire de forma desesperada antes de desaparecer con un nuevo chapoteo.

Estaba paralizada. No sabía si abandonar a mi madre, que parecía agonizar entre mis brazos, para ir a rescatar a David o quedarme con ella en los que parecían sus últimos momentos. La miré con una pena infinita. Por mucho que me doliera, no sabía qué podía hacer por ella y David me necesitaba.

Me acerqué a la orilla y escuché nuevos gritos a unos pasos. Me giré para contemplar horrorizada como Laetitia trataba de escapar, con la ropa destrozada, de su propio padre, que intentaba violarla. La imagen me provocó

tal repulsión que tuve ganas de vomitar. Él había conseguido agarrarla y tumbarla boca arriba. Le había sujetado los brazos contra el suelo con una sola mano mientras con la otra trataba de subirle la falda. Ella gritaba y lloraba mientras le llamaba papá, intentando hacer que volviera en sí.

Eché a correr hacia ellos, pero unas nuevas voces llamaron mi atención. Al estaba allí, abrazando a su madre, que lloraba desconsolada. A su alrededor se levantaba un humo negro y espeso. Era un humo extraño, que les rodeaba quedándose muy cerca de ellos sin dispersarse en el viento, como si estuvieran encerrados en una caja de cristal. Su ropa y su cara empezaban a cubrirse de ceniza mientras ellos comenzaban a toser y a mostrar los primeros signos de asfixia.

—No puedes ayudarlos a todos. —La voz sonaba fuerte y atronadora, despertando ecos en todas partes—. Contempla el daño que puedo hacerles a todos los que amas.

—Déjales en paz —grité desesperada—. Ya me tienes a mí.

—Quiero tu palabra. Jura por tu alma inmortal que no continuaras con el ritual, que te marcharás de Gardner y no volverás a atacarme.

Miré hacia lo alto con los ojos anegados en lágrimas y busqué la procedencia de aquella voz, dispuesta a claudicar. No podía seguir contemplando el sufrimiento de mi madre, de mi hermano, de Al, de los McNeal... No había nada en el mundo que valiera ese sacrificio. En el momento en que iba a abrir la boca y pronunciar mi juramento, escuché un susurro empujado por el viento.

No te rindas, Eli. Estoy aquí contigo.

Giré sobre mí misma, buscando el origen de aquel sonido. Había reconocido la voz de Al, pero no venía de la figura que tenía a unos pasos, que

seguía abrazando a su madre mientras el humo les asfixiaba. De repente, descubrí otra figura en el borde del claro. Era él. William se había materializado delante de mí para recibir mi juramento. Su mirada y su porte eran confiados y su sonrisa triunfal.

Vamos, Eli. Sigue luchando. Tienes que vencer, tienes que volver a mí.

Entonces lo comprendí. Las imágenes que me había mostrado aquel ser habían sido tan potentes y dolorosas como para hacerme olvidar que no eran reales. Nada de aquel mundo lo era. Estaba atrapada dentro de la mente desquiciada de un fantasma y, aunque pudiera causarme dolor o mostrar cómo torturaba hasta la muerte a todos mis seres queridos, en el mundo real no podía hacernos nada.

El ser se acercó. La sonrisa seguía presente en su cara. Creía que me había vencido, que había doblegado mi voluntad... Tenía que conseguir que siguiera pensando lo mismo mientras encontraba la forma de romper el hechizo y escapar de allí.

Eloise, por favor, regresa. No quiero vivir sin ti.

En aquel momento me di cuenta. Mientras ese ser estuviera ocupado torturando mi mente y tratando de llevarme a la locura, no podría atacar a Al, no podría torturar a Laetitia y poner en peligro su vida, no podría controlarla y hacer que atacara a sus padres... Él pensaba que me había atrapado y, en realidad, era yo la que le tenía a él. Seguí con la cabeza baja, fingiendo que lloraba y aceptaba mi rendición hasta que lo tuve a apenas un paso. Levanté la mirada, alargué mis brazos y me agarré a él con todas mis fuerzas para impedir que escapara.

—Te tengo, hijo de puta —le dije antes de alzar la cabeza hacia lo alto y empezar a gritar—. ¡Quémalo, Al! ¡Quema sus huesos! ¡Rápido!

Ignoraba si podría escucharme, si mi voz podría cruzar el espacio entre ambos mundos y llegar hasta él. La desesperación de William me confirmó que sí podía. Intentó soltarse de mi abrazo, empezó a revolverse como un animal herido... Yo apreté con más fuerza, negándome a dejarle escapar. Él era un hombre enorme y yo una cría flacucha y débil, pero en aquel momento fui consciente de que, al igual que el resto de las cosas de aquel mundo, nuestros cuerpos tampoco eran reales. Era un combate entre nuestras almas, entre nuestros espíritus, y supe que el mío era muchísimo más poderoso.

El ser gritaba y se debatía. Lanzó la cabeza hacia delante y me golpeó la frente con todas sus fuerzas, pero ni siquiera me dolió. Yo había recuperado el control y sabía que, mientras siguiera siendo plenamente consciente de que todo aquello no era más que una ilusión, no podría hacerme ningún daño. Le miré a los ojos, me reí y apreté con más fuerza. Él volvió a lanzar su cabeza hacia delante y me mordió el cuello, clavando sus colmillos en mi carne. Noté cómo la piel se desgarraba y cómo la sangre manaba sin control, pero no le solté. Todo era mentira. Todo aquello terminaría pronto si me mantenía firme.

Escuché un chisporroteo y desvié la mirada. Los árboles que nos rodeaban habían empezado a arder. Las chispas volaban por el aire, esparciéndose de un árbol a otro. Las figuras de mi familia y amigos habían desaparecido. Sólo estábamos él y yo, abrazados en aquel claro, entrelazados en un baile que sólo terminaría con la derrota de uno de los dos.

Las llamas fueron extendiéndose y se convirtieron en una muralla de fuego infranqueable. Todo el mundo de aquel ser se incendiaba. Le miré a los ojos y, por primera vez, no vi odio ni furia ni deseos de venganza. Sólo vi miedo, un pánico absoluto... Sabía que todo terminaba, que habíamos ganado.

Continué abrazándolo a pesar de que su cuerpo también estalló en llamas. Mis ropas prendieron y noté un calor abrasador y la caricia punzante

del fuego recorriendo mi piel. Durante unos segundos, sentí que el pánico trataba de invadirme, pero conseguí mantener la calma. Nada podría hacerme daño si yo no se lo permitía.

El paisaje rojizo, un avance del infierno en el que esperaba que William se consumiese, empezó a perder intensidad a medida que su cuerpo se quemaba y se disolvía en cenizas, escapando de mis brazos. Las llamas que me rodeaban perdieron brillo y color, los árboles se difuminaron... Y, de repente, estaba tendida en el suelo del cementerio. Al estaba de rodillas a mi lado. Cuando vio que yo abría los ojos, me abrazó y empezó a cubrirme la cara de besos. Yo levanté una mano con esfuerzo y le acaricie la cara.

—Ya está —le dije, sonriendo—. Todo ha terminado.



CAPÍTULO DIECIOCHO

El viaje de regreso hasta la casa se les hizo eterno. Como no tenían la caravana, porque era demasiado grande y llamativa para llevársela a profanar tumbas, tuvieron que volver a pie. Eli estaba tan agotada que caminaba muy despacio, apoyada en él, como si hubiera envejecido ochenta años en una sola noche. A él no le importó. Estaba a su lado, sana y salva, y toda aquella pesadilla había terminado.

Ya amanecía cuando por fin divisaron la verja de la casa. Al aceleró el paso sin darse cuenta, pero Eli le agarró por el brazo para retenerle.

—Al, no puedo. Ve tú si quieres a ver cómo están y vuelve luego a por mí.

Negó con la cabeza y, con un rápido movimiento, la cogió en brazos y empezó a caminar a paso rápido hacia la casa. Ella apoyó la cabeza en su pecho sin protestar y se dejó llevar. A pesar de que él también se encontraba agotado, mantuvo el paso y empezó a gritar llamando a sus padres:

—¡Papá! ¡Mamá! Hemos vuelto.

Ya estaba llegando a la verja cuando vio a sus padres salir a la carrera

para abrirle. Eli le dio un par de golpecitos en el pecho para obligarle a mirarla.

—Bájame. Se van a pensar que me he muerto —le dijo, burlona.

Él sonrió y dejó que se quedara de pie a su lado, aunque continuó agarrándola por la cintura, temeroso de que no pudiera más y se desplomara. En aquel momento, vio que la puerta de la casa volvía a abrirse y sintió que su pecho iba a estallar de alegría. Era Laetitia, estaba despierta y corría hacia él como si se alegrara de verle por primera vez en su vida.

James abrió la verja y trató de ser el primero en salir, pero su mujer le empujó a un lado y pasó delante para lanzarse a los brazos de su hijo. Se quedó abrazada a él mientras lloraba.

—¡Habéis vuelto! Estaba tan preocupada por vosotros...

—Tranquila, mamá —susurró él mientras acariciaba su pelo—. Lo hemos conseguido.

—¿Entonces está todo bien? —preguntó Eli.

—Sí. Todo ha acabado —contestó James—. Laetitia ha despertado y, desde entonces, no hemos visto ni notado nada extraño en la casa.

—¡Se han ido todos! —dijo Laetitia, entusiasmada—. Los péndulos no se mueven, no hay ruidos ni olores extraños y no percibimos ningún rastro de energía negativa. Se han marchado.

Al consiguió liberarse del abrazo de su madre y volvió a colocarse al lado de Eli para que ella pudiera apoyarse en él. Caminaron juntos hasta la casa y abrieron la puerta. Eli dio unos pasos en el vestíbulo y miró alrededor con una sonrisa en la cara.

—Es cierto —dijo después de unos segundos—. Ya no están. Son libres.

—Muchas gracias por todo —intervino James a su espalda—. Has salvado a nuestra hija. Nos has salvado a todos. No sé cómo podremos agradecértelo.

—Lo único que quiero ahora mismo es dormir —contestó ella con una sonrisa—. Con eso me doy por pagada.

Al la agarró por el brazo y le hizo girarse hacia la salida para llevarla de vuelta a la caravana. Ella se detuvo y negó con la cabeza.

—Puedo dormir dentro de la casa. Ya no hay peligro.

—Creo que te has ganado el derecho a dormir en una cama. Y, además, no estás en condiciones de subir todas esas escaleras.

—Podrías volver a llevarme en brazos —dijo ella, apretando su mano con cariño—. A mí me ha gustado.

—Ni de palo. No eres la única que está cansada. Si quieres dormir arriba, tendrás que subir por ti misma. —La agarró por la cintura y la llevó hasta las escaleras—. Cuando hayamos descansado, prometo llevarte en brazos a donde tú quieras.

—¿A beber algo o a echar una partida de billar como hacéis los tíos duros de New Jersey? —bromeó ella.

—O a robar motos o a atracar bancos. Prometido.

Al se sentó en un banco del jardín trasero de la casa con su guitarra. Miró alrededor, recordando con un escalofrío aquella tarde en la que había visto al fantasma de Alyssa entre los árboles, llamándole y pidiéndole que se uniera a ella. A pesar de que sólo habían pasado unos días desde aquello, le parecía que habían sido años. Habían cambiado tantas cosas: su forma de pensar, su

percepción del mundo, sus sentimientos hacia Eli... Casi podría decirse que no era el mismo chico que se había sentado en aquel mismo banco unos días atrás.

Puso los dedos sobre las cuerdas y empezó a tocar *Cross Road Blues*. Sonaba mucho mejor que en sus intentos anteriores, aunque seguía sin llegar al nivel del hombre del bar. Se permitió una sonrisa mientras seguía tocando. Parecía que por fin tenía un alma que podía poner en sus canciones.

El ruido de unos pasos le hizo levantar la mirada de su guitarra. Eli se acercaba a él y le miraba con admiración.

—Eso suena mucho mejor —dijo sorprendida mientras se sentaba a su lado—. Vas mejorando, chico. A lo mejor conseguimos hacer de ti un buen guitarrista después de todo.

—No te rías de mí —dijo, frunciendo el ceño y dejando la guitarra a su lado.

—Sigue tocando. Lo estabas haciendo muy bien.

—No pienso tocar delante de alguien que no aprecia mi talento —dijo, burlón—. Y, además, tengo otras cosas más interesantes que tocar que una guitarra.

La atrajo hacia él y la besó. Pretendía ser un beso suave, pero, cuando sus labios se tocaron, los recuerdos le asaltaron como una marea, desbordándole. Recordó el miedo que había pasado en el cementerio viéndola en el suelo sin sentido, incapaz de hacerla reaccionar, pensando que la perdía... No había sentido tanto miedo en toda su vida y, en aquel momento, sentir de nuevo sus labios y el tacto de su piel hacía que se sintiera más vivo que nunca, que le pareciese que su pecho iba a estallar.

Cuando se separaron, se quedaron mirándose a los ojos, incapaces de

decir nada. Ella se apoyó contra su cuerpo y reposó la cabeza en su hombro. Él se acordó de que tenía algo que darle y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Toma. Laetitia me ha dado esto para ti —le dijo, tendiéndole un pequeño objeto envuelto en un pañuelo—. Es la pieza de la caja de música que te faltaba. El espíritu le obligó a tragárselo, así que imagínate cómo lo ha recuperado.

Eli se quedó mirándole paralizada, con los ojos muy abiertos y la mano tendida, sin atreverse a coger el pañuelo. Al no pudo evitar una carcajada y ella se unió a sus risas.

—Me ha asegurado que la ha limpiado bien y que incluso la ha desinfectado con alcohol, pero tú sabrás si quieres cogerla —dijo él cuando pudo volver a hablar.

—Muchas gracias, creo. —Ella tomó el pañuelo con dos dedos y lo guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Y tengo otra cosa para ti. —Al volvió a meter la mano en el bolsillo de su chaqueta y le tendió un abultado sobre—. Tranquila. Esto está limpio.

Eli cogió el sobre, lo abrió y sacó un montón de billetes de cien dólares. Lo miró sorprendida mientras negaba con la cabeza.

—Mientras dormíamos, mi padre fue a Gardner a por el señor Anderson. Han revisado la casa y mi padre le ha mostrado las nuevas mediciones que demuestran que está limpia, así que ya nos han pagado.

—Veinte mil dólares... —susurró ella, sorprendida.

—Sí. Es lo que habíamos pactado. Sé que prácticamente has hecho tú todo el trabajo y que merecías más, pero mi familia necesita el dinero de

verdad —le dijo él con ojos suplicantes—. ¿Te llegará con esto para la universidad?

—No. Me haría falta mucho más, pero ya no sé si quiero ir...

Ella guardó el dinero a toda prisa en el sobre, se giró en el banco y le dio la espalda. Al esperó a que ella dijera algo más, pero lo único que oyó fue un sollozo contenido.

—Eli, ¿qué pasa? —Tocó su hombro para hacer que volviera a girarse hacia él—. ¿No era esto lo que querías?

Ella se frotó los ojos con las manos para borrar las lágrimas y volvió a girarse hacia él con la cabeza alta.

—Sí, era lo que quería... Todo está bien. No me hagas caso.

—¿Cómo no voy a hacerte caso? Quiero que me digas qué es lo que pasa.

—Ya está, ¿verdad? He limpiado la casa de espíritus malignos y he salvado a tu hermana. Ya no me necesitáis para nada. Mañana me devolveréis a Swanton y vosotros seguiréis con vuestra vida en Newark y no volveréis a acordaros de que existo.

Al se quedó en silencio. Aquello era exactamente lo que sus padres habían propuesto mientras comían en la caravana.

—No, no es así, Eli... Me dijiste que ibas a estudiar en Nueva York. No está tan lejos de mi ciudad. Podríamos vernos y quedar...

—Pero ya no sería lo mismo... ¿Cómo voy a esperar que sigas sintiendo lo mismo por mí cuando llegue septiembre?

Él no supo si enfadarse o reírse. Ella seguía siendo tan increíblemente insegura... ¿Cómo podía pensar por un solo segundo que iba a olvidarla? No la

olvidaría en tres meses, ni en tres años ni en tres vidas.

—¿Y qué propones? —le preguntó con una sonrisa para animarla a hablar.

—Nada. ¿Qué quieres que proponga? —Ella suspiró y bajó la cabeza para que él no pudiera ver que un par de gruesas lágrimas habían vuelto a escapar de sus ojos.

—Dime la verdad. Necesito saber qué es lo que quieres hacer para poder actuar en consecuencia. No quiero convertirme en un estorbo para tus sueños y que acabes odiándome. —Él puso su mano bajo la barbilla de la chica para obligarla a levantar la cabeza y mirarle a los ojos—. ¿Quieres ir a la universidad?

—No. Ni siquiera sé qué quiero estudiar. Sólo quería marcharme de Swanton y empezar en otro lugar... Y ahora que he encontrado el lugar en el que quiero estar, todo se desvanece.

—¿Es aquí donde quieres estar? —dijo él mirando alrededor—. ¿En esta mierda de casa? ¿En este pueblo?

—No, imbécil —contestó ella, dolida—. Quiero estar dónde tú estés.

—Pues eso puedo dártelo. —Él la cogió por la cintura, la atrajo contra su cuerpo y la rodeó con sus brazos.

—¿En serio? ¿Cómo? —preguntó ella, abrazándole tan fuerte que le hizo daño.

—Tengo un plan. Es una locura, pero es todo lo que tenemos. Escucha...

Al acabó de guardar todas sus cosas, se puso la chaqueta, recogió la guitarra y se colgó la mochila al hombro. Salió al pasillo y escuchó con atención. Todo

estaba en calma. Sus padres dormían en la habitación de enfrente y Laetitia descansaba en el cuarto del fondo del pasillo. Notó que los ojos le escocían un poco. Iba a echarles de menos.

La puerta de la habitación de Eli se abrió y ella salió con su maleta. Se acercó hasta él y tomó su mano. Incluso en la oscuridad pudo ver su sonrisa resplandeciente y sus ojos brillantes. Caminaron hacia la escalera y se quedaron un momento parados en lo alto, admirando el rosetón que filtraba la luz de la luna y bañaba el vestíbulo con una claridad plateada. Al se giró hacia Eli, apretó su mano y soltó una fuerte bocanada de aire para expulsar los nervios que le atenazaban el estómago.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, aunque sabía que se moriría si ella le respondía que no.

—Muy segura —dijo ella—. Nunca he estado tan segura de algo en toda mi vida.

Bajaron las escaleras, cruzaron el vestíbulo y salieron de la casa, dejando la puerta entornada. Cuando llegaron a la caravana, Al abrió la puerta y ambos entraron.

—Bienvenida a tu nueva casa —dijo él, pasándole el trasportín—. Tú te encargas de cazar al gato.

—¿Y por qué yo?

—Sabes que ese bicho me odia. Venga, vamos, que me estoy poniendo nervioso.

Eli lo cogió y fue con él hacia la cama, donde Apolyon dormía tranquilo. Lo levantó con sumo cuidado y le dio un beso en la cabeza. El gato se despertó, pero no opuso resistencia cuando ella lo metió en el trasportín.

—Puto gato —dijo Al—. Estoy seguro de que a mí me habría sacado los ojos.

—Acabemos con esto. —Ella volvió a tomar su mano y regresaron a la casa.

Cuando entraron, Apolyon se acercó a la puerta del trasportín y asomó el hocico, olisqueando el ambiente. No maulló ni se puso nervioso, sino que dejó que le metieran en el vestíbulo sin hacer ningún signo de protesta.

—Creo que ésta es la mayor prueba de que la casa está limpia —comentó Al—. ¿Dónde lo dejamos?

—Aquí mismo —dijo ella, depositando la caja al final de las escaleras—. Bueno, Apolyon, te echaré de menos. No les despiertes hasta que estemos lejos.

Eli se agachó y metió su dedo entre los barrotes para hacerle una caricia de despedida al gato. Después sacó un sobre del bolsillo trasero de sus pantalones y lo dejó sobre el trasportín. Al se agachó a su lado y leyó lo que ella había escrito en el sobre:

Esto es por la caravana.

Os queremos,

Eli y Al

—Sigo pensando que es una barbaridad pagar diez mil dólares por ese cacharro —protestó él—. Además, la caravana es mía. Mi padre me prometió que me la regalaría si conseguíamos terminar el trabajo.

—Es mi dinero y ellos lo necesitan más que nosotros. Vamos, marchémonos antes de que nos pillen.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Los primeros rayos del sol empezaban a asomar tras los acantilados cuando por fin llegamos a Rockport. Aparcamos frente al puerto y salimos a sentarnos en el muelle con las piernas colgando para contemplar el cielo rojizo y un sol luminoso que parecía darnos la bienvenida a una nueva vida. Al encendió un cigarrillo y se lo fumó con los ojos entrecerrados, disfrutando de la caricia de aquellos rayos sobre su rostro. Le envidié. Se le veía tan relajado, tan tranquilo, tan seguro de estar haciendo lo correcto...

—¿No estás preocupado en absoluto? —le pregunté, incapaz de continuar en silencio.

—¿Preocupado por qué?

—Tus padres se despertarán pronto y verán que no estamos. Igual llaman a la policía.

—¿Para denunciar qué? ¿Que una bruja desalmada les ha robado su mierda de caravana y al desastre de su hijo? Les has dejado una fortuna a cambio. —Él me lanzó una sonrisa burlona—. Créeme, han hecho un gran negocio.

—No se puede hablar contigo en serio de nada —le dije, a pesar de que se me escapó una sonrisa.

—Lo sé. Por eso te gusto. —Se quedó mirándome con los ojos entrecerrados, como si tratara de leer mis pensamientos—. Hay algo más que te preocupa. ¿Qué pasa?

Me quedé en silencio durante unos segundos con la vista clavada en el movimiento de las aguas del puerto. Era cierto que estaba preocupada y que me sentía culpable y egoísta. Antes de escaparnos, él me había preguntado por mis sueños, por mis deseos de ir a la universidad... Sin embargo, yo me había dejado llevar sin pensar, sin plantearme ni por un segundo todo lo que él estaba dejando atrás por huir conmigo.

—¿Qué hay de tu música? —pregunté levantando la cabeza para clavar mi mirada en sus ojos—. ¿Qué pasa con los NewArkAngels?

—No pasa nada —contestó él, despreocupado—. Puedo seguir escribiendo canciones mientras viajamos y, además, tengo que aprender a tocar con el alma. ¿Recuerdas lo que nos dijo el tipo raro del bar, el que tú pensaste que era un demonio?

—La verdad es que no.

—Dijo que para tocar bien la guitarra hay que haber vivido muchos años y haber recorrido muchas carreteras, así que este viaje hará de mí un guitarrista aún mejor.

—¿No dijo también algo de que había que amar a muchas mujeres? —dije yo, recordando.

—Bueno, quizá eso se pueda cambiar por amar mucho a una sola. —Me dirigió una dulce sonrisa—. Y si no es así, lo supliré con mi talento natural. —Se levantó y me tendió la mano para ayudarme a que me pusiera en pie—.

Volvamos a la caravana y tratemos de dormir un poco. Seguro que todavía nos quedan unas horas hasta que se despierte el señor Campbell.

Nos metimos en la cama y él me abrazó y dejó que yo me apoyara en su hombro, que hacía una curva en la que mi cabeza encajaba a la perfección, como si hubiera sido diseñado para mí. Él se quedó dormido enseguida y yo fui dejando que el ritmo fuerte de su corazón fuera llevándose mis dudas y miedos hasta que me dormí con una sonrisa en la cara.

Cuando aparcamos frente a la casa del señor Campbell, vimos que él ya estaba sentado junto a la puerta con la mirada perdida en el horizonte, como un vigía incansable. Bajé de la caravana y me acerqué hasta la valla.

—Señor Campbell, ¿se acuerda de nosotros?

Él giró la cabeza hacia mí y una sonrisa se abrió paso en su boca desdentada. Nos invitó a pasar con un gesto. Cruzamos la verja y subimos las escaleras que nos separaban de él.

—Por supuesto que me acuerdo, señorita. Puedo ser muy viejo, pero todavía no chocheo. ¿A qué habéis venido? ¿Habéis descubierto algo?

Llegué hasta él, me puse en cuclillas y tomé sus manos arrugadas y llenas de manchas entre las mías para apretárselas con afecto.

—Ya está, señor Campbell —le dije, sonriendo—. Lo hemos conseguido. Todos son libres.

Sus ojos azules se abrieron con asombro. Sentí que sus manos temblaban. El anciano me miró emocionado antes de volverse hacia Al.

—Muchacho, entra en la casa y saca un par de sillas. Tenéis que contármelo todo. Y saca también algo para beber.

—¿Tiene limonada en la nevera? —preguntó Al.

—¿Limonada? ¿Quién quiere limonada? —dijo con el ceño fruncido—. Tengo una botella de Jim Beam de doce años esperando a una ocasión especial. Pensaba que me iba a morir sin poder abrirla.

—Pero son las once de la mañana... —protestó Al tímidamente.

El hombre le lanzó una mirada de enfado que hizo que Al levantase las palmas de las manos en señal de rendición y entrase en la casa a coger lo que le había pedido. Minutos después, fue saliendo con un par de sillas, una mesita plegable, los vasos y la botella de bourbon. El anciano sirvió tres generosas raciones, cogió su vaso y lo puso a contraluz para admirar su brillo ambarino. Después se volvió hacia nosotros, le dio un primer trago y, tras sonreír satisfecho, se recostó en el respaldo de su mecedora.

—Y ahora contádmelo sin prisa y con todos los detalles. No sabéis lo que he esperado a que llegase este día.

Estuvimos hablando con el señor Campbell durante más de dos horas. Cuando terminamos de contárselo todo, se empeñó en invitarnos a comer en la mejor marisquería de Rockport. Al accedió porque se había bebido tres vasos de bourbon con el estómago vacío y necesitaba algo de tiempo antes de volver a conducir. Para cuando terminamos de comer, llevamos de vuelta a casa al señor Campbell para dejarle sentado de nuevo en su mecedora y nos despedimos de él, ya eran más de las cinco de la tarde.

—Vaya, al final hemos perdido todo el día —comenté mientras regresábamos a la caravana.

—¿Tienes prisa por ir a algún sitio? —preguntó Al—. Tenemos todo el tiempo que queramos y todo el mundo para recorrerlo.

Yo le sonreí y tomé su mano. Sentía continuamente la necesidad de tocarle, de agarrarle, de comprobar que estaba ahí de verdad para espantar el pensamiento incesante de que todo aquello tenía que ser un sueño.

Nos montamos en la caravana y decidimos conducir hacia el sur, siguiendo la línea de la costa. Aquella noche, después de habernos llenado los ojos con las imágenes del inmenso mar azul chocando contra los acantilados, aparcamos la caravana en un área de servicio de algún lugar perdido de Rhode Island. Al decidir que quería hacer una fogata y asar salchichas en lugar de utilizar la cocina de la caravana, así que se internó en un bosque cercano para buscar leña y me dejó sola. Yo entré en la caravana, abrí mi maleta y saqué la caja de música. Con ella en las manos, volví a salir, me senté en un trozo de césped y le di cuerda. La música del Claro de luna rompió el silencio del lugar mientras la figura de mi abuela se iba haciendo más sólida. Me pareció muy gracioso verla con su mecedora en aquella parcela de césped en mitad de ninguna parte, pero conseguí contener la risa.

—Hola, cariño. ¿Dónde estamos?

—En un área de servicio de Rhode Island —contesté.

—¿No se suponía que estábamos en Massachusetts limpiando una casa encantada?

Se lo conté todo mientras ella me escuchaba con atención, sin interrumpirme un solo segundo. Cuando terminé, me quedé en silencio, esperando su opinión.

—¿Así que te has fugado con un muchachito al que apenas conoces?

—Sé que es una locura...

—Escúchame, niña... Voy a hablarte con la voz de la experiencia. —Yo suspiré y bajé la mirada—. He aprendido algo muy importante a lo largo de

todos estos años: La vida sirve para cometer locuras.

Levanté la cabeza y la observé con la boca abierta. Nunca habría esperado que ella me apoyase.

—Puedo ver muchas cosas en tus ojos, mi niña. Se nota que le quieres, se ve en cada palabra que pronuncias sobre él, en la manera en la que dices su nombre...

—Pensé que ibas a decirme que era una estupidez, que no podría durar...

—Da igual que dure una semana, un año o toda la vida. Si es amor de verdad, siempre será poco tiempo. Y, si no lo intentas, te pasarás la vida preguntándote qué habría podido ser.

—Muchas gracias, abuela.

—No es nada, cariño. —Mi abuela se echó hacia atrás en la silla y me miró con expresión seria—. Hay otro tema del que debemos hablar.

—¿Qué otro tema?

—Bueno, creo que deberíamos despedirnos. Cuando pierdas tu don, ya no volveremos a vernos.

Sentí que enrojecía hasta la raíz del pelo. No había pensado en aquel asunto ni por un segundo.

—Es muy pronto para eso, abuela... No te preocupes.

—No es muy pronto. Pasará en cualquier momento. Puede que esta misma noche. Creo que es mejor que nos digamos adiós ya. —Negué con la cabeza, sintiendo que las primeras lágrimas asomaban a mis ojos—. No, cariño, no llores. Yo me quedé en este mundo para ayudarte, no para ser un obstáculo en tu vida. Tú debes seguir tu camino y yo el mío. Es hora de que

continúe mi viaje. Creo que me he ganado un descanso.

—¿No hay ninguna manera de que puedas quedarte? ¿Algún hechizo, algún ritual que yo pueda hacer? —pregunté, negándome a aceptarlo.

—No, no lo hay... Es mejor así. Yo también tengo un Al esperándome en algún sitio.

Me di cuenta de que se refería a mi abuelo Alfred y, a pesar de las lágrimas, conseguí asentir y sonreír. No podía ser egoísta y seguir reteniéndola a mi lado.

—De todos modos, aunque ya no puedas verme, sabes que siempre estaré contigo, cuidándote desde lo alto. —Mi abuela miró al cielo, donde ya asomaban las primeras estrellas y un pálido gajo de luna—. Y, aunque ya no puedas ver a los muertos, seguirás manteniendo tus otros poderes. Te enseñé a usar el tarot, la ouija... Si de verdad me necesitas, ahí estaré.

—Te echaré mucho de menos —le dije sin poder contener un sollozo.

—Y yo a ti, mi niña. Yo me voy ya. Quema la caja y libérame.

Su imagen se fue desvaneciendo. Yo me quedé mirándola fijamente, tratando de grabar a fuego en mi memoria su dulce sonrisa, aquella mirada de amor infinito...

Un ruido a mi espalda me hizo volverme. Al regresaba del bosque cargado con tanta leña como si fuéramos a asar un venado. Me limpié los ojos a toda prisa para que no descubriera que había estado llorando.

Cenamos a la luz de la hoguera. Cuando terminamos, Al sacó su guitarra y estuvo tocando para mí. Incluso me atreví a acompañarle cantando algunas canciones. La luna ya estaba muy alta en el cielo cuando él dejó su guitarra y sacó el paquete de tabaco.

—Bueno, un último cigarrillo y nos vamos a dormir. Es muy tarde ya. — Se giró hacia mí y se rió al ver que estaba mirándole embelesada—. ¿Por qué me miras así? ¿Qué piensas?

—No puedo creer que nuestra vida vaya a ser así a partir de ahora. — Pronuncié las siguientes palabras en un susurro, como si temiera atraer la mala suerte si las decía en voz alta—. Nunca creí que se pudiera ser tan feliz.

Él se colocó a mi lado para abrazarme por la cintura. Apoyé la cabeza en su hombro, en aquel hueco que ya me parecía tan familiar como si llevara toda la vida ocupándolo.

—Bueno, tengo una mala noticia para ti. Con diez mil dólares no vamos a poder pasar toda la vida, así que en algún momento tendremos que dejar de vagabundear y buscar trabajo.

—Aguafiestas —murmuré entre dientes.

—No lo pienses ahora y tómate estos días como unas vacaciones. —Se apartó de mí, me tendió la mano y me ayudó a levantarme—. ¿Nos vamos a dormir?

Entramos en la caravana y, en cuanto cerró la puerta, me lancé contra él y le besé. Él me abrazó por la cintura mientras yo le empujaba contra una de las paredes y metía las manos bajo su camiseta. Sentí que respondía a mis besos con la misma pasión que yo sentía, pero, de repente, me apartó, me sujetó la cara con las dos manos y me miró con dulzura.

—No tenemos que hacer esto si no estás preparada. Puedo esperar el tiempo que haga falta hasta que estés segura.

—Estoy segura. —Tome una bocanada de aire antes de pronunciar las siguientes palabras—. Te quiero.

—Te quiero —dijo él con los ojos brillantes.

Volvimos a unir nuestros labios mientras nos movíamos tropezando con los muebles camino de la cama. Caí sobre el colchón y él se colocó sobre mí y acarició mi pelo mientras me contemplaba como si fuera lo más bello que hubiera visto en su vida. Nos fundimos en un abrazo mientras él susurraba una y otra vez mi nombre. Eloise, Eloise, Eloise...

Cuando Al se durmió, me puse su camiseta y salí de la caravana a escondidas, llevando en mis manos la caja de música. La dejé en el suelo, al lado de los restos de nuestra hoguera, y comencé a apilar madera y hierba seca en el círculo de piedras. Acerqué a la hierba el mechero que le había cogido a Al y esperé a que prendiera.

Mientras las llamas iban tomando fuerza, decidí hacer un último intento. Quizá mi abuela estaba equivocada y podía hablar con ella una vez más. Le di cuerda, pero la caja no funcionó. Ni una sola nota salió de su interior y la bailarina no quiso dar ni un solo giro. Mi abuela no apareció y supe que me había librado por fin de mi don. Pensé que era extraño. Había pasado la mayor parte de mi vida considerándolo una maldición, pero en aquel momento supe que lo iba a echar de menos.

La hoguera ya brillaba con fuerza, así que coloqué la caja de música en el fuego y observé cómo su barniz iba quemándose y ennegreciéndose. Poco a poco empezó a arder, hasta que se consumió por completo entre las llamas. Cuando desapareció, elevé la mirada hacia lo alto, sabiendo que ella estaba allí, entre las estrellas.

—Adiós, abuela —dije en un susurro.

Escuché abrirse la puerta de la caravana. Al salió envuelto con la manta

y se acercó a mí. Me puse en pie y él se colocó a mi espalda. Abrió la manta para cubrirnos a los dos mientras me abrazaba y depositó un beso en mi cuello.

—¿Qué haces despierta? —me preguntó al oído—. ¿Es que no te he dejado satisfecha?

—Tranquilo. Has estado fantástico, Aleister —respondí, repitiendo la frase que le dije tras nuestro primer beso.

—Bueno, tú no has estado mal —contestó él, siguiéndome el juego—. Un poco nerviosa, quizá... Nada que no se pueda mejorar con la práctica.

—Tendremos que practicar entonces —dije, dándome la vuelta dentro de la manta para abrazar su cuerpo desnudo—. Volvamos a la caravana.

A la tarde siguiente, Al detuvo la caravana en un pequeño pueblo llamado Charlestown, al sur de Rhode Island. Le miré con expresión interrogadora, sin saber por qué habíamos parado allí, y él me señaló una cabina telefónica situada a pocos pasos.

—Creo que deberíamos llamar a nuestros padres. Estarán preocupados.

—¿Tu familia ya habrá vuelto a Newark?

—Supongo que sí, pero no soy yo solo quien debe llamar. Tu madre lleva sin saber nada de ti desde que te marchaste de Swanton. Tienes que hablar con ella.

Quise protestar, pero algo en su expresión me hizo desistir. En aquel momento no quedaba nada del chico bromista y alegre al que estaba acostumbrada. Pensé que nunca le había visto tan serio.

—Está bien. La llamaré —dije tras soltar un suspiro de agobio.

—Pero llámala de verdad. Te estaré mirando desde aquí. Si sólo mueves los labios como si estuvieras hablando, lo sabré.

Le saqué la lengua, provocando que se riera, y salí de la caravana. Sentí que las piernas me temblaban mientras recorría los pocos pasos que me separaban de la cabina. Metí el dinero necesario para una larga conversación y marqué el número mientras rezaba para que ella no estuviera en casa. Por desgracia, contestó al segundo tono.

—¿Diga?

—Mamá, soy yo.

—Eli, hija... Me tenías tan preocupada... —Escuché su llanto al otro lado de la línea y me sentí terriblemente culpable—. ¿Dónde estás? ¿Cuándo vuelves?

—Estoy en Rhode Island y no voy a volver —dije, decidiendo no andarme con rodeos.

—¿Cómo que no vas a volver? ¿Y qué haces tú en Rhode Island? —Mi madre dejó de gritar y decidió hablarme con voz suave—. Eli, cariño... No sé qué te pasa ni qué crees que te he hecho, pero seguro que podemos arreglarlo. Vuelve a casa y hablaremos. Buscaremos la manera de poder pagar tu universidad...

—No es eso, mamá. Ya ni siquiera quiero ir. Y no es que crea que me has hecho nada malo. —Volví a tomar aire antes de hablar—. Hay un chico. Estamos enamorados...

—Eli, por favor, no seas tonta. No cometas el mismo error que yo cometí.

—No lo estoy haciendo. Sé que va a salir bien.

—Eres sólo una cría. ¿Cómo vas a saber eso? —preguntó con la voz aguda, muy cercana al ataque de histeria.

—Lo sé por cómo me siento cuando estoy con él. Toda la vida me había sentido sola y fuera de lugar. Ni siquiera tú me apoyabas, aunque habías pasado exactamente por lo mismo que yo estaba pasando. La abuela me lo contó todo.

—Eli, tu abuela está muerta...

—Ya basta, mamá... Sabías que hablaba con ella, que podía ver a los muertos igual que tú los habías visto. Me dejaste sola, pero no es eso lo que quiero decirte. No quiero que nos liemos a reprocharnos cosas. —Espere por si ella quería añadir algo, pero sólo escuche un leve gimoteo al otro lado de la línea—. Toda la vida me he sentido fuera de lugar. Me sentía como una pieza de puzle que no encajaba en el sitio en el que queríais ponerla. Todos me presionabais: tú, mis compañeros de colegio, toda la gente de Swanton... Me empujabais para que pudiera entrar, pero lo único que conseguíais era doblarme, romperme... Con él no me siento así. Ha construido un puzle nuevo con un hueco perfecto para mí.

Volví a esperar, escuchando sus sollozos. A pesar de que me sentía culpable por estar haciéndole daño, me sentía liberada, en paz conmigo misma.

—Te comprendo —dijo cuando consiguió frenar el llanto—. Te entiendo porque yo pasé por lo mismo durante muchos años. Siento no haberte apoyado... Siento haberte dejado sola. ¿Me perdonarás?

—Ya estás perdonada, mamá.

—Recuerda que, aunque no sea el hueco perfecto, siempre tendrás un sitio entre mis brazos... Si la historia con ese chico sale mal, siempre podrás

volver a casa.

—No saldrá mal —dije, sintiéndome totalmente segura de mis palabras—. Te quiero.

Colgué el teléfono y regresé a la caravana secándome las lágrimas. Al abrió la puerta, salió corriendo hacia mí y me envolvió con sus brazos.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó.

—Bien. Creo que lo ha comprendido. —Me separé y le miré con el ceño fruncido—. Ahora es tu turno y no quiero excusas.

Él asintió y se dirigió hacia la cabina mientras iba contando monedas. Yo me subí a la caravana y me quedé contemplando cómo hablaba. Sabía que era una estupidez, pero me sentía nerviosa. ¿Y si sus padres conseguían convencerle de que era una locura y que debía regresar a casa? Decidí encender la radio para distraerme hasta que él volviera. El ruido de las guitarras eléctricas y de una potente batería llenó el habitáculo. Me recosté en el asiento y me quedé mirando cómo Al seguía hablando por teléfono. Movía mucho la mano que tenía libre, así que supuse que estarían discutiendo.

Cuando por fin colgó, se giró hacia mí y levantó el pulgar para tranquilizarme. Yo le devolví una sonrisa mientras sentía cómo el nudo que había atenazado mi estómago se desvanecía. Justo en el momento en el que abrió la puerta de la caravana, en la radio empezó a sonar *Born to run* de Bruce Springsteen.

—Escucha, es nuestra canción —le dije mientras tomaba asiento.

—No sabía que teníamos una canción —contestó, enarcando una ceja—. De hecho, pensaba escribirte una un día de estos.

—¿Tan buena como ésta?

—No seas cruel, niña —dijo, dándome un suave puñetazo en el brazo.

—¿Qué te han dicho tus padres?

—Bueno, al principio todo han sido gritos, lloros y ataques de histeria, pero creo que he podido convencerles de que estaremos bien y nos dan su bendición —respondió con una sonrisa—. Mi padre me ha dicho que tengo buen gusto y que no podría imaginar una chica mejor para mí. Y también me ha dicho otra cosa...

—¿El qué? —pregunté intrigada.

—Parece que después de la última experiencia en la casa Cavendish han decidido tomarse unos meses de descanso. Mi madre y mi hermana quieren desconectar y limpiarse de todas esas energías negativas y mi padre se ha puesto en contacto con el Grupo Alpha y van a darle una subvención para escribir un libro sobre esos chismes parapsicológicos que ha inventado.

—Eso es estupendo.

—Sí. El problema es que les han llamado de Ohio. Parece ser que hay un hotel en el que están sucediendo fenómenos extraños. Mi padre cree que seguramente se trate de algún *poltergeist* y que será un trabajo sencillo. —Dejó de hablar durante un par de segundos para crear expectación—. Pagan cinco mil dólares.

—¿O sea que propones que nos pasemos la vida vagabundeando por todo el país cazando fantasmas?

Él no contestó. Se inclinó hacia la radio, subió el volumen y empezó a cantar la última estrofa de *Born to run*. Springsteen parecía hablarnos directamente y nos impulsaba a seguir corriendo hasta encontrar el lugar al que realmente pertenecíamos. Cuando la canción terminó, se giró hacia mí con los ojos brillantes y una de esas sonrisas que podían convencerme de cualquier

cosa:

—Ése es el plan —me dijo—. ¿Tienes alguno mejor?

Me recosté en el asiento y clavé la mirada en el techo de la caravana mientras pensaba que era increíble la forma en la que aquel chico me llevaba a hacer locuras que nunca habría imaginado. Él esperó en silencio mi respuesta. Me giré hacia él y le dediqué una sonrisa mientras me ataba el cinturón de seguridad.

—Arranca este cacharro. Nos vamos a Ohio.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 26 de mayo de 2018

AGRADECIMIENTOS

Y así termino mi libro número trece, un número que siempre me ha gustado y me ha traído suerte. No sé si se deberá al número, pero el proceso de escritura de esta historia ha sido muy especial para mí. Nunca antes había sentido un frenesí similar, una obsesión cercana a la locura que me obligaba a escribir sin descanso, a no dormir más de cuatro horas al día, a pensar una y otra vez en la historia y en sus personajes... Cuando por fin la terminé, me sentí como si hubiera salido de un extraño y agotador sueño, sin estar muy segura de qué era lo que había escrito. Ahora que ya la he releído unas cuantas veces, he de confesar que me ha gustado y me ha sorprendido. Espero que a vosotros os haya sucedido lo mismo y que hayáis disfrutado con esta novela.

Antes de decir adiós, quiero aprovechar estas últimas líneas para dirigir unas palabras de agradecimiento a las personas que me han ayudado en esta travesía:

En primer lugar quiero agradecerle a Julen su apoyo incondicional y su infinita paciencia. También quiero agradecerle que siga siendo sincero y diciéndome mis errores a pesar de mi mal genio y de que me pase sin hablarle varias horas. Sin ti esto sería imposible.

También quiero dedicar unas palabras a mi hermana Iratxe. Ella ha sido la inspiración para las broncas entre Al y Laetitia y para ese extraño sentimiento que hace que estés dispuesto a hacer cualquier cosa para que nada malo le suceda a tu hermana, aunque muchas veces tengas ganas de matarla con tus propias manos.

No puedo olvidarme de mis compañeros escritores, que siempre están para

resolver dudas, para animarme, para apoyarme en los momentos bajos... Quiero destacar la colaboración desinteresada de Vero Monroy y Fran Barrero, que me ayudaron para que la portada quedase tal y como yo quería. Son geniales como escritores y aún mejores como personas.

Y, dejando lo más importante para el final, quiero daros las gracias a vosotros, los lectores, sin los que todo esto perdería el sentido. Gracias por estar siempre ahí, por desear leer mis historias, por ayudarme con mis dudas raras sobre fotocopiadoras, cintas de casete o averías mecánicas. Aunque os adoro a todos, voy a destacar la colaboración de Puri González. Una de nuestras conversaciones me sirvió de inspiración para una escena que espero que haya reconocido. Gracias por cedérmela para mi historia.

Y ya os dejo tranquilos, que esto empieza a parecer el discurso de los Óscar. Si os ha gustado la novela, os agradecería que dedicarais un par de minutos a dejar vuestra reseña en Amazon. Vuestras opiniones son fundamentales en mi camino como escritora, así que os doy las gracias de antemano.

Me despido hasta la próxima historia. Espero que os animéis a seguir compartiendo aventuras conmigo.

Un abrazo enorme,

Gemma

MEDIOS DE CONTACTO

Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de:

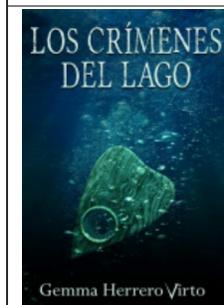
- Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>
- Twitter: @Idaean
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre La red de Caronte, Viajes a Eilean I: Iniciación o Trece sombras. No lo pienses más y únete)

Gracias por valorar mi obra y dejar tu opinión. Un abrazo,

Gemma

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

THRILLER PARANORMAL



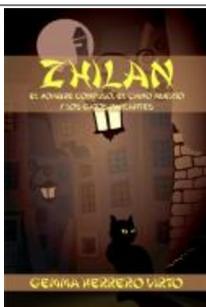
NOVELA FINALISTA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.



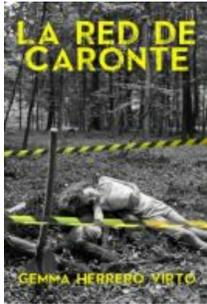
NOVELA FINALISTA DEL PREMIO UNIVERSITARIO DE NOVELA ANAGMA 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



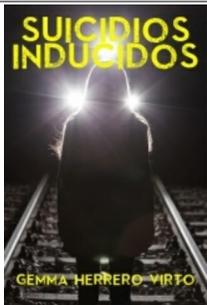
Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

NOVELA POLICÍACA



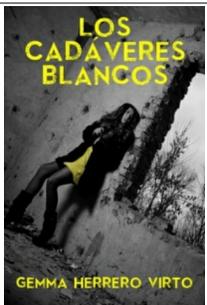
BEST-SELLER EN AMAZON. MILES DE COPIAS VENDIDAS EN MÁS DE 60 PAÍSES.

¿Quieres unirte al equipo de investigación que tratará de atrapar a Caronte, el asesino en serie que enamora a adolescentes tímidas y solitarias a través de Internet?



Una nueva aventura de los personajes de La red de Caronte, tan emocionante y frenética como su predecesora.

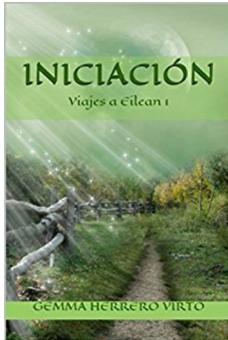
¿Qué hace que jóvenes aparentemente normales y felices corran hacia la muerte con una sonrisa en los labios?



Varias mujeres asesinadas, un extraño ritual, unos crímenes aparentemente perfectos... ¿Qué misterio se esconde en los cadáveres blancos?

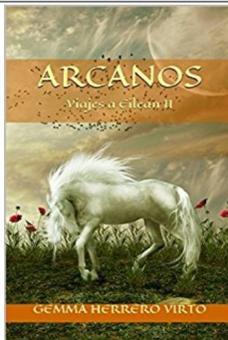
FANTASÍA

TRILOGÍA VIAJES A EILEAN



Luna es una estudiante normal, salvo por un pequeño detalle: es descendiente de una antigua estirpe de hechiceras. A pesar de esa increíble herencia, se siente incapaz de realizar el más mínimo hechizo. Deneb es un noble nórdico del siglo XVI que fue condenado por la Inquisición. Resucitó como

inmortal en un mundo paralelo llamado Eilean, en el que la fuerza de la magia es mucho mayor que en la Tierra. Desde entonces, su vida ha estado dedicada al estudio de la magia, sin que haya cabida para el romance.

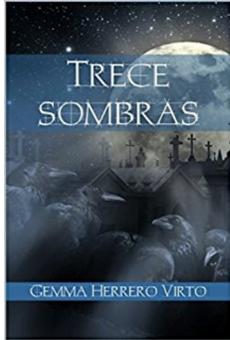


Cuando Luna llegó a Eilean en busca de su tía desaparecida, sus caminos se cruzarán. ¿Podrá surgir el amor entre dos seres tan diferentes? ¿Será posible enamorarse cuando la existencia de todo un mundo depende de sus decisiones?

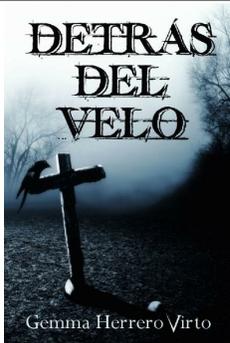


Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

RELATOS



Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

NOVELA POSTAPOCALÍPTICA



¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?

[i] En España un chulo, además del significado tradicional de proxeneta, es una persona arrogante, alguien que se cree mucho más de lo que es.

[ii] En francés, “¿Puedo sentarme aquí, señorita?”

[iii] El mothman es un ente humanoide caracterizado por su enorme estatura, su piel, pelaje o vestimenta de un negro uniforme, dos enormes alas y dos sobrecogedores ojos rojos enmarcados en una cabeza poco definida unida directamente al tronco, lo que daría al ser el aspecto general de una gigantesca polilla. Su aparición suele estar relacionada con fenómenos paranormales o con la ufología, ya que se dice que coincide con catástrofes y con observaciones de ovnis.

[iv] Aleister Crowley fue un influyente ocultista, místico, alquimista, escritor, poeta, pintor y mago ceremonial inglés que fundó la filosofía religiosa de Thelema. Fue miembro de la organización esotérica *Hermetic Order of the Golden Dawn*, además de cofundador de la *Astrum Argentum* y, finalmente, líder de la *Ordo Templi Orientis* (O.T.O.). Hoy en día es conocido por sus escritos sobre magia, especialmente por El Libro de la Ley, texto sagrado central de Thelema.

[v] Juego de palabras entre *Newark*, nombre de la ciudad en la que viven, y *Archangels*, que significa arcángeles. Puede significar Los ángeles de Newark (*Newark-Angels*) o los Nuevos Arcángeles (*New-Arkangels*).

[vi] Canción clásica de la música country. Su título significa “Llévame a casa, carreteras rurales”.

[vii] *Athame*: Daga de dos filos y mango negro utilizado en los rituales de apertura de las ceremonias wiccanas.